



INTACTO

CRIS BLACKPEARL

Intacto

Cris Blackpearl

Copyright © 2024 Cris Blackpearl

Primera edición: Agosto 2024
Editorial: Independently Published.
www.crisblackpearl.com
RRSS: @crisblackpearl
contacto@crisblackpearl.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

NOTA DE LA AUTORA

Como siempre, cuando estoy terminando una novela, ya tengo la siguiente flotando en mi cabeza, pero esta vez Zack vagaba por mi mente sin descanso mientras daba las últimas pinceladas al merecido final de Josh y Lyv en “Hecha a mi medida”. Zack es un personaje complejo al que le he dedicado muchas horas, tenía muchas cosas que decirme y no quería esperar. Así que cuando por fin pude empezar a desarrollar su personaje, la narración se convirtió en un desafío. Necesitaba transmitir su esencia sin caer en clichés, sin llevármelo al siglo pasado, porque aunque Zack es un gentleman más propio del siglo XIX que del XXI, la historia se desarrolla en la actualidad.

El escenario de una universidad antigua, ubicada en un pueblecito aislado que conozco muy bien, me ayudó mucho a dotar a la historia de ese aire clásico y carismático que es el reflejo del alma de nuestro protagonista masculino. Espero que lo disfrutéis, que os dejéis llevar por sus, a veces, modales anticuados, que descubráis junto a él lo que el amor de una mujer puede obrar en un corazón endurecido por las circunstancias de la vida. Que os enamoréis de él, en definitiva.

De Helena no digo nada, prefiero que la descubráis vosotros mismos.

Este libro, al igual que todos los demás, no sería posible sin el apoyo de mis niñas. Pilar, Martina, Virginia, esto también es vuestro. Enhorabuena por haber llegado hasta aquí; solo os puedo decir que ya queda un poco menos, que llegaremos donde queramos y que agradeceremos lo que hacéis cada día sería demasiado poco. Esto solo se puede resolver en Londres, ya lo sabéis. Allí nos veremos en el momento oportuno.

A mis lectores incondicionales, a los que acabáis de llegar por primera vez y a aquellos a los que les gustan alguna de mis historias y otras no tanto, gracias. Gracias porque cada novela me brinda nuevas personas, nuevas miras, y mi vida es mucho más rica gracias a vosotros.

Y a mi Manu... él sabe lo que significa en mi vida.

Ahora sí, os dejo con la historia de Zack y Helena. Pasen y vean, señores. Y disfruten, sobre todo, disfruten.

Capítulo 1

La llegada

—¡Vaya! ¡Por fin! —exclama la señorita Hannighan cuando me ve aparecer por la puerta de la secretaría—. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Se había perdido?

—Eeeh, no. ¿Por qué lo pregunta? —respondo un poco confundida. La sonrisa con la que entré hace un segundo desaparece automáticamente de mis labios.

—Creíamos que asistiría ayer a la reunión trimestral de profesores, señorita —responde muy seria—. Habría sido mucho más adecuado presentarse ante todos antes del primer día de clase.

La señorita Hannighan, esta mujer que me escruta de la cabeza a los pies con cara de desprecio, es la ordenanza de la universidad de Alnwick. De momento, lo único que me queda claro es que está molesta conmigo aún sin conocerme y parece que le da grima mi sola presencia.

—No dudo de que habría sido mucho más adecuado, señorita, pero mucho menos ajustado a mi economía. La combinación de transporte desde Plymouth hasta Alnwick me habría costado el triple de haber venido ayer. Además, en su carta de admisión no parecía que fuese imprescindible mi asistencia —contesto serena.

La señorita Hannighan frunce el ceño al escucharme, está claro que no le ha hecho ninguna gracia mi respuesta. No puede decirse que haya sido una maleducada, me he limitado a exponer un hecho, pero ella se ha sentido pequeña. Seguro que no está acostumbrada a que le contesten con el mismo desdén con el que ella se expresa. Debería medir sus palabras antes de conocer a las personas.

—¡Por Dios bendito! Si se hubiera molestado en leer las reglas de la universidad, señorita...

—Falcon, Helena —respondo al punto.

—... Falcon, sabría que no está bien mirado empezar a impartir una asignatura complementaria sin antes haber sido presentada a los responsables de Departamento, al menos del suyo; pero además, la costumbre aquí es...

—Me ha quedado claro, señorita... ¿Hannighan? Sí, creo que así es. Lamento mucho no haber asistido ayer a la reunión del Departamento de Literatura y le estaría muy agradecida si pudiera concertar una cita con los responsables del mismo a lo largo del día de hoy, si es que eso aún es posible. En cuanto al malentendido sobre la asistencia obligatoria, espero que de cara al futuro sus comunicaciones sean lo más específicas posible, así yo tendré información clara y precisa e intentaré modificar mis prioridades para compatibilizarlas al máximo con sus normas o costumbres.

—¡Oh! ¡Es usted una insolente, muchacha! ¡Una insolente con una lengua muy afilada!

Sonríó para mí, no pretendo provocarle un infarto a esta señora tan desagradable. Al menos, no de momento.

—Le pido disculpas también por mi supuesta insolencia, no era mi intención importunarla.

La ordenanza me mira aún con el ceño fruncido, valorando si debe o no continuar con el protocolo de bienvenida que, hasta ahora, está siendo un absoluto desastre. Finalmente, creo que acepta mi disculpa como genuina, niega con la cabeza y levanta el auricular de un teléfono que debió pertenecer como poco al fundador de la universidad, dada su antigüedad, y gira el disco sobre el dial numérico para hacer una llamada.

—Señor Knightley, la nueva ha llegado. Sí, lo sé. Ya... ya se lo he dicho... está bien.

La señorita Hannighan vuelve a dejar el auricular en su lugar y me mira con una ceja levantada.

—El señor Knightley la recibirá en su despacho en una hora. Tiene tiempo suficiente para instalarse, señorita Falcon.

Durante unos segundos estoy tentada de continuar con el tono áspero de la conversación. Pero entonces me detengo a reflexionar. Soy muy impulsiva y no me gusta que me traten con desprecio, pero esta mujer que tengo delante, que es el colmo del clasismo más recalcitrante, es también la llave para poder encajar aquí; no me conviene llevarme mal con ella si quiero que todo vaya como la seda. Así que me obligo a poner mi mejor sonrisa y a olvidarme de lo mal que me ha sentado la forma en la que me ha mirado al llegar.

—Lamento haber empezado con tal mal pie, señorita. He venido a Alnwick a impartir clases de narrativa actual, es mi primera vez y no estoy familiarizada con las costumbres de una institución tan prestigiosa como esta —suelto, con una falsa sonrisa.

—Quizá debería empezar por ajustar su retórica a las costumbres de esta institución, señorita Falcon —me contesta muy seria.

—Lo tendré muy en cuenta. Ahora, si fuera tan amable, ¿podría indicarme dónde quedan las habitaciones de los profesores?

Deshago mi maleta con prisa, las escasas pertenencias que he traído conmigo a este lugar tan frío, tan alejado de mi hogar en la bahía de Kingsand. La más preciada de todas: mi pequeño portátil. Mi ordenador es mi lugar de esparcimiento personal, el almacén de mis sueños, mis pesadillas y mis deseos, el lugar donde puedo dar rienda suelta a mi imaginación y crear las historias más brillantes y también las más oscuras. No sabría vivir sin él a estas alturas. Puedo prescindir de mi móvil, de mis cuadernos e incluso de mi estuche de bolígrafos y marcadores; pero mi portátil es sagrado.

La habitación que se me ha asignado es tan fría como este lugar, con una decoración tosca y un mobiliario rudimentario; pero al menos, es mi espacio. Para poder escribir necesito estar a solas, temía tener que compartir habitación con alguna otra profesora que, como yo, vaya a impartir clases en la universidad solo un semestre. Siempre mejor sola que mal acompañada.

—Toc, toc, toc.

Me giro hacia la puerta, la cual había dejado encajada al entrar, temerosa de encontrarme de nuevo con la desagradable señorita Hannighan. Pero en su lugar, una muchacha menuda y llena de pecas me sonríe desde el umbral.

—Eres Helena, ¿verdad? —pregunta con una voz dulce y melosa. Su forma de mirar me hace

sentir cómoda de inmediato e imito su sonrisa casi sin darme cuenta.

—Sí, soy Helena.

—¡Menos mal! ¡Qué suerte contar con alguien joven para variar! Cuando leí que la universidad había programado un semestre de narrativa actual, crucé los dedos para que no viniese otro vejestorio a impartir las clases. De esos ya tenemos de sobra aquí en Alnwick. —La chica entra en mi cuarto sin esperar a ser invitada y se acerca a mí—. Me llamo Lindsey, soy profesora de francés y estoy encantada de tenerte aquí, Helena.

—Encantada, Lindsey. La verdad es que es un alivio tan buen recibimiento por tu parte. Solo llevo aquí veinte minutos, pero...

—Ya, no me lo digas. La señorita Hannighan, ¿verdad?

—Exacto. Estaba deseando llegar, llevo semanas preparándome para causar buena impresión, ¡pero esa mujer ha sacado lo peor de mí con solo una mirada!

—Sé exactamente a qué te refieres. Nos pasa a todos, al menos a los más jóvenes. Bueno a todos menos a Zack. A Zack le cae bien... aunque claro, es lógico.

—¿Quién es Zack?

—Zachary Knightley, profesor de Literatura y jefe de Departamento. Tu superior directo, me temo.

—Simpatizante de Hannighan, superior directo y “te temes” todo unido en la misma frase. ¿Otro ogro al que tendré que enfrentarme? —comento jocosamente.

—Bueno, no sabría cómo describir a Zack. Es un hombre muy hermético y suele sacar a la gente de quicio.

—¿Ah, sí? ¿Suele sacar a la gente de quicio? —parafraseo sonriendo.

—Verás, es correcto y educado, pero no es agradable; es demasiado sincero por regla general, cosa que no suele caer bien y, aunque suele ser cortés, no es muy sociable. Pero es extremadamente inteligente y tiene una conversación de lo más entretenida.

Los adjetivos que ha escogido despiertan mi curiosidad instantáneamente. Hermético: ummm... un reto directo para mí. Me encanta indagar en el carácter de las personas de las que me rodeo, no en vano soy novelista, suelo añadir pinceladas de realidad a mis personajes, dotarlos de características físicas o comportamentales de personas que conozco. Saca a la gente de quicio: bueno, en eso estoy segura de que podemos competir, lo ocurrido a mi llegada es un ejemplo. Correcto y educado, aunque desagradable y demasiado sincero: en nivel de sinceridad, seguro que también podremos medirnos los cuartos. Y aunque no se puede decir que yo no sea agradable, no soy como Lindsey, dulce y dicharachera. Probablemente, para ella el tal Zack resulte hosco, pero para mí eso no es ningún problema. Estoy acostumbrada a lidiar con caracteres masculinos difíciles.

Sin embargo, las definiciones que más me han llamado la atención son: “no muy sociable, extremadamente inteligente y con buena conversación”. ¡Bueno, bueno! ¡La guinda del pastel! Quizá sea una decepción, pero hasta aquí, su descripción es de lo más prometedora. Tener un responsable directo con estas características me asegura un semestre de lo más interesante y enriquecedor. Y ese es el motivo principal de que yo esté aquí: ampliar mis conocimientos y conocer a personas que merezcan la pena ser escuchadas.

—Creo que voy a conocerlo en un rato. La señorita “Ogro” me ha concertado una cita en su despacho en media hora. Ya te contaré mis impresiones.

Lindsey ríe a carcajadas al escuchar el nuevo apodo de la desagradable ordenanza y asiente.

—De todas formas, he de decirte que me das un poco de envidia.

—¿Y eso por qué?

—Porque Zack está... ¡uuuffff! —responde con una sonrisita—. A ver, está fuera de mi alcance, jamás me enrollaría con un compañero. Pero he de reconocer que Zack está tremendo.

¡Vaya, vaya! Así que está tremendo... hmmm, habrá que ver qué es “estar tremendo” para esta chica.

—Así que no te enrollarías con un compañero... —inquiero con genuino interés, evitando así mostrar el hilo de pensamiento que Lindsey ha creado con sus comentarios sobre el que va a ser mi jefe directo.

Ella me mira de reojo y sonrío con picardía.

—Bueno... en principio no, pero nunca digas de este agua no beberé...

Yo le devuelvo la sonrisa pícara. Creo que ya he encontrado compañera para este semestre.

—Perdona que sea indiscreta. Te llamas Lindsey, un nombre muy británico, pero das clase de francés en Alnwick. ¿Me he perdido algo o es que la universidad se ha modernizado tanto que permite dar clases de idiomas a no nativos?

Lindsey sonrío seductora y alza una ceja.

—*Je suis anglais, mais mon père est français*; así que soy bilingüe desde los dos años —responde, sacando la lengua de una forma adorablemente infantil.

—¡Vaya! ¡Impresionante! Pues, si no te importa, me gustaría practicar mi francés contigo durante este semestre. La verdad es que lo tengo un poco oxidado y sé que aquí es muy importante el buen manejo de los idiomas.

—¿Solo hablas inglés? —me pregunta sorprendida.

—No. También hablo alemán y español. Y francés, aunque creo que no lo suficiente como para afirmarlo frente a ti —respondo sonriendo.

—Perfecto. Pues tú me echas una mano con el español y yo te la echaré a ti con el francés. ¿Hecho?

Lindsey me tiende la mano para cerrar el trato y yo se la estrecho fuerte.

—Hecho. Tenías razón desde el principio —añado.

—¿Ah sí? ¿En qué?

—Ha sido una suerte que vayamos a compartir un semestre juntas.

—Lo vamos a pasar genial, ya lo verás. Ahora te dejo para que termines de instalarte. ¡Ah! ¡Y suerte con Zack!

—¿Algún consejo para caerle bien?

Lindsey, que ya está junto a la puerta, se gira hacia mí y mira hacia la ventana, pensativa.

—No le llesves la contraria. A veces está de mal humor y puede resultar de lo más irritante; pero si eres capaz de obviar la superficie, descubrirás que es un placer tener su compañía.

—Gracias. Lo intentaré.

Lindsey se despide de mí con un ademán y yo termino de vaciar mi pequeña maleta.

Así que mi jefe puede llegar a ser irritante. Hmmm... estoy deseando que den las once de la mañana.

Capítulo 2

Zachary Knightley

Piernas largas. Muy largas. Eso es lo primero que me encuentro al llegar frente su despacho. Mi superior me espera leyendo relajadamente en su silla giratoria, con sus larguísimas piernas cruzadas sobre el escritorio. La puerta está abierta, no sé si llamar o esperar a que él levante la vista del libro que devora, no quiero empezar también con mal pie con él. Así que espero unos segundos, los cuales aprovecho para recorrer su figura con mi ojos.

Mi primera impresión es que Lindsey tenía razón. A simple vista, Zachary Knightley es un hombre atractivo. Lleva un traje sencillo, clásico pero no muy estructurado, camisa blanca con dos botones abiertos y ausencia de corbata, algo extraño en este tipo de instituciones. Imagino que se la habrá quitado para leer cómodamente. Me detengo en sus manos, de dedos largos pero fuertes, que sujetan el libro sin esfuerzo alguno incluso aunque es un volumen bastante grande; sin saber cómo, la imagen de esas manos sobre las mías se cuela en mi mente, pero desecho ese pensamiento rápidamente.

Miro su rostro entonces y me sorprende comprobar que lleva su pelo oscuro bastante largo, sus ondas casi le llegan al cuello; pero inmediatamente pienso que su estilo concuerda perfectamente con el aire bohemio que emana ahora mismo. Su perfil es llamativo, con una nariz grande y recta y unos labios que, al menos desde donde yo estoy, parecen gruesos y dibujados. Su piel es pálida, casi marmórea, totalmente ausente de arrugas, exceptuando las de expresión. Me es completamente imposible determinar su edad, podría tener veintiocho, o treinta y cinco...

—¿Piensa quedarse en la puerta observándome durante mucho más tiempo, señorita Falcon?
—suelta de repente, sobresaltándome.

No ha levantado la vista del libro, así que debe saber que llevo aquí más de un minuto parada. ¡Qué vergüenza, por Dios! ¡Creía que quedaba fuera de su campo de visión! ¡Ahora debe pensar que soy una imbécil!

—Eeeeh, no. No quería interrumpir su lectura —respondo, entrando a su despacho con paso titubeante.

—Así que, además de llegar un día tarde, tiene la costumbre de quedarse espiando a los desconocidos mientras cree que no han notado su presencia —espeta con un tono de voz gutural, una voz que no concuerda con su físico—. Quizá debería usted inscribirse como alumna en lugar de como profesora, así refrescaría un poco sus modales más elementales.

Vale, ya comprendo por qué se lleva bien con la Ogro. Aunque algo de razón tiene. Me recompongo rápidamente, no pienso arredrarme ante sus desplantes por muy superior mío que sea.

—Mis modales están a la altura de las circunstancias, señor Knightley. Esperaba a ser invitada

a pasar ya que su puerta estaba abierta.

—Bien podría haber tocado para revelar su presencia —continúa en el mismo tono sentencioso, pero esta vez, levanta su mirada del libro y la clava en mis ojos.

Me deja petrificada. Sus ojos son de un azul intenso, con iris fríos cincelados sobre sus córneas que me miran con una intensidad que no corresponde a la situación que se está desarrollando. Me imponen, mucho, pero no pienso dejar que se me note.

—Está claro que aún tengo mucho que aprender —concedo, manteniendo su mirada, no sin dificultad.

Él disminuye la intensidad de la forma en la que me mira, parece que aceptando mi aparente derrota, y baja la guardia.

—Tome asiento, señorita Falcon —dice, sentándose muy erguido tras quitar sus larguísimas piernas de la mesa.

Obedezco y me siento frente a él, al otro lado del enorme escritorio de madera noble cargado de libros a ambos lados. Aunque son muchos, todos lucen brillantes y ordenados, al contrario que las montañas de lo que parecen redacciones o exámenes de los alumnos que ocupan el centro de la mesa, desperdigados y sin orden aparente.

—Gracias. Lamento no haber estado presente ayer en la primera reunión. ¿Podría resumirme los puntos clave de la misma?

—La reunión no tenía importancia alguna, solo era una excusa para conocer a los nuevos educadores. La ausencia de su persona fue la que habló por usted. Pero no voy a abundar en lo evidente, así que, si no le importa, podemos ceñirnos al temario de sus clases. Verá, me he tomado la libertad de hojear el *briefing* que tuvo a bien enviar cuando solicitó su ingreso y me temo que hay algunos puntos que son discutibles, sobre todo en lo que respecta a la metodología y a ciertos contenidos que...

—Disculpe, señor Knightley, ¿puedo llamarle Zack? —le interrumpo, intentando que me permita meter baza en mi propio terreno.

Él me mira un poco descolocado, pero responde con rapidez.

—No. Señorita Falcon, no es costumbre entre profesores tutearse, mucho menos si nos acabamos de conocer.

—Lo comprendo, pero precisamente es esa una de las cosas que no casan con mi metodología, esa que se supone que vamos a tener que “discutir”; no obstante, si le molesta que sea cercana, me limitaré a seguir llamándole señor Knightley entonces, Zack.

Él frunce el ceño cuando vuelvo a tutearle, pero no puede evitar que la comisura de sus labios se alce esbozando una leve sonrisa. Parece que le ha gustado el desafío, aunque está claro que no va a permitir que yo lo sepa.

—Señorita Falcon —insiste obstinadamente—, el estilo que prevalece en el Departamento de Literatura queda bastante alejado de la narrativa que usted propone. Nos gusta mantener una prosa... más elevada, por así decirlo. La novela actual dista mucho de los estándares que deseamos mantener aquí en Alnwick, por eso me gustaría que considerase la posibilidad de ceñirse a los textos clásicos y proponer a los alumnos que se ocupen de actualizar dichos textos más que de crear historias insulsas y sin fondo en aras de la espontaneidad y el coloquialismo.

—Disculpe que le haga una pregunta —comento tras valorar los adjetivos que Zack ha utilizado para ilustrar toda la narrativa actual—: si a la universidad no le gustaba la idea de dejar volar la creatividad de los alumnos y pretendía reducir toda una corriente a los textos clásicos, ¿por qué se aceptó mi solicitud?

—Sinceramente, yo me pregunto lo mismo —responde con altanería—. No me explico cuáles eran los motivos de la rectora cuando decidió añadir una asignatura como la que usted imparte a la oferta de optativas disponibles. Precisamente por eso es necesaria una revisión del temario, así no habrá malentendidos ni frustraciones posteriores.

—Quizá entonces debería tener esta misma charla con la rectora en primer lugar —espeto con rapidez.

—¿Quién? ¿Usted o yo? —contesta, de nuevo desconcertado.

—Dadas las circunstancias, creo que ambos —añado, con una pequeña sonrisa.

Él respira hondo por las fosas nasales, denotando su incipiente exasperación.

—Eso no va a ser necesario, no pienso molestar a la rectora con nimiedades. Creo que ambos somos lo suficientemente maduros como para resolver esto sin tener que implicar a nadie más. Porque, ¿qué edad tiene usted, señorita Falcon?

—No me parece que sea una pregunta que tenga relevancia en este asunto.

—La tiene para mí. Así puedo adaptar mi discurso a mi interlocutor.

—¡Oh, por favor! ¡No puede ser usted tan arrogante! —respondo, esta vez sonriendo incrédula.

—Señorita, le aseguro que le sorprendería. Pero si no desea decir su edad...

—Tengo veintinueve años, Zack —insisto en llamarle.

Aunque su gesto al escucharme tutearle de nuevo es de hastío, el brillo de su mirada muestra su evidente sorpresa. Imagino que esperaba que yo fuese más joven, siempre me ocurre lo mismo. Zack continúa mirándome en silencio durante unos instantes, me resulta curioso cómo sus ojos muestran todo lo que se le pasa por la mente mientras que su cuerpo se mantiene rígido y su expresión permanece fría y adusta. No creo que sea consciente de cómo su forma de mirar lo delata. Está claro que le resulto insolente, igual que a la señorita Hannighan, pero la insolencia es algo que no puedo controlar cuando alguien se dirige a mí intentando hacerme de menos.

Y está claro que, aquí, esa es la tónica general.

—Entonces, comprenderá que es necesario adecuar su estilo a las normas de la universidad.

—¿Mi estilo? ¿Ha leído alguno de mis escritos, señor? —pregunto con retintín.

—¡Oh! ¡No me diga que también se atreve usted a escribir! Aunque no sé por qué, no me extraña en absoluto —responde con el mismo tono que yo he utilizado—. No, como creo que ya habrá dilucidado por sí misma, no estoy interesado en absoluto en la novela actual, mucho menos viniendo de la pluma de una aprendiz. Me refería al estilo de sus clases.

—Creo que lo mejor sería que, antes de juzgar el estilo de mis clases, asistiera a una de ellas —protesto, un poco molesta.

—¿Sabe qué? Me parece una idea excelente, señorita Falcon —responde con un brillo de malicia empezando a encenderse en sus penetrantes ojos azules—. Estaré encantado de acompañarla en su primera clase de mañana, así podré corregir cada uno de los errores que vaya

cometiendo sobre el terreno. Ahorraremos bastante tiempo si lo hacemos así desde el principio, algo que apreciaré mucho ya que si de algo estoy escaso, es de tiempo. Así que trato hecho.

—Perfecto. Será bienvenido, Zack.

Él me mira con condescendencia y mueve la cabeza levemente, no sé si aceptando mi descaro o, simplemente, ignorándolo para poder continuar.

—En otro orden de cosas, ¿ha encontrado su habitación de su agrado?

—No soy muy exigente. Con disponer de un espacio donde poder disfrutar de privacidad, me es suficiente; pero sí, gracias por preguntar.

—No hay de qué. Me imagino que la señorita Hannighan la habrá puesto al corriente de los horarios de las comidas y de los descansos, así como de la normas generales de convivencia en el ala de profesores.

—Aún no, pero no se preocupe. He conocido a la profesora de francés, Lindsey... no me ha dicho su apellido, pero...

—Está claro que es común entre las chicas jóvenes eso de tutearse sin importar la falta de confianza —apunta con insolencia.

—No creo que sea usted mucho más mayor que yo —le increpo.

—Ocho años, aunque está claro que un poco más en lo que a educación se refiere.

Ahora soy yo la que toma aire profundamente por mis fosas nasales, intentando no dispararme.

—A ver, ¿puede saberse el motivo de su aversión inicial hacia mi persona? ¿Es algo habitual entre el profesorado o es una característica que solo les atañe a usted y a la señorita Hannighan? Lo pregunto simplemente para saber si debo continuar durante todo el semestre con la escopeta cargada o si tendré la suerte de encontrar a más personas con el mismo talante que Lindsey...

—Gaudens, Lindsey Gaudens, señorita Falcon. Y no tengo aversión hacia su persona, simplemente intento corregir algunos detalles de su exposición y me parece que es lo más acertado dejar ciertos puntos claros desde el principio. Disculpe si la he ofendido, pero no todos aquí somos tan complacientes como la señorita Gaudens. No estamos aquí para hacer amigos, señorita, estamos aquí para educar mentes brillantes y la rectitud y el respeto son dos virtudes que valoramos muchísimo en Alnwick.

—No creo que hacer buenas migas entre compañeros sea algo irrespetuoso, pero gracias por la aclaración. Ahora ya sé a qué atenerme —respondo, deseando dar por zanjada la cuestión.

Durante unos segundos, nos miramos a los ojos, midiéndonos. Pero de repente, él baja su mirada y observo un gesto condescendiente en su rostro. Se habrá dado cuenta de que debe reconducir la conversación, de que yo no voy a dejarme intimidar diga lo que diga. Me da exactamente igual que piense que soy una cabezota insolente porque él no se queda atrás, no he sido yo la que ha empezado esta conversación intentando menospreciarle. Resignado, coge mi solicitud entre sus manos y respira hondo.

—Señorita Falcon —continúa, volviendo a su tono calmado y gutural inicial. Se levanta de su silla y empieza a pasear a lo largo de su biblioteca, mirando hacia los libros que pueblan sus estanterías—, debe comprender que esta es la primera vez que se va a impartir una clase de narrativa actual y eso también es nuevo para mí, para todos nosotros; lamento si he resultado

demasiado agresivo en la forma de expresarme. Esa es, sin duda, una de mis mayores faltas. Pero es imperativo que lleguemos a un acuerdo sobre el contenido de su asignatura.

—Me parece bien —acepto, dispuesta a escuchar.

—No será un problema que sea cercana con los alumnos siempre y cuando quede patente la distancia entre ellos y usted. Pero sí que dudo sobre la utilidad de crear textos sobre temas banales. Por eso he sugerido la posibilidad de utilizar a los clásicos como base de la creatividad de los alumnos...

—La narrativa actual no solo trata de temas banales, Zack —vuelvo a tutearle—. Hay muchos escritores que se dedican a analizar aspectos de lo más heterogéneo sobre nuestra sociedad actual con una profundidad que asombraría al mismísimo Francis Bacon.

Zack continúa paseando sin mirarme directamente, imagino que intentando no continuar con su discurso impertinente. Aprovecho para seguirlo con la mirada y descubro que el traje que lleva le sienta como un guante, que perfila su espalda y sus hombros, pero que también deja vislumbrar la silueta de un trasero respingón. ¡Anda! Así que esas piernas interminables están coronadas por un culito apretado... uuum, ¡qué interesante! Tengo debilidad por el tren inferior masculino, qué le voy a hacer.

De repente, él se gira hacia mí, tomándose por sorpresa. No sé si se ha dado cuenta de cómo le estaba mirando el culo, pero no puedo evitar sonrojarme y mirar hacia la biblioteca, disimulando.

—A lo que me refiero, señorita Falcon, es a la novela más insustancial, a esos ensayos interminables sobre política o turismo que son el colmo de la desidia, a esas novelas futuristas basadas en cero hechos comprobables y, por lo tanto, difíciles de refutar. Nos gustaría que los trabajos, independientemente de cómo se aborde la redacción que usted proponga, sean sobre asuntos con calado, temas que hagan a nuestros alumnos pensar y cuestionarse su idiosincrasia.

—¿Hay algún género en particular que denoste por encima de los demás, señor Knightley? —pregunto, llamándole por su apellido de nuevo para desconcertarle y preparada para dar una respuesta apabullante. Estoy acostumbrada a escuchar barbaridades por parte de la crítica más conservadora, pero nunca había visto tantos prejuicios juntos en un discurso.

—La novela romántica actual es uno de los ejemplos que podría utilizar para responderle.

—Pues bien, yo escribo novela romántica actual y puedo asegurarle que en mis novelas se tratan temas muy complejos sobre las relaciones humanas, tanto que pueden resultar inaccesibles para personas que, como usted, solo sean capaces de apreciar la fría lógica despoblada de sentimientos de algunos de los autores más admirados de la Inglaterra del siglo XVII.

Zack alza una ceja, no estoy segura de si sorprendido o aburrido, y esboza una sonrisa condescendiente.

—¡Cómo no! Debí haberlo previsto. Así que escribe novela romántica...

—Así es —respondo a la defensiva.

—Y... ¿puede saberse si se centra en algún área en particular? —continúa con su tono intransigente.

—En mis novelas se sacan a colación diversos aspectos interesantes sobre la psicología de los amantes, sobre cómo influyen determinadas circunstancias en el devenir de sus relaciones

interpersonales.

—¿Y?

—Y se centran en cómo evolucionan los mismos según su...

—Ya. Aburrido —apunta como un latigazo, mirándome a los ojos con desfachatez—. A eso me refiero, precisamente. Este tipo de géneros no ayuda a abrir mentes, señorita Falcon, solo a regodearse en situaciones idílicas y, en la mayoría de casos, insustanciales.

—Entonces, odiará a Shakespeare —disparo, empezando a encenderme.

—Shakespeare trataba el amor de la forma más exquisita posible, no hay punto de comparación, por Dios bendito —responde, muy alterado.

Parece que he dado con su talón de Aquiles sin pretenderlo.

—Deberías documentarte antes de opinar —susurro, pero segura de que me oiga.

Entonces, él me mira con un brillo renovado en sus ojos.

—Me parece una idea maravillosa. Entiendo que, según su criterio, sus novelas podrían servir como referencia para dicha “documentación”, así que le propongo un trato: yo me comprometo a intentar ser algo más flexible en lo referente a su metodología si usted consigue demostrarme, basándose en sus escritos, que la novela romántica actual es capaz de despertar no solo los sentimientos más básicos, sino también la creatividad más sublime, el intelecto del lector más exigente.

—Que, evidentemente, es usted —apunto con sorna.

—No encontrará otro mejor, se lo aseguro.

Ahora soy yo quien me muerdo la lengua para no continuar con esta sarta de insultos velados que no nos llevan a ninguna parte. Respiro despacio para recomponerme y contraatacar sin dejarme llevar por mis impulsos.

—No veo qué gano yo con todo esto —enuncio finalmente—. Si no estoy de acuerdo con sus sugerencias sobre la forma en la que imparto mis clases, siempre puedo acudir a la rectora a presentar una queja sobre su supervisión.

Zack se acerca a mí despacio, como un felino a punto de atacar a su presa. Sus ojos taladran los míos y entonces me doy cuenta de que, cuando algo realmente le interesa, el color de sus ojos cambia sutilmente: de repente se han vuelto verdes, como si una llama hubiese prendido en ellos mezclándose con el intenso azul de esos iris penetrantes que irradian inteligencia y ahora, además, excitación.

—Si aceptas el reto, me comprometo a ayudarte a mejorar la redacción de tus novelas. Soy profesor de Literatura, pero también corrector de estilo. Te aseguro que si consigues convencerme, y dudo mucho que así sea, tus novelas se convertirán en *best seller* en un abrir y cerrar de ojos.

Mantengo su mirada durante unos instantes, tentada por el calor que empiezo a sentir en la boca del estómago al sentirme observada de esta forma. Quiero que él tenga que tragarse sus palabras, todos esos adjetivos despectivos con los que se ha referido al género que tanto amo y al que pretendo elevar a la categoría de literatura de primera línea.

—Trato hecho —accedo finalmente.

—Perfecto. Estoy deseando empezar —responde con una sonrisa maliciosa—. Para cuando

termine contigo, desearás escribir sobre cualquier otra cosa. O, simplemente, dejar de escribir.

—Permíteme dudarlo. Por lo pronto, ya he conseguido que me tutees.

Él me mira consternado, pero su expresión rápidamente muda a una de absoluta complacencia.

—Esa será una de las pocas cosas que consigas de mí durante este semestre.

—Pues no ha sido tan difícil, después de todo —respondo imperturbable—. Por cierto, creo que no te lo he comentado. El género al que me dedico es romántica... erótica.

Zack entrecierra los ojos y el imposible tono verde que ha aparecido de repente en ellos se intensifica aún más.

—No podrías ponérmelo más fácil, entonces —escupe, abriendo las aletas de su nariz, a punto de estallar—. La novela erótica no tiene ninguna posibilidad de alzarse siquiera con una batalla en esta contienda.

Yo sonrío abiertamente, dispuesta a demostrarle a este hombre, que me mira con ganas de estrangularme, lo equivocado que puede llegar a estar. Seguro que es muy inteligente, pero también visceral, eso acaba de demostrármelo.

Y en ese campo, soy una experta.

—Eso ya lo veremos.

Capítulo 3

Insolente

Por fin se marcha. Esta insolente muchacha cree que es la primera que llega aquí intentando imponer su criterio, ¡por favor! ¡Si es que ha sido de libro! Piensa que me resulta intimidante, que por ser descarada tiene más posibilidades de dejarme desconcertado. ¡Qué equivocada está! Espero que no se frustre demasiado cuando se dé cuenta de que aquí las normas son inamovibles, de que los siglos que porta esta universidad en sus muros aún pesan demasiado como para adaptarse con rapidez a esa “vida moderna” a la que ella pertenece. Sí, ha llegado internet, todo es más sencillo, más global, pero aquí las cosas funcionan de distinta manera. Y a nosotros nos gusta mucho cómo están establecidas nuestras costumbres.

He de reconocer que ha conseguido llamar mi atención, me ha sacado de mis casillas y hacía mucho tiempo que nadie lo conseguía tan rápidamente. No soy un hombre dado a las trifulcas, no me interesa imponer mi opinión, creo que la razón se gana a base de demostraciones, no de palabras. Sin embargo, con ella me ha invadido una urgencia por hacerla callar que tenía casi olvidada. Es muy obstinada y demasiado insolente. No es la primera vez que tengo que enfrentarme a una persona como ella, alguien que cree que por tener una carrera y algo de experiencia, sabe más de lo que en realidad sabe. Pero cuando les llamaba la atención a aquellos otros sobre cómo se esperaba que se condujesen, nunca, ninguno de ellos, osó responderme.

Eso me saca de quicio. No soporto a las personas respondonas y ella no ha dejado de replicar a ninguna de mis frases. ¿No sabe cuándo debe permanecer callada? ¡Era como hablar con una cría de once años, por Dios bendito! Con cada respuesta fuera de lugar, más me encendía. Y aunque también es cierto que ha despertado mi curiosidad, el desprecio por la autoridad con el que se conduce me enerva. ¿Qué le costaba disculparse? ¡Con eso hubiera sido suficiente! Mostrar algo de respeto por sus empleadores, por la tradición que se respira en este edificio. Es cierto que intenté dejarla en ridículo desde el principio, pero ella debería haber bajado la cabeza y aceptar el rapapolvo como cualquier persona que llega un día tarde a una cita. ¿Quién se cree que es? Una maleducada, una cría, eso es lo que es.

Vuelvo a sentarme en mi silla aunque sé que ya no seré capaz de terminar mi lectura. Aún así, lo intento. Cruzo las piernas sobre el escritorio y retomo el último párrafo; pero cuando pasan un par de minutos, me doy cuenta con exasperación que ya lo he vuelto a leer tres veces sin entender nada.

¡Maldita sea!

Me levanto y empiezo a caminar arriba y abajo de mi despacho mientras ideo un plan para conseguir que la clase de mañana sea un absoluto éxito a mi favor. Se me ocurre de

repente que debería indagar un poco sobre ella, saber cuáles son sus puntos fuertes y cuáles sus flaquezas. De esa manera, mi triunfo será aún más sencillo y rápido, pero además así conseguiré que la derrota sea definitiva. No me apetece tener que soportar sus intentos de imponer su criterio educativo más de una vez en todo el semestre, así que, mientras más categórica sea mi respuesta, más oportunidades tendré de terminar con sus pretensiones de un solo golpe. Sería ideal conseguir una copia de alguna de sus novelas, o de algún manuscrito... Voy a hacer una llamada.

—Señorita Hanningham, ¿podría enviarme por correo una copia de la ficha de Helena Falcon, por favor? Sí, exacto, necesito saber un poco más sobre sus estudios y su trabajo. Y si fuera posible encontrar alguna novela suya, sería encantador...

Minutos más tarde, la bandeja de entrada de mi correo electrónico se ilumina en negrita. La señorita Hanningham es de lo más eficiente.

“Señor Knightley, aquí tiene lo que me ha pedido. No he podido encontrar ninguna novela de la señorita Falcon, pero creo que podría hacer una búsqueda en Google, si es necesario”, reza el texto que me envía como cuerpo del correo, al que se adjunta un documento que me apresuro a abrir y que devoro en cinco minutos.

“No será necesario, señorita Hanningham. Ya me ocuparé yo si lo creo oportuno. Muchísimas gracias por su ayuda, como siempre”.

Por supuesto que me ocuparé, de hecho no puedo pensar en otra cosa ahora mismo.

Mientras indago en las webs más conocidas sobre relatos y ensayos, imagino cuál es la historia de esta chica que me ha puesto de los nervios y a la que me he propuesto detener con premura. Educada en Cambridge, amante de la literatura británica de cualquier época según las referencias que otorga en sus credenciales. Lista, eso está claro, y de buena familia. Vive en la bahía de Kingsand, pero su familia es de Londres. Indago un poco más... sí, familia ilustre y acaudalada... es probable que huyese de los pomposos eventos sociales que se estilan entre los grandes apellidos londinenses; hmmm... no, eso es demasiado suponer. Quizá abandonó el cómodo hogar familiar porque no le gusta que la interrumpam mientras lee o escribe. Eso me cuadra más.

Del resto de su carta de presentación no puedo extraer gran cosa, aparte de datos generales. He conseguido averiguar mucho más hablando con ella. Es impetuosa, obstinada, orgullosa y decidida. Tendré que esperar a ver cómo se comporta con los alumnos para añadir más adjetivos. Lo que sí necesito inmediatamente es leer algo de lo que ha escrito, para saber a qué atenerme.

Novela romántico-erótica... pffff. ¡Porno! Porque, que yo sepa, la erótica actual se basa en relatar escenas sexuales, con mayor o menor calidad artística, sin prácticamente nada más que la recreación física de los intervinientes. Nada de interés humano, solo animal. Ella ha dicho que sus escritos reflejan cómo el devenir de las circunstancias influyen en las relaciones entre los “amantes”, como ella los ha llamado. Habrá que ver a qué se refiere con eso, no creo que ese género sea capaz de levantar algo más que la libido. Y eso, solo en algunos.

Reconozco que no soy un experto en Literatura erótica. Alguna vez ha surgido el tema entre colegas, pero la conversación iba acompañada de un tono ligero y vulgar, risotadas cargadas de sarcasmo y cualquier comentario jocoso sobre la satisfacción que otorga la liberación del orgasmo. Hablar sobre el sexo en Literatura ha sido una experiencia tan breve como el acto en sí, al menos según mi propia vivencia.

Para mí, el sexo es monótono y frugal, un mero ejercicio para obtener una recompensa necesaria; pero también es complicado, tanto que llega a enturbiar las relaciones, desviándolas de su propósito fundamental, hasta el punto de conseguir que estas se rompan debido a frustraciones, a expectativas no cumplidas, a pensamientos que terminan enterrados en lo más hondo de la psique, temerosos de salir a la superficie.

En eso sí que soy un experto.

No. El romance, la sexualidad, el cortejo o la atracción no son temas que despierten mi interés. Así que se me presenta un semestre complicado y no me apetece en absoluto tener que lidiar con esto. Me ocuparé de demostrarle a la petulante señorita Falcon que el género que ha elegido no tiene posibilidades de convertirse en Literatura de primer nivel, mucho menos, bajo mi supervisión. Así podremos continuar con el desarrollo habitual del curso en Alnwick lo antes posible.

Primer asalto: ¿en tablas? Porque esto ha sido un asalto, no me queda la menor duda. Es cierto que no estoy en mi mejor día, que el hecho de haber tenido el encontronazo con la señorita Hannighan nada más llegar no ha ayudado a que mi talante fuese el mejor para enfrentar esta situación; pero él... ¡es exasperante! ¿Por qué ha tenido que ridiculizarme nada más empezar?

Me quedé mirándolo porque me gustaba lo que veía y no solo físicamente: Zachary Knightley exuda sabiduría, experiencia, cultura... todo eso me da mucho morbo, no lo puedo negar. Pero no creo que mereciese el desdén con el que me ha hablado. No comprendo cómo un jefe de departamento puede dirigirse así a sus subordinados, con esa prepotencia y esa arrogancia tan exasperante solo porque he llegado un día después de lo esperado.

¿Es prepotente? ¿O solo me lo ha parecido? Me ayudaría muchísimo ahora mismo conocer un poco mejor a mi enemigo declarado, así que me conecto a la intranet de la universidad para indagar un poco sobre él. Mientras que carga la página principal, me detengo en buscar los adjetivos que necesito para etiquetar su comportamiento. Zack es riguroso, de eso estoy segura; metódico, solo hay que ver el pulquérrimo estado en el que se encontraban los libros del escritorio; sin embargo, es desordenado, aunque eso resulte paradójico, a juzgar por el resto de documentos que poblaban su mesa. E impulsivo, eso también. Muy inteligente, de lengua rápida y afilada, por lo que debe ser un excelente conversador, un pozo de conocimiento. Quizá de ahí dimana esa superioridad que ostenta con tanto descaro y elegancia.

Porque es muy elegante. Al verlo caminar a lo largo de su despacho, no pude dejar de admirar cómo su cuerpo, enfundado en ese traje casual, flotaba al paso. Zack es de complexión esbelta y eso lo hace aún más distinguido, pero no puede negar que posee ese don que otros muchos solo pueden desear. Es un don innato, no se puede aprender, y él no lo puede ocultar.

Igual que su sensualidad.

Y que su soberbia.

¡Ugh! ¡Cuántas contradicciones! ¿Cómo puede resultarme atractiva una persona que aglutina todos estos adjetivos que acabo de elegir? ¡Es absurdo!

Tengo que centrarme en el agónico reto que me ha propuesto, tengo que prepararme para brillar mañana en clase si es que pretendo poder impartirla según mi criterio. Pretendo inculcar a los alumnos que la creatividad puede fluir a lo largo de muchos caminos distintos, que ninguno de ellos es mejor que otro, que cualquier elección será buena si pueden desarrollar su destreza en

aquello que más les guste, en aquello en lo que realmente crean, en el género que les agarre por dentro y desate su pasión. Esa pasión de la que todo el mundo parece carecer aquí, esa pasión fundamental que a mí me desborda, es uno de los motores del mundo. Y yo quiero ayudarles a que la sientan y a que se dejen llevar por ella, a que la disfruten.

Pero primero, Zack.

Ahí está su ficha. Su foto preside la cabecera. Es una foto aburrida, típica foto de carnet que no dice absolutamente nada del sujeto más que la forma física de su rostro. Me detengo en sus ojos buscando esa chispa que he visto arder momentáneamente y que me ha resultado arrebatadora, pero no la encuentro en su expresión. No, como deduje, solo aparece cuando algo llama su atención, cuando algo le interesa. Así que infiero que le he resultado... ¡atractiva! ¡Interesante, quizá! ¡Uuuuh! eso sí que me gusta.

Me enloquecen los hombres que muestran interés en mí. No soy como las demás mujeres, empecinadas en conseguir a la persona que se les mete entre ceja y ceja aunque no tengan ninguna posibilidad. En mi caso, es fundamental sentirme interesante, atractiva, deseada. Mis amigas piensan que es porque me gustan las conquistas fáciles, pero la verdad es que me aburren los hombres que ocultan sus deseos, ya sea por miedo al rechazo o a la exposición. Yo solo me siento atraída por un hombre cuando veo cómo el fuego arde en sus ojos, ese fuego que él me ha dejado vislumbrar momentáneamente y que me ha animado a continuar con el reto.

Quizá estoy siendo demasiado arrogante, quizá solo lo he sacado de quicio y no hay nada más allá. Pero he de reconocer que Zack me ha llamado la atención y me gusta pensar que yo también lo he hecho. Porque es atractivo, mucho, y me alegro de que nos hayamos caído fatal desde el principio porque así podré limitarme a aprender de él sin dejar que me mangonee.

De eso ya he tenido suficiente.

—¡Vaya! ¡Sí que te ha causado impresión! —exclama Lindsey desde la puerta al ver la foto de Zack en mi portátil.

—¡Hola! —respondo, elevando demasiado la voz al sentirme descubierta—. No, es solo que quería saber un poco más sobre él.

—¿Y bien? ¿Qué te ha parecido? —pregunta, acercándose a mí. Se sienta sobre mi cama y me mira expectante.

—Arrogante. Desagradable. Inteligente, pero creo que lleva demasiado tiempo acomodado en su trono de Salomón. Necesita que alguien le baje los humos cuanto antes.

Lindsey me mira con una sonrisa indulgente en los labios y suelta una risotada.

—Vale, has conocido a Zack, eso está claro.

—Sí. Creo que lo clavaste al darme su descripción.

—Y... ¿en lo referente al resto?

—Es muy atractivo, eso seguro. Pero es muy difícil recrearse en eso cuando te enfrentas a una mente tan retorcida como la suya —respondo, evitando descubrirme demasiado.

—Hmmm... eso es porque solo has visto esa parte. Ya verás cuando lo escuches dar clase o si tienes la fortuna de conseguir que te hable de alguno de sus autores favoritos.

—¿Que son?

—¡Oh! Él tiene muchos. Pero Kafka es uno de los que más disfruta.

—¿En serio? No le pega para nada...

—De todas formas, es muy versátil. Lo he visto elogiar a Dolores Redondo, a Katherine Neville y a Umberto Eco sin ningún tipo de problema. Y también a Patrick Suskind.

Me estoy quedando muerta.

—Demasiado distintos, todos ellos.

—Ya te he dicho que es un hombre de lo más interesante.

—Pero entonces, sí que le gusta la novela más actual... —espeto, dejando que mis vagos pensamientos se traduzcan en palabras.

—A Zack le gusta la literatura, le encanta leer. Además, es parte de su trabajo.

—Sí, me ha dicho que es corrector de estilo, además de profesor y jefe de departamento.

—Eso es. Múltiples facetas para un hombre multitarea. Ya verás cuando lo veas corregir a la vez que te explica las bondades de los cánticos de los monjes benedictinos...

—¿De los monjes benedictinos? —la interrumpo con una sonrisa incrédula

—Ya verás, ya...

Ambas estallamos en carcajadas ante lo absurdo del tema.

—Sí, estaba leyendo cuando he llegado, pero creo que también estaba corrigiendo exámenes. Me ha chocado un poco ver el desorden en el que se movía como pez en el agua.

—Pues nada más lejos de la realidad. Él es el orden dentro del caos.

Así me lo ha parecido. Debe haber tenido una educación muy estricta, puede que eso haya influido en ese empeño por demostrar que tiene el control de la situación. Pero quizá, en su fuero interno es todo pasión. Igual que yo.

Cada vez me resulta más interesante.

—¿Tú sabes algo más de él? Porque en la ficha no se mencionan más que los datos menos relevantes. Lo único interesante ha sido saber que estudió Literatura en Cambridge, que lleva trabajando aquí prácticamente desde que terminó la carrera y que nació cerca de Londres. Pero eso me dice muy poco sobre lo que quiero saber.

—¿Y qué quieres saber? —me pregunta Lindsey, muy interesada.

—Cómo vencerle.

—¿Perdón?

—Se ha propuesto inmiscuirse en mi forma de dar clase aún sin conocerla; así que yo me he propuesto descubrirle que lo que yo escribo puede llamar su atención tanto como cualquiera de esas obras que tanto admira.

—Y... ¿puede saberse qué es lo que escribes? —pregunta, cada vez más interesada.

—Novela romántica.

—¡Vaya! —exclama con una mueca torcida.

—¡Oh, no! ¿Tú también? —respondo decepcionada.

—Mmmm... ¿es romántica? ¿O...?

—Romántica con erotismo explícito —completo.

—¡Oh! ¡Eso ya es otra cosa! Verás, según mi punto de vista, la literatura romántica

enmarcada en el siglo veintiuno no tiene sentido alguno sin sexo explícito. Temía que hubieses escrito *Orgullo y Prejuicio* o algo similar.

—¡Hey! ¡Me encanta *Orgullo y Prejuicio*! —respondo al punto.

—¡Y a mí! Solo digo que la novela romántica debe reflejar la época en la que se enmarca y hoy en día es absurdo no tratar el tema sexual abiertamente. Los jóvenes conviven con el sexo cada vez más pronto, así que es necesario que el género refleje la realidad en la que vivimos. ¿Tienes alguna historia picantona que puedas prestarme?

—En formato físico no, aún no he publicado nada. Pero tengo varias novelas terminadas aquí, en mi portátil.

—¿Y por qué no has publicado? —me pregunta extrañada.

—Esa es una historia muuuuy larga...

Capítulo 4

La primera clase

Casi no he pegado ojo. Por muy segura de mí misma que pueda estar, no voy a negar que me preocupa el hecho de que Zack vaya a asistir a mi primera clase, sobre todo porque sé que solo va a intentar fastidiarme. Espero que no tenga en mente volver a ridiculizarme, no creo que sea bueno para los alumnos perderme el respeto el primer día. Aunque después de cómo me trató ayer, no me extrañaría nada que esas fueran sus pretensiones. Así no tendría que soportar mi insolente presencia ni tendría que discutir conmigo sobre cómo impartir la asignatura; no tendría siquiera que considerar la asignatura como parte del temario optativo, porque conseguiría que me despidieran.

No hará eso, ¿verdad?

Respiro hondo, intento alejar esos pensamientos que solo me producen inseguridad y que no ayudarán en nada a que pueda defender mi postura. Tengo que relajarme, abrir la mente y centrar mis ideas. Helena, sabes muy bien que tienes razón, no permitas que nadie venga a hacerte zozobrar solo por quedar por encima, mucho menos un hombre que se cree el dios de la Literatura, un hombre que...

“Toc, toc, toc”

—¡Adelante! —exclamo, segura de que será Lindsey quien se encuentra al otro lado de la puerta, para desearme suerte.

Pero quien abre la puerta no es Lindsey. Es Zack.

Me quedo mirando cómo su esbelta figura ocupa el umbral de mi diminuto dormitorio y me pregunto cómo se atreve a venir a molestarme aquí, a mi pequeño santuario. Sí, sé que viene a molestarme porque sus labios esbozan una sonrisa de superioridad que no deja lugar a dudas.

¡Qué bonitos son, por favor!

—¿Preparada para tu presentación al alumnado? —inquire con esa voz gutural que no se corresponde con su cuerpo ni con su edad.

—Por supuesto —respondo con altanería, intentando transmitir una seguridad de la que carezco ahora mismo, mientras le devuelvo la mirada.

—Bien. Eso espero. ¡Ah! Y quédate tranquila. Los apuntes que tenga que hacerte, te los comentaré más tarde en privado. No creas que soy tan desconsiderado como para dejarte en ridículo delante de tu clase.

—Es lo primero que se me ha venido a la cabeza al despertarme —respondo sinceramente—, que, después de cómo me trataste ayer, tu único objetivo sería desautorizarme delante de los chicos.

Él alza la comisura de sus labios, divertido.

—Pues puedes despreocuparte. Te veré en mi despacho después del almuerzo. ¡Ah! Y sé puntual, no tengo todo el día —espeta, girándose para marcharse.

—Pues nadie lo diría, teniendo en cuenta todas las molestias que te estás tomando solo para intimidarme —respondo, intentando que note lo incómoda que me resulta su presencia en mi clase. Y en mi dormitorio.

Al escuchar mis palabras, Zack se detiene, gira levemente la cabeza hacia un lado para mirarme de reojo y alza una ceja.

—Señorita Falcon, no se crea el centro de mi atención. Como ya le he dicho, se requiere mucho más que un carácter insolente y muchas ganas de deslumbrar para despertar mi interés.

—Pues entonces debo ser una distracción de lo más perturbadora —respondo, intentando sacarlo de sus casillas, como hice ayer. No sé por qué me estoy comportando de esta manera, solo sé que deseo que tenga que tragarse sus palabras una por una, que no puedo evitar molestarle y que no quiero que se vaya dejándome con la palabra en la boca e imponiendo sus deseos.

Él se gira en silencio para mirarme a los ojos y veo de nuevo arder esa llama que hace que los suyos cambien de color y refuljan en tonos verdosos. He conseguido mi objetivo: está molesto.

—No voy a negar que ha... despertado mi curiosidad —empieza despacio, masticando las palabras, como si le costase trabajo pronunciarlas—, pero descarte la idea de que va a ser usted una distracción, Helena. Y no, definitivamente, no es usted tan interesante como para adjudicarse el adjetivo “perturbadora”.

—Eso aún está por ver.

Él respira fuerte a través de sus fosas nasales, empezando a exasperarse. Entonces, se atreve a cruzar el umbral de mi habitación para acercarse a mí, sin molestarse en esperar a ser invitado. Al menos ahora sé que no es un vampiro, aunque la forma en la que me mira me produce el mismo cosquilleo de pánico que si lo fuera.

—Si aspiras a perturbarme, Helena, demuéstreme lo que vales. Pero en la clase, delante de todos. Si lo consigues... entonces hablaremos.

Y con esas palabras y un brillo de excitación en sus ojos, Zack se gira con rapidez sobre sus talones y abandona mi dormitorio.

Y siento cómo tiembla hasta el último pelo de mi cuerpo.

—Buenos días, clase. Soy Helena Falcon y estoy encantada de estar aquí —empiezo, sonriendo a los rostros juveniles que me miran con atención. Zack está sentado en una silla a mi derecha y, aunque no puedo verle, sé que me está escudriñando a conciencia—. Como ya sabéis, esta asignatura es narrativa actual y aunque el objetivo principal es que podáis dar rienda suelta al autor que lleváis dentro, me gustaría empezar escuchando vuestras expectativas con respecto a la misma.

Los chicos no dicen nada, presumo que un poco intimidados por la presencia del profesor de Literatura, así que amplío mi sonrisa y me dirijo a una chica que se sienta en primera fila y que me mira con entusiasmo tras unas preciosas gafas rectangulares.

—A ver, dinos cómo te llamas —la invito a compartir.

—Ashley.

—Muy bien, Ashley. ¿Cuál es tu género literario favorito?

Ashley lanza una mirada furtiva hacia donde está Zack. Es solo una milésima de segundo, pero veo claramente que su respuesta no va a ser del todo sincera por la forma en la que me mira después.

—La novela romántica del siglo XVI —responde en voz queda.

—Shakespeare —respondo con una sonrisa comprensiva—, puede que porque está aquí el profesor Knightley... —continúo, dirigiéndole una mirada de soslayo que provoca una risa sofocada entre los alumnos—. Pero me viene de perlas para entrar en materia. Si te gusta la novela romántica, seguro que habrás leído a autores posteriores, como Jane Austen...

—¡Por supuesto! Me encantan sus novelas —asiente con entusiasmo, sintiéndose algo más cómoda.

—¿Y qué me dices de las hermanas Brontë?

—Que prefiero a Charlotte que a Emily —responde con rapidez.

—Ya, *Cumbres Borrascosas* es demasiado dramática —comento sin abandonar mi cálida sonrisa y Ashley asiente—. Trasadémonos un poco más adelante. ¿Te gusta Katheleen Woodiwiss?

Ashley sonrío entusiasmada y asiente con la cabeza repetidamente.

—*Shanna* es mi libro de cabecera.

—Es uno de los míos, también. Veréis... —Me alejo unos pasos para dirigirme al resto de la clase— lo que tienen en común todos estos autores que han levantado pasiones en su género es que necesitaban expresar lo que sentían, me atrevería a decir que adoraban escribir o incluso que escribir era la única manera que tenían para contribuir a mejorar el mundo. ¿Y sabéis por qué? Porque no importa el género que os guste, ninguno de ellos es más o menos interesante o profundo que otro. Lo único que le interesa al lector cuando agarra uno de vuestros relatos es sentir. Y la mejor manera, la única manera de hacer sentir a los demás a través de vuestras palabras, es transmitiéndoles lo que vosotros sentís. Evidentemente, hay que tener una cierta técnica, un orden en la estructura, una coherencia y un lenguaje cuidado. Pero os aseguro que lo más importante, lo que realmente valoraremos al leer una obra, será lo que esta nos transmita.

—¿Incluso aunque lo que transmita sea... perturbador? —inquieta uno de los chicos de atrás.

Ante la mención de esa palabra en concreto, no puedo evitar girarme hacia Zack y descubro encantada que me mira con interés. Le lanzo una media sonrisa que él capta inmediatamente y me apresuro a responder, antes incluso de girarme para mirar al alumno.

—Por supuesto. Cualquier sentimiento es válido a la hora de crear. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Brett y me apasiona la novela de ciencia-ficción, sobre todo la más transgresora en términos de motivación.

—Explícate —lo animo, acercándome a su mesa.

—Verá, me gusta descubrir historias en las que el motor no sea uno de los habituales. Por ejemplo, si estalla una guerra durante la narración, me gusta que la razón no sea conseguir el poder o demostrar superioridad frente al rival.

—¿Entonces?

—Que la razón del estallido sea, por ejemplo, la implementación de una energía nueva en una sociedad que se basa aún en fósiles para mover sus vehículos.

—A lo que te refieres es a originalidad en el argumento y ahí estoy totalmente de acuerdo contigo. La novela actual de ciencia-ficción innova cada vez más en los argumentos utilizados, sobre todo desde que se empezó a utilizar el arco espacio-temporal; pero los motores, como tú los llamas, se pueden reducir y agrupar en un puñado de razones, ya que la motivación que hace que se desarrolle una historia siempre irá acompañada de un sentir, de un deseo por conseguir un fin.

—¿Entonces usted cree que los motores de la vida, del progreso y del desarrollo, pueden reducirse a solo un puñado de razones? —pregunta otra chica que se sienta en tercera fila.

—Sí —respondo, girándome para mirarla—. Los motivos que mueven al ser humano siempre serán los mismos: dolor, deseo, necesidad, supervivencia... y amor, por supuesto. La mayoría de las decisiones que provocan un cambio pueden agruparse en unas pocas cajitas que son las que dan nombre a los grandes sentimientos. Por eso, las motivaciones siempre serán más o menos similares; lo verdaderamente original es el desarrollo de la idea, los valores que ostenten los actores que van a influir en ella y, no menos importante, las circunstancias en las que se enclava la historia. Eso es el argumento y la pericia que demostréis al plantear y desarrollar el mismo será lo que logre que el resultado de vuestro escrito sea aburrido, mediocre o brillante.

Los chicos me miran en silencio. Creo que les he dado algo en qué pensar. Algunos sonríen para sí, otros tienen la mirada perdida en diversos puntos del aula, pero no parece que ninguno se esté aburriendo. Esto es lo bueno de las asignaturas optativas, que las personas que las eligen desean estar aquí.

—Entonces, señorita Falcon, ¿cree usted que la novela actual puede competir con la novela clásica? —apunta Zack desde su rincón.

—Definitivamente —me apresuro a contestar.

—Sería interesante pues iniciar las tareas con un pequeño ensayo sobre uno de los pasajes de cualquier novela clásica; y ya que ha salido a colación, podríamos elegir una novela romántica de Shakespeare como punto de partida. Por ejemplo, *Romeo y Julieta*. ¿Cómo propondría usted un ejercicio así?

—Aunque no es mi intención que adaptéis textos clásicos —respondo, volviendo a mirar a la clase—, podríamos empezar reinterpretando un extracto de una novela clásica al estilo más reciente. Preferiría empezar con un texto libre para irlos conociendo un poco a través de vuestros relatos, pero...

—Señorita Falcon —me interrumpe Ashley—, como la próxima clase es dentro de dos días, y aún no tenemos muchos deberes, no creo que resulte un problema tener que escribir dos textos, si no es inconveniente para usted tener que corregir por duplicado, claro.

Miro a Zack, en parte molesta por tener que empezar tan fuerte, pero en parte también, buscando su aprobación. Sé que es fundamental para poder continuar con mi trabajo. Él sonríe y asiente levemente.

—Me parece bien —respondo con una sonrisa—. Os dejo libertad para elegir el pasaje de *Romeo y Julieta* que más os atraiga y también tenéis libertad para escoger el tema de vuestro

pequeño ensayo. Los recogeré el viernes y los tendréis corregidos el próximo miércoles, el cuál dedicaremos a exponer y comentar vuestros enfoques.

Los alumnos asienten y veo que Zack aprueba mi decisión. Más relajada, comienzo a explicar las bases de los giros de la novela, las estructuras más comunes a la hora de mantener la atención del lector y de provocar sorpresa en él. El resto de la clase fluye como la seda y, al terminar la hora, todos los alumnos se despiden al pasar junto a mí con una sonrisa. Cuando le toca el turno a Zack, se acerca a mi oído, también con una sonrisa en los labios.

—Me ha sorprendido, Helena. —No puedo evitar contener la respiración al sentirlo tan cerca, pero, sobre todo, al obtener la confirmación que tanto deseaba. Y se me pone la piel de gallina—. La espero después del almuerzo en mi despacho.

Y dicho esto, se marcha apresuradamente. El resto de los alumnos continúa saliendo del aula, pero, aunque les devuelvo el saludo cordialmente, mi cerebro ya ha volado al despacho de Zack.

Una estúpida sonrisa flota en mis labios, donde mis distraídos dedos se posan para dejar una caricia...

Capítulo 5

El palacio de la sabiduría

A la hora del almuerzo, acudo al comedor de profesores por primera vez, ayer almorcé sola porque estaba muy nerviosa por tener que preparar la clase. Desde la puerta observo a los distintos grupos que ocupan cada mesa: los profesores del área científica, todos varones de más de cincuenta años, se sientan juntos y mastican en silencio sus almuerzos, que desde aquí parecen tristes y aburridos. Igual que ellos. Las mesas que quedan junto a las grandes ventanas están ocupadas por las profesoras más veteranas. Algunas hablan entre ellas, otras las escuchan de soslayo, pendientes de las animadas conversaciones pero reticentes a intervenir. Parece un grupo interesante, pero también cerrado, me sería difícil entablar conversación siendo la recién llegada.

En el centro de la gran sala se congrega un grupo mixto que parece mi mejor opción, bastante heterogéneo también en cuanto a la edad de sus integrantes. Distribuidos en dos mesas, mantienen sin embargo una única conversación. Lindsey está entre ellos y me hace señas para que me acerque en el momento en el que me ve. Yo asiento y sonrío, aceptando su invitación.

—Señores, esta es Helena Falcon, la profesora de narrativa actual —me presenta Lindsey sonriendo. Todos me saludan con un ademán y yo les devuelvo el saludo, intentando igualar la amabilidad de mi compañera—. Helena, estos son Caroline, Johnathan, Colin y Debra. Y ellos —continúa, señalando a la otra mesa— son Richard, Amos, Ruth y Frank.

—Encantada. Ya iré aprendiéndome vuestros nombres y las asignaturas que impartís —respondo, manteniendo mi sonrisa sincera.

—Tranquila, Helena. Solo es el primer día —me dice el que creo que es Colin, sonriendo—, ya nos irás conociendo a todos a medida que nos escuches hablar aquí en el comedor. Es donde se cuecen todas las historias interesantes, ya lo verás —concluye, guiñándome un ojo.

—Colin, hay que tener cuidado. Ella es profesora de narrativa, pero también es escritora, o eso he oído —comenta Ruth con una sonrisa pícara.

—¡Oh! No os preocupéis. Mi pluma no pretende socavar la ilustre reputación de esta institución —respondo ceremoniosamente, aún sin tener claro si el comentario de Ruth lleva segundas intenciones.

—¡No le hagas caso! —exclama Caroline—. Ruth bromeaba. De todos nosotros, ella es la que más sabe de las intrigas de palacio. Si deseas saber algún cotilleo o quieres conocer el historial de algún profesor, solo tienes que acudir a ella.

—¡Tonterías! ¡Tú eres la reina cotilla aquí! —responde Ruth, lanzando una bola de papel a Caroline, quien acaba riendo a carcajadas.

—No te dejes engañar, Helena —me dice Lindsey, al darse cuenta de mi expresión de

sorpresa—, son todos encantadores. A veces se exceden un poco, pero si necesitas ayuda, serán los primeros en ofrecértela.

—Exacto —corroborra Colin—. No como los *trolls* de matemáticas, que son más agrios que la cáscara de un limón. Míralos —masculla, señalando con su dedo por encima del hombro para no ser visto—, ahí callados, ensimismados en sus platos, conspirando en silencio contra el resto del mundo...

—Preparando sus infames exámenes de integrales y logaritmos neperianos —añade Ruth, empezando a partirse de risa en voz baja—, elucubrando cuál será el resultado de cero elevado a infinito...

Los demás también se ríen y yo no puedo hacer más que dejarme llevar por su humor.

—¿Y la señorita Hannighan no come aquí con vosotros? —pregunto intrigada, recordando lo desagradable que me resultó su acogida.

—No. El personal administrativo come en el ala este —apunta Debra.

—Bueno, el personal administrativo y el estirado de Zack —añade Frank, mostrando su abierta repulsión por mi irreverente superior.

—¡Ah, claro! Al estirado de Zackary Knightley no le gusta juntarse con la plebe —añade Ruth—; ese prefiere ir a hacerle la pelota a la rectora. A saber por qué.

—¿Qué insinúas? —inquieta Caroline a la defensiva.

Por su expresión, parece que a Caroline le cae bien Zack, yo diría que incluso puede que le guste un poco. Aunque parece ser la única, aparte de Lindsey, a juzgar por las caras que le ponen los demás profesores.

—¿Yo? No estoy insinuando nada. Solo digo que Zack llegó aquí hace siete años, pero que parece que lleva aquí veintisiete, dado su fulgurante ascenso. Es muy probable que ese fuera el motivo del mismo, ¿no crees?

—O el hecho de que es un magnífico profesor —arguye Caroline, defendiéndolo—. No vituperes su nombre sin tener base alguna en la que apoyarte.

—¡Uy! ¡Vituperes! ¡Cómo se nota que eres la jefa de estudios! Oyéndote, cualquiera diría que te has criado en la edad media, Caroline —responde Ruth, quien ahora recibe la bola de papel de vuelta en su cara.

Aunque creí que la conversación acabaría en discusión, de repente Caroline se echa a reír y Ruth se le une. Los demás también sonrían ante el espectáculo bochornoso que acaban de presenciar.

—Estáis locas, las dos —añade Colin, sonriendo—. ¿Ves, Helena? En esto nos entretenemos cada día.

—Sinceramente, me parece de lo más inteligente —respondo, sonriendo también—. Creo que un buen ambiente de trabajo lo es todo.

—Sobre todo cuando la mayoría tenemos que convivir a lo largo del semestre. Es lo mejor para estrechar lazos de amistad —comenta Amos.

—¿Pero todos dormís aquí? —inquieta sorprendida.

—No todos, pero sí la mayoría. El transporte público no es muy eficiente en esta zona del Reino Unido y casi todos tenemos nuestros hogares a más de cien kilómetros, así que no nos sale

muy a cuenta volver entre semana.

—Sé de lo que hablas. Por culpa de la deplorable combinación de transporte tuve que retrasar mi llegada un día.

—Lo sabemos, la señorita Hannighan se puso histérica cuando se dio cuenta de que no llegaste el lunes en el autobús de las diez —añade Richard—. Pero no te preocupes —continúa cuando ve mi rostro compungido—, ella siempre está histérica por alguna cosa.

—Sí. Todo la exaspera. No sé cuánto tiempo lleva aquí, pero está claro que ya va siendo hora de que se jubile —añade Lindsey con una mueca de disgusto.

La conversación continúa distendidamente y, al terminar de almorzar, me siento un poco más relajada. Tanto que casi se me ha olvidado el trance por el que tengo que pasar. Al recordarlo, mi rostro se tensa, cosa que no pasa desapercibida para Lindsey.

—¿Qué ocurre? ¿No te han caído bien? —pregunta preocupada, mientras llevamos los platos al mostrador.

—¡No! ¡Al contrario! Me han parecido encantadores, sobre todo Ruth. Debe ser la compañía ideal para salir de marcha. No es eso, es que tengo reunión con Zack en su despacho dentro de diez minutos y estoy un poco nerviosa.

—Entonces, la clase ha ido bien...

—Parece que le ha gustado lo que ha visto. Al menos, eso es lo que me ha dicho al salir —respondo, sintiendo cómo mi estómago se encoge al recordar sus palabras susurradas cerca de mi rostro.

—¿Te lo ha manifestado? ¿En serio? Pues ahora ya sabes. No debes dejarle ganar terreno, Helena. Si le has llamado la atención, y está claro que así ha sido, debes aprovechar la situación. Es difícil coger a Zack en un renuncio, pero te será muy útil haberte ganado su admiración.

—Yo no diría tanto como admiración.

—Cariño, créeme. Esa es la única razón por la que Zachary Knightley se dignaría a manifestarte su aprobación.

Parada frente a la puerta del despacho de Zack, me siento aún más nerviosa que al salir de mi dormitorio para asistir a clase. Soy vulnerable, él me ha oído discurrir y eso me deja expuesta porque ahora sabe más sobre mí que yo sobre él. No me gusta, siento que va a mofarse de mí, que se va a explayar sobre mis defectos. Evidentemente él tiene mucha más experiencia que yo dando clase...

Esta inseguridad no es propia de mí.

Llamo a la puerta, que esta vez sí está cerrada, sintiendo mis latidos acelerados en mi pecho.

—Adelante.

Respiro hondo, acciono el picaporte y entro al despacho de Zack, a este palacio de sabiduría donde se encuentra a sus anchas. El hecho de que esté en su terreno no ayuda a que me sienta más cómoda. Él está sentado tras su inmenso escritorio y, cuando me ve entrar, levanta una ceja y me mira de reojo. Me parece ver una sonrisa furtiva alzando someramente la comisura de sus labios, pero si estaba ahí, ha desaparecido tan rápido como había llegado.

—Siéntese, Helena —me exhorta ceremoniosamente.

Yo obedezco y me siento de nuevo frente a él. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, no sé si está buscando las palabras adecuadas o si, simplemente, desea ponerme aún más histérica de lo que ya estoy. Cuando estoy a punto de hablar para romper el incómodo reto visual, él empieza.

—He intentado encontrar alguno de sus escritos para ir abriendo boca, he buscado exhaustivamente en internet, pero ni rastro. Entiendo que utiliza usted un pseudónimo, probablemente porque no desea que sus conocidos sepan que escribe erótica...

—Escribo con pseudónimo porque lo que he publicado han sido solo pruebas — lo interrumpo a la defensiva—, novelas breves para testear los gustos de mi público objetivo. No me avergüenza escribir erótica, Zack, las personas que me importan saben perfectamente cuáles son mis aspiraciones narrativas.

—La rapidez de su respuesta y la argumentación que ha utilizado me dicen todo lo contrario. Si no se avergonzase del género que ha elegido para expresarse, no tendría tan bien ensayada la retahíla que me acaba de soltar. Esto ha tenido que hacerlo en bastantes ocasiones, está claro que está acostumbrada a tener que defender sus preferencias, Helena.

Aunque me empeño en pensar que no es así, lo cierto es que ha dado en el clavo. La mayoría de las personas que me rodean no aprueban mi elección; a decir verdad, no aprueban casi ninguna de mis elecciones. Pero no soy mujer de dejarme llevar por la opinión de los demás.

—Como es lógico, las personas que te rodean intentan influir en tus decisiones, así que he tenido que defender mi postura en más de una ocasión. Sí, tiene razón, aunque no hay que ser un lince para averiguar que el camino que he tomado no es fácil de justificar.

Él se remueve en su asiento, se apoya sobre el escritorio y se acerca un poco más a mí. Su mirada me escruta, me atraviesa, mi respiración se acelera y yo no puedo hacer nada por evitarlo.

—No me mientas, Helena. No me mientas o lo sabré.

Zack ha elegido tutearme en esta ocasión. Quiere intimidarme, todo él lo desea, y ese deseo se transmite a través de su postura, de su mirada y de su forma de dirigirse a mí. Trago saliva instintivamente. Lejos de intimidarme, este hombre me altera, me enerva, me enciende... bueno, aún no sé qué es lo que provoca en mí, pero definitivamente es desasosegante. Y me arranca el aliento.

—No pretendía mentirle —atino a responder, intentando mantener un tono neutro para no mostrar mis sentimientos—, simplemente no creo que tenga que desvelarle todos mis secretos solo porque vayamos a tener una relación... un poco más estrecha que la estrictamente necesaria entre profesores.

—Pensaba que nuestra relación iba a ser más bien de tutor-alumna...

—¡Oh! ¿Entonces le he impresionado lo suficiente como para considerar continuar con nuestro acuerdo? —respondo con autosuficiencia.

—Creía que lo había dejado suficientemente claro al marcharme de su clase —responde con una sonrisa descarada.

—Quizá sea así según su criterio, pero el resto de los mortales necesitamos confirmación verbal de los pensamientos de la otra persona para estar seguros de sus intenciones.

—Bueno, esa será otra de las lecciones que tendrá que aprender a lo largo de este semestre si

pretende... perturbarme —responde con sensualidad.

—Mis pretensiones están encaminadas hacia algo mucho más elevado que causarle impresión, aunque usted no lo crea, señor Knightly —apunto, subiendo un toque la agresividad de mi tono de voz.

Él se recuesta en su cómoda silla de escritorio y une las yemas de sus dedos bajo su barbilla, mirándome con interés.

—Entonces... ¿va a decirme cuál es su pseudónimo? ¿O prefiere darme alguno de sus escritos para que pueda ir haciéndome una idea? —inquire para reconducir la conversación.

—Tengo distintas cuentas de autor en diferentes plataformas de publicación, pero mi pseudónimo es Helena Woods.

—Claro, debería haberlo imaginado —responde con una sonrisita de superioridad.

—Pero no es necesario que indague más —me apresuro a añadir, empezando a sentirme más y más molesta—. No tengo ningún inconveniente en facilitarle alguno de mis textos impreso. Estoy convencida de que preferirá leer en papel mejor que en formato electrónico...

—Eso por descontado.

—Pues, si tiene algo de tiempo, podemos empezar ahora mismo.

—Preferiría hacerme una idea antes de enfrentarme a la corrección de un género con el que no estoy excesivamente familiarizado.

—Yo también habría preferido no tener que corregir dos escritos de cada alumno al inicio del curso y, sin embargo, he accedido gustosa —respondo, impertinente.

—¡Oh! ¿Le ha molestado que me inmiscuyera en el desarrollo de su exposición? Si es así, le pido disculpas, Helena. —Aunque sus palabras son de disculpa, su tono de voz, la intención con la que las pronuncia, distan mucho de implicar arrepentimiento.

—Para nada. De hecho sabía que no sería capaz de estarse calladito durante más de cinco minutos. No tiene usted la educación suficiente para saber cuándo su opinión sobra, Zack, por muy instruido que sea o por muchos libros que haya devorado en soledad aquí, en su fortaleza inexpugnable.

¡No puedo evitar responder como una adolescente cabreada! ¿Pero qué es lo que me pasa?

Sin embargo, él cambia. Durante unos segundos, veo la duda en sus ojos. Zack frunce el ceño de una forma deliciosa y, aunque es solo un instante, su expresión me muestra su alma. Hay un hombre ahí dentro, lo que ocurre es que está muy, muy escondido.

Y estoy loca por averiguar por qué.

—Lamento haberla importunado —espeta con un tono de voz aún más grave que el habitual —, le aseguro que no era esa mi intención. Lo que le he dicho al salir de clase es la verdad: me ha sorprendido, gratamente. No esperaba que fuese capaz de defender una idea de una forma tan fluida y a la vez tan elegante. He sugerido la tarea porque creo sinceramente que aunque sea buena idea dar libertad a la hora de desarrollar un tema, la labor educativa debe tener como referencia algún texto contrastado, alguna obra de la que conozcamos su alcance. De esa forma, el alumno adquiere cultura, además de técnica. Pero le aseguro que no me esperaba que se manejase tan bien, incluso bajo la presión de saberse observada.

—Examinada. Analizada diría yo.

—Tampoco ha sido para tanto —responde con una sonrisa que, por primera vez, parece sincera.

—Está bien. ¿Quieres decir con todo esto que vas a permitir que desempeñe mi labor según mi criterio? —me atrevo, aprovechando la tesitura.

—Mmmm... de momento estás a prueba. Pero has empezado con buen pie.

—Entonces, permíteme que te traiga una de mis novelas. Demuéstrame que tú también estás a la altura de las circunstancias.

Él me mira desafiante, parece que sopesando la forma en la que quiere conducir la situación.

—No dispongo de un solo minuto esta tarde, pero si no te importa que nos veamos a última hora, estaría de acuerdo en empezar nuestras reuniones sin leer algo tuyo con antelación. Aunque sigo pensando que, debido a mi falta de experiencia en el tema, sería mucho más conveniente poder hacerme una idea antes de entrar en materia.

—Bueno, así estaremos parejos. También será la primera vez para mí.

—¡No me digas que aún no te has expuesto a las críticas de nadie! —exclama, realmente sorprendido.

—Por supuesto que sí. Pero será la primera vez que permita que un erudito con ínfulas opine sobre mis escritos —respondo, apretando mis labios al finalizar la frase para intentar disimular mi risa.

Él mueve sus hombros, intentando no reírse también, sin dejar de mirarme a los ojos. Le ha gustado mi respuesta, eso sí que resulta evidente.

—Eres inteligente, Helena. Solo espero que no dejes de parecérmelo cuando termine el día.

La comodidad que empezaba a sentir se esfuma en un segundo. ¿Qué le pasa a este hombre? ¿No puede dejar de ser un capullo prepotente más de cinco minutos? No puedo evitar que mi disgusto se refleje en mi expresión. Sí, es un defecto de fábrica. Soy transparente.

—Espero no decepcionarle, señor Knightley.

—¡Vaya! ¿Ahora que vamos a empezar a intimar has decidido dejar de tutearme?

—Cuando he comprobado que la cordialidad no es uno de sus puntos fuertes es cuando he decidido que no merece que yo se la brinde —respondo, con un punto de indignación.

—Señorita Falcon, ya le dije que sería difícil deslumbrarme. Debería contentarse con los avances que ha obtenido esta mañana en lugar de empezar a comportarse de nuevo como una chiquilla obstinada, deseosa de llamar mi atención. No es tarea fácil, le recomiendo que desista en su empeño y se limite a aprovechar mis conocimientos en su favor.

—Descuide. Eso es precisamente lo que pienso hacer —respondo. Mi indignación ha empezado a tornar en enfado—. Y ahora me marcho, sé que tiene usted una vida muy ocupada y a mí tampoco me falta el trabajo. Buenas tardes, señor Knightley.

—Nos vemos aquí a las siete. Y no se olvide de traer dos copias de lo que sea que vaya a darme para empezar con la tediosa tarea de intentar demostrarme que es usted digna de ser comentada en una clase de narrativa actual.

Aunque su tono es parsimonioso y no ha levantado la voz, sus palabras son como un latigazo sobre mi piel desnuda. Me levanto de la silla con prisa y, en plena apoteosis iracunda, me golpeo la rodilla con la pata del precioso escritorio. Ahogo una exclamación de dolor, pero me pongo

derecha rápidamente y me dirijo hacia la puerta, intentando desesperadamente mantener la poca dignidad que me queda. Zack me mira divertido, pero permanece en silencio para no dejarme aún más en ridículo.

Cuando salgo al pasillo y cierro la puerta tras de mí, no puedo evitar dejar escapar un gruñido de exasperación. ¿Por qué diablos tiene que ser tan borde? ¿Es que recibió clases de impertinencia como parte de su estricta crianza británica? ¡Maldita sea la hora en la que se me pasó por la cabeza que él fuese el elegido para contrastar mis textos! ¡Este semestre va a ser un infierno si él sigue así!

Cojeando y maldiciendo a cada paso, me dirijo a mi habitación que está ubicada en la planta superior. Necesito darme una ducha para relajar los ánimos. Una vez dentro, dejo que el agua ardiendo se lleve toda mi frustración y empiezo a repasar mentalmente cada una de mis historias para decidir cuál de ellas sería la más adecuada para empezar con mi proyecto de re-educación de esta persona. Porque sí, eso es lo que va a ser esto. Él cree que va a aportarme maestría en el estilo, en la técnica, puede que incluso crea que en lo que a expresión de los sentimientos se refiere. Lo que no sabe es que yo voy a utilizar estos ratitos para dejarlo pasmado, boquiabierto. No sabe con quién se está jugando los cuartos, se va a enterar.

Salgo de la ducha bastante más animada, abro mi portátil y voy a la carpeta de las novelas. Elijo uno de los archivos, selecciono unas veinte páginas y le doy a imprimir. Dos copias.

La llama escondida. Ese será mi relato para esta noche.

Capítulo 6

Helena Woods

Aunque le he dicho que voy a esperar hasta esta noche, tal y como sale de mi despacho me lanzo a la búsqueda de sus escritos. Sé que he sido muy desagradable, pero no veía la hora de que se marchase para poder descubrir si la seguridad con la que se ha desenvuelto en la clase también se deja entrever en sus novelas.

Estoy loco por leer.

—Señorita Hannighan —empiezo, cuando ella descuelga el auricular—, no voy a estar disponible durante el resto de la tarde. Me he topado con un pequeño problema que debo solventar lo más rápido posible, así que le rogaría que se abstuviese de pasarme ninguna llamada.

—Descuide, señor Knightley —responde la señorita Hannighan, un tanto sorprendida por la extraña petición.

Sé que no era necesario hacer esto, pero no quiero que nadie me interrumpa. Necesito saber más, necesito continuar estando al mando de la situación porque me doy cuenta de que la rival está más que a la altura de esta contienda. Y porque sé que en su terreno tengo muy poca experiencia.

Ayer por la tarde me dediqué a leer erótica actual, solo por encima, y aunque encontré algunas novelas interesantes, la mayoría eran burdos intentos de despertar libidos ansiosas. No hay trabajo de fondo, se centran en lo fácil, en los instintos más básicos y en las situaciones más sencillas. Y eso es muuuuy aburrido. Sé que no soy el público objetivo de estos escritos, pero bueno, no he sido yo quien ha elegido la temática.

Continué con la romántica de los años setenta, centrándome en la británica. Ahí encontré algunas cosas bastante interesantes, pero no explícitas. Bueno, alguna que otra tiene un poco más de picante, pero intuyo que no es este el estilo de Helena. No lo sé, por eso no puedo esperar a comprobarlo.

Entro en *Azone*, lo conozco muy bien. Hay un poco de todo, pero abundan los relatos que mezclan estilos de diversa índole. Me alucina descubrir cómo funciona la imaginación de las personas, he de reconocer que he encontrado auténticas joyas en esta plataforma. Joyas que, lamentablemente, no saldrán de aquí, probablemente debido a que sus autores no tienen interés en seguir escribiendo porque saben lo difícil que es conseguir que alguien te lea, que valore tu potencial. Aunque creo que es precisamente esa falta de deseo por vivir de escribir lo que consigue narraciones tan espontáneas y chispeantes, esos guiones plagados de sorpresas y giros que, en muchos casos, nos dejan marcados para siempre. Alguien debería sentarse e indagar entre todos estos autores, proponerles un tema, ayudarles a despuntar. Pero claro, la escritura está en decadencia, y no digamos la lectura. Hoy en día es mucho más fácil y llamativo dejarse llevar por los atroces reclamos de

internet y por las series y películas facilonas que pueblan las plataformas más importantes.

Pero bueno, no estoy aquí para juzgar ni para cambiar el mundo, estoy aquí para buscar a Helena Woods y no tardo más de diez segundos en encontrar su perfil.

Helena Woods escribe romántica-*spicy*.

Esta es la conclusión a la que llego después de leer su escueta presentación. Bien, está claro que no quiere decir mucho de sí misma. Veamos entonces qué cuentan sus historias.

Pulso en el enlace que me lleva a su colección de obras “publicadas” y me encuentro con un número considerable de relatos cortos y un par de novelas. Todas tienen bastantes valoraciones, la mayoría positivas, pero hay que tener en cuenta que los lectores seleccionan las historias por temática, así que es fácil conseguir aceptación en este caldo de cultivo. El perfil lleva activo bastante tiempo, más de cinco años, está claro que no es una novata. Me llaman la atención algunos títulos de sus relatos cortos, pero me voy directo a las novelas, que además son las más recientes. No me interesa mucho ahora mismo conocer cuál era su estilo en sus inicios.

La casa del lago.

Hmmm, veamos que hay en la casa.

Tras unos veinte minutos de lectura profunda, puedo decir que el estilo narrativo es extremadamente ágil, sincero y directo. Es fácil de leer aunque no es simple, para nada. La historia, con tintes policíacos, resulta interesante, pero aún no ha tocado el tema por el que estoy aquí. Aunque lo que me apetece es saber cuál será el próximo paso en la investigación, ya que Helena me ha tenido intrigado a lo largo de la narración incluso sin desear adentrarme mucho en la historia, creo que es el momento de entrar en materia.

Empiezo a avanzar más rápidamente, buscando ese primer encuentro en el que “los amantes” se dediquen a desnudarse mutuamente, por decirlo de forma elegante; pero no es hasta el capítulo dieciocho que empieza a vislumbrarse la situación: la pareja protagonista, abocada a investigar el caso de una muerte ocurrida en extrañas circunstancias, ha empezado a intimar debido a experiencias pasadas comunes y, tras unos días frenéticos durante los que han compartido demasiadas horas, un dedo de Lee ha rozado los rizos de Kyle, aparentemente sin pretenderlo. Lo más natural sería, dado lo poco que se conocen, que se limitaran a besarse, a manosearse un poco... pero no. Por supuesto que no.

Bueno, vamos allá. Seguro que esto va a ser la orgía del siglo.

Lee y Kyle se miran a los ojos y no pueden evitar besarse apasionadamente. Hasta aquí, todo perfecto. Ahora Kyle le da la mano y la dirige escaleras arriba, buscando intimidad. No quiere tomarla en medio del salón, su relación va mucho más allá, eso me ha quedado claro. Al llegar al dormitorio principal, Lee arrasa sus ojos con su mirada ardiente, llena de deseo, y empieza a desnudarse para él...

“Ella está lista, ha estado esperando este instante desde que lo vio llegar con sus vaqueros oscuros y su mirada perdida. Su ansia no solo se debe a lo que él provoca en ella, sino a un compendio de necesidades no atendidas, de expectativas frustradas, de deseo de sentirse importante para alguien. La forma en la que Kyle la mira con adoración la enciende, la hace sentir poderosa e inflama su deseo.

—Lee, eres preciosa —susurra él, loco por tenerla entre sus brazos.

—Ven aquí, tócame. Siénteme esta noche, quizá mañana no esté aquí...

Se besan de nuevo, sus labios se deslizan sobre los del otro con un ardor desconocido, impensable para ellos. Ambos con mentes tan analíticas, ambos tan alejados de esa pasión

visceral que están empezando a sentir por primera vez en este marco tan extraño que es la investigación de un crimen brutal y que, probablemente, sea el detonante de que se entreguen tan alegremente a sentirse el uno del otro, aunque solo sea por una noche...”.

No puedo dejar de leer, me parece muy sugerente la forma en la que Helena expresa el sentir de dos personas que no son especialmente fogosas, cómo el deseo que sienten por el otro trasciende las páginas del texto. Soy capaz de ver los ojos de Lee ardiendo por ser tocada y también soy capaz de sentir la necesidad irrefrenable de Kyle por meterse dentro de su cuerpo, como Helena está narrando justo en este instante...

“Desnudos por fin, Kyle pasea las yemas de sus dedos sobre la piel de sus preciosas clavículas, asombrado por su extrema suavidad. Ella ahoga un sollozo al sentir cómo él la toca y no puede evitar acercarse más, anhelando su pasión, deseando que termine con el análisis de su figura y que se deje ir por fin, que la colme con su cuerpo...”.

Dios.

No.

Me estoy... ¡empalmando!

¡No! ¡Joder!

Me retiro del ordenador como si quemase y me quedo mirando la cremallera de mi pantalón, que luce bastante abultada. Y no es que la tela me haga “bolsa”, es que mi erección es tan evidente que tropieza con mi bragueta. Entonces me doy cuenta de que mi respiración se ha acelerado, no sé si debido a la sorpresa de verme excitado o a la excitación en sí. No, no pienso permitir que esto me ocurra, ¡es solo un puñetero texto de escuela, joder! Cruzo las piernas en un intento desesperado de conseguir que esto que tengo entre las piernas vuelva a un estado normal y pueda seguir leyendo, pero tras un par de minutos, compruebo que no sirve de nada.

Me levanto de la silla indignado, salto un poco a ver si así se me quita de la cabeza la imagen de Lee desnuda anhelando que Kyle la penetre, que se hunda en su cuerpo, que...

¡Basta!

No, no pienso masturbarme.

Me dirijo a la ventana buscando algo de consuelo en el exterior. No me gusta masturbarme, solo lo he hecho en contadas ocasiones, cuando la rigidez era tal que no me dejaba pensar, pero nunca debido a algo que hubiese visto o sentido. Cuando mis inoportunas erecciones han tenido que ser sofocadas, siempre ha sido debido a una necesidad fisiológica, a lo que es específicamente la necesidad de vaciar... bueno, eso. Pero ahora mi libido acompaña a mi cuerpo, las imágenes que ella ha recreado en mi mente son las que han provocado este estado en el que me encuentro. No me gusta, no me gusta perder el control de esta manera.

Vuelvo a la silla, estiro mis piernas sobre el escritorio y me quedo mirando al techo, pensando. ¿Puede ser que el hecho de saber que ha sido ella quien ha escrito esto sea lo que me excite? Desde luego, no puedo decir que no sea una chica bonita, lo es. Bueno, es más tozuda que bonita, pero es muy inteligente. Y atrevida. Sí, y lista como el hambre, es mucho más lista de lo que yo pensaba. Quizá la he subestimado, quizá me he topado con alguien digno de mi compañía, de mis enseñanzas. Sí, puede que sea eso, no tiene nada que ver con que ella me resulte atractiva.

Aunque lo es, no puedo negarlo. Muy atractiva y preciosa, a quién pretendo engañar.

Parece que ya estoy más calmado, mi erección ha disminuido considerablemente... sí,

creo que ya puedo retomar el texto sin miedo a dejarme llevar.

“—Estoy loco por tenerte, Lee. No sé qué me ha pasado contigo, solo sé que no puedo esperar más...

Kyle la alza entre sus brazos y Lee rodea su cintura con sus piernas. Kyle se aferra a sus glúteos, esos glúteos divinos que han llamado su atención desde el primer día, y empieza a masajearlos con ganas. La lleva hasta la pared sin dejar de morder sus labios ni de jadear sin cesar. Ella enreda sus dedos en su pelo para obligarle a bajar la cabeza y meterse un pecho en la boca.

—Kyle... hazme tuya...

—Joder, Lee...

Preso de la impaciencia más deliciosa, Kyle se agarra la base del pene para dirigir su erección entre los húmedos pliegues de su sexo, que lo espera anhelante. Y cuando la punta de su deseo encuentra el acceso y empieza a penetrarla, ninguno de los dos puede sofocar una exclamación de complacencia, de expectativas cumplidas.

—Oh, Kyle...

—Deberíamos... deberíamos ponernos...

—Sí, ahora. Pero quiero sentirte, solo una vez, necesito sentir tu poder en lo más profundo de mi cuerpo, necesito saber que estás aquí, que no vas a salir corriendo...

Ella empieza a moverse, a arquearse hacia él aún sin tener dónde apoyarse, provocando que su miembro se adentre cada vez más en su sexo empapado. Con cada círculo que dibujan sus caderas, el placer se redobra. Kyle ya ha perdido la noción de sí mismo y hunde su cabeza entre sus pechos, obnubilado por su aroma, por cómo su cuerpo se cierne en torno a su vibrante deseo. Entonces la embiste con fuerza, llegando al fondo de una sola vez...”

No puedo más. No puedo seguir con esto.

Cierro el portátil de un golpe. ¡Es absurdo! ¡Estoy leyendo una escena porno y estoy excitado! ¿Pero qué cojones me ocurre? ¡Es porno, Zack! ¡Porno! Sin embargo, sé que no lo es, que esto que ella describe es lo que el sexo debería ser, esa unión perfecta entre dos personas que se traduce en sentimientos desbocados, en necesidad, en expectativas, en cumplimiento de deseos. Yo nunca lo he experimentado, pero algo me dice que esto que estoy leyendo es real, que proviene de la experiencia, que Helena ha sentido esa unión, esa necesidad... y que es una maestra explicándose.

Miro de nuevo a mis pantalones, que están a punto de estallar, reconociendo a mi pesar que mi excitación oculta... deseo.

¡Maldita sea! ¿A qué viene esto? ¡Debería tener un poco de más control a estas alturas, joder!

Mi tren de pensamiento continúa intentando localizar el origen de esta desazón y me doy cuenta de que estoy enfadado, de que tengo ganas de estrangular a alguien y de darle una patada al ordenador. Pero no es nada de eso, es solo que estoy excitado y no tengo ni la más remota idea de cómo sentirme al respecto... ni de cómo hacer que esto que se alza aquí abajo vuelva a su estado normal.

Bueno, sé cómo, pero no quiero tener que hacerlo.

¡Por Dios bendito! ¡Tocarme en la universidad! ¡En mi despacho! ¡Y en medio de las horas de trabajo!

Me quedo mirando hacia la puerta y recuerdo cómo se ha marchado hace solo un par de

horas. Entonces, vuelco toda mi frustración en ella. Sí, ella es la culpable. Ha tenido que venir precisamente a Alnwick a impartir narrativa actual, ¡ha tenido que elegirme precisamente a mí para corregir sus novelas!

¿O he sido yo quien me he ofrecido?

No lo sé, ahora mismo no lo recuerdo. Solo sé que ella es la culpable de este desconcierto que me domina y no pienso permitir que esto ocurra ni una sola vez más. Ahora sé a lo que me enfrento y tengo todo el día para crear mi muralla, mi fortaleza inexpugnable como ella ha dicho, y también para trazar mi plan de ataque. Sí, solo tengo que centrarme en las palabras, en las expresiones, nada de dejarme llevar por la historia ni por los sentimientos que esta esconde.

Helena Falcon, prepárate, porque no te haces una idea de a lo que te enfrentas.

Con una sonrisa triunfante en mis labios, vuelvo a mi silla, abro internet y busco en Google cómo conseguir bajar una erección sin descarga asociada.

Capítulo 7

La llama escondida

Cuando entro en su despacho de nuevo, aún no han dado las siete. Entro sin llamar, supongo que me estará esperando, pero sobre todo lo hago para desconcertarle desde el principio. Y eso es exactamente lo que consigo. Zack gira la cabeza con una expresión de desagrado que no me pasa desapercibida, aunque él intenta corregirla en cuanto se da cuenta de que ya es casi la hora de nuestra “clase”. De un solo golpe, cierra el portátil en el que leía algo justo antes de que yo llegase y, una vez que se asegura de que no puedo ver qué era lo que lo tenía tan enfrascado, vuelve a mirarme con el ceño fruncido, como esta mañana.

Me resulta absolutamente delicioso.

—¿Ahora entras sin llamar? —pregunta con su habitual tono lúgubre.

—¿Por fin vas a tutearme? —respondo con una media sonrisa, sabiéndome ganadora de este primer y breve asalto.

—He decidido que, en esta nueva tesitura, será mejor que te tutee.

—¿Para que sea más evidente la posición de superioridad del maestro sobre su alumna? —apunto con picardía.

Él esboza una sonrisa con la comisura de sus labios y entorna los ojos.

—Para que nos resulte más cómodo hablar de tu desempeño lingüístico —responde con intención.

—Está bien, me parece una excelente idea si yo también puedo tutearte.

—No creo que hayas necesitado en ningún momento mi aprobación para hacerlo; es más, no creo que la hayas buscado, siquiera.

—Veo que nos vamos entendiendo —respondo alzando mis cejas y con una mueca de satisfacción en mi rostro, mientras tomo asiento frente a él en la que ya es mi silla habitual.

Zack se reclina sobre el respaldo de la silla, me doy cuenta de que lo hace cuando quiere cambiar de tema y pretende tomar las riendas del asunto.

—¿Cómo se llama el relato que vamos a leer? —pregunta, yendo directo al grano.

—*La llama escondida*. No está publicada en ningún sitio, así que no habrás podido encontrarla.

—No he tenido tiempo para buscar, aunque tenía pensado hacerlo. Pero ha surgido un imprevisto y no he podido prepararme —responde con rapidez—. ¿Has traído dos copias, como te pedí?

—Por supuesto. Aquí tienes la tuya. —Zack coge los folios que le entrego y, por primera vez, no me mira a los ojos tratando de intimidarme; de hecho, no me mira. Se centra en las páginas y

no soy capaz de vislumbrar ni un solo gesto de desdén o superioridad—. ¿Prefieres leerlo tú o...?

—Déjame unos minutos para hacerme una idea general —me interrumpe.

Durante los siguientes cinco minutos, Zack corretea con su penetrante mirada sobre los párrafos de mis capítulos. Está haciendo una lectura rápida y yo no puedo quitarle la vista de encima. Me esfuerzo en buscar cualquier expresión de su rostro, pero descubro que cuando está concentrado resulta completamente impenetrable. Sin embargo, cuando llega casi al final, veo cómo sus cejas se elevan imperceptiblemente. En ese instante, Zack desvía su mirada fugazmente para clavarla en la mía y observo encantada cómo sus ojos han empezado a tomar ese color esmeralda que sé que es sinónimo de interés. Rápidamente, Zack vuelve al texto y lo termina de leer en un minuto.

—¿Y bien? —pregunto pasados unos segundos, deseosa de conocer su opinión.

Él me mira de nuevo y, aunque el verde intenso ha desaparecido, aún brilla en sus ojos esa llama que los enciende y los hace mudar de tonalidad.

—¿Quieres que te dé una opinión? ¿Es eso lo que buscas en mí?

Yo lo miro extrañada. ¿No es correcto? ¿No debería decirme qué es lo que piensa antes de empezar a desmembrar el escrito?

—Supongo que sería lo más adecuado. Valoraré muy en serio tus consejos, pero me encantaría poder tener también tus opiniones.

—En primer lugar, no soy tu público objetivo, por lo que mi opinión tiene que significar poco o muy poco para ti; en segundo lugar, no tengo suficiente material para poder valorar todo un trabajo; y en tercer...

—Solo dime si te gusta.

Zack se queda mirándome con los labios entreabiertos, sorprendido. De nuevo se reclina sobre el respaldo de la silla, pero ahora está sopesando su respuesta. Creo que soy capaz de ver cómo los engranajes de su cerebro se mueven a toda velocidad.

¿Qué pasa? ¿Nadie le ha pedido una opinión personal antes?

—El estilo es sencillo. Presentas la situación de forma escalonada, buscando crear expectación en el lector. Lo poco que he podido ver de los personajes, me habla de...

—Te he preguntado si te gusta. Luego podremos continuar con el análisis —lo corto, intentando no perder la ventaja que, sin pretenderlo, acabo de conseguir.

—En principio, está bien. Si la pregunta es si me apetecería continuar leyendo, la respuesta es sí. —Sonrío, muevo la cabeza de lado a lado y él frunce el ceño, inseguro—. ¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Nada, que eres un poco difícil, por decirlo de alguna forma.

—Sí, ese es el adjetivo que suelo escuchar más a menudo. Pero Helena, aquí no hay ninguna escena erótica. Se supone que íbamos a abordar el género al que te dedicas, pero lo que he leído no es más que un día normal en la vida de una muchacha y de sus dos amigas, que están un poco locas, por cierto.

—Quería hablar sobre mi estilo en general en primer lugar.

—¿Y qué tiene eso que ver con no haber traído una parte más... explícita? —inquire cortante.

— No pretendía exponerme tan fácilmente, precisamente porque sé que no eres mi público objetivo —apunto con intención—. Necesitaba saber en primer lugar si mi forma de escribir era lo suficientemente interesante para ti.

—Lo es —espeta con rapidez—, pero quiero ver cómo desarrollas aquello en lo que te has especializado. No en vano eres profesora en esta universidad, ya contaba con que tus escritos serían medianamente decentes —comenta con su habitual desdén—. Así que, ¿has traído algo más?

—No. No pensaba que pasaríamos tan rápidamente a la segunda parte —respondo, un poco desconcertada.

Zack respira hondo y continúa.

—Mi labor no es darte una opinión, estamos aquí para corregir tu estilo, Helena.

—Si no soy capaz de enganchar al lector, puedo tener el estilo más maravilloso del universo que nadie llegará a conocerlo porque no me darán la oportunidad de seguir contándoles mi historia. Estoy intentando competir en un mundo en el que la inmediatez campa a sus anchas, así que necesito saber si te gusta lo que lees, además de escuchar cómo vuelcas toda tu sabiduría sobre mi trabajo.

—A mí me da igual la inmediatez a la que se supone que tus escritos van a tener que someterse. Pienso que la literatura requiere su tiempo, tiempo para asimilar el mensaje, para deleitarse en las palabras escogidas, para intentar adivinar el ánimo del autor mientras escribía un pasaje concreto. Yo no busco que una novela me enganche en los tres primeros capítulos como si fuera una serie de *Netflix*, yo me enamoro de una novela cuando consigue que me evada de la realidad, cuando me transmite algo, cuando me hace desear más. Solo entonces se produce la magia, esa magia que te atrapa y que hace que te olvides del reloj, de tus tareas pendientes, de tus obligaciones. Así que, si lo que pretendes es que te diga cómo crear un momento de tensión para mantener en vilo a tu lector, lo mejor será que dejemos esto aquí. Estoy seguro de que esa técnica la tienes más que dominada.

—No. Quiero que me ayudes a... brillar.

Me sale del alma porque es la verdad. Algo me dice que él conseguirá que mis historias refuljan como la luz del sol. Lo sé porque hacía mucho tiempo que no encontraba a alguien que me retase, que estuviese a la altura de mis expectativas a tantos niveles. Me tiene encandilada, pero también sé que las personas como él son las que sacan lo mejor de mí.

Y eso es lo que más deseo.

—Está bien. ¿Me muestras entonces lo que escribes y dejamos a un lado las formalidades que seguro tienes bajo control?

—No he traído nada más impreso, pero si quieres, puedo leerte algo.

Él alza una ceja y me mira suspicaz.

—¿No puedes dejarme tu portátil para que yo lea?

—¿Leerás tú en voz alta?

—No será necesario.

—No sabré qué es lo que estás leyendo, entonces.

—Estoy seguro de que te conoces el capítulo de memoria, como cada uno de todos los que

has escrito —responde tozudo.

—Está bien —acepto finalmente—, pero... ¿puedo sentarme a tu lado para poder, al menos, seguir la lectura?

—Mmmm... de acuerdo. No tengo inconveniente.

Me quedo parada sin saber si debo ser yo la que mueva la silla en la que estoy para sentarme a su lado o si será él quien se acerque a mí. Al ver que él no parece tener intención de moverse, hago lo primero. Casi arrastro la pesada silla hasta el otro lado del escritorio y tomo asiento.

Al alargar el brazo para girar el portátil hacia nosotros, percibo su aroma por primera vez. Es sutil, pero extremadamente masculino. Lleva agua de colonia, no es persistente, solo lo suficiente para hacerse notar. Zack huele a cítricos, a madera, y su ropa aún huele un poco a suavizante, ese con aroma de brisa marina o algo similar.

Me encanta.

Mientras el documento se abre, siento que él me mira de soslayo, quizá un poco incómodo debido a mi cercanía. He de reconocer que estoy aprovechándome de la situación, pero es cierto que necesito poder leer a la vez que él lo hace y para eso necesito estar cerca.

Bueno, quizás no tanto.

—Ejhmm... ¿queda muy lejos el capítulo que vamos a leer de los que me has dejado antes? —pregunta tras carraspear sonoramente.

—No. El primer encuentro... íntimo ocurre tres capítulos más tarde.

—Vaya, pues sí que tenían prisa Carla y John —comenta con un deje de ironía.

—En esta novela, el sexo es más principal que en otras que he escrito. Como habrás adivinado, los protagonistas no se soportan y la cosa no hace más que empeorar. Sin embargo, la atracción entre ellos nace de forma inmediata, por lo que decidí que la pasión se desfogase también rápidamente antes de adentrarme más en la verdadera trama de la historia.

—Un *enemies to lovers*, entonces.

Me deja de piedra. Me quedo mirando su perfil, totalmente sorprendida.

—Pensaba que no tenías ni idea de romántica actual...

Zack gira su cabeza hacia mí y me mira con complicidad. Yo contengo el aliento, embriagada por su aroma, por la deliciosa sensación de tenerlo tan cerca, de ser su foco de atención.

—Me subestimas, Helena. No deberías hacerlo.

Al escuchar su voz, tan grave, tan sensual y tan cerca de mi rostro, siento un cosquilleo atravesando toda mi espalda, un cosquilleo que me recorre y que se detiene en el centro de mi femineidad.

Creo que me voy a mojar.

Sí, eso es exactamente lo que está pasando.

¡Ufff!

Y sin más, él gira su cabeza y empieza a leer.

A medida que vamos avanzando, siento cómo me sonrojo. Quizá no ha sido tan buena idea hacer esto, Zack debe estar pensando que soy una cría, una adolescente cachonda que se pone escribiendo escenas subidas de tono y que pretende esconder tras la trama de la historia el deseo

del que es presa. Giro mi cabeza y me detengo en su perfil mientras observo cómo sus ojos navegan por mis frases. Y sin saber cómo, olvido el pudor. Su nariz es preciosa, es aún más grande vista de cerca, mucho más atractiva de lo que pensaba; sus labios, gruesos y bien hidratados, resultan muy apetecibles desde donde me encuentro. Labios hechos para besar y ser besados, o mejor, mordidos suavemente. No puedo evitar mordirme el mío propio mientras permito que las imágenes de cómo deben sentirse sus besos invadan mi mente.

Y vuelvo a mojarme.

—¿Podemos pasar a la siguiente página? —pregunta con frialdad, sacándome de mi ensoñación de repente. Y sin mirarme a los ojos.

¡Joder!

—Ssssí, sí. Leo bastante rápido.

—Teniendo en cuenta que lo has escrito tú... —apunta, volviendo al tono irónico.

Me siento pequeña otra vez y me obligo a centrarme en el texto y a no volver a mirarlo. Aunque la tarea es una absoluta tortura. Cuando él llega a la última página del capítulo, justo cuando los amantes se rinden al placer más exquisito, no puedo evitar mirarlo de nuevo, esta vez con más disimulo. Pero ahora es su cuello el que llama mi atención poderosamente. Veo cómo su mandíbula se tensa, él está apretándola inconscientemente. Puedo sentir cómo su pulso se acelera, su aroma se intensifica un poco más y creo que me estoy mareando.

Me muero por darle un mordisco a ese cuello...

—Ya he terminado —susurra, segundos más tarde.

Él se reclina en el respaldo una vez más y yo me retiro para poder empezar la conversación, aunque no sé si seré capaz de mediar palabra ahora mismo, dada mi inesperada excitación.

—¿Qué... te ha parecido? —insisto en mi pregunta.

—Intenso. Caliente. Real.

Su voz suena un poco quebrada y Zack no me mira, sigue escrutando el documento de word, incluso mueve el cursor para volver una página más atrás. Parece que le ha... ¿gustado?

Desde luego, ¡a mí me han vuelto loca esas tres palabras!

—Eeh... ¿eso significa que está... bien? —me atrevo.

—Eso significa que, como suponía, tengo que tomarme un tiempo de reflexión. Ya le dije que necesitaba hacerme a la idea de lo que iba a leer antes de empezar con las correcciones. Pero, a priori, puedo decirle que no es esto lo que me imaginaba. Es usted muy explícita, podría decir que describe usted el acto sexual paso a paso, casi como si fuese un manual, pero totalmente desprovisto de rigor científico. Usted siente lo que escribe y eso es una excelente baza para gustar, como usted desea.

¿Y por qué vuelve a llamarme de usted? ¿Por qué no me mira a los ojos? ¿Está... nervioso?

¿Puede ser que...?

¡No! ¡No me lo creo!

Durante una fracción de segundo, deslizo mi mirada un poco más abajo, intentando que él no se percate, y descubro con placer que Zack está duro como una roca bajo esos pantalones de vestir que tanto me gustan.

¡Dioooooos! ¡Síííí!

Venía con la idea de conseguir que se rindiera a mi narración, ¡pero jamás pensé que lograría esto! A duras penas, oculto mi satisfacción y me esfuerzo en continuar la conversación para no entrar en detalles.

—Bien. Empecemos con el análisis, pues.

Zack cierra el ordenador y gira su cabeza para mirarme a los ojos. Sí, verde esmeralda de nuevo.

—Señorita Falcon, me temo que tendremos que posponer el análisis para mañana. Se ha hecho muy tarde y creo que ahora mismo no sería capaz de puntualizar todo lo que me gustaría. Hay varios errores reiterados en ambos escritos que me gustaría comentar, así que, si me lo permite, nos vemos mañana a la misma hora y así podré reposar todo lo que he leído y realizar el análisis exhaustivo que sin duda su trabajo merece.

Eso, en mi idioma, significa: márchate, que tengo un calentón que no me permite pensar con claridad.

Y me pongo a cien.

—Está bien —acuerdo, pero solo porque sé que él no está en condiciones de darme una respuesta a la altura.

No quiero forzar la situación y además yo también necesito un poco de aire. Respiro hondo, asiento y me levanto de la silla con un contoneo de cadera que no sé cómo me atrevo a llevar a cabo. Será porque lo que me apetecería, en lugar de marcharme, sería lanzarme a morder esos labios pecaminosos que me llevan llamando un cuarto de hora.

—Nos vemos mañana, señor Knightley —suelto, haciendo hincapié en lo llamativo que me ha parecido que haya dejado de tutearme.

—Que descanse, señorita.

Cierro la puerta tras de mí al salir y no puedo evitar que una sonrisa inunde todo mi rostro. He ganado, por goleada.

Y mientras vuelvo a mi dormitorio, imagino la ducha taaaan excitante que voy a darme...

Capítulo 8

Resaca lectora

Por desgracia, me temo que la ducha va a tener que esperar. Al girar la esquina para subir las escaleras hacia los dormitorios de los profesores, la señorita Hannighan, a la que he conseguido evitar hasta ahora, me espera junto a mi puerta.

—Señorita Falcon, sígame —me suelta sin la más mínima cortesía.

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras intento alcanzarla.

¡Cuánto corre esta mujer para tener doscientos cincuenta años!

—La rectora Viedman quiere verla en su despacho.

—¿Tan tarde? —pregunto extrañada.

La señorita Hannighan se detiene de repente y yo tengo que hacer un esfuerzo por no tropezarme con ella, tan rápido era el paso con el que la seguía.

—A la hora a la que usted ha terminado su... clase de apoyo —responde con malicia—. La rectora trabaja hasta muy tarde los miércoles, eso juega en su favor.

—Disculpe, señorita Hannighan, pero yo no...

—Señorita Falcon, no es de mi incumbencia lo que usted haga con su tiempo libre, no estamos en una escuela de primaria. Solo espero que tenga a bien comportarse como es debido y no vuelva a saltarse las normas de la universidad. Y ahora apresúrese, no tengo todo el día.

Bajamos a la planta baja del señorial edificio por la escalera lateral, la única que conozco hasta ahora. La señorita Hannighan cruza el *hall* gigantesco para subir por la escalera principal, preciosa y mucho más amplia, y yo la sigo apresuradamente. Me queda claro al acceder a la primera planta que la zona central del edificio es la más antigua y, por lo tanto, la más elegante. Justo al terminar de subir la escalera, nos detenemos frente a una puerta doble bastante grande y la señorita Hannighan llama a la misma con sus nudillos.

—¡Adelante! —se escucha una voz cantarina desde dentro.

La señorita Hannighan abre las puertas empujándolas con ambas manos y se adentra unos pasos en la inmensa habitación. Yo me quedo en el umbral, totalmente anonadada, paseando mi curiosa mirada por cada rincón.

El despacho es imponente, de decoración un tanto recargada ya que alberga toda clase de ornamentos y cornucopias desde hace siglos, así como volúmenes y más volúmenes de libros de todos los tamaños. El techo, que queda a más de cuatro metros por encima de mi cabeza, está coronado por un *Gloria* de estilo renacentista, claramente pintado en el siglo diecinueve, pero igualmente precioso. Una gigantesca lámpara de araña cuelga del centro del mismo, convirtiéndose en la iluminación principal de la impresionante habitación, iluminación que se ve

acompañada solamente por el flexo de principios de siglo que reposa sobre el escritorio de la rectora, cual silencioso ayudante.

—Rectora Viedman, aquí tiene a la señorita Falcon. Yo ya me marchó, si no le importa.

—¡Claro! Gracias, Edna. Nos vemos mañana —responde la señorita Viedman a la vez que se levanta de su asiento—. ¡Por fin nos conocemos, señorita Falcon!

A medida que se acerca a mí para saludarme, me fijo en lo elegante que es la mujer que tengo frente a mí. Es aún muy bella, incluso aunque la lozanía de la juventud hace ya tiempo que abandonó su rostro. La señorita Viedman lleva su cabello rubio recogido en un precioso moño italiano y me sonríe con sinceridad. Inmediatamente me siento cómoda y le devuelvo la sonrisa.

—Encantada de conocerla, rectora Viedman.

—El placer es todo mío. Sus referencias hablan por usted, señorita. Conozco personalmente a los Hightower de Londres y no han dejado de elogiar su capacidad como profesora.

—¿Los Hightower le han hablado de mí? —pregunto extrañada.

—Sí. Me dijeron que había sido usted tutora de sus hijas durante los últimos tres años.

—Así es. Me dediqué a ayudarles con las materias de lingüística.

—Sí. Sé que estudiaron Filosofía en Cambridge, ahora se ha puesto muy de moda.

—El mundo necesita pensadores para poder empezar a recomponerse —añado.

—No puedo estar más de acuerdo, señorita. Aquí en Alnwick abogamos por las letras, como ya sabrá usted, así que cuando recibí su propuesta me pareció de lo más innovadora y la acepté encantada. Necesitábamos un soplo de aire fresco y creo que es usted la persona más indicada para empezar la profunda renovación a la que pretendo someter al departamento de Literatura.

—Me halaga usted, señorita Viedman.

—Nada de halagos, es la verdad. Sabe que está usted a prueba este semestre, pero si todo resulta como espero, el plan de estudios mejorará bastante de cara al próximo curso. Tengo muchas esperanzas puestas en usted, señorita. Deseo averiguar hasta qué punto podemos actualizar la imagen de Alnwick de cara al resto del Reino Unido. La verdad es que necesitamos un impulso para volver a colocarnos en el top diez de las universidades más influyentes.

—No la defraudaré, se lo aseguro. Solo dígame lo que necesita y estaré encantada de ayudar.

—Eso espero. Ya le iré indicando a medida que pasen los días, primero debe usted aclimatarse al ambiente de esta universidad —suelta con un poco de retintín. Imagino que la ogra la habrá puesto al día de mis movimientos—. Bien, eso era todo, solo quería saludarla y hacerle partícipe de mis planes de cara al futuro. Lamento haberla interrumpido durante sus horas libres, pero no quería dejar pasar más tiempo sin presentarme formalmente, ya que el lunes no pude hacerlo debido a su ausencia...

Ya decía yo que era todo demasiado bonito para ser verdad.

—Lamento el malentendido, señorita. Le aseguro que no volverá a ocurrir. Me tomo muy en serio mi trabajo y estoy comprometida con esta institución al cien por cien.

Ella me mira durante unos segundos, entiendo que para que quede claro que de verdad espera que no vuelva a sacar los pies del tiesto; entonces continúa.

—Está bien, no le demos mayor importancia. La veré por aquí, de eso no tenga duda. Buenas

noches, señorita Falcon.

Salgo de su despacho un poco aturdida por la intensa conversación. Así que los Hightower, amigos de mi familia de toda la vida, le han hablado bien de mí. Espero que eso no signifique que estoy aquí solo debido a los contactos de la familia Falcon... no, estoy segura de que eso solo habrá significado un empujoncito. Y si no ha sido así, no importa, estoy dispuesta a demostrar mi valía, llevo dispuesta toda mi vida.

Además, quiere reestructurar el departamento, esas son muy buenas noticias. He de aprovechar este momento para destacar, puede que así cuenten conmigo para el próximo año. ¿Quién sabe? Puede que incluso pueda quedarme a trabajar aquí como profesora titular, que no tenga que volver a Londres nunca más.

Ni a Londres ni a Kingsand.

¿Es eso lo que realmente deseo? ¿Alejarme de todo lo que he conocido hasta ahora para siempre? No lo sé, no quiero pararme a pensarlo. Aún es pronto, las heridas son demasiado recientes.

Intento sacar los malos pensamientos de mi cabeza, no estoy aquí para regodearme en la tristeza que me hizo enviar mi solicitud. Huyendo de mis tormentos personales, Zack se cuelga en mi cabeza y, automáticamente, una sonrisa maliciosa se instala en mis labios. Es tan atractivo, tan seguro de sí mismo... y también prepotente y desagradable. Pero es taaaan sexy...

Dios, cada vez que pienso en esa nariz grande y recta por la que me apetecería pasear mis labios, en ese culo perfecto que corona esas preciosas e interminables piernas, en lo bien que le sienta un traje, con lo que a mí me gusta un hombre bien arreglado...

Embebida en mis contradictorios pero estimulantes pensamientos, llego a la puerta de mi habitación. Pero aunque es ya muy tarde, Lindsey me intercepta, deseosa de saber cómo ha ido mi reunión con Zack. Y apuesto a que mis ojos brillan de excitación porque, tras escudriñar mi rostro, ella sonríe con picardía.

—¡Uuuuh! ¡Traes las mejillas arboladas! ¿*Qu'est-ce qui se passe?* ¿Zack te ha puesto de los nervios?

Si ella supiera...

—Mmmm... la verdad es que no. Pero ha sido intenso —respondo, fingiendo desinterés.

No quiero decir mucho más porque no sé aún cómo tomarme lo que ha ocurrido. Ni tampoco lo que siento cuando pienso en él.

—Bueno, intenso es otro de los adjetivos que acompañan a la foto de Zack en el diccionario. No me puedo imaginar cómo será como pareja. Seguro que ha tenido novias en la facultad y que no las dejaría ni respirar. ¡Qué agobio!

No se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que Zack estuviese casado, pero entiendo que si Lindsey ha mencionado esto es porque Zack sigue soltero a sus treinta y siete años. Y con esa edad, si no ha tenido pareja, es que tiene taritas. Bueno, y si la ha tenido, también.

—¿No tiene novia? ¿O algún rollete que se le conozca? —inquiero con repentino interés.

—Que yo sepa, no. Yo llevo aquí tres años y ni siquiera en las fiestas de Alnwick lo he visto con una mujer. Quizá sea *gay*, pero creo que es más probable que no haya encontrado a nadie

que soporte sus constantes impertinencias.

—Creo que exageras. Además, dijiste que si era capaz de obviar la fachada, el interior merecía la pena...

—Sí, pero él resulta agradable como colega y solo con los compañeros que merecen su aprobación. Imagina cómo debe ser en una relación estable: todo el día resaltando las faltas de su pareja, obligándola a leer literatura clásica, llamándole la atención debido a supuestas salidas de tono...

—Tampoco creo que sea para tanto.

—Zack no suele beber —continúa, ignorando mi comentario—, así que imagina cómo se pondría si tuviese una pareja que se cogiese una cogerza en una fiesta. ¡La haría sentir culpable para el resto de su vida! —termina entre risas.

—Ahora en serio —continúa, no quiero desviarme del tema principal—, ¿ni siquiera se comenta nada entre el resto del profesorado? ¿Nadie sabe si Zack tiene o ha tenido pareja anteriormente?

—Imagino que si la tuviera, lo sabríamos. Anteriormente... bueno, no he indagado tanto, pero si quieres, puedo hacerlo. Verás, soy muy amiga de la jefa de estudios, Caroline, ya la conoces. Ella se lleva muy bien con Zack y, aunque dice que no es muy dada al chisme, seguro que puedo conseguir algo más de información.

—Me ha parecido antes que a ella le... gustaba Zack —apunto cautelosa.

—Eres muy sagaz, Helena. Así es, Carol es uno de los corazones destrozados que Zack habrá ido dejando a diestro y siniestro a lo largo de su vida.

—¿Por qué? ¿Se portó mal con ella?

—No, al contrario. Carol se enamoró de él perdidamente, pero todo ocurrió en su imaginación. Zack fue un poco más amable con ella que con el resto y se hizo ilusiones. Pero nada, todas vanas.

—Entiendo.

—Pero eso sí, si quieres que sea tu espía, tendrás que dejarme leer ahora mismo lo que habéis estado comentando Zack y tú —me suelta, sin dejar de sonreír—; la verdad es que me muero por saber lo que escribes, Helena.

—Ven, vamos a mi dormitorio y te lo muestro.

Quince minutos más tarde, Lindsey ha terminado de leer tanto las páginas que imprimí como el capítulo que Zack y yo hemos leído en su despacho. A lo largo de su lectura ha ido comentando las frases que más le han gustado y no se ha cortado un pelo en exclamar o reír según iba descubriendo los detalles más jugosos de la historia. Ahora me mira a los ojos con una sonrisita llena de intención en sus labios.

—Tengo que reconocer que me has puesto... tonta —comenta en un susurro y empieza a reír otra vez—. Me gustaría seguir leyendo, o mejor, tener a un hombre esperándome en mi dormitorio esta noche.

Ahora somos las dos las que reímos a carcajadas.

—La verdad es que a veces es jodido, no siempre puede una relajarse como desea después de dejarse llevar por un texto erótico. Y claro, eso lo único que provoca es que el deseo se acumule

y... bueno, por eso escribo lo que escribo.

—¿Porque tienes deseo acumulado? —responde volviendo a reír.

—Eso siempre —digo con voz sexy, alzando una ceja y provocando más carcajadas entre las dos—. No, escribo erótica porque ya estaba harta de tener que imaginarme lo que ocurría cuando veía una escena de una película que me ponía como una moto o cuando leía algo que me resultaba muy sugerente. Quiero que cuando una narración cree expectativas en mi mente, esas expectativas se vean cumplidas. Así que yo, simplemente, las llevo a cabo en mis páginas.

—Pero puede que las personas que lean el desarrollo no se sientan identificadas, que el mostrar lo que ocurre destruya esas expectativas que el preludio se ha ocupado de crear.

—Por supuesto, de hecho es probable. Pero yo necesito contar lo que mi cerebro espera en esas circunstancias. Puede que no a todo el mundo le guste el resultado, puede incluso que guste más o menos dependiendo del día, de las circunstancias en las que se lea. Pero también es posible que acabe siendo un lugar al que acudir cuando necesitas... saciar tus ganas —termino, poniendo morritos.

—Estoy de acuerdo. Me gusta el *tempo* que imprimes, Helena. En serio, me gustaría seguir leyendo.

—¿Lo dices de verdad?

—¡Por supuesto! Soy *fan* de la novela romántica, sobre todo si es explícita, ya te lo dije.

—¡Perfecto! Te enviaré por *mail* los relatos que más me gustan.

—Podríamos leerlos juntas; es más, podríamos leerlos en voz alta para ver cómo suenan.

De repente, una idea se me pasa por la cabeza.

—Pues ahora que lo dices, esa es una de las asignaturas que tengo pendiente. Verás, aún no he hecho ninguna presentación, pero algunos clubes de lectura en los que participo me han pedido que lea pasajes en voz alta, por supuesto, los más ardientes. No he ensayado con nadie, así que agradecería algo de ayuda en ese campo. Creo que sería muy enriquecedor y, ya que el señor psicópata se dedicará a partir de mañana a criticar todo lo que he escrito y a tirar por tierra mi orgullo, no me vendría mal hacer alguna lectura en voz alta, incluso un poco de *brainstorming* nocturno, para poder lamerme las heridas.

—Suena estupendamente. Además, así nos iremos contentas a dormir. Podríamos tomar una cerveza mientras leemos, comentar y practicar también un poco el francés, todo al mismo tiempo.

—Me parece una idea fantástica.

—¡Genial! Pues nos vemos en un ratito. Voy a preparar unas cosas para mis clases de mañana y vuelvo en un santiamén con un par de cervezas.

Ha sido humillante, vergonzoso, patético. He debido quedar como un principiante. Espero al menos haber sido capaz de distraer la atención sobre la verdadera razón que me ha impedido continuar con lo que debería haber sido la primera ronda de correcciones. Estaba preparado, llevaba toda la tarde leyendo a conciencia sus relatos cortos, saltando entre párrafos para ir directamente a las escenas más calientes y ya me había hecho más o menos una idea de lo que me encontraría. Pero no contaba con el cambio de temática.

Al empezar a leer la presentación de *La llama escondida*, me dejé llevar. La narración es fresca, adictiva desde la primera línea, y me olvidé por completo de la parte erótica a la que tendría que enfrentarme.

¡Qué estúpido!

En esta novela ella ha florecido. Además de haber mejorado mucho el estilo con respecto a lo que ha escrito anteriormente, lo concerniente a la parte erótica es aún más crudo, más... real. Solo he leído un pequeño fragmento en el cual Carla y John se dejan llevar por un arrebato, pero es absolutamente imponente. No encontré sentimientos en la narración, solo deseo, calor. Y ganas. Muchas ganas.

Sin pensar, me encuentro repasando mentalmente el pasaje que me ha dejado obnubilado, mi memoria fotográfica va a hacerme flaco favor a partir de ahora.

“Ella giró su cabeza y vio la necesidad bailando en los ojos de John, hablar tan claramente sobre sus respectivas pérdidas había conducido a que una chispa surgiera de la nada, una chispa que rápidamente prendió a su alrededor y que creó una conexión especial entre ambos, algo sublime que podía palparse en el ambiente. Aunque no se conocían de nada, aquella noche había dejado de ser una noche de añoranza para convertirse en una noche de olvido, ese tan necesario para ambos y que había estado agazapado en el fondo de sus almas durante demasiado tiempo. Carla le dijo adiós a su habitual contención y, sin dejar de mirar a John a los ojos, deslizó su mano sobre la ya más que visible erección que clamaba atención a gritos desde sus pantalones.

Al sentir sus dedos, él dejó escapar un sollozo mezcla de sorpresa y placer, pero no se movió. Siguió devorándola con su mirada ya que no se atrevía a hacerlo con su boca. Tras acariciar su pene por encima de su cremallera durante unos instantes, Carla la abrió con una destreza inapropiada para su edad y volvió a deslizar sus dedos, esta vez sobre sus calzoncillos de algodón. John empezó a suspirar, incapaz de mantener la boca cerrada, incapaz de dejar de mirarla a los ojos, ardiendo bajo su atenta mirada.

—Carla...

—Shhh... —respondió ella.

Y siguió acariciándolo, siguió mirando sus ojos con los suyos en llamas. Cuando notó que John empezaba a desesperarse, desabrochó el botón de su pantalón y deslizó hacia abajo la cinturilla de su ropa interior, liberando su erección. Al verla, Carla sintió cómo todo su interior brincaba de anticipación ante la idea de poder albergar semejante derroche de virilidad y empezó a sentir cómo fluía su deseo hacia el exterior de su cuerpo. Pero ella quería volverlo aún más loco, así que apoyó su cabeza sobre los muslos de John para no tener que dejar de mirarlo a los ojos mientras se ocupaba de llevar a cabo lo que tenía en mente para él.

Embebida en el calor del momento, Carla empezó a deslizar su lengua sobre la sensible piel de su masculinidad y John dejó escapar una exclamación de lujuria. Lamió cada rincón de aquel orgulloso mástil que se alzaba duro y vibrante, escuchando cómo John la animaba a continuar con sus sonidos de placer y disfrutó de aquel suave encuentro tanto como él. Pero un par de minutos más tarde, John empezó a bascular sus caderas hacia ella, rogando sin palabras que le complaciese por completo, que le otorgase la merced de la calidez del interior de su boca, que lo llevase de la mano a la demencia más absoluta.

Cuando consideró que era suficiente, ella cedió por fin. Jamás podría olvidar el grito ahogado que salió desgarrado del pecho de John en el momento en que sintió la punta de su erección

siendo rodeada por aquellos labios rosados y jugosos...”

¿Cómo diantres pretendía que no perdiese la concentración ante esto? ¿Eh? ¿Cómo?

Todo lo que he leído era bastante sensual, pensaba que era considerablemente explícito en algunos pasajes... ¿pero esto? ¿Qué hombre puede no ponerse firme imaginando cómo sus impúdicos labios rodearían su...?

¡Oh, señor!

Me he dejado llevar como un chaval de quince años por las imágenes que ella ha evocado en mi mente. ¡Qué imbécil! ¿Cómo he podido no darme cuenta? ¡Dije que solo tenía que olvidarme del contenido y centrarme en la expresión, en la parte lingüística! ¡Estaba preparado, joder! Pero no he sido capaz, me gusta mucho su forma de narrar y no he podido evitar sentirla a ella a través de sus palabras.

Quizá, ese sea el problema.

Y para colmo, la tenía pegada a mí. Sentí su mirada sobre mi rostro, cómo me recorría en silencio mientras me observaba, no pude evitar preguntarme qué era lo que le llamaba tanto la atención, qué era lo que le impedía fijar sus ojos en el maldito documento en lugar de en mi cara y me puse aún más nervioso. Yo, Zachary Knightley, el hombre que más aborrece dejarse llevar por sus instintos, nervioso ante una mujer a mis treinta y siete años.

Es patético, soy patético.

Además, ¿qué edad dijo que tenía? ¿Treinta? No, creo que dijo veintinueve... sí, eso es. ¡Veintinueve años, por Dios bendito! ¿Cómo puedo sentirme así de indefenso ante alguien que probablemente tenga la experiencia vital de un caracol? Porque por mucho que haya estudiado, por mucho que haya podido leer, estoy convencido de que no habrá vivido tanto como para tenerme tan impresionado. Solo lleva aquí dos días y no he podido quitármela de la cabeza ni un segundo. Esto no es propio de mí. Tengo que hacer algo, tengo que volver a tomar las riendas de esta situación.

Entonces lo veo claro. Lo que ocurre es que la he subestimado, que me he creído por encima de las circunstancias y he bajado la guardia. Pero ese error tiene las horas contadas. Ahora ya sé a qué atenerme, ahora ya puedo empezar a elaborar la lista de defectos que tiene, todos esos fallos de principiante, todas esas repeticiones, anticlímax, descripciones vacías...

No, no son tantos fallos. En realidad no he sido capaz de concentrarme lo suficiente como para apreciar cuáles son exactamente los errores más flagrantes. Sí, peca a veces de exceso de descripción, de repetición de palabras, ahí necesita claramente un guía y un buen diccionario; pero la construcción de personajes es correcta, las situaciones son verosímiles, la cadencia de las frases es...

Dios... la cadencia es perfecta. Que se lo digan a mi libido.

Muevo la cabeza para intentar deshacerme de esta sensación que me ha acompañado durante todo el día, pero aunque mi mente orbita en torno a lo que se cuece dentro de esa cabecita pensante que me ha desquiciado con tanta facilidad, mis partes nobles no dejan de quejarse. Miro de nuevo a mi pantalón y me enfado aún más, porque sé que no podré conciliar el sueño sin darle una solución a esto. Y tiene que ser una solución definitiva.

Apago las luces del despacho y me dirijo a mi dormitorio, que se encuentra apartado del resto de las estancias de profesores. Lo pedí así, no me gusta dormir tan cerca de mi zona de trabajo,

me impide concentrarme. Odio dormir, me parece una pérdida de tiempo innecesaria en muchas ocasiones, pero sé que debo hacerlo. Así que después de mi primer año en Alnwick, solicité la pequeña casita de aperos que se encuentra adosada al edificio principal como lugar de reposo, despacho personal y dormitorio. La rectora no puso objeción alguna, imagino que impresionada por mi desempeño, por mi currículum o quién sabe qué más. La cuestión es que, desde hace seis años, esa pequeña construcción es mi hogar, donde paso la Navidad, las vacaciones de verano y las de Pascua.

Porque, entre otras cosas, no tengo a nadie a quien ir a visitar.

Me tomo el pequeño paseo entre mi despacho y mi casa como un respiro, rogando interiormente que, cuando alcance mi destino, esta dolorosa erección haya remitido lo suficiente como para dejarme pensar, trabajar y quizá dormir un poco. Confío en que el frío aire nocturno me despabile del todo y me haga olvidarme de este fuego que ella ha encendido en mi interior con sus palabras.

Pero cuando llego a casa, la situación ha empeorado. Mi mente ha volado libre y se ha dedicado a deambular por una escena especialmente deliciosa que se ha quedado grabada a fuego en mi cerebro, una descripción que encontré mientras saltaba entre sus relatos cortos. Desesperado al darme cuenta de que tendré que sucumbir, permito finalmente que mi cuerpo acompañe a mi mente en ese paseo sensorial que ella ha creado y que, ahora mismo, elijo creer que era solo para mí.

“Ella flotaba. Su cabello dorado ondeaba tras su cuerpo como la estela de una estrella fugaz y todos mis sentidos la seguían con una fascinación desconocida para mí. Sus ojos azules se fijaron en mí de repente...”.

Verdes, los suyos son verdes.

“No podía moverme. Solo podía admirar su cuerpo, la preciosa curva que el peplo dibujaba alrededor de sus senos y en torno a sus caderas maduras. Fijé mi mirada en el nudo que sujetaba sus pechos, provocando que estos resaltasen aún más bajo la delicada tela de su túnica. La punta de ese lazo caía provocativamente a un lado y se movía ondulante, acompasándose con los movimientos de su cuerpo, gritándome que tirase de ella, que expusiese su blanca piel para que el sol pudiese besarla...”.

Besarla. Sí, sí...

Mi mano ya juega perdida en mis pantalones. Cierro los ojos, quiero encontrar la liberación que necesito rápidamente para poder concentrarme en lo que realmente importa, pero...

“Pero no puedo moverme, no puedo acercarme a ella para deshacer ese nudo y contemplar su belleza a placer. Cuando creo que va a evaporarse con la neblina matutina, cuando creo que el mar va a engullirla, privándome así de la dicha de su visión, ella se gira hacia mí... y me mira...”.

No deseo acelerarme, ahora no. Quiero disfrutarlo, quiero sentirla.

“El lazo desaparece bajo sus dedos como por arte de magia, la túnica se abre espacio y yo me muero porque caiga de una vez por todas. Siento mi respiración acelerada, mis jadeos que empiezan a resonar fuerte en mis oídos porque ya no son solo jadeos, son gemidos; entonces el viento hace su trabajo y, por fin, ella se muestra ante mí en todo su esplendor...”.

Oh... oh, señor...

Mi pene vibra bajo mis caricias, jamás me lo había hecho de esta forma, vagando a lo largo de toda su consistencia, disfrutando de sensaciones que creí olvidadas, que temí inexistentes desde hace tiempo; dejo que mi otra mano entre en el juego, las caricias se duplican y empiezo a jadear. Pero me apetece algo más, así que dejo que esa mano juguetona se deslice aún más abajo, que acaricie mi ingle, la suave piel de mis testículos... no puedo evitar abrir mi boca para dejar escapar un sollozo de complacencia y, al escucharlo, me enciendo aún más.

“La miro extasiado, me recreo en cada curva, en cada centímetro de su celestial anatomía. Ella es perfecta a mis ojos, niña para mis más oscuros instintos, mujer para complacerme como anhelo. Sus muslos gloriosos se apartan ligeramente y puedo ver con claridad los dorados rizos de su pubis, que parecen brillar con luz propia, que me llaman a gritos... y ahora sí que puedo moverme, porque necesito hundirme en su humedad...”.

Me voy a correr.

El placer sube hasta mi córtex frontal, inundándolo por completo. Por un momento, me pregunto por qué no permito que mi cuerpo disfrute tanto como lo está haciendo ahora, por qué no hago esto cada día si me proporciona tanta felicidad...

Sí... sí... ¡ooooh!

Mi semen sale despedido y aterriza sobre mi pecho desnudo, acumulándose entre mis pectorales. Cada sacudida es más placentera que la anterior y, mientras me deshago de gozo como antaño, veo con claridad sus labios sonriéndome con picardía.

—Helena, tenía que llamarse Helena —susurro en la oscuridad de mi dormitorio.

Durante unos minutos, permito que mi mente se recree en esta dulce sensación. Pero entonces, la realidad entra a borbotones en mi cerebro, recordándome dolorosamente por qué dejé de hacer esto, por qué no me entrego al placer momentáneo del orgasmo yermo, vano. Me incorporo en la cama, disgustado ante el caos que he creado con mi propio fluido y siento repugnancia de mí mismo. Me siento absurdo, como siempre ocurre. Esto no sirve para nada, absolutamente para nada. Es básico, fútil y obsceno.

Y de repente, la imagen de su sonrisa aparece frente a mí.

Helena de Troya. Pues claro, cómo no.

Pues lo siento, Helena, pero yo no soy Aquiles.

Capítulo 9

El jefe de departamento

Desde aquella primera lectura conjunta que hicimos, la relación entre Zack y yo se ha limitado a vernos en su despacho cada tarde para revisar la primera parte de mi relato punto por punto. Zack se ha explayado en lo concerniente a la estructura de los párrafos, a la necesidad de ampliar la variedad de sinónimos a lo largo de la narración o a la longitud que deberían tener los capítulos. En la mayoría de los casos me he dejado aconsejar, excepto cuando nos centramos en la intensidad de la narración, en la rapidez con la que se desarrollan los hechos durante la parte inicial de la tempestuosa relación entre Carla y John. Ahí no coincidimos en absoluto.

Sin embargo, sus impertinencias han cesado. Se ha limitado a hacer su trabajo como tutor de manera profesional, pero sin entrar en valoraciones personales.

Y no ha vuelto a tutearme.

—Señorita Falcon, esta historia tiene un trasfondo complicado, no puede usted narrar el hecho de que una chica tan joven se haya dedicado a fantasear sexualmente con todos los hombres mayores de treinta años que la rodean de esta forma tan aséptica. Esto es una novela, no un ensayo. Debe tomar partido, no limitarse a exponer lo que ha ocurrido.

—Pero es que no puedo tomar partido aún, el lector irá descubriendo a lo largo del escrito si estoy de acuerdo con lo que Carla siente o con cómo se conduce...

—Me parece bien que deje que la mente del lector sea la que decida en primera instancia, pero debe tener en cuenta que si alguien no continúa leyendo su historia, puede tildarla de frívola, puede incluso que llegue a escandalizarse debido a la forma de abordar un tema tan delicado.

—¡Pero para eso está la sinopsis!

—Evidentemente, un lector no puede saber el enfoque que usted va a darle a un escrito al leer la sinopsis. De hecho, ese es otro de los puntos que debemos mejorar...

Y así, cada tarde. No hemos vuelto a tocar la parte sexual, llevamos casi dos semanas con los tres primeros capítulos y no avanzamos.

Cada día estoy más consternada. No sé qué ha pasado, creí que lo había dejado fascinado, que cuando comenzásemos el análisis continuaría poniéndose tan nervioso como lo estuvo aquella tarde, que la relación tutor-alumna se convertiría en algo más excitante cada día, a nivel intelectual y personal. Pero nada más lejos de la realidad. Y el problema es que ese desinterés repentino me perturba porque, en cada encuentro, él me parece más y más atractivo.

Puede que sea simplemente porque me siento vencida, porque de repente Zack me resulta inalcanzable cuando creía que sería sencillo encandilarle con mi forma de narrar. No lo sé. Lo único que sé es que mientras él me explica cómo debo saltar de un párrafo a otro para organizar

las ideas que quiero contar, o cuando coge su bolígrafo para tachar una parte del texto que, según su opinión, sobra, yo no puedo dejar de mirar cómo mueve sus labios, cómo su mirada se endurece al toparse con algo que le parece aberrante, cómo sus dedos se pasean sobre las líneas escritas en el papel para señalarme algo en particular.

Y me derrito absurdamente imaginando todas esas partes que he enumerado recorriendo mi piel.

¡No tiene sentido! No existe razón alguna para que me haya obsesionado de esta manera con un hombre. Ni siquiera lo conozco bien, solo sé que es atractivo, inteligente y sensual.

Bueno, bien mirado, son adjetivos suficientes para que haya llamado mi atención de esta manera.

¡Pero no! ¡No lo comprendo! Yo jamás me he comportado así. He abandonado Kingsand precisamente para huir de un hombre que comparte muchas de las características que Zack ostenta en grado máximo, no debería desear estar con él, no debería permitir que mi mente retoce en la idea de tenerlo rendido a mis pies mientras me besa por todas partes, no debería soñar despierta con descubrir cómo debe sonar esa voz tan grave rogándome que lo complazca por piedad...

Es una locura, me estoy volviendo loca.

Ahora no sé cómo comportarme, me tiene completamente confundida. Y creo que debe notarse porque incluso Lindsey ha tenido que llamarme la atención en más de una ocasión al descubrirme con la mirada fija en una esquina de mi dormitorio, perdida en mis pensamientos, en lugar de estar pendiente del tema que teníamos entre manos. Y eso que estábamos hablando sobre la novela; si hubiese sido sobre el tiempo, ni siquiera habría sido capaz de seguir el hilo de la conversación.

Gracias a Dios, con ella todo es fácil. Aprecio mucho la dedicación que está mostrando a la hora de enfocar cómo va a continuar la historia que estoy creando. Nos reímos mucho juntas y, poco a poco, la voy conociendo más. Me cuesta mucho entablar relaciones de amistad, mucho más con mujeres, pero he de reconocer que con Lindsey todo es muy sencillo.

Es un poco más joven que yo, aunque no se parece a mí en nada. No hemos hablado mucho de nuestro pasado, pero he podido averiguar que tampoco se ha sentido muy cómoda en su casa, como me ha ocurrido a mí. Probablemente, Alnwick sea un refugio para personas desarraigadas como nosotras, personas que buscan un lugar tranquilo donde no se les juzgue y donde puedan dedicarse a aquello que más nos gusta: el lenguaje.

—¿Qué tal escriben tus alumnos? —me preguntó hace unos días, mientras corregíamos juntas los trabajos de clase.

—Hay alguno que necesitaría refuerzo —respondí, leyendo disgustada un ensayo lleno de faltas de ortografía, tipografía y redacción—, pero en general están bastante bien. Me gusta mucho cómo escriben Brett y Jenn, pero esperaba más de Edward. En cuanto a Ashley... no sé, creo que sobresaldría mucho más en otro género, por mucho que le guste la novela romántica. No es capaz de sugerir sentimientos, aunque lo intente.

—Ten en cuenta que aún es pronto.

—Sí. Pero en el primer trabajo que hicimos, aquel que Zack sugirió, abordó el tema de Romeo y Julieta desde el punto de vista dramático y pienso que brilló mucho más que en este último

escrito que ha hecho sobre el amor platónico.

—Parece que Zack tuvo una gran idea, entonces —apuntó Lindsey alzando una ceja, pero sin mirarme directamente.

—Tiene mucha experiencia, está claro que debo escuchar sus sugerencias y permitir que intervenga en algunos aspectos. Pero no en todos, no coincido con él en muchas otras cosas.

—No tenéis por qué coincidir. Cada uno tenéis un punto de vista diferente, eso es de lo más enriquecedor a la hora de crear.

—Me gustaría asistir a alguna de sus clases —comento ausente—, pero no me ha invitado y no quiero tener que pedirselo.

—Imagino que lo que hace contigo es muy similar a lo que hace en clase.

—Sí, pero cuando corregimos estamos en mi terreno. Me gustaría verlo explicar aquello que le apasiona. Sé que la literatura romántica actual no le llama la atención, además no estoy segura de que le guste demasiado mi historia.

—En eso discrepo. Te aseguro que si tu historia le pareciese mediocre te lo diría o, simplemente, dejaría de dedicarte su tiempo.

—Quizá solo lo hace porque se ha comprometido a ello, porque perdió el reto inicialmente.

—El reto consistía en permitirte llevar la clase a tu modo, al menos en no inmiscuirse demasiado, y no lo está haciendo. El hecho de corregir tus textos era un plus, ¿recuerdas?

—Él sugirió las correcciones a raíz de que yo le insinué que no necesitaba su opinión y que podría dirigirme a la rectora para quejarme sobre su conducta —añadí.

—Hmmm... sé por dónde vas, pero no creo que Zack tenga miedo de la rectora, Helena. Él es su ojito derecho, desde que llegó aquí no le ha negado nada, hasta le dio la jefatura de Literatura en su segundo año. No. Creo que él continúa con las correcciones porque le parece que tienes madera.

—Puede que tengas razón —acordé, de nuevo con mi mirada perdida.

—Acabo de recordar que la semana que viene, Zack dará una charla sobre la novela de acción. Es un acto interno pero de acceso libre, sería una muy buena oportunidad para que lo vieses en su elemento —comentó Lindsey.

—¿Una charla de acceso libre? ¿Dirigida a quién?

—La idea es que los alumnos acudan *motu proprio*, pero hay muchos que deberán hacer un trabajo a raíz de su exposición para subir nota. Lo que ocurre es que todos sabemos lo bien que él se prepara estas intervenciones y al final acude muchísima gente, tanto profesores como alumnos. Aunque en algunas ocasiones, también han venido padres y familiares de los estudiantes, además de jóvenes que barajan la posibilidad de entrar en Alnwick en años venideros.

—Es decir, que Zack es un activo seguro a nivel comercial para la universidad —respondí sonriendo.

—Quizá por eso la rectora Viedman le haya dado un trato preferente desde el principio. A ver, es una mujer y tiene ojos en la cara, por mucha diferencia de edad que exista entre ambos, debe haberse dado cuenta de todo el potencial que Zack tiene. Y no solo físicamente. Su carisma y el buen desempeño de su trabajo hablan también por él y, por ende, por la universidad.

Recordé entonces cómo Zack se expresa, cómo se mueve, cómo sus ojos destilan inteligencia con cada mirada que lanza cuando algo capta su interés. Sí, seguro que a la rectora Viedman no le habían pasado desapercibidas todas esas virtudes.

—¿Y sabes exactamente hasta qué punto le ha tratado de forma preferente? —respondí curiosa, intentando averiguar información valiosa de cara a un posible enfrentamiento futuro.

—Zack tiene una pequeña casita adyacente al edificio principal que es donde vive, no duerme en el ala de profesores, como imagino que ya sabrás. Es muy inusual, pero él la solicitó cuando recibió la jefatura y Viedman aceptó sin dudar.

—Sabía que no dormía aquí, pero pensaba que se marchaba al pueblo... —respondí sorprendida.

—No, no. Zack vive aquí todo el año, Helena. No tiene residencia fuera de Alnwick, al menos, no que yo sepa.

¿No tiene a nadie? ¿No tiene un lugar al que llamar hogar? Aquella idea me incomodó y no pude evitar que la imagen de Robert se colase en mi mente. Un escalofrío me atravesó de arriba a abajo y Lindsey lo notó inmediatamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, mirándome con preocupación.

—Sí. Es solo que he recordado algo desagradable, una historia de la que aún estoy huyendo y que a veces me revuelve las tripas.

—¿Un... hombre?

—Siempre es un hombre, Lindsey. Siempre.

El salón de actos está a rebosar. Al parecer, no es tan inusual que una charla de Zack aglutine a oyentes de todo tipo, puesto que veo a muchísimas personas de mediana edad que seguro que no son alumnos de ninguna Facultad. Deben ser padres de alumnos o, simplemente, personas que disfrutan de la Literatura y que conocen o han oído hablar del ponente. Está claro que su fama le precede.

Ayer no tuvimos clase, supongo que se estaría preparando para este evento. No lo sé, no me lo dijo, tan solo recibí un *e-mail* a media mañana indicando que posponíamos nuestra reunión diaria hasta esta tarde. Sí, es muy esquivo, y también misterioso, y eso me llama poderosamente la atención. Parece que me rehuye, que desde que leímos juntos los capítulos eróticos, Zack intenta poner tierra de por medio. Mi escarmentado ego tiende a pensar que la razón es que no le gusta mi estilo o lo que escribo, pero debería empezar a plantearme la posibilidad que barajé al principio, que no es otra que puede que Zack se sienta también atraído hacia mí, cualquiera que sea el motivo.

Y ante el mero hecho de pensar en esa posibilidad, mi ánimo se viene arriba. He de dejar de castigarme pensando que soy mediocre a sus ojos, me siento mucho mejor cuando pienso que lo he abrumado con mis descripciones y que ese es el motivo de que me rehuya. Automáticamente, una sonrisa invade mi rostro y me centro en mi objetivo inicial: conocer un poco más a mi mentor.

Me siento entre el público, apartada de los profesores, dispuesta a disfrutar de este ratito que Zack va a dedicar a hablar de lo que le gusta, de lo que conoce perfectamente. Cuando dan las

cuatro, todo el auditorio queda en silencio. Segundos más tarde, Zack sube al escenario, donde han colocado un pequeño atril para que él pueda apoyarse si lo desea. Pero no veo micrófono. Entonces me doy cuenta de que él lleva un pinganillo enganchado en su oreja desde el que sale una especie de cable muy fino, terminado en una esponja que cae justo junto a su boca.

¡Vaya! ¡No me esperaba que fuese tan moderno para estas cosas!

—Señoras y señores, muy buenas tardes. Soy Zachary Knightley y hoy vamos a hablar de la novela de acción. Y cuando digo vamos a hablar, es porque espero poder contar con sus valiosas aportaciones a lo largo de la próxima hora y media. Por favor, siéntanse libres de participar en cualquier momento.

Zack se dirige al público con su habitual voz grave, pero en esta ocasión está teñida por un tono amable que le desconozco. Sin embargo, lo más sorprendente es... ¡su sonrisa! Hasta ahora, Zack solo me ha mostrado una media sonrisa cargada de intención en algunas ocasiones o bien su rostro austero y serio. Pero ahora... ¡ahora sonrío con una calidez que pasma! Cuando sonrío, sus ojos se vuelven aún más azules de lo habitual, pierden ese tono ligeramente oscuro que es su color natural para iluminarse y tornar en un azul muy claro, como el color del agua en una corriente cristalina, como el del cielo en una mañana soleada y luminosa.

Y me deja completamente embelesada.

—Podría empezar hablando de la novela de acción en la época victoriana, pero me parece mucho más acertado centrarme en la segunda mitad del siglo veinte, dada la edad media del público que ha acudido esta tarde a esta nuestra Universidad —comenta sin abandonar su sonrisa y señalando graciosamente con un ademán al público en general.

Su comentario provoca inmediatamente una risa suave entre los oyentes que empiezan a relajarse en sus asientos. Sí, sabe perfectamente con qué bueyes tiene que arar esta tarde.

—Aunque los guiones de acción fructificaron ampliamente en la industria cinematográfica a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte —continúa—, no podemos olvidar que, en muchas ocasiones, estas películas están basadas en novelas. No hace falta complicarse mucho en buscar claros exponentes de este género, baste con mencionar *The Shortimers*, de Gustave Hasford, cuya posterior adaptación por parte de Stanley Kubrick dio lugar a la inolvidable y aclamada *La chaqueta metálica*, o *El Padrino*, de Mario Puzo, que fue llevada a la gran pantalla por el maestro Francis Ford Coppola para crear una trilogía difícil de superar. Pero hoy nos centraremos en los libros en los que se basaron tan aclamadas historias, novelas que, en la mayoría de los casos, no se han visto eclipsadas por la imagen y el sonido, sino que siguen manteniendo su brillantez pese a que el formato audiovisual haya sido el elegido por el público general.

Durante aproximadamente media hora, Zack continúa su exposición sin interrupción alguna y se explaya en detalles sobre la novela bélica, el género de aventura y el de ciencia-ficción, tomando como vínculo las dosis de acción comunes a todos ellos, navegando principalmente a través de las novelas, pero acompañándolas de referencias cinematográficas que sabe que le ayudarán a conectar más fácilmente con el público. Está claro que ha sido aleccionado para acaparar la atención de la sala, pero Zack no puede evitar mostrar que está disfrutando del tema.

Durante la segunda parte, el público empieza a animarse a raíz de una pregunta que lanza uno de los alumnos de Zack. La charla se convierte rápidamente en un coloquio muy animado en el que Zack aporta su sabiduría sobre el tema, así como su opinión más personal en torno a alguna

que otra novela sobre la que no puede evitar profundizar un poco más. Entre sus favoritos se encuentran Oscar Wilde y Tolkien, como era de esperar; aunque me sorprende descubrir, a raíz de una pregunta de uno de los padres asistentes, que también se siente atraído por la novela de Michael Crichton, sobre todo por su vertiente médica-ficción. A raíz de la mención del escritor estadounidense, *Jurassic Park* se postula como el tema culmen para propiciar el cierre de la apasionante ponencia, dejando a todos los participantes sonrientes y satisfechos.

Y a mí, totalmente boquiabierta.

Tengo que conseguir encontrar esa debilidad que seguro esconde. Él incita en mí una necesidad dual extraña: la necesidad de vencerle en su terreno y la de que se sienta tan desconcertado conmigo como yo me siento cuando estoy a su lado. No sé por qué me está ocurriendo esto, solo sé que no lo puedo controlar. Y que no deseo evitarlo.

Los diez minutos restantes pasan entre abrazos, saludos y sonrisas, una vez que Zack baja del escenario para mezclarse con los demás. La rectora Viedman se acerca para presentarle a dos o tres personas que imagino que serán influyentes y que la universidad desea atraer de una u otra forma. Zack los atiende diligentemente, con amabilidad pero con una total ausencia de servilismo. Sabe que es lo que se espera de él, pero no está dispuesto a bajar de su pedestal solo para hablar de negocios. No, eso no le interesa.

Un tanto excitada por la pasión con la que Zack ha hablado de Literatura, así como por haber disfrutado de su profunda voz y sus sensuales movimientos durante casi dos horas, me levanto de mi asiento, en el que aún seguía sentada mientras observaba a mi adversario, y me dirijo hacia la puerta de salida apresuradamente. Cuando estoy a punto de abandonar la sala, no puedo evitar la tentación de girarme hacia él para echar un último vistazo, y descubro con regocijo que él también me está mirando con un brillo de satisfacción en sus ojos mientras charla con un grupo de personas. Sabe que ha dejado atónito a todo el que lo ha escuchado y que a mí me ha deslumbrado. Lo que no sabe es que, lejos de desanimarme, descubrir las diferentes habilidades de mi tutor es un aliciente extra para mí.

Sin demorarme un segundo de más, salgo de la sala llena de expectación. Voy a prepararme la clase de esta tarde a conciencia para que sea, al menos, igual de interesante que su charla.

Y sobre todo, para conseguir desbloquear esta situación.

Capítulo 10

Ataque frontal

—Buenas tardes, Zack.

Él me mira desde su asiento con superioridad, mostrando sin ningún pudor lo satisfecho que se siente de sí mismo. Esa sonrisita orgullosa y condescendiente que me lanzó en el salón de actos debe haberse mantenido intacta desde que me marché hace dos horas, porque luce exactamente igual que entonces.

Me revienta que me mire de esa forma.

—Buenas tardes, señorita Falcon. Tome asiento, por fav...

—No, prefiero quedarme de pie —le interrumpo.

Él me mira desconcertado durante unos segundos, pero rápidamente se recompone y vuelve a colocar su sonrisa insolente.

—¡Vaya, vaya, vaya! Debo inferir entonces que le ha gustado lo que ha escuchado en el salón de actos... —empieza, prepotente.

—No esperaba menos —respondo escuetamente, un poco abrumada. Su presencia y esa forma descarada de dirigirse a mí, me encienden.

—No sé por qué le cuesta tanto reconocer que le ha impresionado mi presentación. No esperaba que introdujese el cine en mi discurso, ¿eh? —inquire con superioridad.

—No esperaba que eligiese a Michael Crichton como paradigma de la novela de acción solo para terminar su disertación metiéndose a los asistentes en el bolsillo. No es su estilo.

—¡Usted no sabe cuál es mi estilo! —exclama, mostrándose repentinamente alterado—. Sobre todo porque, desde que nos conocemos, no hemos hecho más que hablar de usted.

—¡Tiene razón! —respondo, empezando a enfadarme—. No sé cómo es su estilo, sé muy pocas cosas sobre usted. Pero estoy totalmente decidida a que eso cambie, cuanto antes, mejor —respondo con rapidez, obviando el ataque frontal que acaba de lanzarme.

—No me parece que sea necesario profundizar más en nuestra relación, sobre todo en lo concerniente a mis gustos o a mi estilo. No es procedente entre compañeros, menos aún, entre un tutor y su alumna.

—Si prefiere seguir fingiendo que nuestra relación puede englobarse en alguno de los dos tipos que ha mencionado, por mí no hay inconveniente.

La sonrisa pretenciosa desaparece inmediatamente de su rostro. Ahora él me mira sorprendido, totalmente descolocado.

—No sé a qué se refiere, señorita Falcon.

—Por supuesto que lo sabe —apunto, mirándolo directamente a los ojos—, pero entiendo que

seguiremos manteniendo esta tirantez hasta que me marche de aquí al final del semestre.

—O hasta que se canse de intentar perturbarme, Helena.

Ahora es él quien me mira con intensidad y, poco a poco, ese aire de superioridad vuelve a instalarse en su cuerpo. Puedo ver claramente cómo se yergue satisfecho, incluso estando sentado. Me doy cuenta de que por este camino tampoco voy a poder hacer mella en su ánimo, así que decido ignorar una vez más sus impertinencias y me preparo para intervenir según el plan que he trazado en mi mente mientras esperaba en mi dormitorio a que llegase la hora.

—Zack, es necesario que algunas cosas cambien a partir de ahora; si no, esto no va a funcionar.

Como esperaba, él me mira con el ceño fruncido, desconcertado como siempre que tomo la iniciativa en algo. Sin embargo, en lugar de continuar con sus incisivas puyas, se recuesta en su silla otorgándome toda su atención.

—¿Qué ocurre? ¿Escucharme hablar en público ha estimulado su ingenio? —apunta con ironía.

—En primer lugar, si vamos a continuar diseccionando mis escritos, necesito que volvamos a tutearnos. Me resulta violento abrirme a ti si me sigues llamando de usted, al menos aquí en tu despacho. Y eso me lleva a lo segundo.

Zack me mira con los ojos muy abiertos, claramente no comprende a qué viene este cambio de actitud.

—¿Que es...?

—Llevamos muchas tardes enredados en los capítulos iniciales de la novela y me parece muy extraño que no avancemos. Me da la impresión de que tras tu insistencia inicial por leer las escenas más picantes, has perdido el interés. Eso o... que lo estás evitando deliberadamente.

—¿Mi insistencia inicial? No creo haber sido especialmente insistente en nada que...

—Perdona, pero eso no es verdad. Desde el principio te empeñaste en denotar el género que me apasiona, mucho más cuando supiste que me centraba en la erótica; pero una vez que entramos en materia, en lugar de detenerte en los detalles que seguro requerían de tu experiencia como corrector, dijiste que necesitabas reposar tu opinión. Me despediste alegando que al día siguiente nos ocuparíamos de puntualizar todos y cada uno de los errores que tengo a la hora de...

—No me refería a la parte erótica, Helena —me interrumpe condescendiente—, me refería a tu novela en general. Hemos empezado por el principio y sí, vamos despacio porque pretendo hacer un análisis lo más exhaustivo posible y...

—¡Zack! ¡Basta! ¿Por qué no eres capaz de admitir que no te gusta lo que escribo? —exclamo, perdiendo los papeles por completo—. ¿Por qué no me dices simplemente que no tengo madera de escritora, que cambie de género o, simplemente, que deje de escribir?

Zack respira hondo y se levanta de la silla despacio. Se dirige hacia la única ventana de su despacho y se detiene allí, mirando hacia la oscuridad de la noche.

—No es eso lo que pienso. Simplemente, no me siento con la autoridad suficiente para opinar sobre la narrativa erótica.

—¿P-perdón? —atino a pronunciar. No puedo ver su expresión, pero daría lo que fuera por

ver el color de sus ojos en este momento.

—Ya te dije que no tenía experiencia alguna en el género y, después de haber investigado profusamente durante los últimos días, he de decirte que no creo que mis conocimientos sean útiles a la hora de corregir una narrativa sexual explícita.

—No... no te comprendo. La narración de un encuentro sexual es exactamente igual que la de cualquier otra parte de una novela. Si eres capaz de ver tan claramente los errores que cometo en el *tempo* de la narración a lo largo de una trama criminal, seguro que eres capaz de ver si lo que estoy contando está correctamente escrito o...

—No lo entiendes, Helena —me interrumpe de nuevo, con voz apagada—. No puedo hacerlo. Te ayudaré en lo referente al resto del texto, pienso que tu forma de contar engancha, pero no puedo ayudarte en lo concerniente a la parte sexual.

—Pero, ¿por qué? —insisto, obstinada.

—Ya te lo he dicho, sé que me has escuchado.

—Lo que quiero saber es...

—Lo que quieres saber, no es de tu incumbencia. —Voy a replicar, pero algo me dice que debo cerrar la boca. Respiro hondo, intentando organizar en mi mente lo que acaba de hacerme saber, pero él continúa—. No tengo ningún inconveniente en que nos tuteemos si así te sientes más cómoda, comprendo que no debe ser fácil para ti exponerte ante mí, sobre todo teniendo en cuenta, como has tenido a bien señalar, los términos en los que nos dirigimos el uno al otro desde el principio. Así que me parece bien que me llames Zack, que dejes de utilizar la segunda persona de cortesía para dirigirte a mí y yo haré lo mismo, al menos en este despacho. En cuanto a tus clases, creo que ya te habrás dado cuenta de que no tengo ninguna objeción más en lo concerniente al desarrollo de las mismas. A lo largo de estos días he visto que eres una mujer cabal, así que no tendrás que preocuparte porque me inmiscuya. —Zack se detiene un instante y cambia el peso de su cuerpo para meterse las manos en los bolsillos. Respira hondo y continúa—. En lo que respecta a tu novela, prometí ayudarte con el estilo de la redacción y eso es lo que voy a hacer, en términos generales. Pero nada más.

—No creo una sola palabra de lo que me has dicho —suelto tras unos segundos de reflexión, intentando provocar una reacción en él. Y la consigo de inmediato. Por fin, Zack deja de mirar a la oscuridad de la noche y se vuelve hacia mí con expresión de indignación.

—No te he mentado, no tengo por qué hacerlo —responde, casi masticando las palabras.

—Sé que has salido de tu zona de confort y que eso no te gusta. No sé cuál es la razón y tampoco me interesa saberla si no estás dispuesto a compartirla. Pero sí sé que eres brillante, no necesitaba escuchar tu disertación de esta tarde para darme cuenta porque me resultó evidente desde que entré en este despacho por primera vez. Sé cuánto vales y si dices en serio que crees que lo que escribo engancha, dame la oportunidad de despuntar. Estoy convencida de que, con tu ayuda, lograré aquello que deseo. Pero necesito que seas tú mismo, que olvides tu comedimiento a la hora de corregir y...

—¿Crees que soy comedido en mis correcciones? —inquieta con renovado interés.

—Creo que intentas ser amable conmigo y sé que eso no va a ayudarme. Quiero que trabajemos juntos en esto si es que crees de verdad que lo que hago vale la pena, si es que de verdad quieres involucrarte. Pero para ello, necesito que superes esa barrera mental que tienes

con respecto al tema sexual, sea cual sea el motivo, empezando por leer el capítulo que he escrito hoy para ti.

Él escudriña mi alma a través de mis ojos, eso es lo que siento ahora mismo. No sé si he ido demasiado lejos, solo sé que quiero volver a tener frente a mí al hombre incisivo y sin escrúpulos que conocí el día que llegué.

—No pienso cambiar de opinión —responde después de unos instantes, dejándome completamente desarmada.

—Entonces, ¿te rindes? —exploto airada—. ¿Vas a darte por vencido incluso antes de empezar? ¿Dónde está ese orgullo que exudabas la mañana que llegué a Alnwick? ¿Dónde está ese hombre que se jactaba de que, cuando terminase conmigo, yo decidiría dedicarme a escribir sobre cualquier otra cosa?

—Lo único que voy a hacer es centrarme exclusivamente en la forma de expresarte, en la simetría de los párrafos, en los errores ortotipográficos. Pero no voy a ocuparme de las escenas subidas de tono, Helena. Y no quiero volver sobre este tema de nuevo, ni ahora ni en el futuro.

—¿Pero por qué eres tan obstinado! —exclamo, fuera de mí—. ¿No entiendes que necesito que sientas lo que cuento en esos momentos igual que sientes el resto de las cosas de las que hablas con tanta pasión? ¡Solo así estaré segura de que lo que escribo merece la pena! Si ignoras el motor de mi relato, si pasas de puntillas sobre los sentimientos que trato de expresar a través de las relaciones íntimas que mantienen mis personajes, no sabré si estoy llegando al corazón de mis lectores! Zack, el erotismo es parte de la relación entre dos personas, no puede entenderse una relación romántica sin conocer los entresijos de la relación sexual implícita, ¿comprendes?

Zack se acerca a mi lado del escritorio y me mira desde arriba con una expresión que no le conozco. No sé si es hastío o duda lo que me cuentan sus ojos, solo sé que tenerlo tan cerca me resulta absolutamente abrumador; pero que además, sentir cómo me taladra con su mirada es muy, muy excitante.

—Cuando leo tus descripciones sobre sexo, me excito —gruñe con esa voz gutural que me enloquece—. No me gusta la sensación, no tengo control sobre ella y por eso no quiero tutorizarte en ese área. Y no, no puedes cambiar eso. Así que, como te dije al principio, confórmate con aceptar lo que estoy dispuesto a ofrecerte.

Alentada por su confesión, me levanto de la silla para quedar lo más cerca posible de su rostro, en un intento desesperado de que acceda a mi petición.

—Déjame ayudarte.

Aunque he notado que se ha puesto tenso al tenerme tan cerca, de repente Zack suelta una risotada.

—¿Ayudarme? ¿Ayudarme a qué? Oh, señor, no sé por qué estoy hablando de esto contigo.

Zack se gira para volver a la ventana, pero yo lo sujeto por la manga de su chaqueta para obligarlo a detenerse y volver a mirarme.

—Creo que el hecho de que no te sientas cómodo con el sexo que describo se debe a la tensión que existe entre nosotros. Lo mejor que podemos hacer es quitárnosla de en medio para poder seguir trabajando.

Zack me mira con los ojos muy abiertos, totalmente incrédulo.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca?

—En absoluto. Sabes que llevo razón. En el momento en que podamos resolver este dilema, estoy convencida de que serás capaz de abordar las correcciones referentes al tema sexual con total normalidad y podremos seguir avanzando. —Él continúa mirándome incrédulo; sin embargo, no recula ni un ápice. No intenta apartarse de mí ni zafarse de mi agarre y eso me da ánimos. Su mirada es penetrante e intensa, como si estuviese valorando mis palabras, así que me atrevo un poco más. Acerco mi cuerpo al suyo, casi a punto de rozarme con él, y le devuelvo la mirada con toda la intención de la que soy capaz. Entonces, en un susurro, me atrevo por fin—. Déjame que vaya esta noche a tu cuarto, déjame demostrarte que llevo razón y mañana podremos seguir como si nada de esto hubiera pasado.

La tensión flota entre nosotros, puedo sentir cómo Zack ha contenido el aliento al escuchar mis palabras. Sé que he ido demasiado lejos, pero también sé que esto no va a llegar a ninguna parte si seguimos andándonos con rodeos.

Y además, estoy loca por que me diga que sí.

—¿Y puede saberse qué diablos gano yo con todo esto? —responde, con un tono aún más grave, si cabe—. Porque, según yo lo veo, la única favorecida aquí, eres tú.

—Pues según yo lo veo, tú también sales beneficiado. En primer lugar, tendrías la posibilidad de acostarte con una mujer joven que está... interesada en hacerlo.

—Eso no me interesa en absoluto.

—Y en segundo lugar —continúo, ignorando su respuesta despectiva—, volverías a ostentar la posición dominante que está claro que adoras tener, porque sabes tan bien como yo que tras la confesión que me acabas de hacer, la has perdido casi por completo.

Zack se acerca a mi rostro, mucho más, tanto que puedo sentir su aliento sobre mis labios.

—No soy yo el que se siente atraído por ti, Helena. Eres tú la que me está pidiendo que me acueste contigo sin ningún tipo de reparo. Así que no te confundas, yo sigo estando al mando de este duelo absurdo en el que te has empeñado en inmiscuirme.

Aunque me cuesta horrores no lanzarme sobre su boca para morder esos labios preciosos que me llaman desde hace días, saco fuerzas de donde no las hay y consigo contenerme.

—¿Sí? Demuéstramelo entonces. Siéntate y coge el capítulo que te he traído. Ahora, Zack, no dentro de dos semanas.

Bruscamente, Zack se retira de mí y se dirige a su asiento al otro lado del escritorio. Sus ojos echan chispas y todo su cuerpo irradia tensión. Yo vuelvo a mi asiento intentando controlar mi entrecortada respiración para no provocarle más placer personal del que ya debe estar sintiendo al saber de mis propios labios que estoy interesada en él. Despacio, saco los folios que he escrito esta tarde mientras planeaba lo que iba a decirle y esperaba impaciente que llegase este momento. Se los entrego volviendo a sostener su mirada como si no me costase ni un poco, cuando en realidad estoy ardiendo por dentro.

—Ten, léelos.

—¿No vas a sentarte a mi lado como la otra vez? —pregunta, esbozando de nuevo la misma sonrisa de complacencia que tanto me molesta.

—No será necesario. Sé exactamente cuál va a ser tu reacción y prefiero ver tus expresiones

desde este lado de la mesa —respondo descarada.

Zack aprieta los labios intentando no responder de nuevo y empieza a leer. El capítulo no es muy largo, en cuatro minutos termina con la lectura. No ha permitido que ningún sentimiento se vislumbre en su rostro en ningún momento y, aunque ya esperaba que ocurriese algo así, vuelvo a sentirme pequeña cuando levanta su mirada encendida de rabia para clavarla en mi rostro.

—Vuelves a utilizar un *tempo* lento. No estoy seguro de si eso es lo más adecuado para según qué lectores. Por lo que he podido averiguar, la erótica actual se resuelve en un par de páginas a un ritmo bastante frenético.

—Así es. Pero mi experiencia me dice que eso no es lo más satisfactorio a nivel general.

—Te referirás a las mujeres, porque los hombres no requieren de tanta parafernalia para llegar al orgasmo.

—Me refiero a hombres y mujeres. Por muy satisfactorio que pueda ser un polvo rápido, lo es mucho más cuando los participantes se entretienen en excitar a su pareja lo suficiente, aumentando la sensibilidad y la compenetración en...

—En el sexo en pareja. Ese es otro de tus errores. La erótica actual no debería basarse en parejas sentimentales, Helena. Para eso ya existe la literatura romántica del siglo veinte. Tu deber como narradora actual es trascender, llegar al lector promiscuo con la misma fuerza que al lector que tiene pareja estable y, por supuesto, hacer el sexo igual de excitante para un lector masculino que para uno femenino. Y en eso, por lo que he visto, te detienes más bien poco.

—Tienes razón, debería dedicarle más tiempo a lo que siente el hombre durante una relación sexual.

—Espontánea.

—También.

—El hombre buscará en mayor medida la consecución del placer inmediato, no creo que desee detenerse en acariciar los hombros de su pareja sexual.

—En eso te equivocas, de cabo a rabo. El buen amante buscará tanto la satisfacción personal como la de su pareja, sea cual sea su vinculación emocional.

—Puede que eso ocurra en una pareja, pero no creo que ningún hombre que lea erótica escrita por una mujer, busque satisfacción a nivel mental, mucho menos, a nivel físico. Para eso ya está el porno, Helena, y es mucho más cómodo ver que leer. Además, debes recordar que el hombre es fundamentalmente visual y...

—Ya, claro... por eso tú ahora mismo estás duro como una piedra, ¿verdad?

Aunque lo dejo completamente expuesto y veo con placer cómo su rostro expresa una mezcla de sorpresa y desagrado hacia mi persona, la respuesta no se hace esperar.

—La razón por la que yo, en particular, tenga o no tenga una erección al leer algo así, no tiene nada que ver con el sentir del lector general.

—Entonces, ¿quieres decir que te excitas porque sabes que soy yo la que he escrito esto?

Sus mejillas se encienden y creo que va a levantarse para golpearme y así conseguir que deje de asediarme. Zack aprieta los puños sobre la mesa, totalmente sobrepasado, se levanta de la silla violentamente y se coloca junto a la puerta del despacho.

Y sí, su erección constriñe sus pantalones como si fuesen dos tallas más pequeños.

—Es todo lo que tengo que decir, de momento. Ahora márchate.

—¿No vas a responder a mi pregunta?

Zack me mira a los ojos y no responde. Cuando el silencio se vuelve insoportablemente incómodo, me levanto de la silla, cojo mi bolsa y me dirijo hacia la puerta parsimoniosamente, un poco preocupada por la posible reacción que él pueda tener a continuación. Sin embargo, cuando llego a su lado, él se atreve a responder.

—No estoy seguro de si ese es el motivo de mi excitación. De lo que sí estoy absolutamente seguro es de que si te atreves a venir a mi casa esta noche, haré que te expulsen por conducta indecente. Y puedo asegurarte que estoy deseando que eso ocurra, así que no tienes tu suerte.

Incapaz de dar una respuesta a la altura debido al desdén que destilan sus palabras, salgo como una exhalación por la puerta del despacho, olvidándome incluso de recoger las páginas que él acaba de leer. Tal y como desaparezco de su vista, Zack cierra dando un portazo tras de mí que resuena en todo el edificio. Enfadada y alterada, me dirijo a mi cuarto sin saber con seguridad si este nuevo asalto ha sido una gran victoria o una absoluta derrota.

Y por supuesto, encendida como una antorcha.

Capítulo 11

El dormitorio de Lindsey

Entro como una exhalación en el dormitorio de la que ya es mi amiga y confidente sin llamar a la puerta siquiera. Ella, al verme jadeante y roja de indignación, no puede evitar echarse a reír como una descosida y eso me cabrea aún más.

—¿Qué? ¿Te resulto absurda a ti también? —pregunto en voz alta.

—¡No! ¡Ja, ja, ja! Si estuvieras en mi lugar, también tendrías un ataque de risa al verte en el estado en el que Zack consigue ponerte. No me preguntes por qué, pero suponía que vuestra clase de hoy acabaría mal.

—¡A la mierda Zack! ¡A la mierda todo! ¡Es que me saca de quicio, de verdad! ¿Quién se cree que es? ¿Edward G. Robinson? —Lindsey se ríe aún más fuerte ante la mención del nombre del actor—. ¡Sí! ¡Es eso lo que me exaspera! ¡No hay manera de doblegar ese ego! ¡Y deja ya de reírte!

—¡No... puedo...! —exclama Lindsey, pronunciando con dificultad—. Es que no comprendo por qué te ha entrado esa necesidad de dominarlo, aparte del hecho de que te guste mucho, muchísimo me atrevería a decir.

—¡A mí no me gusta mucho!

—¡Ja, ja, ja, ja...!

—¡Para! ¡Para, joder!

—¡Ayyy, perdona! —atina a decir ella, volviendo a recuperar su tono de voz normal poco a poco—. Me siento culpable porque está claro que fui yo la primera que te habló de Zack. Si no te hubiera llamado la atención sobre sus virtudes, probablemente no estarías pasando por esto. Pero, lo siento, es súper divertido.

—A mí no me gusta Zack... —insisto tercamente.

—¡Claro! A ti no te gusta Zack y yo soy Marilyn Monroe. ¿A quién quieres engañar? Te gusta Zack y eres consciente de ello. Entiendo que no quieras que se sepa entre los profesores, pero creo que sabes que conmigo puedes estar tranquila. Me parece de lo más interesante esta relación pasivo-agresiva que os traéis, estoy enganchada como a una telenovela. Lo único que me preocupa es que no puedo saber si la atracción que sientes por él es correspondida o si él te hace rabiar solamente para quedar por encima de ti.

—Estoy segura de que es por lo segundo.

—No lo sé, no lo puedo saber porque no lo conozco tanto y porque no os he visto juntos más que un par de veces. Lo único que deseo es que esto avance, estoy deseando ver adónde nos lleva.

—Lindsey —continúo, muy seria—, no me gusta Zack.

—¡Pfff! ¡Paparruchas! En serio, ¿no confías en mí?

Respiro hondo, me siento sobre su cama y me quedo mirándola a los ojos. Tengo que decidir si voy a confiar completamente en ella o no. Yo no sé darme parcialmente, conmigo es o todo o nada. La miro durante unos segundos y veo el brillo, esa señal que mi instinto reconoce como positiva y me decido. Ya no hay marcha atrás.

—Voy a ser totalmente sincera contigo. Zack me atrae, pero me atrae más la posibilidad de dejar asombrado con mi trabajo a alguien con tanta cultura, a alguien que sabe tanto de literatura. Llámame prepotente, infantil o narcisista, pero es la verdad. Desde que me lo describiste, algo se apoderó de mí, es un sentimiento maligno, estoy segura, pero es tremendamente excitante. Al principio me pareció evidente que lo había conquistado con mis palabras, con mi descaro; pero desde que él averiguó lo poco que había que saber sobre mis novelas, no ha vuelto a mostrarse interesado en mí... hasta hoy.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Zack me ha confesado que... se excita cuando lee mis escenas de sexo —respondo con cautela.

—Normal —apunta ella con naturalidad. Yo me quedo mirándola extrañada y ella sonríe—. ¿Por qué no se iba a excitar? ¡Es un hombre!

—Pues... pues... ¡no sé! Porque pensaba que este tipo de encuentros solo los podrían apreciar las mujeres, porque pensaba que él estaba muy por encima de todo eso, porque pensaba que la novela erótica no está al nivel...

—¡Vamos! ¡Es que no doy crédito! —exclama, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Sabes lo que creo? Creo que llevas demasiado tiempo sin echar un buen polvo, chica. ¿En qué cabeza caben toda esa sarta de chorradas?

—No... no sé a qué te refieres —respondo, cada vez más desconcertada.

—¡Ya te lo dije! Zack no te dedicaría su tiempo si no pensase que merece la pena el esfuerzo ni aunque hubiese hecho una promesa, mucho menos, por un estúpido reto. Pero lo que más me preocupa es, ¿por qué diablos te desmereces? Llevo leyendo contigo muchos días y te he dicho que escribes bien, que tienes pasajes geniales, ¡que incluso me he puesto cachonda leyéndote! Y aún así, ¿sigues extrañándote de que a él le parezca interesante? ¿Y encima ahora me vienes con que la literatura erótica no está al nivel del resto? ¿En serio?

—Es que creía que él se aburriría de mí en cuanto me leyera un par de veces y que se limitaría a la labor de corrector, ¡no estaba preparada para escucharle decir que se excita con lo que escribo! No he sabido reaccionar y... y me he insinuado...

—¿Whaaaat? ¿Cómo que te has insinuado? —pregunta, plantando en su precioso rostro una sonrisa gigantesca—. ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

Lindsey se lanza sobre mí y ambas caemos sobre la cama. Su risa es súper contagiosa y no puedo evitar empezar a reírme también, presa del nerviosismo.

—Le he dicho que teníamos que resolver la tensión que hay entre nosotros —susurro cuando ambas conseguimos calmarnos, tumbadas una al lado de la otra.

—¿Y? ¿Qué ha dicho él?

—Básicamente, se ha puesto borde nivel Dios.

—¡Ah! Entonces hay esperanza.

—Sí, esperanza de que me expulsen de la escuela si me atrevo a hacer cualquier otro acercamiento.

—¿Perdón?

—Esas han sido sus últimas palabras. Que si se me ocurría aparecer por su casa, me denunciaría a la dirección de la universidad.

—Joder, sí que es un hueso. O sea, que te dice que le pones cachondo, pero que no te atrevas a acercarte...

—¡Yo no lo pongo cachondo! Son mis novelas las que lo hacen.

—¡Nah! Es lo mismo.

—No, Lindsey. No lo es.

—¡Es lo mismo! Además, ese mensaje contradictorio para mí es una insinuación directa.

—Pues para mí ha sido un jarro de agua fría. Imagínate mi cara cuando me ha dicho que está deseando que me expulsen.

—Eso ha sido para picarte.

—Pues lo ha conseguido. Pero eso da igual. La cosa es que no quiere ir más allá, que me ha dicho que no va a entrar a corregir la parte erótica y que no puedo hacer nada más al respecto. Que me conforme con lo que me ofrece. Me ha sonado a que me estaba ofreciendo solo las migajas y me he puesto de mala leche.

—No te está ofreciendo solo las migajas, está siendo sincero contigo, Helena.

—Pues por el tono que ha utilizado, así es como a mí me ha sonado.

—¡Ay, amiga! Tienes que aprender a leer entre líneas con él. Si no, siempre conseguirá sacar lo peor de ti porque esa es su especialidad. Además parece que tú te has convertido en su objetivo. Pero yo lo veo clarísimo, él sabe cómo ponerte nerviosa, sabe cómo ganar y eso le encanta. Es igual que tú, le encanta tener el control. Ahora la pelota está en tu terreno, tienes que conseguir salvar la red para poder alzarte con la victoria.

—¿Y cómo diablos se hace eso? —pregunto desconcertada.

—Eso dependerá de cómo se desarrolle vuestra relación cuando estéis a solas. Zack es arrogante, le encanta serlo, se siente orgulloso de ser alguien difícil de llevar. Pero todo eso es fachada, ya te lo avisé. Una vez que consigues olvidarte de su a veces desagradable manera de comportarse, hay un corazón enorme en ese pecho. Lo que ocurre es que a ti te va a costar más llegar hasta allí porque él está demostrando un especial interés en tu persona. ¿El motivo? Aún es pronto para arriesgarme, pero no creo que tardes mucho en averiguarlo. Ahora lo que necesitas es tener un plan al que ceñirte para no volver a dejarte llevar por sus salidas de tono y sus arranques infantiles y egocéntricos.

—Y... ¿tienes alguna idea? Porque hasta ahora todo lo que se me ha ocurrido ha fallado estrepitosamente.

—Mmmm... ¿has probado a hacerte la mosquita muerta?

—Yo no sirvo para eso —respondo al punto, mirándola con desilusión.

—Pues te aseguro que es una técnica infalible con hombres como Zack.

—No le veo la gracia a hacerme la tonta para que él se descubra ante mí.

—Pero funciona. Bueno, lo dejaremos para más adelante. ¿Qué tal si incides en lo que sabes con seguridad?

—¿Sobre Zack? No sé nada con seguridad.

—Eso no es cierto, sabes que se excita cuando te lee... ¡ya está! ¡Ya lo tengo! —exclama, apoyándose en un codo y mirándome con entusiasmo.

—¿Qué? ¡Suéltalo!

—¡Tienes que leerle! ¡Tú a él! ¡En voz alta!

Me quedo mirándola con la boca abierta. Ya lo habíamos comentado antes, pero con diferente objetivo. En el momento en que sopeso la posibilidad en mi mente, añadiendo a la ecuación la provocación, me sonrojo sin remedio.

—Yo nunca he... nunca he leído sexo en voz alta.

—¿Cómo? ¿Pero cómo puede ser? —pregunta Lindsey sorprendida.

—No me gusta cómo sueno cuando leo. Simplemente. Pero además, si lo hiciese para seducir, aún me daría más vergüenza de la que ya me da escuchar mi voz leyendo cualquier párrafo a solas.

—Pues, perdona que te diga, si quieres que tus lectores te lean, debes prepararte para esto. Si Zack consigue que tu historia triunfe, vas a tener que leer en público en más de una ocasión. Y créeme que querrán que leas las partes más picantes.

—Pues me da vergüenza, no me gusta. Me resulta extraño porque lo que escribo está concebido para ser leído en intimidad, a solas.

—¿Ni siquiera los has leído en pareja?

—No. Mi ex-pareja no estaba muy de acuerdo con mis tendencias narrativas, por decirlo de algún modo.

Ella se queda mirándome expectante, pero al darse cuenta de que no estoy interesada en desvelar nada sobre mi pasado, se incorpora y coge mi ordenador, el cual venía conmigo dentro de mi bolsa.

—Está bien. Pues vamos a ello. A ver, dime un pasaje muy, muy erótico que no sean solo gemidos y penetración.

—¡Que no voy a leer! —exclamo obstinada.

—No. Voy a leer yo. Tú me vas a escuchar y vas a dejarte llevar, ¿de acuerdo? Y cuando termine, entonces lees tú.

Respiro hondo aceptando mi sino. He de reconocer que, por muy poco que me guste la idea, ella tiene razón. Y puede que Zack no sea capaz de controlarse si me escucha hablar en un tono sensual. A Robert le encantaba escuchar mi voz mientras hacíamos el amor, pero claro, era mi pareja. Quizá esto sea demasiado atrevido, pero puede que sea la mejor baza que tengo ahora mismo, como dice Lindsey. De repente, me doy cuenta de que ella está esperando a que me decida, mostrándose un poco impaciente.

—¿Te atreves o no?

—Ahora me da vergüenza también escucharte a ti —suelto sin pensar.

—Ummm... vamos nena, verás que bien se me da esto —susurra en un tono sensual que le desconozco. De repente, se echa a reír—. ¡Vamos, boba! No le des tanta importancia, es solo un texto.

—Está bien.

Abro una de mis historias más picantes y me voy al capítulo veintiséis. Un sesenta y nueve entre Josh y Lyv. Lindsey da una rápida visual y sonríe de vez en cuando. Cuando termina, me mira a los ojos y alza una ceja con picardía.

—¿Te gusta el sexo oral? —me pregunta, sugerente. Parece que se ha metido en el papel y lo está interpretando muy bien.

—He de confesar que es una de mis prácticas favoritas —respondo, intentando ponerme en situación también.

—¿Hacerlo o recibirlo?

—Aunque te parezca extraño, depende del momento.

—Así que te gusta que te coman el coño, pero también te gusta comerte una buena polla, ¿verdad?

El tono de Lindsey es muy erótico. Aunque sus palabras podrían resultar soeces para cualquiera, a mí me parecen de lo más acertadas.

—Me encanta meterme en la boca una buena erección —respondo sensual—, me encanta el poder que me da el sexo oral, me vuelve loca ver lo débiles que los hombres quedan bajo mi mando en el momento en que mi lengua acaricia sus rincones más sensibles.

Ella respira hondo y su mirada cambia ligeramente. Ahora no sé si está metida en el papel o si de verdad está un poco excitada.

Entonces, empieza a leer.

Lyv se ha deslizado bajo las sábanas y ha empezado a comerle la polla a Josh. Él decide recrearse a solas en la sensación de plenitud que ella le hace sentir cuando rodea su erección con sus preciosos labios y Lindsey está narrando despacio todo lo que él siente. Es muy excitante escucharla. Su voz es un ronroneo cadencioso que se mete en mi cerebro y, teniendo en cuenta el nivel de excitación con el que ya cuento desde que salí del despacho de Zack, empiezo a imaginarme que lo que están haciendo Josh y Lyv, lo estamos haciendo Zack y yo.

—Josh, te estoy esperando... —dice Lindsey, mirándome a los ojos momentáneamente. Y continúa.

“Me giro hacia ella. Busco su sexo con mi mirada. Es precioso, un triángulo delicado, bien dibujado y muy apetecible. Separo un poco sus muslos y me meto entre ellos. Ella ha detenido sus movimientos, solo lame mi punta y luego desciende a lo largo de todo mi miembro, rozándolo entero. Acaricio su botoncito con mi lengua y, tal y como ella me siente, su cuerpo se estremece.

—¡Oh, por fin! ¿Querías hacerme suplicar? ¿Sabes lo caliente que me pone escucharte jadear?”.

Lindsey se detiene y nota que mi respiración ha aumentado de velocidad. Me he sumergido en la narración y casi soy capaz de ver los bucles de Zack entre mis muslos, sus labios buscando mi

botoncito con ansia, loco por darme placer. Lindsey continúa, contenta de ver que ha conseguido su propósito.

—Lo siento, mi amor, —Rodeo su clítoris con mi lengua y ella gime voluptuosa—, no ha sido intencionado, —Ahora paso sobre él suavemente, deslizándome de arriba a abajo y ella gime más seguido—, estaba disfrutando tanto de ti que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba gimiendo tan alto. —Atrapo su dulce capullo con mis labios, ella convulsiona en un espasmo y suspira profundamente.

—¡Aaah! Josh...”.

¡Joder! Casi puedo sentir sus labios en el centro de mi deseo. No soy capaz de mirar a Lindsey a los ojos, me quedo mirando mi entrepierna porque está palpitando de anticipación ante la idea de que Zack me regale un orgasmo con esos labios tan apetecibles que me tienen loca. Lindsey se coloca junto a mí y continúa.

“Empiezo a succionarlo, suavemente, pero sin darle tregua. Quiero que ella suba rápidamente, me encanta la sensación de saber que se muere en mi boca. Introduzco mis dedos en su cuerpo, ella se arquea hacia mí y jadea entrecortadamente.

—¡Josh! ¡Josh! ¡Así! ¡Así es perfecto!”.

La voz de Lindsey es un ronroneo en mi oído, me está poniendo muy a tono...

“Entonces ella vuelve a mi pene. ¡Aaaah! Me está comiendo entero, engulléndome. Siento cómo me colma, cómo llega hasta el fondo, no quiero soltar su sexo, pero no puedo evitar suspirar bajo sus labios, dejar escapar los gruñidos que pugnan por salir de mi garganta. Acelero el ritmo de mis dedos, de mi lengua. Lo beso, lo lamo y de nuevo lo succiono con deleite y trazo círculos con mis dedos en su interior, mientras siento que mi pene va a estallar de placer.

—Lyv... ¡Lyv! ¡Cariño...! Apriétam-me...”.

¡Oh, Dios! ¡Lo que daría por escuchar a Zack rogándome tan abiertamente que le apretase fuerte entre mis labios...

—Helena... —susurra Lindsey—, yo también estoy muy excitada...

La miro a los ojos y veo cómo se acerca a mí, despacio, con sus ojos refulgiendo de deseo. No sé qué es lo que pretende, pero no me da miedo averiguarlo. Por primera vez no me da miedo averiguar si los labios de una mujer son tan deliciosos como los de un hombre.

Lindsey me besa con una suavidad sorprendente. Sus labios son húmedos y carnosos, pero no me deja recrearme en ellos porque su lengua se desliza dentro de mi boca a la misma vez que sus dedos empiezan a corretear desde mi rodilla hacia arriba, sin prisa, pero sin pausa.

—Lindsey... yo no...

—Shhh... solo déjate llevar. Sigue imaginando a Zack entre tus muslos, sigue imaginando cómo su boca se dedica con insistencia a hacerte disfrutar...

—Pero yo...

—No pienses...

Su boca vuelve a apoderarse de la mía y sus dedos han llegado a mi entrepierna, entregándose con premura a la difícil labor de encontrar mi clítoris a través de mis gruesos pantalones de lana. Sin embargo, ella no tarda casi nada. En un par de segundos, las yemas de sus dedos índice y corazón se deslizan sobre mi centro, agitándolo con fuerza con movimientos rápidos y precisos.

La escasa reticencia que mi mente aún tenía, desaparece tal y como empiezo a sentir el placer que ella me proporciona.

—Ohhh... —susurro quedamente.

—Sigue leyendo, Helena —apunta ella, con su voz impregnada de sexualidad.

—No... no p-puedo...

Ella vuelve a besarme, pero ahora se coloca encima de mí para poder desabrocharme el pantalón con su mano libre, mientras que sus dedos siguen frotando mi centro con una exactitud que me deja totalmente sorprendida. Sus besos son dulces, sexis, muy tentadores. Ahogo una exclamación de deseo y me abandono a su boca, cerrando los ojos, olvidándome de que es ella y no Zack quien me besa con tantas ganas. Ella me reclina un poco sobre la cama y me baja los pantalones y la ropa interior en un movimiento al que yo ayudo sin demora. Una vez que me tiene desnuda de cintura para abajo, Lindsey vuelve a incorporarse y me ofrece el portátil.

—Sigue leyendo, Helena, lee para mí...

Ahora sus dedos me acarician directamente sobre mis labios y, sin dejar de mirarme a los ojos, los separa un poco para comprobar mi humedad. Su índice se desliza suavemente sobre mi clítoris y yo abro mi boca, encantada con la nueva sensación de sentirme dominada por las minuciosas caricias de una mujer.

—¡Ah!

—Eso es...

Ella separa mis muslos aún más y su dedo corazón se une al índice en sus caricias. Su mirada me hace sentir bien, aunque también me somete, y la sensación es maravillosa. Ella mira el ordenador, quiere que siga yo. Con mucha dificultad, me lo acerco un poco para poder seguir leyendo.

“—Lyv... ¡Lyv! ¡Cariño...! Apriétam-me...” —acierto a exclamar, casi tartamudeando.

Los dedos de Lindsey empiezan a ejercer una dulcísima presión sobre mi clítoris y siento cómo me humedezco más y más. Ella se acerca a mi cuello y, sin dejar de acariciarme con determinación, empieza a darme pequeños mordiscos a lo largo de él.

—Sigue... —susurra cuando llega a mi oído, empezando a mordisquear allí también.

“Ella jadea al oírme y aprieta sus labios alrededor de mí, abrazándome fuerte, y acelera también el ritmo. Enloquezco, lamo su centro con más intensidad...”.

Empiezo a tartamudear. Lindsey ha metido sus dedos en mi vagina y ha encontrado mi punto G con una facilidad pasmosa. Los preciosos ojos azules de Zack se cuelan en mi mente y veo cómo arden en llamas mientras me taladran, mientras jadeo para él sin refrenarme ni un ápice. Me reclino aún más sobre la cama y cierro los ojos, loca por perderme en las imágenes de los dedos de Zack penetrándome fuerte...

—Oh, Zack...

—Sigue, Helena...

Respirando con dificultad, me obligo a volver a la página de word que está a mi izquierda y, tras unos segundos, consigo centrar la vista en las letras.

“...la m-misma que siento en mi sexo. Lo c-cubro por completo con mis labios, tironeando de él...”, —oh, señor—, “solo para soltarlo y volver a empezar, y después lo rozo con mi lengua

con pequeñas pero firmes sacudidas...”.

Al escuchar cómo describo el *cunilingus* que le está regalando Josh a Lyv, Lindsey sale de mi cuerpo, me obliga a flexionar las rodillas y desliza su cabeza bajo mi muslo hacia mi entrepierna. Con sus manos, ahora ociosas, levanta su falda y se introduce en sus braguitas blancas. Empieza a acariciarse al mismo tiempo que sus labios encuentran mi clítoris, lo besan y, después de conseguir que deje escapar un balbuceo de absoluto delirio, empiezan a chuparlo con exquisita suavidad.

—¡Jod-der...!

Sus labios son expertos. Pero son los de Zack los que se ciernen en torno a mi clítoris y empiezan a besarme con gentileza. Un poco sobrepasada por todo lo que está ocurriendo, empiezo a jadear importándome cada vez menos lo que todo esto pueda llegar a implicar. Estaba tan deseosa de que alguien se ocupase de darme placer que solo quiero entregarme al orgasmo que está empezando a crearse en el fondo de mi útero y que Lindsey se encarga de que sea cada vez más placentero.

—Zack... Zack...

Mis labios me delatan. Zack no se detiene, me mata, está consiguiendo que me derrita lentamente. Sin abrir los ojos para no romper el hechizo, deslizo mi mano hacia donde sé que la de Lindsey juega con su propio sexo, buscando que ella la aparte de allí y me deje hacer a mí también. Cuando ella se da cuenta de mis pretensiones, ahoga un gemido de complacencia y separa un poco más sus muslos para dejarme espacio. Mis dedos empiezan a deslizarse sobre su sexo empapado, Lindsey no puede evitar acelerar un poco el paso y sus labios empiezan a succionar mi clítoris a un ritmo que raya en urgente.

Pero no son los labios de Lindsey, son los de Zack, que empieza a gruñir desesperado con esa envolvente voz de barítono que me hace suspirar.

—¡Oh, Dios! ¡Es f-fantástic-co! —exclamo sin contención alguna.

Mis dedos también se aceleran, Lindsey empieza a jadear bajo mis caricias y cuando mis gemidos suben de decibelios, Lindsey incorpora la punta de su lengua al juego. Entonces grito, grito porque me voy a correr.

—Oh... Zack... sigue... sigue... sí... ¡sí!

Al iniciarse las convulsiones en mi vulva, mis dedos ya han alcanzado la velocidad perfecta. Lindsey empieza a contorsionarse buscando la postura que más le gusta para dejar que yo la lleve al cenit y, cuando termino de deshacerme en su boca, empieza la erupción en su cuerpo...

—Oh... Zack... así, cariño... no pares, no pares... me corro... ¡oh Dios, me corro! ¡Oooh!

Añadiendo esta sorpresa a la consternación en la que estoy sumida por estar haciendo lo que estamos haciendo, veo cómo Lindsey alcanza la miel del éxtasis bajo mis dedos; y aunque siento que todo lo que ha ocurrido ha sido muy extraño, también me doy cuenta de que el hombre que me obsesiona desde que llegué puede provocar el mismo efecto en otra mujer. El compartir deseo por una misma persona con una amiga con la que acabo de tener sexo es una sensación nueva, curiosa, pero no me resulta desagradable. Solo extraña.

Al terminar, ella me mira a los ojos un poco preocupada, interrogándome con su mirada.

—¿Estás... bien? —pregunta.

—Estoy muuuuy bien —respondo con una pequeña sonrisa en mis labios.

Ella se incorpora para mirarme aún más fijamente.

—¿No te ha resultado violento?

—¿Lo que hemos hecho? ¿O que tú también te hayas imaginado con Zack?

—¿Ambas cosas?

Sonrío y ella sonríe también.

—No, lo comprendo.

—Yo no tengo interés en él, pero me ha puesto cachonda pensar que tú estabas pensando en él... y bueno, está buenísimo y...

—Lindsey, no tienes que darme explicaciones.

Ella baja la mirada y, por primera vez, se sonroja.

—Espero que también comprendas que me he dejado llevar...

—Escucha. En serio, no hay nada que explicar. Ha sido muy natural y lo hemos pasado muy bien. No hay por qué sentirse mal. ¿Okay?

Ella vuelve a mirarme y sonríe más ampliamente.

—Okay. Qué quieres que te diga, a mí también me pone lo que escribes, no es algo que le ocurra exclusivamente a Zack.

—Me alegro de que sea así. Y me alegro de que seas tan sincera y tan abierta.

Ambas nos miramos y sabemos que no hace falta que sigamos hablando sobre lo que ha pasado, al menos, de momento. Lindsey se levanta del suelo, se sienta en la cama y se queda mirándome con una sonrisita llena de intención.

—¿Qué? —pregunto divertida.

—A partir de ahora, lo vuestro no puede más que mejorar.

—¿Y eso por qué?

—Porque me acabo de imaginar la bomba de libido que va a ser para Zack cuando seas tú la que le cuente cómo vas a entregarte con ahínco a adorar su erección con tu boca...

Capítulo 12

Alnwick

Por primera vez desde que llegué aquí en enero, hoy el día se presenta con un clima más halagüeño para salir a pasear. Entiendo que, para los oriundos, el clima frío y desolador del norte de Gran Bretaña es lo habitual; pero para mí, una pobre sureña que echa tanto de menos los rayos del sol, los exteriores del castillo y el pequeño pueblecito de Alnwick me parecían una prueba infernal hasta ahora. Sobre todo por el viento. El viento me vuelve loca, me aturde, incluso me marea. Y no es que no esté acostumbrada, en Kingsand también hace mucho viento, pero no es tan frío.

Aunque fue precisamente eso lo que me hizo decidirme a venir a trabajar a este lugar tan inhóspito, lo que me hizo abandonar la calidez de mi playa para esconderme entre las gruesas paredes de piedra de esta enorme edificación a la que ahora llamo hogar: el frío. Tenía que huir, y tenía que hacerlo a un sitio que fuese diametralmente opuesto a donde estaba. Y lo más alejado posible. Así que, aprovechando los débiles rayos de sol que se han decidido a salir esta mañana, me enfundo en mi abrigo más grueso, me calo el gorro de lana que me regaló mi hermana hasta las orejas y me coloco los guantes de piel forrados de borreguito que compré justo antes de venir, dispuesta a descubrir a qué huelen las cafeterías de Alnwick.

El camino desde la universidad hasta el pueblo es bastante corto, no me lleva más de diez minutos llegar a la pequeña rotonda donde me dejó el autobús que me trajo aquí desde Londres. Bueno, no es una rotonda, es una especie de círculo donde termina la carretera principal. Partiendo desde ese círculo, puedes dirigirte hacia la universidad, si continúas hacia adelante, o bien empezar a caminar a lo largo de la carretera principal y colarte por las calles transversales, tan estrechas y antiguas como minúsculo es el pueblo. Pero estoy segura de que esas calles están repletas de sabor, de recuerdos, de palabras. Eso es lo que más me gusta de los pueblos pequeños de nuestra tierra: la cantidad de historias que impregnan sus paredes.

Paseo a lo largo de la carretera sumida en mis pensamientos, sopesando las locuras que hice hace un par de días tanto con respecto a Zack como con respecto a Lindsey y, cuando me doy cuenta, ya estoy fuera del pueblo. A mi alrededor se extiende un prado gigantesco, salpicado aquí y allá por pequeños *cottages* aislados o por agrupaciones de preciosas casitas de cuento que conforman una especie de comunidad. Mi corazón se alegra y una sonrisa se instala en mis labios. Necesitaba demasiado sentir el sol en mi piel.

Acelero el paso porque, a lo lejos, veo una especie de parque de juegos para niños donde hay un columpio, un sube y baja y varios caballitos metálicos para que los más pequeños se diviertan. Sé que no está hecho para mí, pero no puedo evitar acercarme ilusionada. No hay ni un alma alrededor, así que podré columpiarme mientras me recreo en mis alocados y acalorados pensamientos. Apresuro aún más mi paso y alcanzo el parquecillo en cuestión de unos minutos.

Me acomodo en el columpio, en el que quepo a duras penas, encojo mis piernas todo lo que puedo y empiezo a darme impulso. No tardo nada en sonreír con ganas, sintiéndome libre y a solas por primera vez desde hace mucho tiempo.

Desde que empezó el curso escolar en septiembre del año pasado, no me he sentido libre estando a solas. Principalmente porque no he estado a solas desde entonces, Robert no lo habría permitido. Y las pocas veces que me he sentido libre, estaba rodeada de gente, de otras almas afines a la mía que compartían la pasión por la escritura por la que me he dejado llevar desde que cumplí los veintiuno. Así que esta sensación tan placentera de la que estoy disfrutando ahora mismo me llena de una felicidad sobrecogedora que casi tenía olvidada.

Y dejo mi mente vagar.

Probablemente, toda esta historia en la que me he visto envuelta con respecto a Zack no sea más que el resultado de todos esos meses en los que me sentía presa, una especie de efecto rebote después de haber estado sometida voluntariamente a una persona que se fue transformando a la misma vez que yo lo hacía, pero con una trayectoria diferente. Mientras más deseaba yo conocer gente nueva y abrirme a los demás, menos acompañada me sentía por Robert y más asocial se volvía él. Tanto que, llegados a un punto, la relación se volvió absurda, insostenible, no tenía razón de ser que continuásemos juntos si cada uno de nosotros deseaba tomar caminos opuestos.

Pero él no lo veía así. Robert quiso que fuese yo la que detuviese mi caminar, la que volviese a ser la que era cuando empezamos a salir, sin comprender que eso ya no era posible, que ya no había marcha atrás, que yo deseaba seguir a su lado sintiendo su apoyo, no su desdén. Pero él se lo tomó como una afrenta personal, como si yo le hubiese traicionado cuando decidí lanzarme a escribir. Jamás atendió a razones, ni siquiera cuando decidimos mudarnos para pasar más tiempo juntos, ni siquiera cuando le dije que deseaba formar una familia a su lado en nuestra pequeña casita de Kingsand. Robert quería que yo me dedicase exclusivamente a él, que dejase de lado a mis nuevos amigos, que me olvidase de aprender a moverme en el complicado mundo de las letras.

Y casi lo consiguió.

Me doy cuenta de que el hecho de que Zack me sugiriese la idea de ayudarme a ser *best seller* apoyándose en sus correcciones, se convirtió instantáneamente en una baza muy importante a su favor. Puede que por ese motivo me haya resultado tan atractivo desde el principio, no solo por lo dulces que son sus rasgos, por su esbelta figura y su aire de superioridad o por la inteligencia que destila su mirada, aunque es absurdo no reconocer esas otras virtudes también. Puede que esa indiscutible ventaja, que me fue ofrecida voluntariamente, sea la razón de que sienta esta necesidad absurda de dejarlo con la boca abierta, sea como sea y me cueste lo que me cueste.

No estoy segura, solo sé que me vuelve loca. No he querido admitirlo porque creía que estaba aún sumergida en el dolor de mi ruptura con Robert, que era demasiado pronto para volver a sentir algo de calor en mi pecho, siendo tan reciente nuestra separación. Pero me doy cuenta ahora de que mi corazón ya se había ido de su lado incluso antes de irnos a vivir juntos, que ese paso fue en realidad un acto desesperado de volver a colocar todos los muebles en su lugar, pero que, inconscientemente, yo sabía que no eran los muebles los que se habían movido, sino que las paredes que los albergaban tenían un gran defecto de estructura. Solo hacía falta un pequeño empujón para que todo se derrumbase, pero fui tan cobarde que lo que pudo haber sido simplemente una separación, terminó en tragedia nivel ópera italiana.

Y tuve que huir.

Y ahora al llegar aquí, al conseguir esa primera meta que me había propuesto en mi atolondrada toma de decisiones para avanzar en el arduo y espinoso camino hacia el éxito, me he quedado enganchada a ese delicioso compendio de atractivos que es Zachary Knightley. No he querido verlo hasta ahora, no he querido aceptarlo en mi interior, pero eso es lo que ha ocurrido. Zack es la elevación al cubo de lo que creía haber encontrado en Robert, me siento atraída hacia él, me gusta estar a su lado.

El problema es que Zack es intocable.

¿Lo es? ¿O solo me lo parece?

No lo sé. No lo sé porque no me deja conocerle mejor, porque los demás tampoco lo conocen. A mis ojos, es una persona que está muy por encima de mí, a una distancia casi inalcanzable, y eso me vuelve absolutamente loca. Y me en-can-ta esa sensación.

He estado durante más de media hora perdida por completo en mis pensamientos, tanto que no me he percatado de que unos espesos nubarrones, cargados hasta los topes de agua gélida, se han ido colocando sobre mi cabeza hasta tapar por completo el sol y amenazan con descargar fuerte en pocos minutos. Como muestra, un par de gotas aterrizan sobre mi rostro y sobre la manga de mi abrigo y, unos segundos más tarde, empiezan a multiplicarse como el grano en el proverbial tablero de ajedrez.

Preocupada por la ausencia de cobertura física más allá de mi abrigo y mi gorro, miro a mi alrededor valorando dónde puedo resguardarme de la que promete ser una tormenta pasajera, pero monumental. Sé que no tendré tiempo de volver al pueblo para buscar esa cafetería que seguro me espera para compartir conmigo más de una tarde antes de que llegue el verano, así que me centro en localizar urgentemente un punto intermedio que me sirva de cobijo.

A unos quinientos metros se alza una construcción, una especie de cobertizo que queda algo alejado de las primeras casas del asentamiento más cercano al parque infantil y que espero que tenga, al menos, un voladizo considerable, si no una puerta o ventana que haya quedado abierta. Decidida, salgo disparada hacia allí mientras las gruesas gotas de agua empapan la parte de mi melena que queda fuera del gorro y el bajo de mis vaqueros.

Al alcanzar el cobertizo, mi rostro está completamente empapado. Rodeo la construcción y descubro con alegría que la parte que quedaba fuera de mi vista es muy diferente a la que podía divisar desde lejos: el cobertizo tiene un acceso en forma de pequeño porche de piedra que, aunque de planta abierta, queda bastante resguardado del aguacero.

Y ahí, sentado en un precioso banco de madera, está Zack, mirándome sorprendido.

—¡Señor! ¿Me puedes explicar cómo se te ocurre salir sin paraguas? —pregunta casi gritando, mientras subo los tres escalones de acceso al improvisado refugio.

—¡No sabía que iba a llover! ¡Ha salido el sol!

—¿Y? ¡Estás en el norte de Inglaterra, Helena! ¡No en California!

Goteando como si acabase de salir de una piscina, me quedo mirando a Zack, atónita ante sus desagradables palabras. Él me devuelve la mirada boquiabierto y enfurruñado. Debe pensar que soy imbécil, pero yo no me arredro.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir cuando me ves llegar hecha una sopa? —suelto sin

poder reprimirme.

—¿Qué pasa? ¿Te ha molestado? Pues alégrate, porque me he contenido.

—¡Me lo creo! ¡Eres así de desagradable! ¿Qué has pensado? ¿Que soy una idiota por no haber consultado el parte meteorológico que, al parecer, tu dominas a la perfección?

—No. He pensado que podrías haberte resbalado al correr hacia aquí y podrías haberte partido una pierna, o algo peor —responde, bajando un toque el tono agresivo de su voz.

—Eso es lo que tú quisieras, que me rompiese algo. Así podrías deshacerte de la impertinente profesora de narrativa coñazo que ha llegado a Alnwick solo para fastidiarte y que ahora, además, está interrumpiendo tu ratito de lectura de... —Me acerco un poco para intentar leer el título del libro que lleva entre las manos—, ¡cómo no! ¡Shakespeare!

Zack aprieta sus labios y, para mi sorpresa, veo cómo se alzan sus comisuras intentando reprimir una sonrisa.

—Anda, ven, siéntate aquí. No me fío de tu estabilidad ahora mismo y no quiero tener que cargar con la rotura de tu pierna sobre mi conciencia —suelta a toda velocidad, trabándose un poco incluso, intentando no mostrar lo graciosa que le parece la situación.

Yo dudo unos instantes pero, finalmente, me acerco al otro lado del banco en el que se sienta y tomo asiento también, cuidando que la distancia entre nosotros sea la máxima posible. Él me observa en silencio, me pone muy nerviosa cuando me mira así y no soy capaz de adivinar en qué está pensando. Solo soy capaz de pensar en lo sexy que me resulta el bucle que roza ahora mismo su frente...

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —pregunto para dejar de imaginar cosas obscenas que implican tener mis dedos enredados en su pelo.

—Bastante. Salí temprano esta mañana para buscar sosiego fuera de los territorios de la universidad. Y sí, has venido para interrumpir mi pacífica lectura... pero no importa. Ya empezaba a cansarme de tanto clasicismo.

De repente, Zack me sonrío cálidamente. Es una sorpresa para mí encontrar esa sonrisa tan amable dirigida a mí y no puedo evitar detenerme en lo preciosos que son sus ojos cuando no me miran con ganas de estrangularme.

Y en que su boca es muchísimo más seductora con una sonrisa plantada en sus labios.

—Necesitaba sentir los rayos del sol, estaba un poco desesperada a estas alturas —confieso, dirigiendo mi mirada hacia la lluvia que cae sobre la tierra insistentemente—. Pensé que podría dar un paseo breve y volver al pueblo para tomar un café en alguna cafetería preciosa, con olor a canela y a pastas. Pero me topé con un columpio, me senté y me dejé llevar por mis pensamientos. No me he dado cuenta de que se había encapotado el cielo hasta que he empezado a mojarme.

Zack me escucha sin quitarme la vista de encima. Pero ahora no me molesta, por primera vez no me molesta que pueda utilizar mis comentarios para hacer una broma a mi costa. Tengo ganas de hablar, de expresarme sin tener que medir mis palabras. Si a él le parece una chorrada lo que pienso, que le den.

—¿Echas de menos tu hogar? —inquieta con su preciosa voz grave.

—¿Cuál de ellos? —respondo con una triste sonrisa.

—¿Tienes más de uno? —espeta, sorprendido. Pero la sonrisa no ha abandonado sus labios.

—Dejé mi casa en Londres hace casi dos años para mudarme a Kingsand con mi ex-pareja. Así que, técnicamente, no tengo ningún hogar. Ahora mismo no siento que pertenezca a ningún sitio, para ser sincera.

—Entonces, como yo —responde tras unos segundos.

—Supongo que echo de menos mi casa de Londres, mi barrio, los desayunos con mi madre... Todo lo que no tuve en Kingsand.

—¿Puedo... puedo preguntar por qué elegisteis Kingsand para mudaros tu ex-novio y tú? —inquire cauteloso.

—Buscaba tranquilidad para escribir. —De repente, me doy cuenta de que eso no es así. Frunzo el entrecejo y me corrijo—. No, eso no es verdad. Yo gozaba del mejor espacio para escribir que se pueda tener en casa de mis padres. No. Nos fuimos a Kingsand porque Robert lo propuso. Pensé que allí podría disfrutar de más horas de luz que en Londres, que allí sería más libre, que pasaría horas y horas con mi portátil frente al mar...

—Y no fue así...

—No —respondo escuetamente.

—Lo lamento mucho —añade, bajando dos notas más su tono de voz.

—Yo no —respondo animada—. Ahora estoy aquí, soy profesora de una asignatura que me apasiona en una universidad milenaria y, además...

Me interrumpo al darme cuenta de cuáles iban a ser mis siguientes palabras. Me muerdo el labio y miro a Zack de soslayo, para descubrir que me escucha con mucha atención.

—¿Además...?

—Además he conocido a un arrogante profesor de literatura que dice que es corrector de estilo y que ha prometido que va a ayudarme a convertir mis novelas en súper ventas —replico con descaro, terminando mi frase con una sonrisa llena de picardía.

Zack imita mi gesto y entorna los ojos, dándose por aludido.

—Al menos, aquí podrás mejorar tu narración, aunque no puedas disfrutar de los rayos de sol que tanto ansiabas.

Al escuchar la mención del calor del sol, un escalofrío me atraviesa de arriba a abajo y no puedo reprimir un estremecimiento. Zack lo nota enseguida, se levanta de su asiento y, acercándose un poco más a mí, se deshace de la bufanda de *cashmere* que llevaba anudada al cuello.

—Anda, ponte esto al menos. La universidad no puede permitirse una baja por enfermedad —suelta, sonriendo.

—No hace falta —respondo, un poco avergonzada.

—Está bien. No quiero que cojas frío, ¿de acuerdo? Estoy muy interesado en avanzar en las correcciones y no pienso permitir que mi obstinada aprendiz desaparezca durante una semana de mis clases.

Extrañamente halagada, acepto la bufanda que él me tiende. Me levanto del banco y me la ciño al cuello. Es sorprendentemente cálida, pero lo mejor es... cómo huele. Huele a Zack,

intensamente, a cítricos y a madera, al suavizante que usa para su ropa, a los rizos de su pelo, esos que me encantaría acariciar durante horas. No sé si se ha dado cuenta de que he cerrado los ojos al sentir su aroma, por lo que me apresuro a volver a abrirlos. Pero mi mirada es cálida, me han sobrevenido sentimientos que creía escondidos, olvidados.

Muertos.

—Casi ha dejado de llover —comenta, mirando al cielo—. Te acompaño de vuelta y te enseño la cafetería que estoy seguro que conseguirá que te olvides de los desayunos de casa de tus padres, o al menos, que dejes de tener nostalgia.

Se gira hacia a mí para indicarme que inicie la marcha y me dedica una sonrisa inesperada que yo le devuelvo instantáneamente. Durante un instante, imagino lo maravilloso que sería disfrutar de este Zack encantador más a menudo.

O mejor aún, de una mezcla de ambos.

Capítulo 13

La cafetería

Ha dejado de llover. No hace sol, pero al menos no sopla el viento. Zack camina a mi lado a través del prado en dirección a la carretera principal. Ahora calla, se ve que ha perdido el repentino interés en mi historia en el momento en que he respondido el par de preguntas que me ha hecho. Sin embargo, yo me muero por hacerle montones. Se me ha servido en bandeja la oportunidad de averiguar cosas sobre él, algo que he estado deseando conseguir desde el principio, pero no sé cómo o por dónde empezar.

—¿Prefieres té o café? —me pregunta, facilitándome la labor de volver a entablar conversación.

—Café. El té me gusta por la tarde, pero necesito café hasta la hora del almuerzo.

—Entonces, te mostraré dónde está Cushion. Para mi gusto, es la mejor cafetería de Alnwick, aunque tampoco hay mucho donde elegir.

—Es un pueblo pequeño, no esperaba que hubiese más que un par de cafeterías. Nada que ver con Londres, claro está. ¿Has estado alguna vez? —inquiero.

—¿En Londres? Sí, claro —responde escuetamente.

—Pero no eres de Londres...

—No.

—Mmmm...

Él me mira de reojo y esboza una media sonrisa.

—¿Vas a interrogarme, Helena?

—Eeeh... no, solo intentaba ser cortés —respondo azorada.

—Pensaba que estabas demostrando interés en mi vida...

—Bueno, no me importaría saber algo más de mi tutor.

—Claro. Después de insinuarte abiertamente, el siguiente paso del plan es averiguar cosas sobre el profesor engreído que se ha propuesto destrozar tu novela capítulo a capítulo.

Me quedo mirándolo contrariada, sin saber cómo reaccionar.

—Ya decía yo que lo de antes era demasiada amabilidad, viniendo de ti —suelto finalmente.

—¿Yo? ¿Amabilidad? No pretendía ser amable —responde con una sonrisa ladina.

—No, está claro que no —apunto, molesta.

Él no dice nada, se limita a mirar al suelo. Continuamos andando hasta que llegamos a la carretera, nos sacudimos el agua del calzado y Zack encabeza el camino de vuelta al pueblo.

—Crecí en Edimburgo —empieza de repente, sin mirarme—, pero mis padres eran de

Yorkshire, así que no tengo acento escocés. Se mudaron allí por trabajo al nacer yo. Mi padre era profesor de matemáticas en un instituto de mala muerte y mi madre era ama de casa.

—¿No tienes hermanos? —pregunto intrigada.

—No. Mi madre quedó muy mal de la espalda durante el parto y el doctor le aconsejó que no tuviese más hijos. De todas formas, con el escaso sueldo de mi padre, tampoco es que les viniese mal del todo.

—¡No digas eso! —exclamo, horrorizada ante su forma de hilar ideas.

—Es la verdad —responde, encogiéndose de hombros.

Vuelve a quedarse en silencio. Zack levanta la mirada y la fija en el horizonte, perdido en sus pensamientos.

—¿Te gusta Escocia? —insisto. Mi curiosidad es mayor que lo alucinante que me resulta el pragmatismo de sus pensamientos.

—No especialmente. Edimburgo es una ciudad con encanto, eso no puedo negártelo, pero, como te dije antes, no soy una persona con arraigo a una tierra en particular. Estudié en Cambridge, pero tampoco me siento unido a ella. De hecho, me desagrada un poco.

—¿Y a Yorkshire? —pregunto esperanzada.

—He estado pocas veces allí. A mis padres no les gustaba viajar y mis tíos están desperdigados a lo largo de toda la geografía británica. Hace mucho que no los veo, de algunos ni siquiera tengo noticias desde hace tiempo.

Su voz suena un poco amarga. Pretende mostrar indiferencia, pero diría que él preferiría tener una familia unida.

—¿Tus padres están...?

—Muertos. Sí. Mi madre murió antes de que yo terminase la carrera. Mi padre... simplemente no tenía interés en seguir luchando a solas —añade, apesadumbrado—. ¿Algún dato más que necesites saber para saciar tu curiosidad? ¿O has tenido suficiente con estos retazos de mi miserable vida familiar? —suelta, visiblemente incómodo.

—No pretendía molestarte.

—No me molestas, solo estaba intentando ser... amable. Quieres sabes cosas sobre mí, está bien. Solo hago lo que esperabas que hiciera.

—Lo siento.

—Yo no. Gracias a todas esas tristes e inusuales circunstancias pude estudiar en Cambridge, hacer el postgrado y la tesis y conseguir la cátedra en literatura. Alnwick me pareció tan buena como cualquier otra universidad para el desempeño de mi trabajo.

—¿Eres... catedrático? —inquiero, cada vez más alucinada.

—Y corrector de estilo.

—Ya, eso sí que lo sabía.

—No me jacto de mis logros, no me gusta alardear de mi posición delante de los demás...

—Eso lo dudo —interrumpo, con un gesto desdeñoso.

—... profesores... —completa él, mirándome de reojo.

—¡Oh!

O sea, no delante de los demás profesores, solo delante de mí.

—Eres demasiado impertinente, Helena. Eso te acarreará muchos problemas a lo largo de tu vida —me suelta en tono grave.

—Al contrario; eso es lo que me permite avanzar rápidamente. Si la vida me ha enseñado algo, es que con la boquita cerrada y aceptando solo lo que se te ofrece, no se llega a ninguna parte.

—Eso depende de adónde quieras llegar.

—No. Depende de con cuánto estés dispuesto a conformarte —especifico con rapidez.

Zack vuelve a mirarme de reojo, parece que interesado de nuevo.

—Y tú no te conformas con poco...

—No. Yo quiero todo lo que pueda conseguir. Y un poco más.

Zack se detiene de repente. Me mira a los ojos desafiante y veo el brillo incipiente que torna el color azul de sus ojos en verde asomando a su mirada.

—Tú lo quieres todo —asevera.

—Yo quiero todo lo que me atreva a desear —corrijo, afinando su afirmación.

—Eso pensaba —responde.

Veo cómo aprieta su mandíbula y frunce sus labios, mientras el tono verde de sus ojos empieza a volverse más y más oscuro. Es hipnótico, absolutamente arrebatador.

Y entonces...

—Me encanta mirar tus ojos cuando te enciendes.

No he podido evitarlo.

Zack entreabre sus labios y contiene el aliento al escucharme. Su ceño se frunce en un gesto de sorpresa y su mirada se detiene en la mía, totalmente desconcertada. Nos quedamos así unos segundos durante los que pienso que Zack va a escupirme, o bien a salir corriendo mientras exclama improperios sobre mi persona a diestro y siniestro. Pero no. Él exhala el aliento que ha contenido en sus pulmones despacio, se gira y comienza a andar de nuevo.

—Ven, es aquí al lado.

Zack avanza unos metros y gira a la derecha en la segunda calle transversal. Al hacerlo, un golpe de viento helado nos sorprende. Yo me arrebujó aún más en mi húmedo abrigo, pero Zack se yergue en toda su estatura, como si necesitase demostrarle al clima que él está por encima de sus inclemencias. Sus bucles se arremolinan en torno a sus orejas y, finalmente, tiene que entrecerrar sus ojos para poder ver.

—¿Está muy lejos? —me atrevo a preguntar en voz alta, cada vez más incómoda ante el vendaval en el que nos hemos visto repentinamente envueltos.

Sin volverse para responderme, Zack avanza unos metros más y se detiene junto a una preciosa puerta de color verde, a través de cuyos cristales puede verse una acogedora cafetería salpicada de pequeños veladores para dos. Al fondo de la estancia principal, un fuego crepita alegremente invitando al transeúnte a tomar asiento junto a él. Ni corta ni perezosa, agarro el picaporte y tiro de la puerta, preguntándome a qué diablos espera este hombre para correr a

resguardarse del frío.

Sin embargo, una vez que traspaso el umbral, noto que Zack no se mueve.

—¿Qué pasa? ¿No vas a entrar?

—No —responde, escueto como siempre.

—Pero... ¿por qué?

—No tenía pensado estar tanto tiempo fuera, tengo trabajo pendiente.

Zack se gira para enfilar el camino de vuelta, pero yo me lanzo sobre él y lo agarro del vuelo de su largo abrigo de lana, obligándole a detenerse. Sorprendido ante el inesperado tirón, Zack casi cae sobre mí y ambos acabamos apoyándonos contra la pared de la cafetería, nuestros rostros separados solo por unos cuantos centímetros. Aunque ambos sabemos que la postura en la que hemos quedado va más allá de lo permitido para el tipo de relación que se supone que tenemos, ninguno de los dos hace nada por separarse del otro.

—Hace mucho frío de repente. Quédate conmigo un poco más —susurro, un poco sobrepasada por la cercanía de su cuerpo.

—El frío no es un problema para mí, estoy acostumbrado —responde tozudo.

—Está bien. Quédate entonces para hacerme compañía.

—De eso ya has tenido suficiente por hoy.

Él se separa de mí y, en un último intento desesperado, exclamo:

—¡Quédate! Quédate porque... porque eso es lo que quieres.

Él me mira entrecerrando los ojos un instante. Parece que le he hecho pararse a pensar.

—Vamos, pasa adentro. Estás temblando.

—Entraré si te tomas un café conmigo —insisto obstinada.

—Yo prefiero el té —responde, volviendo a elevar la comisura de sus labios en una sonrisa solo esbozada.

—Pero hoy, elijo yo.

Entonces, él sonríe con malicia, vuelve a acercarse a mí y susurra:

—Si crees que este es el principio de una serie de citas a solas, estás muy equivocada, Helena. Recuerda que yo no me siento atraído por ti.

Y sin decir una sola palabra más, Zack se yergue de nuevo, agarra el picaporte y abre la puerta para dejarme pasar delante.

—Si es tan amable, señorita Falcon...

Es demasiado atrevida. Demasiado. No le cuesta ni un poco mostrarse, incluso aunque quede desprotegida. ¿Cómo puede pedirme que me quede tan abiertamente? ¡Estoy seguro de que no he sido amable! No quiero que piense que me interesa pasar tiempo con ella, aparte del estrictamente necesario para acabar con las correcciones, porque no es así.

«Entonces, ¿qué haces aquí sentado, tomando café, como si fueseis amigos de toda la vida?».

Mi conciencia es, a veces, muy irritante; pero siempre acierta.

—¿Por qué elegiste Alnwick para dar clase? —me oigo preguntar, sin saber muy bien por qué.

Ella, que tenía la nariz metida dentro del enorme tazón de café, intentando entrar en calor, levanta la cabeza para mirarme con asombro.

—Necesitaba poner tierra de por medio, cuanto más mejor —suelta después de pensárselo unos instantes.

—¿Viniste... huyendo? —me atrevo. Aunque sigo sin tener ni la más remota idea de por qué estoy preguntando esto.

—Digamos que no eres el único hombre al que no le gusta el género que he elegido para expresarme —responde bajando la mirada, con una sonrisa triste en sus labios.

—Él no te apoyaba... —susurro sorprendido.

—No, él no me apoyaba, pero no en el sentido en el que tú crees —puntualiza con rapidez—. Robert cambió de repente. Estábamos bien, muy bien, diría yo; solo que él no quería que yo me prodigase tanto en público.

—No sé a qué te refieres —respondo un poco intrigado.

—Verás, cuando tomé la decisión de dar a conocer mis novelas, no tenía ni idea de todo lo que ello conllevaba. A nivel personal, está claro que te expones en el momento en que dejas que otros lean lo que piensas y sientes; pero para eso estaba preparada, tuve veinticinco años para prepararme. Sin embargo, no sabía que tendría que dedicar tantísimas horas más, aparte de las que ya dedicaba a escribir antes de lanzarme.

—¿Te refieres al proceso de creación o a la difusión?

—¡A todo! —exclama, frunciendo el ceño con una sonrisa incrédula—. Para convertirte en escritora, en primer lugar tienes que leer, mucho; en segundo lugar, para estar segura de que lo que escribes es correcto, tienes que tener unas nociones básicas que, además, debes ir ampliando con el tiempo: perfeccionar la técnica, encontrar maneras de mejorar el mensaje, crear tu propio estilo narrativo... Pero bueno, ¡qué te voy a contar a ti! —termina con una carcajada.

—Una cosa es saber lo que quieres contar y otra muy distinta es saber cómo contarlo. Y no solo a nivel formal —completo, asintiendo.

—Exacto. Aparte de eso, la difusión, claro. Tuve que aprender a mover mis escritos, indagar en internet, crear perfiles en varias webs y aplicaciones... En fin, una barbaridad de trabajo extra con el que no contaba, o mejor dicho, con el que no contábamos. Y ahí es donde radicaba el problema principal.

—Que él ya no era tu centro de atención —asiento, empezando a comprender.

Ella niega despacio con la cabeza, su mirada perdida en los grandes ventanales. Algo ha cruzado su mente, algo que no quiere contarme o que no puede contarme. Apesadumbrada, cierra los ojos y continúa.

—Empecé a contactar con otros escritores, a participar en encuentros literarios, a contrastar ideas y opiniones con lectores y aficionados... a moverme, en definitiva. A Robert no le importaba que dedicase mi tiempo libre a escribir o a aprender en lugar de a estar con él, pero no quería que saliese, no quería que conociese a tantas personas diferentes.

—Tenía miedo —observo en voz baja, solo para mí; pero ella me escucha y me mira a los ojos.

—Tenía miedo de que conociese a alguien con quien tuviese... mayor afinidad.

—¿Él escribía? —me aventuro, intentando inferir las razones que no me cuenta. Ella asiente con la cabeza, pero después la tuerce hacia un lado.

—Algo así.

—Celos y envidia... —musito.

—Habría tenido arreglo si él, como cualquier pareja normal, me lo hubiese comentado; pero entonces empezó a...

Helena toma un pequeño sorbo de su taza de café con la mirada perdida en mis manos.

—No hace falta que sigas —indico, seguro de que no está cómoda, pero ella niega con la cabeza.

—Me viene bien hablar de esto. —Yo asiento, aunque sé que ella no se da cuenta—.

Robert empezó a sacar un defecto tras otro a todo lo que yo escribía. Mientras me mantuve en mi círculo de confianza, él siempre alabó mis textos. Los leíamos juntos, reíamos con ganas cuando surgía alguna escena hilarante, incluso me ayudaba cuando tenía bloqueos con la trama principal; pero desde que nos mudamos a Kingsand, y yo empecé a asistir a más eventos, él decidió dejar de apoyarme.

—Eclipsado por un éxito cada vez más tangible, aterrado ante la posibilidad de perderla... —vuelvo a musitar entre dientes.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, sorprendida de nuevo.

—¿Cómo dices?

—Es un caso claro de pérdida de ego masculino. No conozco a tu ex, pero esa reacción denota una clara falta de autoestima, alentada por el pánico ante un más que probable ascenso vertiginoso por tu parte. Celos, ego herido... el resultado siempre es intentar ahogar esa chispa para que no brille. Él te prohibió seguir, ¿verdad?

—No, no se habría atrevido. Simplemente, intentó disuadirme señalando todas las cosas que hacía mal. Creo que pensó que si conseguía terminar con mi deseo de abrirme al mundo, yo volvería a ser la misma que era antes.

—No se dio cuenta de que habías evolucionado, de que esa opción ya no existía.

—Exacto. Y tampoco se dio cuenta de que yo lo necesitaba a mi lado, no en mi contra.

—No te merece, lo siento. Puedo llegar a comprender su comportamiento, soy un hombre, sé lo que se siente, además odio relacionarme con gente a la que no conozco; pero menospreciar el talento de la persona amada en pos de la autoafirmación o de la satisfacción personal, me parece denigrante, mezquino. Lo mejor que te ha podido pasar ha sido deshacerte de él.

—Bueno, no es tan fácil...

—¿Cómo? ¿Sigues con él? —pregunto con genuino interés.

—No, pero él no aceptó nuestra ruptura.

—No comprendo...

Ella se reclina en el sillón para poder mirarme a los ojos con perspectiva, respira hondo y suelta todo el aire de golpe.

—Digamos que cree que mi marcha es solo algo pasajero, que en cuanto termine el semestre, yo volveré a Kingsand con él.

—¿No le dijiste que querías terminar la relación?

—Por supuesto que se lo dije, pero él no suele aceptar un no por respuesta; así que sé que, cuando regrese en verano, Robert insistirá e insistirá para que vuelva con él. No se da cuenta de que todo lo que he dicho y hecho, va en serio.

—Por eso estás tan desesperada por triunfar con tu novela...

—No. Por eso estoy dispuesta a cualquier cosa con tal de no tener que volver a Kingsand. Ni tampoco a casa de mis padres.

—¿Tus padres lo apoyan a él? —pregunto, cada vez más atónito ante la historia que me está contando.

—No, pero desde luego no me apoyan a mí. Como bien apuntaste durante nuestra primera clase, el hecho de haber elegido el género romántico/erótico para expresarme, no ha caído muy bien en el seno familiar. Mis padres están muy bien posicionados en la sociedad londinense, así que puedes imaginarte la vergüenza que es tener una hija que escribe, y cito textualmente, “porno para mujeres adultas, desesperadas por echar un polvo”.

No me había equivocado con respecto a su familia, pero desde luego no se me habría ocurrido que huía de una relación tóxica. No, ella no. Ella es una mujer decidida, de armas tomar. ¿Cómo puede haber soportado el yugo del machismo más recalcitrante solo por amor o lealtad?

—Así que has venido huyendo de las personas que deberían haberte apoyado por encima de todo.

—De las personas que se supone que me quieren y que quieren lo mejor para mí — responde con esa sonrisa triste de nuevo en sus labios—; pero no me quejo, que conste. Estoy muy ilusionada con mis nuevos objetivos y, en parte, esa ilusión es gracias a ti.

—No sabes lo que dices —respondo, con una media sonrisa—. Por regla general, soy mucho más desagradable de lo que te he demostrado hasta ahora. En realidad solo quiero ayudarte con la novela para que te hagas famosa y te marches de aquí. No tengo ganas de tenerte rondando por la universidad cada semestre, Helena.

Ella me mira y niega con la cabeza, sorprendida por mi apabullante falta de tacto.

—Desde luego, te superas por minutos, Zack.

—Lo sé, no tengo remedio.

No lo hago queriendo, pero después de tantos años ya tengo asumido que mi forma de ser no es conciliadora, por así decirlo. En resumen, que le caigo mal a todo el mundo.

Ambos tomamos nuestras tazas y nos sumimos de nuevo en un silencio incómodo. Pasados un par de minutos, decido que la reunión ya debe tocar a su fin y doy un trago final a mi té, preparado para volver rápidamente a la tranquilidad de mi despacho.

—Entonces, por eso jamás has escrito nada... —sugiere ella, mirándome con intención.

—¿A qué te refieres? —inquiero con fingido desinterés.

—A tu falta de aptitud con respecto a las personas.

—¿Falta de aptitud?

—Está claro que las relaciones interpersonales no son lo tuyo y acabas de confirmarme que comprendes a Robert porque tampoco te gusta compartir tu tiempo con gente nueva...

—¿Y quién te ha dicho a ti que no he escrito nada? No todo es publicar, Helena, no todos necesitamos el reconocimiento público solo porque no lo tenemos en nuestro hogar.

Ella me mira a los ojos de una forma distinta. Ahora no me está retando, como siempre; ahora puedo ver una mezcla de dolor y lástima en su mirada.

¿O es asco? ¿Le doy asco de repente?

—¿Qué? ¿Por qué me miras así? —pregunto, incapaz de averiguar por mí mismo qué es lo que he provocado con mis palabras.

—Pensaba que eras arrogante y engreído, pero me equivocaba: eres un desconsiderado y un cínico. Me marchó. No hace falta que me acompañes.

Y sin decir nada más, ella se levanta de un salto de su silla y sale por la puerta como alma que lleva el diablo, sin siquiera ponerse el abrigo antes de enfrentar el frío del exterior. Yo me quedo anonadado. No puedo comprender por qué la verdad les molesta tanto a todos.

Capítulo 14

De vuelta en el dormitorio

¡Imbécil! ¡Es imbécil! ¡Y yo soy idiota! Por un momento he creído que de verdad estaba descubriendo su parte más encantadora, que habíamos pasado al siguiente nivel... ¡y va y suelta eso! ¿Pero cómo se atreve a ser tan hiriente? ¡Y encima me pone cara de sorpresa! ¿No se da cuenta de que hace daño cuando habla así? ¿Qué esperaba? ¿Que le dijera “sí, Zack, tienes razón, tengo una falta de autoestima gigantesca, ¡gracias por decirlo tan claro!”?

Pero sí, quizá es así como él es. Yo soy la estúpida que me estoy dejando arrastrar, pensando que puedo conseguir algo más de él. A él le importa un pimiento el prójimo, no hay nada más que rascar bajo ese aire de superioridad. Es así como se ve a sí mismo, superior, y no va a permitir que se le pose encima ni una mosca. Está claro: la imbécil soy yo.

Llego a mi dormitorio y cierro la puerta con fuerza tras de mí, llena de ira. Me quito a toda prisa el abrigo, las botas y los vaqueros, que aún están húmedos desde la rodilla hasta abajo; entonces reparo en que llevo su bufanda alrededor de mi cuello.

¡Joder! ¡Ahora se la voy a tener que devolver!

No tengo ganas de verlo, ahora mismo sería capaz de ahorcarlo con ella. De hecho, me encantaría hacerlo, así dejaría de sentirme tan insignificante.

De repente, me entra una tremenda sensación de tristeza que me invade desde los pies a la cabeza. Él tiene razón, solo estoy buscando reconocimiento públicamente porque no lo he encontrado allí donde debería, quizá también por eso siento esta absurda necesidad de quedar por encima de él. Pero está claro que a él no le intereso, que me he empeñado en un sinsentido en el que no tengo manera de vencer. Él está solo, le gusta estar solo y no necesita nada más. Ha conseguido sus objetivos, está cómodo en su inaccesible trono de sapiencia, aunque su alcance se limite a este pequeño ámbito que es la universidad de Alnwick, por lo que no tiene ningún interés ni ninguna necesidad de vencer ese tabú que le impide corregir mis escritos por completo. Solo soy yo la interesada, el reto que me he propuesto es nivel titán y, probablemente, no tiene caso; pero necesito su ayuda. Al menos, Zack ha reconocido que escribo bien, aunque insista en que no es necesario describir tan a fondo una escena sexual, aunque insista en que el amor *per se* no necesita la narración erótica para explicarse, aunque defienda que las mejores historias de amor hablan de la psique, no del cuerpo.

Aunque considere que contar al detalle un encuentro sexual es degradar mi narración a un segundo nivel.

Pese a todo eso, él cree que escribo bien, así que necesito que se involucre también en la parte erótica, necesito que deje de ser un obstáculo para él. Sé que llevo razón, que el sexo es una forma de comunicación, una parte tan importante como el compromiso o el apoyo de la pareja.

Necesito que él lo comprenda, que dé ese salto...

Una idea cruza mi mente, quizá sea un poco descabellada, pero creo que es la única forma de provocar un cambio: voy a ir a devolverle la bufanda.

¡Un momento! ¡Él me aseguró que si aparecía por su casa, haría que me expulsasen!

¡Joder!

No puedo ir. ¡No quiero volver a casa! Aquí estoy bien, me encanta mi trabajo y estoy muy ilusionada con mi clase. Además, no tengo ningún hogar al que volver; pero necesitamos avanzar, necesito comprender por qué esa reticencia al sexo... Tengo que ir a verle. Quizá, si soy amable y saco el tema para atajarlo antes de que él me recuerde su amenaza, me deje pasar adentro. Entonces... a lo mejor...

Sin darme cuenta, me estoy frotando las manos de impaciencia. Sé que no voy a ser capaz de esperar hasta el lunes, yo no sé esperar cuando tengo una idea en mente. Me lleno de decisión y empiezo a buscar una falda que me haga parecer profesional, pero que también resulte sexy. Mientras rebusco en mi armario, recuerdo de repente que él ha dicho que tenía trabajo pendiente...

¡Quizá esté en su despacho!

Esperanzada, me coloco la falda que he encontrado. No es la más adecuada para el clima, pero es la única que he traído conmigo que no me hace parecer mayor. Es corta y no es abrigada, pero tampoco voy a salir a la calle, así que...

Antes de irme, me miro en el espejo. Aunque no soy el colmo de la sensualidad, tampoco estoy nada mal. Asiento y, armándome de valor, agarro la bufanda y me dirijo a su despacho, rogando interiormente que él no haya decidido refugiarse en el lugar al que me está prohibido el acceso.

Estoy de pie delante de la puerta cerrada, nerviosa, muy nerviosa para ser exactos. Llevo la bufanda en la mano e, inconscientemente, me la acerco al rostro para olerla una vez más. Su aroma es excitante y relajante al mismo tiempo, es una locura lo que este hombre me hace sentir sin pretenderlo. Aspiro profundamente por última vez y llamo a la puerta con fuerza.

Nada. Ningún ruido.

¡Maldita sea!

Cuando voy a darme la vuelta para volver a mi dormitorio con el rabo entre las piernas, escucho su voz.

—¡Adelante!

Agarro el pomo para abrir, hecha un auténtico flan, y paso al interior de una zancada. Zack está sentado en su sillón, bolígrafo en mano y con un taco de folios en el regazo. Me quedo mirando las hojas extrañada, sin comprender del todo; entonces, me doy cuenta:

Son... ¡son mis páginas! ¡Está corrigiéndome!

—Ehhjem... —suelto de repente, intentando tomar el control de mis pensamientos—, venía... me he llevado tu bufanda sin darme cuenta... no quería molestar...

Zack me mira a los ojos esperando a que pase, le dé la bufanda y me marche por donde he venido. Pero yo estoy congelada, no soy capaz de dar un paso. Miles de imágenes han invadido

mi mente de un golpe y no sé cómo debo tomarme esto. ¡Me corrige cuando yo no estoy!
¡Entonces, sí que le gusta lo que escribo! Como si hubiera entrado en trance, cierro la puerta tras de mí y me dirijo hacia él, deseosa de saber qué parte esta corrigiendo.

—Estoy trabajando —dice él, revolviéndose incómodo en su asiento—, deja ahí la bufanda y márchate...

Pero yo ya he llegado junto a él, ni siquiera lo estoy escuchando. Solo quiero comprobar si...

—Esas son mis páginas... —suelto en un susurro.

—Sí. Ya te he dicho que...

—Estás leyendo... el polvo en el coche...

Zack exhala todo su aliento de golpe. Derrotado, baja la cabeza y comete el tremendo error de coger el resto de páginas y colocarlas sobre la mesa...

Y ahí esta. Una erección, que desde donde me encuentro parece tremendamente consistente, constriñe sus pantalones. Otra vez. Pero ahora sé exactamente qué es lo que tengo que hacer.

—Estoy intentando centrarme exclusivamente en la ortografía y en el *tempo* que...

Está incómodo, no puedo quitar la vista de la cremallera de su pantalón y él no sabe qué hacer o qué decir para que deje de hacerlo. Pero eso no va a pasar. Quiero verla, quiero sentirla, y ahora me da igual que a él no le haga gracia la situación. Sé que tengo razón y voy a demostrárselo.

—Hoy vamos a hacer algo distinto —le interrumpo.

Zack cierra la boca, creo que expectante ante mi cambio de actitud. Levanto mi mirada y descubro encantada que sus ojos brillan, que su color ya es de un profundo verde mar... que Zack está tan caliente como yo. Y eso me anima a continuar.

—Helena... —gruñe en voz baja.

—En la escena que estás leyendo, Carla no puede esperar a que John aparque. Ella está muy excitada, necesita sentirle dentro de sí con tanta urgencia que sube a su regazo cuando el motor del coche aún está en marcha. John intenta disuadirla, pero Carla está decidida...

Estoy húmeda, lista para sentirle, anhelante. Levanto mi falda, solo un poco, lo justo para encontrar la cinturilla de mi ropa interior y deslizarla por mis muslos, mis ojos convertidos en una hoguera de necesidad. Una vez que mis braguitas llegan a mis rodillas, me agacho despacio para poder sacármelas por los pies y, aprovechando la tесitura, me arrodillo frente a Zack y coloco mis manos sobre sus muslos. Son fuertes, muy fuertes, aún siendo delgados.

Zack tiembla al sentirme y entreabre sus labios para aspirar oxígeno de un golpe. El movimiento de su pecho es casi imperceptible, el sonido de sorpresa que su garganta produce es como un murmullo silencioso, pero a mí no me pasa desapercibido porque todos mis sentidos están alerta, pendientes de cualquier gesto que pueda disuadirme de mi osadía. Pero no encuentro resistencia alguna, aunque tampoco estoy segura de que no vaya a oponerla en los próximos instantes.

Empiezo a subir despacio por sus muslos, acariciándolos. Me encantaría agarrar su pene antes de descubrirlo, solo para sentirlo; pero no lo hago, no estoy segura de que él sea capaz de soportarlo. Tengo que aprovechar el golpe de efecto que ha provocado mi atrevimiento en su ánimo. Voy directa a su cinturón y lo desabrocho con prisa. Sus ojos brillan con más intensidad

aún y su ceño empieza a fruncirse. Quizá estoy yendo demasiado lejos, pero él tampoco me pide que me detenga...

—Helena... —gruñe de nuevo. Su pecho se eleva y se hunde rápidamente, presa de la excitación.

—Lo deseas tanto como yo —me atrevo en un siseo. Él deja escapar un jadeo al escucharme hablarle de esta forma tan sensual.

Una vez que termino con su cremallera, me agarro con ambas manos a la cinturilla de su pantalón, asegurándome de que la de su ropa interior también lo acompaña, y tiro hacia abajo con cuidado de no tropezar con su sexo. Zack levanta su pelvis un poco, lo suficiente para dejarme hacer...

Dios, me encanta que se doblegue a mi voluntad.

Loca por comprobar si su deseo es tan grande como imagino, miro con avidez hacia donde este empieza a mostrarse mientras continúo tirando de su ropa...

¡Woah! Su pene es bonito, recto y duro como una piedra, sonrosado, aunque más oscuro en la zona del glande, denotando la excitación que lo atraviesa, esa excitación que lo hace vibrar incluso antes de que lo haya tocado. ¡Diossss! ¡Me encantaría meterme todo eso en la boca ahora mismo! Pero no, no creo que sea el momento para eso. Necesito que él entre en mi cuerpo para que no pueda objetar nada más.

Mis dedos trepan a lo largo de su erección y mi mano la rodea con suavidad; pero aunque casi no lo he tocado, Zack entra en barrena y empieza a jadear descontroladamente. Sus sonidos son prácticamente inaudibles, pero me encienden aún más al darme cuenta de que él intenta contenerse. Lo acaricio arriba y abajo durante unos segundos y veo cómo él deja caer sus hombros, cierra los ojos y echa su cabeza hacia atrás, abandonado a mí.

—Carla desea meterlo en su boca, darle placer con sus labios, pero sabe lo débil que John queda cuando la siente rodeando su erección...

Al oírme, su pene se endurece aún más. Mis dedos rodean su glande y enseguida se humedece para mí. Y ya no puedo esperar más.

Me levanto del suelo. Zack abre los ojos para ver qué voy a hacer y me complace al mostrarme cómo la lujuria baila en esos penetrantes iris verdes, ahora consumidos de impaciencia. Él no dice nada, solo se escurre un poco hacia abajo del sillón para colocarse de forma que yo pueda montarlo sin dificultad. Separo mis muslos y me coloco a horcajadas sobre él, devorándolo con mis ojos. Zack me agarra por las caderas para sostenerme mientras voy bajando despacio, acercándome a sus piernas. Un poco antes de que mi sexo se roce con el suyo, busco su erección con mi mano, la agarro firmemente y empiezo a restregarla entre mis pliegues, humedeciéndola...

—¡Ah! —susurra al sentirme.

Zack eleva su pelvis, ansioso por hundirse en mí. No pienso hacerlo esperar. Coloco la punta de su deseo en mi entrada, segura ahora de que no habrá interrupciones en su camino, y empiezo a descender sobre él silenciosamente.

Pero en mi interior, todo arde.

—Ufff... —dejo escapar cuando empiezo a sentir su miembro abriéndose camino despacio a

través de mi cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no recibía una erección dentro de mí y me cuesta un poco amoldarme a su sexo. Me agarro a su cuello y enredo mis dedos en los bucles que caen sueltos alrededor de su nuca, buscando un lugar al que asirme para controlar mis movimientos...

—Ooooh... —lo escucho murmurar. Sus ojos vuelven a cerrarse al sentir mis dedos en su pelo, al sentir mi humedad empezando a rodearle. Él me agarra fuerte de las caderas y, de un solo golpe, se hunde por completo en mi cuerpo.

Y creo que voy a estallar de regocijo.

—Dios... estás tan... duro...

Zack deja escapar un pequeño gemido al oírme y empieza a moverse con ganas, alejándose y atrayéndome hacia su cuerpo, tocando fondo en cada embate. La profundidad que alcanza en cada embestida es sorprendente. Zack es grande, muy grande, pero eso me vuelve loca.

De repente, él alza la cabeza y fija su mirada en mis pechos, que botan suavemente con cada movimiento que él me regala. Empiezo a jadear más alto, solo un poco, sé que aquí no puedo dar rienda suelta a mi deseo de gritar. Al oírme exclamar en éxtasis, Zack levanta su mirada y la clava en mis ojos, se muerde el labio inferior con fuerza y frunce el entrecejo de esa forma deliciosa que me gusta tanto, debido al esfuerzo de moverme, al placer de sentirme. Su expresión y los pequeños gemidos que no consigue reprimir hacen que me dispare y ahora soy yo la que imprime su ritmo, afianzando mi postura con mis muslos. Me aferro a sus rizos con más fuerza y lo obligo con mis manos a echar su cabeza hacia atrás. Zack se deja hacer, empiezo a cabalgarlo a un ritmo frenético, mirándolo intensamente a los ojos, buscando mi liberación que ya pugna por estallar en millones de fuegos artificiales, pero ejerciendo la presión que sé que también desatará su placer...

Zack no retira su mirada de la mía, pero sus párpados están medio cerrados. Sus ojos echan chispas, sus labios tiemblan por el esfuerzo de no olvidarse del decoro y exclamar mi nombre. Empieza a boquear, a elevar su pelvis más rápidamente acompasándose con mi ritmo, a llenarme por completo a la vez que yo me abro más y más al sentir su firmeza en lo más profundo de mi ser...

—¡Ah! ¡Así! ¡Sí! —exclamo, aún susurrando.

—Joder...

Zack abre la boca, exhala el poco aire que aún queda en su pecho en una bocanada y se dispara fuerte dentro de mi cuerpo un poco antes de que yo alcance mi clímax. Pero al ver su rostro quebrado por el placer, al sentir su calor dentro de mí, llenándome eyeción tras eyeción, mi mente no puede soportarlo más...

—¡Dios!

Mi centro se contrae fuerte y empieza a abrazar su miembro, que aún vibra de placer, duplicando la intensidad de los últimos coletazos de su orgasmo. Me siento plena, dichosa, satisfecha y triunfante. Zack se derrumba sobre el sillón respirando con fuerza, desesperado por agarrar el oxígeno que ha olvidado tomar durante el último minuto de placer extremo. Sus ojos están cerrados, sus labios siguen entreabiertos. Y aunque lo que más me apetecería ahora mismo sería besarlos, me contengo. Sé que esto no va de sentimientos, ni de dulzura, ni de calor. Esto va de otra cosa: de poder, de necesidad, de disfrute. Esto es sexo. Y es maravilloso.

—¿Crees que el capítulo necesita... muchas correcciones? —pregunto sensual, aún jadeando.

—Ninguna —responde con un gruñido sordo.

—Bien.

Me levanto de encima de él y, con piernas temblorosas, recojo mis braguitas del suelo y me las coloco con rapidez. Zack hace lo propio con su ropa y se gira hacia la ventana, evitando mirarme a los ojos.

—Mañana deberíamos avanzar un poco más —suelta con voz grave—. Pero no aquí.

—Está bien —respondo, todavía más sorprendida—. Si quieres, puedes venir a mi dorm...

—Te veo a las seis de la tarde en mi casa —me interrumpe, pronunciando con rapidez.

—¿Y no vas a... denunciarme, si voy? —espeto. Aunque me ha encantado lo que acaba de sugerir, no puedo dejar de pensar que su petición pueda conllevar segundas intenciones.

Entonces, él gira su cabeza, solo un poco, lo suficiente para mirarme por encima del hombro.

—Si vamos a hacer esto, necesitaremos un lugar más íntimo, señorita Falcon.

—¿Qué es exactamente lo que vamos a hacer? —pregunto, llena de excitación de nuevo.

—Corregir su novela. Íntegramente.

Una media sonrisa aparece en mis labios, una media sonrisa que no puedo controlar. Zack acaba de hacerme la mujer más feliz del mundo al acceder a mi petición. Y no solo por la promesa de corregir la novela.

—Allí estaré con mi portátil.

Zack asiente, completamente de espaldas de nuevo. Yo me giro hacia la puerta y salgo alegremente de su despacho, casi brincando como una niña pequeña.

Lo conseguí.

Capítulo 15

Impacto

Cuando escucho el clic que hace mi puerta al cerrarse, me relajo y cierro los ojos. ¿Cómo he podido dejarme llevar tan fácilmente? ¿Cómo, si tengo cristalino que esto no está bien? Me ha cogido desprevenido, no he sido capaz de reaccionar. No, es aún peor, he reaccionado, ¡y mucho! Dios, ¡me he empleado a fondo! ¡Ni siquiera puedo escudarme en la idea de que yo no he participado en lo que acaba de pasar porque se lo he dado todo! La ayudé a quitarme la ropa con una premura indecente, me escurrí en el asiento para facilitar sus movimientos y me hundi en ella sin reprimirme ni un poco. Ella tenía razón, yo lo deseaba tanto como ella.

Y no contento con entregarme a sus deseos para satisfacer también los míos, ¡la he invitado a mi casa mañana! ¿Pero en qué cojones estaba pensando? En ese momento me ha parecido lo mejor, pero ahora... ahora creo que es una locura. ¿Qué diablos se supone que pretendo? ¿Por qué no podemos seguir corrigiendo aquí? ¿Acaso voy a tirarme encima de ella, como si fuera un animal en celo? No, yo no soy así.

Entonces, ¿por qué le he tenido que decir que nos viésemos en mi casa?

«Porque cuando lo has dicho no estabas pensando en leer precisamente. Y para lo que estabas pensando hacerle, sí que necesitas más intimidad, lumbreras».

¡Lo sé! ¡Maldita sea!

Poco a poco, voy dejando que la calma se reinstale en mi sistema. Pero aún no estoy preparado para volver a mi razonamiento habitual. Aún siento su aroma flotando a mi alrededor, aún veo sus pechos tentadores moviéndose frente a mis ojos, tan reales como si los tuviera aquí delante, tan cerca como los tenía hace unos minutos. Podría haberle desabrochado la blusa para cogerlos entre mis manos, para apretarlos fuerte... pero ella quería que la penetrara, que la rellenara con mi cuerpo hasta el punto de hacerla gemir de placer. Mis manos volaron a sus caderas para complacerla, para darle lo que buscaba, negándome a mí mismo. Reprimí mis deseos solo para satisfacerla a ella, y...

Dios... me he sentido genial.

Puedo seguir fingiendo que no me gusta lo que ella provoca en mí, puedo continuar poniendo mi cara de *poker* cada vez que ella se me insinúe tan abiertamente; pero ahora no. Ahora quiero dejarme abrazar por la dulce sensación de plenitud en la que ella ha sumido mi mente.

Porque así ha sido. Me he sentido pleno al tenerla, al moverla como me gusta, al colocarme de forma que pudiese profundizar en su cuerpo por completo para colmarla como ella requería. Y después... oooooh... ella tomó las riendas... y me volví loco.

Dejarse poseer por una mujer tan impetuosa es un privilegio al que he sucumbido lleno de contento. No es habitual encontrar una compañera con las ideas tan claras sobre su

sexualidad, mucho menos, que sea capaz de imponerse con tal maestría. Mi experiencia sexual es lo suficientemente amplia como para afirmar que Helena es especial, única, que promete proporcionar horas y horas de placer a aquel que se convierta en su objetivo; pero yo no soy lo que ella necesita. Ahora se ha encaprichado de mí, se ha creado un vínculo muy excitante entre los dos y piensa que eso es lo único que importa; pero sé que después ella querrá algo más, algo que no va a llegar por mucho que lo intente. Y cuando se dé cuenta, se enfadará, se cansará y se marchará. Y al final, me olvidará.

Lo sé.

La cuestión es: ¿estoy dispuesto a disfrutar de esta mujer aún a sabiendas de que esto no puede durar más que el tiempo que tardemos en terminar de corregir su novela?

Para tomar la decisión, dejo entrar el frío raciocinio en mi cerebro, solo un poco, lo justo para no olvidar la dicha en la que estoy flotando desde que ella entró en mi despacho hace un rato. Si permitiese que mi mente calculadora se inmiscuyese, si me olvidase de todo lo que ella me ha otorgado tan rotundamente esta tarde, diría que no sin dudar. Así que no, aún no quiero controlarme.

Me levanto de mi asiento, este asiento en el que ella me ha disfrutado, en el que me ha hecho disfrutar tanto, y me dirijo a la ventana. Los preciosos jardines de Alnwick se extienden a mis pies. Sigue lloviendo, ahora mucho más fuerte, el viento bate contra los cristales lanzando contra ellos con fuerza a las pequeñas gotas de agua y me quedo mirando cómo resbalan cuando quedan adheridas a la fría superficie, perdido en mis pensamientos.

La imagen de Helena, empapada y temblorosa, llegando a mi lugar de esparcimiento privado esta mañana, aparece sobre el cristal. Mis labios se curvan en una sonrisa inmediatamente al recordar su expresión contrariada cuando le llamé la atención sobre lo mal pertrechada que había salido a la calle. A continuación, la expresión de su rostro mientras me contaba por qué está aquí, toma protagonismo. Huyendo de las dificultades, se ha topado con el hombre más complicado que podría haber conocido. Y se ha encaprichado de él.

Pero, ¿por qué? ¿Qué es lo que ha visto en mí que le ha llamado tanto la atención? Creía que todo era por su novela, por su ansia de tener siempre la última palabra; pero después de lo que ha ocurrido, ahora me da la impresión de que le gusto. Y ese es el problema, el mismo problema de siempre:

Que a mí no me interesan las relaciones. De ninguna índole.

Sin embargo, he de reconocer que las reacciones que ha provocado en mí han despertado mi curiosidad. Con las demás, con Bree en particular, el sexo era distinto. Al principio solo era un mero trámite, algo que practicábamos porque era divertido y también placentero. A medida que fui desarrollando mis instintos, se convirtió en una parte primordial, demasiado importante en mi día a día, demasiado como para poder centrarme en el resto de facetas de mi vida. Pero el sexo que conozco dista mucho de esto. Hoy he sentido algo nuevo, algo a lo que aún no he podido poner nombre, pero que creo que se asemeja a la pasión... multiplicada por cuatro. No sé aún lo que es, pero es muy excitante.

Y cuando la escuché gemir...

Oh, por favor...

La urgencia de acelerar, de hacerla llegar a lo más alto mientras ella se movía sobre mi cuerpo, ha sido un chute de adrenalina directo a mi cerebro, tanto que no he podido

contenerme lo suficiente, tanto que me he desbocado como un principiante en el momento en que ella se desató.

Dios... escucharla gritar de dicha tiene que ser maravilloso...

Nunca me había excitado tanto al oír los gemidos de una mujer mientras yo le daba placer. De hecho, no recuerdo ahora mismo una escena tan caliente en ninguno de mis encuentros sexuales. Todo era más superficial, menos intenso.

Dejo escapar un “sí” justo cuando llego a la decisión que mi cerebro estaba buscando, justo antes de que la realidad vuelva a apoderarse de mi mente por completo: quiero saber más, quiero ver hasta dónde puede llevarme este compendio de sensaciones y está claro que solo ella puede sacarme de dudas. La esperaré mañana en mi casa dispuesto a explorar, a dejar que ella me cuente lo que sabe y a que se ponga en mis manos también, pero es importante que seamos claros el uno con el otro para que no haya malentendidos, que establezcamos unos términos a los que atenernos para no lamentarnos después.

No quiero que se haga ilusiones conmigo.

Vuelvo a mi asiento y respiro hondo, contento con la resolución a la que he llegado. Entonces, el Zack frío y racional vuelve a instalarse en mi mente y me asalta una duda:

¿Cómo es posible que ella no haya dicho nada de preservativos?

Espero que esté tomando la píldora, ¡no pretenderá que esta historia se complique aún más! Tenía que haberle preguntado, pero he dejado que fuese ella la que llevase la voz cantante y...

«Eso no es excusa, Zack. Tienes treinta y siete años y mucha experiencia a tus espaldas».

Empiezo a agobiarme. No será tan retorcida, ¿verdad? No, no lo creo. Lo último que ella querría sería un bebé, mucho menos de alguien como yo, alguien que no tiene... ¿cómo dijo? Alguien con falta de aptitud en sus relaciones. Eso es, eso fue lo que dijo. No, seguro que ella toma la píldora, o lleva puesto el chip *anti-babies*...

Siempre tengo que ponerme en lo peor, lo mío es patológico.

Intentando centrarme para volver al trabajo, desvío mi mirada sobre la mesa y veo mi bufanda tirada de cualquier manera sobre la silla en la que ella se sienta. Me levanto de nuevo para cogerla y colgarla en la percha mientras niego con la cabeza, recordando la escena que acaba de tener lugar. Pero cuando la cojo entre mis manos, no puedo reprimir el deseo de hundir mi rostro en la tela de *cashmere*, ávido por encontrar su aroma impregnado en ella. Respiro hondo y ahí está, mezclado con el mío propio. Cierro los ojos y vuelvo a permitir que las imágenes de sus labios entreabiertos me invadan, que sus pequeños gemidos de deleite se apoderen de mis sentidos...

Dios, estoy deseando tenerla otra vez.

Es noche cerrada. La lluvia azota con fuerza los batientes de mis ventanas, el viento ruge alrededor de mi pequeño hogar y, aunque fuera hace un frío que pela, yo estoy desnudo en medio del cuarto de baño, mirando en el espejo si aún soy lo suficientemente atractivo. He llenado la bañera hasta arriba con agua muy caliente y el vapor inunda toda la habitación, empezando a empañar el espejo desde el que mi reflejo me dice que mis piernas aún se ven fuertes, que mi culo es todavía respingón, que mis hombros no se han encorvado y que mis brazos siguen estando tonificados. Aunque he de reconocer que no me vendría mal hacer un poco más de ejercicio, mis abdominales son prácticamente inexistentes a estas alturas.

¡Qué estupidez! ¿Qué hago mirando mis abdominales? ¡Parezco un adolescente, por

Dios bendito!

Negando con la cabeza al darme cuenta de que me he dejado llevar momentáneamente por lo que esta chica ha hecho conmigo esta tarde, me meto en la bañera, cierro los ojos y dejo que el agua hirviendo purgue la comezón de mis muchas tribulaciones. Y cuando acepto que no pueden marcharse así como así, como hago cada noche, entonces...

Helena.

Al pensar en su nombre, sonrío. Como en una película, dejo que todas las imágenes del día de hoy desfilen frente a mis ojos y respiro hondo, muy hondo. Helena es un soplo de aire fresco, un vendaval descontrolado que se ha detenido en esta fría e inhóspita tierra a la que me vinculé voluntariamente hace siete años. Helena ha venido a Alnwick para revolverlo todo, para intentar sacarme de la pacífica vida que abracé con ganas cuando decidí venir aquí, esta vida carente de emociones fuertes que necesitaba tanto y a la que me aferro con desesperación.

Pero, ¿por qué? ¿Por qué simplemente no me deja en paz? ¿Por qué ese empecinamiento en conseguir salirse con la suya? Se ha propuesto que modifique mis criterios y, prácticamente, lo ha conseguido; se empeñó en dar sus clases del modo que deseaba, y también lo ha conseguido; quiso que corriésemos juntos las escenas de sexo... ¡y ha conseguido mucho más! ¿Qué va a ser lo próximo?

“Lo próximo, Zack, puede ser exactamente lo que tú quieras...”.

No, no. No puedo. No pienso volver a perder el control, ni por Helena ni por nadie.

Asiento con determinación, sabiendo que eso es lo mejor que puedo hacer, la mejor decisión que puedo tomar para continuar haciendo lo que más me gusta: enseñar. He tenido que superar demasiados obstáculos a lo largo de mi carrera, incluso aquí, dentro de la universidad, acechan enemigos que solo están esperando a que cometa un error, a que dé un pequeño traspies para lanzarse sobre mí como aves de rapiña, para arrebatarme lo que he conseguido con tantísimo esfuerzo. No puedo permitírmelo, si llegase a descontrolarme, lo perdería todo.

Entonces, volvería a ser el chico desdichado que dejé en la puerta del cementerio el día en que murió mi madre.

Con mi decisión tomada y mis límites establecidos, por fin dejo que mi mente se relaje del todo. Permito que el agua hirviendo abra los poros de mi cuerpo, que destense mis músculos, y me dejo sumir en un sopor reparador. Aquí, en esta pequeña casa, que no es mía, pero es mi hogar, es en el único lugar donde puedo ser yo mismo, donde puedo dejar que mis recuerdos se esparzan y jueguen entre ellos. Llevan demasiado tiempo encerrados, oxidados por no poder ser compartidos, y necesitan respirar de vez en cuando para no pudrirse dentro de mi cerebro.

Una vez que me abandonan, que dejan mi alma vacía, me abro.

Y entonces...

Helena.

Capítulo 16

El refugio de Zack

He estado esquivando a Lindsey toda la mañana, sé que si la viese no podría evitar contarle lo que ocurrió ayer, mucho menos, lo que está a punto de pasar.

Aunque, ¿qué es lo que va a pasar?

En realidad no lo sé, con Zack es imposible saber algo a ciencia cierta. Jamás se me habría pasado por la cabeza, mientras me dirigía ayer a su despacho, que me lo iba a encontrar corrigiendo mi novela; pero descubrir que estaba dispuesto a dejarse llevar... eso sí que me dejó sin resuello. Incluso ahora, me atormenta.

¿Qué fue lo que hice? ¡Ni siquiera intentó oponer resistencia! Nada, y digo nada podría haberme hecho pensar en que él se conduciría de la forma en la que lo hizo. Y sin embargo...

Son las seis menos diez. Desconecto mi portátil de la base de carga e intento controlar la incipiente ansiedad que amenaza con hacerme dudar y retractarme de mi decisión. Me he puesto unos pantalones amplios y una camisa masculina para que no parezca que voy pensando en lo que en realidad voy pensando, en lo que no puedo quitarme de la cabeza desde mi sorpresa de anoche: que Zack y yo vamos a establecer una relación que va mucho más allá de lo que me ofreció en un principio. ¿Los términos? No tengo ni la más remota idea, así que tendré que conformarme con improvisar sobre la marcha.

Después de exhalar un resoplido para liberar tensión, agarro mi propia bufanda, la coloco alrededor de mi cuello sin agobiarlo y me ciño mi abrigo al cuerpo. Me subo las solapas para protegerme del vendaval que nos azota desde ayer por la tarde y, esta vez sí, cojo mi paraguas.

¡El portátil! ¡Casi lo olvido! Vale que piense que no voy a tener que usarlo, pero sería demasiado evidente presentarme en su casa sin él, no quiero que parezca que estoy tan desesperada por enrollarme con él como en realidad estoy. Sí, a quién quiero engañar, no puedo dejar de pensar en que esta noche voy a disfrutar de Zachary Knightley, por muy mal que eso pueda sonar.

Estoy deseando ver hasta dónde está dispuesto a llegar.

Me aventuro a través del inmenso patio de acceso al edificio principal, cubriéndome lo mejor que puedo, y me dirijo hacia donde sé que se encuentra la pequeña edificación que es su casa. No la veo, el aguacero me impide una visión nítida de lo que tengo a mi alrededor, pero sé que se alza al final del sendero que se encuentra a la derecha de la puerta de acceso a la universidad. Solo son unos seiscientos metros, pero bajo este temporal, me parece que llevo andando media hora cuando llego frente a su puerta.

Toc, toc, toc.

Parece que Zack me estaba esperando junto al umbral porque no tarda ni un segundo en abrir,

urguéndome a pasar dentro para que deje de ponerme como una sopa. Aunque esta vez sí que me he armado correctamente para caminar bajo la lluvia, el viento helado ha conseguido que el agua me cale hasta los huesos. Sabía que esto podía ocurrir, pero era demasiado pedir que me quedase en mi cálido dormitorio, teniendo en cuenta lo prometedor que se presenta la tarde...

—Siento haberte hecho venir hasta aquí —espeta cuando cierra la puerta. Zack me mira fijamente mientras yo goteo sobre la alfombra del amplio recibidor y esboza una mueca de culpabilidad.

—No pasa nada. Ya sabía que corría el riesgo de acabar así, pero...

—¡Dios! ¡El portátil! —exclama de repente. Sin esperar mi respuesta, Zack se lanza sobre mi preciado cargamento, dispuesto a darle solución inmediata a la pérdida de todo mi trabajo por la irreparable avería que seguro habría sufrido mi ordenador si la funda no fuese totalmente impermeable. Y obviando que la que realmente necesita secarse, soy yo—. ¿Se ha mojado mucho?

—No te preocupes —respondo, mostrándole la mochila hermética que me acompaña a todas partes desde hace unos meses—. Mujer precavida, vale por dos.

—Oh, claro. Ya venías preparada.

—Para esto sí, al menos. Pero necesito quitarme el abrigo y, si no es mucho pedir, que me dejes una toalla para secarme un poco.

Zack me mira a los ojos sin comprender. Pero de repente, mueve la cabeza en un gesto prácticamente imperceptible que denota que acaba de caer en la cuenta de lo que le estoy diciendo. Entonces asiente con rapidez, abre la puerta que da paso del recibidor a la vivienda y sale disparado hacia un aparador que descansa a la derecha de lo que parece un salón-comedor-cocina.

Atraída por el calor de la hoguera que crepita al fondo de la estancia, me muevo hacia ella mientras observo la gran cantidad de libros que pueblan la habitación. A mi izquierda hay una mesa de comedor enorme y a mi derecha, un sofá inmenso, que parece muy cómodo, divide la habitación en dos ambientes. Zack abre uno de los inmensos cajones de la hilera superior del aparador y saca una larga y gruesa toalla de color verde.

—¿Esta es demasiado grande? Es que odio las toallas pequeñas, no sirven para nada. Además, yo soy...

—... muy alto —completo con una sonrisa—. Gracias, esa es perfecta.

Zack vuelve a asentir y se acerca para darme la toalla. Está nervioso, casi tanto como yo, y aún menos hablador que de costumbre. Empiezo a quitarme el abrigo y él se apresura a ponerse detrás de mí para ayudarme y lo cuelga en la percha que hay junto a la puerta. Yo envuelvo mi pelo en la toalla y empiezo a frotar enérgicamente para deshacerme de la humedad mientras que él me mira inquieto. Está esperando a que yo acabe para empezar a hablar, así que me apresuro y dejo la toalla sobre la mesa de comedor una vez que creo que ya estoy suficientemente seca.

—Sentémonos —empieza, dirigiéndose al otro lado de la enorme mesa.

Él me señala un asiento frente al suyo; entonces me doy cuenta de que sobre la mesa hay dos pilas de folios, una frente a su asiento y otra frente al mío. Me siento apresuradamente, llena de curiosidad por saber qué capítulos ha escogido para nuestra primera “cita”; sin embargo, al agarrar mis páginas veo que algo no cuadra. No me resultan familiares, no tienen número de

capítulo ni la tipografía que utilizo, pero lo más llamativo es que su nombre está escrito en el encabezado de la página. Me detengo entonces en leer lo que tengo delante y veo una serie de datos que, en este contexto, no tienen ningún sentido.

—¿Qué es esto?

—Son mis informes. Y los tuyos también. Mi historial médico y lo que he podido recopilar del tuyo en menos de veinticuatro horas; teniendo en cuenta que era fin de semana y que Londres es enorme, habrás de reconocer que he hecho una investigación bastante exhaustiva; sin embargo, hay cosas que no he podido averiguar, por lo que tendré que preguntártelas directamente, aunque puede que te resulte algo incómodo y...

—Espera, espera, espera. ¿De qué cojones estamos hablando?

Él me mira a los ojos confundido.

—Imagino que querrás saber que no tengo ninguna enfermedad contagiosa y cuándo ha sido mi último encuentro sexual de riesgo...

—¿Perdona? ¿Qué? —pregunto con una risotada histérica—. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que...

—Pero a mí sí. Anoche tuvimos sexo sin protección como si fuésemos dos adolescentes descerebrados, así que creo que es fundamental que ambos nos sintamos seguros para poder... intimar un poco más.

Aunque no doy crédito una vez más cuando veo la manera en la que su cerebro trabaja, comprendo que para una persona como él, esto es importante. Quizá sea lo más importante para que pueda empezar a sentirse cómodo. De repente, me asalta la duda de que ayer se sintiese acosado por mí, pero al barajar la deliciosa idea de que, incluso siendo así, no pudiera contenerse, una sonrisa de complacencia se apodera de mi rostro.

—¿Te parece gracioso? —pregunta, molesto.

—No. Tienes razón, necesitamos aclarar lo de ayer.

—Y estar tranquilos frente a lo que pueda pasar de ahora en adelante.

—Comprendo. A ver, llevo tomando la píldora desde...

—... mayo de dos mil veintiuno. Sí, eso sí he podido averiguarlo; sin embargo, no me queda claro si tienes alguna enfermedad genética, porque en el informe...

—Pero, ¿puede saberse de dónde has sacado información confidencial sobre mí? —pregunto, más atónita que molesta.

—De los archivos de la universidad. Recuerda que tuviste que pasar un test cuando presentaste tu solicitud.

—En el test no se me preguntó sobre los métodos anticonceptivos que utilizo.

Zack me mira a los ojos de una forma muy sugerente, alza una ceja y levanta la comisura de sus labios.

—Tengo... contactos, Helena...

¿Contactos? ¿Pero este señor quién es? Me quedo mirándolo con los ojos como platos pero él no parece comprender lo raro que suena todo esto, porque me devuelve la mirada sin añadir nada más.

—Pero, ¿por qué, simplemente, no me lo preguntaste a mí? —insisto, cada vez más alucinada. Entonces, y por primera vez, veo cómo el rubor tiñe sus pálidas mejillas.

—Me... me parecía violento llamarte antes de volvernos a ver para preguntarte... esto.

Zack está cabizbajo, un poco avergonzado, pero de repente me mira de soslayo. Está esperando que yo acepte para poder continuar y eso me resulta de lo más gracioso.

—Lo que has hecho es ilegal, ¿sabes? —le reprendo con suavidad.

—No sería la primera vez —responde, irguiéndose un poco y plantando una descarada sonrisa de autosuficiencia en sus labios.

—Está bien. ¿Qué es lo que necesitas saber? —continúo, armándome de paciencia.

—Quiero saber si estoy en riesgo de haber contraído alguna enfermedad venérea.

—Acabas de decirme que has leído mi historial.

—Sí, pero las pruebas te las hiciste tres semanas antes de venir aquí. Necesito saber si Robert...

—No —respondo cortante.

—... u otro...

—Rompí con Robert hace cuatro meses y te puedo asegurar que no tenía ninguna gana de acostarme con nadie después de cómo me trató —respondo en tono severo.

Veo una sombra cruzando su rostro y cómo frunce levemente el entrecejo. Pero, inmediatamente, descarta con un leve gesto lo que sea que se le haya podido pasar por la cabeza.

—Y... ¿aquí?

¡Joder! ¡Lindsey! No pienso contarle que ella me hizo un *cunilingus*. ¿Qué probabilidades hay de que me haya contagiado algo?

—No hay nada más que debas saber, Zack. ¿Estás más tranquilo ahora?

—Sí, gracias. Con respecto a mí, ahí tienes el informe por si quieres leerlo detenidamente, pero no he tenido ningún encuentro sexual desde que llegué a Alnwick, así que no tienes por qué preocuparte.

Mi cara debe ser un poema ahora mismo. ¿Cuántos años dijo Lindsey que llevaba Zack aquí?

—Pero... pero ¿por qué? —inquiero, totalmente alucinada.

—Dejémoslo en que el sexo había dejado de resultarme interesante... —responde con rapidez — hasta ahora.

No me lo puedo creer. ¿Cómo puede vivir un hombre sin sexo tanto tiempo?

—¿Puedo preguntar por qué? —me aventuro un poco más, aprovechando la inmejorable oportunidad que se me está brindando.

—No. No viene al caso, eso pertenece a mi pasado, a un pasado bastante lejano.

—Pero... ¿eres virgen? —me atrevo, profundamente intrigada.

Zack sonríe y suelta una carcajada por la nariz.

—No, Helena, no soy virgen. Aunque creo que eso ya lo sabes.

—Me refiero a si fue ayer tu primera...

—No. Por supuesto que no.

Respiro hondo, todavía un poco trastornada por la información que acabo de conocer. Me recoloco en mi asiento y empiezo a hojear los papeles, aunque en realidad no estoy leyendo nada. Solo soy capaz de intentar urdir un hilo de acontecimientos plausibles para entender por qué un hombre tan atractivo e inteligente ha elegido una vida célibe y asceta.

—Y... no eres gay... —continúo, aún totalmente asombrada.

—¡No! —responde, empezando a reír sonoramente—. Creía que eso te había quedado claro también, Helena.

—¡Lo siento! ¡Es que intento comprender cómo un hombre como tú lleva años sin sexo!

—¿Un hombre cómo yo? ¡Buah! Helena, para tu tranquilidad, soy perfectamente estándar en todos los aspectos. Simplemente tomé una decisión cuando mi ex-pareja y yo rompimos y la he mantenido a rajatabla todos estos años.

—¿Y yo... soy la culpable de que hayas cambiado de opinión?

—Así es. Puedes sentirte halagada, supongo.

—Desde luego. Halagada e intrigada. Ahora mismo tengo cientos de preguntas que hacerte.

—Por eso estamos aquí sentados, necesitaremos establecer unas... normas, por así decirlo. De esta manera, ninguno esperará más de lo que el otro esté dispuesto a ofrecer y no habrá malentendidos ni frustraciones. Si vamos a hacer esto, necesito que comprendas una serie de puntos sobre mí, y también necesito saber que estás dispuesta a aceptar lo que yo quiero. Por supuesto, soy todo oídos sobre tus requerimientos, pero lo primero que quiero que sepas es que no voy a darte un glosario sobre mi pasado sentimental ni sexual. Si hay alguna pregunta que necesites hacerme para poder sentirte cómoda, adelante; pero no esperes que te cuente mi vida, no es eso lo que busco.

—¿Pues, qué es lo que buscas?

Zack se reclina en su asiento y me mira a los ojos. Los suyos son dos diamantes azules, duros y fríos, y entonces sé que lo que va a contarme es muy importante para él.

—Desde que has llegado me tienes desconcertado. Por algún misterioso motivo que no alcanzo a comprender, te has empeñado en inmiscuirte en mi vida hasta el punto de llegar a conseguir que haya dejado a un lado mis típicas manías y que haya accedido a tus peticiones, incluso aunque estas iban en contra de mi parecer. Me has sorprendido, Helena, eso ya lo sabes. Me has sorprendido tanto que has despertado mi curiosidad. Quiero saber más, por eso estamos aquí esta noche. Lo que busco es conocerte un poco mejor para... bueno, porque creo que así podré ayudarte a expresar mejor todo lo que llevas dentro a través de tus escritos.

—Entonces, ¿no estamos aquí para...? —suelto, buscando una reacción que no tarda ni un segundo en llegar.

—Eeeh... ahora mismo, eso es lo que más me llama la atención. No voy a mentirte, una de las cosas que más me han atraído de ti es la forma tan natural que tienes de explicar una relación sexual. No sé si lo que cuentas lo has experimentado, pero la forma que tienes de narrarlo hace pensar que así es. Por alguna razón, parece que yo te atraigo, y sería un necio si desperdiciase la oportunidad de sentir en primera persona todo eso que describes de forma tan magistral en tus relatos, dada la extrema curiosidad que despiertan en mí.

Mi mandíbula se ha ido desencajando un poco más a cada segundo. No me puedo creer que esto esté pasando.

—Pero, ¿por qué despiertan tu curiosidad? Los encuentros que describo no son nada del otro mundo. Quiero decir, no hablo de incesto, ni de filias y fobias, ni siquiera planteo un sexo extremo. Yo presento una sexualidad normal y corriente en una pareja y...

—Puede que para ti sea normal y corriente, pero te aseguro que no lo es para mí.

—No comprendo, Zack. Y necesito entenderlo.

Zack se remueve incómodo en su asiento, respira hondo y se pone las manos sobre los ojos, exasperado.

—A ver, cómo te lo explico. Tú plantas deseos en mi mente que nunca habían existido antes. Mi experiencia sexual es amplia, pero jamás había sentido semejante excitación solo imaginando una situación. Es más, creo que podría decir que jamás he sentido esa excitación ni siquiera durante el acto en sí.

—Eso no puedo creerlo —respondo con rapidez—. Si tu experiencia es dilatada, debes haber vivido situaciones de todo tipo; seguro que has debido excitarte mucho haciendo algo en particular o con una persona concreta.

—Sí, claro —responde, volviendo a mirarme—. A lo que me refiero es a que no era tan... intenso.

No tengo ni idea de a qué se refiere, pero decido no continuar en esta línea. Ya iré descubriéndolo poco a poco.

—De acuerdo. Entonces, dices que lo que quieres es experimentar lo que escribo en primera persona.

—Y con la persona que lo escribe. Exacto.

—A ver si lo he entendido. Me dijiste que no te sientes atraído hacia mí y, sin embargo, quieres acostarte conmigo —añado, retándole a explicar este sinsentido.

—Algo así. Es más complicado que eso, pero creo que podemos empezar por ahí.

—Debes comprender que eso me resulte... poco atractivo en esta tesitura —suelto con sinceridad.

—No debería ser así. Me estoy sirviendo en bandeja, creo que eso era lo que tú querías, ¿no es así?

—Mmmm... creo que dejaremos eso también para más adelante. No estoy segura de que hayas comprendido las razones por las cuales me siento... atraída hacia ti.

—Me parece bien.

Pensaba que despertaría su curiosidad con mis palabras, pero está claro que Zack no funciona así. He de encontrar la manera de tentarlo, pero para eso necesito empezar a entrar en materia.

—Bueno, de acuerdo. ¿Qué más necesitas saber?

—Quiero dejar claros nuestros límites.

—¡Oh! ¿Límites físicos? No cuentes conmigo entonces... —respondo desdeñosamente, levantándome de la silla.

—¡No! No, espera. Al menos, establezcamos un par. Yo... yo necesito un par, al menos.

Su voz ha bajado dramáticamente al confesarse. Vuelve a estar cabizbajo, avergonzado. Quizá hay algo ahí adentro que le hace daño. Tengo que escuchar lo que quiere decir.

—A ver... —acuerdo, exhalando un bufido.

Zack levanta de nuevo su mirada y la clava en mis ojos. Pero ahora ya no son casi transparentes, como antes, ahora tienen de nuevo su color azul normal, diría que el tono verdoso empieza a aparecer.

—No quiero que me beses.

¡Vaya! ¡Empezamos fuerte! ¿En serio? ¡Era lo primero que pensaba hacer hoy! Besar esos labios que me tienen loca perdida y que no me han dejado pegar ojo en toda la noche.

—Vale. Me va a costar mucho ofrecerte lo que pides si no puedo besarte —respondo con desgana.

—No es negociable. Los besos son para los enamorados y tú y yo no somos eso.

Y... ¡bum!

No he visto venir la puñalada.

Mi cara se contrae en una mueca de incredulidad. Ha herido mis sentimientos, no creo que hiciese falta decir tan claramente que no somos más que dos personas en busca de placer. Pero no quiero que se dé cuenta de cuánto me han molestado sus palabras, así que bajo mi mirada y me remuevo en mi asiento. Durante unos segundos, sopeso la posibilidad de marcharme por donde he venido, no necesito pasar por esto. Este hombre está lleno de rarezas y lo que tiene que ofrecerme será muy bueno para mi carrera, pero no tanto como para tener que vivir esta tortura. Y sé que esto va a ser tortura porque ya me estoy imaginando cuánto voy a desear besarle a partir de ahora. Aún más que antes, ahora que lo tengo prohibido.

—A cambio, te ofrezco absoluta libertad física para todo lo demás —completa, creo que temeroso de que yo cambie de opinión.

—¿Puedo... hacer cualquier cosa?

—C-creo que sí. No me gustaría que me hicieses daño, pero si es lo que desees, lo aceptaré.

No puede dejar de sorprenderme. Mi mandíbula amenaza con volver a desencajarse de puro asombro.

—No voy a hacerte daño, no es mi estilo. Pero sí que puede que traspase barreras que no hayas traspasado antes.

—Me parece bien —responde, un poco tembloroso, pero con decisión—. ¿A qué es a lo que tú no estás dispuesta bajo ningún concepto?

Tengo que buscar algo que esté segura que él no podrá soportar no hacer. No tengo ningún tipo de tabú, pero voy a tener que inventármelos con él, solo para fastidiarle. Si no, no tendré ninguna posibilidad de llevármelo a mi terreno.

—No quiero tener sexo anal contigo —digo, después de pensármelo bien—. Y no quiero que me comas los pezones.

Zack abre la boca, ahora le toca a él sorprenderse.

—¿Puedo saber la razón? —pregunta.

Diría que acabo de provocarle un pelín de desasosiego...

—El anal solo me gusta cuando tengo muchísima confianza con mi amante y eso solo lo consigo cuando estoy en pareja.

—Comprendo —me interrumpe—. Pero, ¿los pezones?

—Es algo muy íntimo que reservo para cuando hago el amor. Y dado que lo que vamos a tener tú y yo no se trata de eso, no permitiré que lo hagas.

—Pero... ¿puedo tocarte los pechos? —pregunta con un hilillo de voz.

La satisfacción que siento al comprobar que he tocado un punto débil es indescriptible.

—Sí, si eso es lo que deseas.

—No sabes cuánto —gruñe, encendido de repente.

—Me alegra saberlo —respondo con una media sonrisa.

—¿Algo más? —pregunta, impaciente de repente.

—Faltas tú. Yo ya he elegido mis dos límites.

—Tienes razón. Mi otro límite es... el sexo oral.

Sin dar explicaciones, me doy media vuelta y me dirijo hacia la salida. Pero de repente, una risa profunda interrumpe mi caminar. Me giro y veo a Zack desternillándose en su asiento.

—¿Perdona?

—Ja, ja, ja, ja, ¡te he pillado! Helena, sé perfectamente que lo de los pezones lo has dicho para fastidiarme, por eso he dicho el sexo oral. Sabía que saltarías como un resorte.

—¿Puedo saber cómo...?

De repente, Zack se levanta de la silla, rodea la mesa y se acerca a mí. Cuando está a menos de diez centímetros de mis labios, baja la cabeza para tentarme.

—He leído todo lo que has escrito, sé que el sexo oral te encanta —gruñe, con un tono de voz que provoca que algo se derrita en mi entrepierna.

—Puedo asegurarte que no has leído todo lo que he escrito —respondo en un susurro ahogado, intentando contener lo que su cercanía me hace sentir.

—He leído lo suficiente —responde en el mismo tono, *sexy* como el infierno.

—Entonces, ¿cuál es el otro límite infranqueable? —suelto para desviar el tema. Y para conseguir no asfixiarme de necesidad.

—Que no te enamores de mí.

Mi respiración entrecortada se detiene un instante.

¿A qué ha venido eso?

—Puedo asegurarte que no corres ningún riesgo en ese ámbito. No podría amar a alguien tan complicado y narcisista como tú.

—Fantástico. Entonces, podemos empezar cuando quieras.

Zack se separa unos centímetros para mirarme a los ojos durante unos instantes y se gira para volver a su asiento.

—¿Estás seguro de que no quieres saber nada más? ¿No vas a pedirme que te haga cosas sucias que no te hayan hecho antes o algo por el estilo?

—Querida, puedo asegurarte que mi imaginación no tiene límites y que va mucho más allá de

lo que tú has escrito. Pero, por ahora, lo que me interesa es descubrir si eres capaz de hacerme sentir en la vida real lo que me haces sentir cuando te leo. Y vas por muy bien camino, al menos, de momento.

—Entonces, ¿reconoces que la literatura erótica es tan buena como cualquier otra a la hora de despertar sentimientos? ¿He ganado el reto? ¿Me estás dando la razón? —pregunto atropelladamente, dispuesta a aclarar lo que me estaba reconcomiendo desde hace tiempo.

Zack vuelve a su asiento y me mira sonriente.

—Como te he dicho al principio, Helena, me has sorprendido. Creía que había sido suficientemente claro sobre ese punto. Si no fuese así, no habría aceptado ayudarte y, por supuesto, no estarías aquí conmigo esta noche. Has ganado el reto, pero ahora tienes que demostrárselo al resto del mundo. Y para eso, aún me necesitas.

—Y solo te tendré “si hacemos esto” —respondo, utilizando sus propias palabras.

—¡Oh, vamos! Lo estás deseando tanto como yo...

Él alza una ceja y sonrío de medio lado. Acaba de devolverme la puya utilizando mis propias palabras también. Entonces, como si lo que acabásemos de tratar hubiese perdido de repente toda importancia, coge mi portátil y lo enciende, listo para empezar.

—Te aseguro que voy a sorprenderte aún más —espeto mientras tomo asiento frente a él de nuevo.

—Eso espero, señorita Falcon.

Capítulo 17

Entrar en materia

—Página ochenta y tres, ahí es donde me quedé ayer. Sigo pensando que deberías intentar diferentes *tempos* a la hora de describir las escenas de sexo.

—No sé ahora mismo a qué te refieres —respondo, aún en *shock* por todo lo que acaba de pasar—. Esto de leer por separado no funciona. Si me vas a hacer una corrección general no me importa, pero cuando te refieres a un pasaje concreto, necesito verlo contigo.

—Entonces ven aquí —me insta, sin dejar de mirar a la pantalla.

Nerviosa, me levanto para sentarme a su lado. Espero que este estado de agitación no sea una constante a partir de ahora; así no seré capaz de desenvolverme como él desea y tampoco lograré contenerme para no besarle. Desde que le he escuchado decir que no puedo hacerlo, me es imposible dejar de pensar en ello. Y también me es imposible dejar de mirar sus labios. Espero que mis fingidas prohibiciones hayan provocado el mismo anhelo en su mente. Aunque creo que no, si no, no habría dicho que sabía que lo había hecho solo para fastidiarle.

—¿Estás aquí? —pregunta, sacándome de mis pensamientos—. Estoy esperando, Helena...

—Sí, sí, ya me siento —respondo aturullada.

—Mira, son estos párrafos a los que me refería. Normalmente, John es quien se resiste porque no puede quitarse de la cabeza la horrible sensación de que está acostándose con una chica muy joven. Pero aquí dejas claro que John está impaciente por tenerla, que acaba de dejar de lado sus anteriores reticencias por primera vez. Tienes que pensar que un hombre normal no se entretendría tanto en llevarla al dormitorio estando tan excitado. Yo quitaría todo... esto.

Zack señala casi media página con su dedo índice. Pero, en lugar de escuchar su sugerencia, lo único que soy capaz de apreciar es lo largos que son sus dedos. Sin que pueda evitarlo, la imagen de esos dedos acariciándome mientras Zack me muerde la boca se cuela en mi cerebro. Él me devora insistente, escucho sus gruñidos contra mis labios mientras se afana en sabotear mi...

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —me pregunta, obligándome a volver a centrar mis pensamientos—. Estás muy distraída, ¿prefieres que lo dejemos para otro momento?

—Es normal que esté distraída —respondo, un poco a la defensiva al saberme descubierta—. No todos los días se tiene una conversación como la que acabamos de mantener nosotros. Aún estoy dándole vueltas a todo lo que me has dicho.

Zack, que ya me estaba mirando para intentar llamar mi atención, se reclina de nuevo en su asiento dispuesto a continuar hablando.

—De acuerdo. Así no podemos avanzar. Yo soy capaz de concentrarme en mi trabajo incluso cuando tengo otra cosa en la cabeza, pero si tú no puedes hacerlo, lo mejor es que zanjemos... el

otro asunto primero.

Zack se acerca despacio a mi rostro, mirándome fijamente. Por un momento, me da la impresión de que va a besarme en los labios; pero cuando está tan cerca de los míos que puedo sentir su aliento sobre ellos, desvía su camino hacia mi mandíbula y deposita un castísimo beso en ella.

—No soy muy bueno iniciando nada. En eso, espero impaciente a que me instruyas —susurra cerca de mi oído—. Eres una maestra empezando cosas...

Aún así, Zack continúa. Sus besos recorren mi mandíbula despacio y llegan hasta el lóbulo de mi oreja. Al morderlo, una corriente de sensaciones recorre mi espalda y no puedo evitar cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro.

—Si te parece bien, hoy seré yo quien guíe, así te harás una idea de cómo me gusta el *tempo*. Seguro que te sirve para adecuar el de John de cara a la escena que se avecina.

Zack se levanta y me ofrece su mano, la cuál yo agarro mientras lo miro a los ojos, inquieta. Él me sostiene la mirada, pero en cuanto estoy de pie, tira de mí hacia su cuerpo, se hunde en mi cuello y empieza a besarlo. Automáticamente, mis dedos vuelan a su pelo para asegurarme de que no se mueva de ahí, no sé si podré controlar la necesidad de besarle después de este asalto tan inesperado. Y tan *sexy*.

—Me... me gusta hablar...

—Lo sé... —susurra contra la delicada piel de detrás de mi oreja.

—Me refiero a durante...

—Siéntete libre de decir cuanto te plazca.

Sin más dilación, Zack comienza a darme pequeños mordiscos a lo largo del cuello hasta la garganta. Sus dedos han empezado a desabotonar mi camisa, está claro que lo que más desea es llegar a mis pechos. Me dejo llevar y empiezo a suspirar, anticipando lo que esos dedos van a hacerme sentir cuando entren en contacto con mi piel; pero, de repente, Zack se detiene y me mira a los ojos.

—Creo que esto no funciona.

Su voz vuelve a tener su tono normal. Me quedo mirándolo a los ojos, sorprendida. No sé qué es lo que le ocurre, pero yo ya estoy mojada y anhelando que siga.

—¿Qué es lo que no funciona?

—No... no estoy excitado, al menos, no como las demás veces.

—Que yo sepa, solo hemos estado juntos una vez.

—Que tú sepas...

Vuelve a dejarme ojiplática. No sé qué contestar a eso.

—Cada vez me tienes más confundida —me atrevo—. Eres un baúl lleno de sorpresas, pero a veces, estas son un poco incongruentes.

—¿Por qué incongruentes?

—Se supone que no te atraigo, pero me dices que te intrigo; me cuentas que habías perdido el interés en el sexo, pero anoche no opusiste resistencia alguna a mi tentativa. Ahora, además, me confiesas que no es la primera vez que has... estado conmigo, de lo que deduzco que has

fantaseado con esto en más de una ocasión; sin embargo, cuando estás a punto de meterme mano, ¡me dices que no estás excitado!

—No como en otras ocasiones —matiza él, tranquilamente.

Me pone de los nervios que sea tan racional y empiezo a alterarme.

—No me lo puedo creer...

—¿Qué ocurre? —pregunta, mirándome extrañado.

—¿Que qué ocurre? De modo que te daba vergüenza adentrarte en la corrección de escenas sexuales, pero en el momento en que hemos... intimado, por así decirlo, no te cortas un pelo en hablar de métodos anticonceptivos, de límites infranqueables, de deseos oscuros que deseas satisfacer y todo eso. ¡Parece que estés impartiendo una de tus clases, en lugar de estar a punto de mantener una relación sexual! ¡Estás analizando lo que está ocurriendo en lugar de dejarte llevar ¡Estoy muy desconcertada! ¿Entiendes?

—Y molesta.

—¡Y molesta! ¡Sí!

—Te dije que soy pésimo iniciando cosas —me responde en voz baja, un poco aturdido—. Helena, tienes que tener paciencia conmigo. Quizá deberíamos habernos centrado en eso, en lugar de hablar de todo lo demás.

—¿Paciencia? Zack, tú quieres sexo conmigo, quieres sentir lo que escribo, pero lo primero que has hecho es poner trabas a esto que está empezando. Así es muy difícil que salga bien, sobre todo si me haces enfadar.

—¿Puedo saber qué es lo que he hecho mal para provocar este arranque de ira?

Aunque podría parecer que la frase lleva segundas intenciones, su mirada es totalmente honesta. Y aún me siento más confundida.

—En primer lugar, me has hecho sentir poca cosa al señalar que no te sientes atraído hacia mí.

—No es así exactamente...

—No es la primera vez que me lo dices, de hecho, no has dejado de decirlo en cada oportunidad que se te ha brindado.

—Puede que...

—En segundo lugar —le interrumpo, no quiero que se explique sobre ese tema y me haga sentir aún peor—, no comprendo lo que buscas. Parece que desees un manual de cómo tener una relación sexual satisfactoria, pero también quieres espontaneidad. No puedo sentir lo que hago contigo si estoy pensando en qué es lo que estás buscando tú, así jamás podré hacerte sentir lo que deseas.

—¡Pero es que no es eso! —exclama, abriendo mucho los ojos.

—Y en tercer lugar, tienes que saber que cabrea muchísimo que te pongan a cien y te dejen con la miel en los labios —termino, respirando entrecortadamente. No sé si he ido demasiado lejos siendo tan clara, pero ahora mismo, no puedo controlarme.

Zack, aún muy cerca de mi cuerpo, mira al suelo y suelta un bufido por la nariz.

—Está bien. No creía que esto fuera necesario, pero veo que estaba equivocado. Verás, yo... yo tiendo a dar por sentado que la gente sabe lo que se me pasa por la cabeza, sobre todo cuando

ni yo mismo sé qué es lo que quiero. Eso me ha acarreado muchos malentendidos...

—Lógico. Las personas no tenemos una bola de cristal para adivinar los deseos de los demás —le interrumpo, mordaz.

—La cuestión es que eso no suele pasarme a menudo porque siempre sé lo que quiero, así que no tengo práctica a la hora de exponer mis deseos de forma... retórica, por así decirlo.

—Zack, vas a tener que ser más claro porque no entiendo una palabra de lo que me estás diciendo —añado, empezando a exasperarme.

—¡Lo sé! —exclama de repente. Cierra los ojos y se gira para separarse de mí, acercándose de nuevo a su silla—. ¡Yo no sé decir estas cosas! Soy brusco y desagradable porque no me siento cómodo cuando intento expresar lo que siento. Tiendo a simplificar para no tener que... profundizar.

Ahí está. El quid de la cuestión. Zack no sabe gestionar sus emociones, por tanto no es capaz de expresarse adecuándose a la situación en la que se encuentra. Por eso dice cosas fuera de lugar tan a menudo.

—Simplificar para no tener que profundizar...

—Exacto —susurra, dándome la espalda.

—Pero eso no es...

—¡...bueno! ¡Ya lo sé!

—No iba a decir eso —respondo suavemente, acercándome de nuevo a él—, sino justo lo contrario.

Me coloco a su espalda y me atrevo a tocarle, temerosa de que me rehuya. Coloco mis manos en su cintura y él se tensa un poco, pero me deja hacer. Entonces, deslizo las puntas de mis dedos a través de su torso hasta llegar a su pecho y apoyo mi cabeza en su omóplato. Quiero que me sienta, que sepa que estoy aquí. Y que lo comprendo.

—No necesito que me abracés, no quiero tu compasión.

—No te estoy compadeciendo, solo me estoy acercando a ti. Y yo sí que necesito abrazarte.

Permanecemos así un par de minutos y, aunque siento la tirantez en todos los músculos de su cuerpo, también noto cómo esta va cediendo poco a poco.

—Sí me atraes. Mucho —musita—. Siento haberte hecho pensar lo contrario.

Una sonrisa asoma a mi rostro al escucharle. Y me alegro mucho de que no pueda verme ahora mismo, no quiero que sea consciente de cuánto me gusta que me diga cosas así.

—¿Ves como no eres tan terrible como crees? —respondo en tono alegre, para destensar el ambiente que ahora mismo está cargado de sentimientos flotando a nuestro alrededor.

—Lo soy. Tengo que mejorar en eso también.

Sonrío de nuevo y lo abrazo más fuerte. Dejo pasar unos segundos para afianzar su seguridad física, para reforzar el vínculo que me ha permitido crear, y me pongo manos a la obra.

—Ven aquí, Zack.

Me separo de él, me apoyo en sus caderas para que se gire hacia mí y, cuando sé que tengo toda su atención, termino de desabotonar mi camisa despacio, clavando mis ojos en los suyos. Zack empieza a respirar más rápido y fija su mirada sobre mi escote, incapaz de retirarla.

Continúo, dándome un poco más de prisa, quitándome la camisa y desabrochando mis pantalones, los cuales dejo caer a lo largo de mis piernas, mostrándome ante él sin vergüenza. Ahora no me siento pequeña, ahora soy yo, y lo que más deseo es hacerle sentir bien.

Muuuuy bien.

Zack abre la boca cuando me quedo en ropa interior, necesita coger más aire. Recorre toda mi figura con su mirada, desde los hombros hasta los pies y vuelta hacia arriba. Se detiene momentáneamente en mis braguitas y veo complacida cómo traga saliva y vuelve a abrir la boca para respirar fuerte. Cuando estoy segura de que ha vuelto a bloquear su mirada en mis pechos, desabrocho mi sujetador, bajo los tirantes y, justo antes de mostrar mi desnudez, me detengo un instante.

—¿Te... gusta lo que ves?

—No pares —responde, creando una sola palabra al pronunciarla tan rápido.

Sonríó y obedezco. Al dejar al descubierto mis puntas rosadas, Zack no puede reprimir un jadeo y empieza a acercarse a mí.

—Tócame...

Zack se apresura a obedecer y, dos segundos más tarde, tiene mis pechos entre sus manos. Empieza a masajearlos, a apretarlos fuerte, y su respiración pasa de entrecortada a sofocada instantáneamente.

—Dios...

Preso de una urgencia irrefrenable, Zack se desabrocha los pantalones, se acerca a mí de nuevo y casi me arranca la ropa interior en su prisa por tenerme. Sé qué es lo que necesita, así que lo dejo hacer, voy a dejarle hacer exactamente lo que él quiera. Cuando me desnuda por completo, no se detiene ni siquiera en mirar mi pubis, me agarra por las caderas mientras hunde su boca en mi cuello y me sienta sobre la mesa de comedor. Bruscamente, separa mis piernas y se coloca entre ellas, luchando a la vez contra sus bóxers, que le impiden estar ya disfrutando de mi interior.

—Zack, no tengas prisa —susurro—, tienes que dejar que yo me excite también. Si no, no podrás entrar tan fácilmente como necesitas...

—No... no sé a qué te refieres —susurra jadeante, mientras alinea la punta de su pene con mi entrada.

—Usa tu boca, bésame toda...

Zack gime enardecido y me mira a los ojos, asombrado. Me dejo caer sobre la mesa sin retirar mi mirada de la suya, provocándole para que haga lo que le pido. Él empieza a besar mi ombligo, a subir a través de mis costillas, loco por llegar exactamente adónde sabe que no puede tocar. Jadea cada vez más fuerte a medida que se acerca a mis pechos y, una vez que se adentra en mi canal, desliza su lengua alrededor de la base de uno de ellos.

—¿Puedo...?

—Sabes que no.

Frustrado, sube sus manos para agarrarlos y continúa lamiendo y besando alrededor de mi areola, totalmente fuera de sí. Yo ya estoy empapada solo con saber cuánto desea meterse un pecho en su boca. Y que no lo va a conseguir.

—Ahora... Zack, fóllame ahora...

—¡Joder! Déjame que te los bese... deja que me los meta en la boca, por favor...

—No. Sabes que es un límite...

—¡Por favor! —exclama, consumido de impaciencia, insistiendo más y más alrededor de mis pechos.

Entonces, rodeo sus caderas con mis piernas y clavo mis talones en sus glúteos, espoleándole. Casi sin darnos cuenta, Zack ya está dentro de mí gracias a ese movimiento y, al sentirme cerniéndome a su alrededor, consigo que se olvide de su objetivo...

—Oh, Zack...

—Me... mmmnnn...

Mis pezones se elevan, duros como rocas, anhelando que él les dedique todo su fervor, esta nueva tortura es igualmente desasosegante para ambos. Zack no puede levantar la vista de ellos y empieza a penetrarme impetuosamente. Sé que él no va a hablar, sé que sus jadeos seguirán siendo casi inaudibles, pero el placer que me otorga al mostrarme su frustración bailando en su mirada es indescriptible. Sus embestidas son profundas desde el principio, pero en cuanto me abro por completo para él, Zack se endereza, se agarra a mis caderas y acelera sus movimientos sin dejar de mirar mis pezones.

Y por fin, doy rienda suelta a mis gemidos.

—Así, ¡así! Zack... me voy a ir... —exclamo, solo un minuto más tarde.

Cierro los ojos y dejo que sean mis dedos los que sofoquen la impaciencia de mis pezones por ser tocados. Empiezo a rodear mi areola con ellos, acariciándome suavemente mientras escucho exclamaciones ahogadas brotando incontenibles de la garganta de Zack, quien no pierde el paso en ningún momento; pero cuando alcanzo mis puntas y las pellizco con mis dedos...

—¡Joder!

Zack deja escapar un rugido al ver cómo me toco y acelera sus caderas, ahonda aún más con sus embestidas, los músculos de su torso se flexionan incansables bajo su preciosa camisa azul oscuro y sus labios tiemblan de placer. Busco sus ojos, aún clavados en mis pechos, y veo cómo se iluminan con un brillo sobrenatural realzando su color, que es ahora de un verde tan oscuro como el de un océano embravecido...

—Eres... perversa... —jadea desaforadamente—, mmme... corro... ¡joder!

Mi sexo estalla al escucharlo rendido a mí y, mientras él explota de dicha enganchado a mis caderas, yo alcanzo un orgasmo muy intenso, uno de esos que te dejan completamente agotada, mientras siento cómo su pene llega una y otra vez hasta el fondo...

—Dios... ha sido espectacular... —digo en voz baja, justo al bajar de mi orgasmo—, me ha quedado clarísimo cuál es el *tempo* que te gusta...

Zack se deja caer sobre mi pecho, casi sin resuello. Su pene palpita en mi interior, aún duro como una roca, y no puedo evitar sonreír, sintiéndome dichosa. Empiezo a acariciar su pelo, abandonada a la dulce sensación del momento que acabamos de vivir; pero aunque sé que he conseguido mi objetivo, plantando la necesidad en él al impedirle que cumpliera uno de sus más fervientes deseos, no sé si seré capaz de soportar estas prohibiciones durante mucho tiempo. Ni las tuyas, ni las mías.

Mejor no darle más vueltas, me centro en el momento que estoy viviendo, dejando a un lado mi desazón. Ahora solo quiero disfrutar de su respiración contra mi pecho, del aroma de su pelo entre mis dedos.

—Me encanta enredarme en tus rizos —susurro contenta.

—Me voy a volver loco si no me como tus pezones... —confiesa él, aún jadeante.

—Pues tendremos que ir ambos al psicólogo, profesor.

Zack gira su cabeza para mirarme y ambos sonreímos. Sé que ha estado cómodo, ahora sí. Y también creo que sé cómo tengo que tratarle a partir de ahora. Necesitábamos sincerarnos un poco para poder conectar y, exactamente como pensaba, Zack cambia cuando se siente así. Miro su rostro, está relajado, contento; su mirada, llena ahora de reflejos de distintas tonalidades entre el verde y el azul, me dice que está encantado con lo que acaba de ocurrir.

Aunque no me lo diga. Aunque no quiera reconocerlo.

—Me gustas, Helena —me suelta de repente.

Y con esas palabras, vuelve a dejarme totalmente alucinada.

—Me alegra que sea así —respondo, incapaz de articular nada más.

El resto de la tarde fluyó con normalidad entre nosotros y conseguimos llegar a un acuerdo sobre el famoso *tempo* de John; pero en ningún momento pude dejar de pensar en esas dos palabras saliendo de sus labios.

Y por la noche, a solas en mi dormitorio, me dormí acunada por el recuerdo de su preciosa voz pronunciando mi nombre.

Capítulo 18

El nuevo orden

Ya ha llegado el mes de marzo, pero al contrario de lo que esperaba, está nevando aún más que en febrero. Aún así, mi humor no decae, no podría sentirme mejor ni aunque hiciese sol. Mis alumnos progresan adecuadamente, mi cumpleaños está a la vuelta de la esquina y lo más importante: Zack y yo seguimos avanzando con las correcciones. Para mí, es como si la primavera hubiese estallado a mi alrededor.

Me asomo a mi ventana y me deleito en el blanco manto que cubre el patio principal. Luce intacto, como si nadie en el mundo hubiese pisado antes este suelo que se extiende más allá de la muralla ancestral que rodea todo el perímetro de la universidad. Allí, su blancura no es tan perfecta, se ve salpicada por doquier por rocas o pequeños arbustos que han sido capaces de soportar el crudo invierno que asola estas tierras cada año. Aún así, ofrece una imagen preciosa y me siento tentada de salir a pasear, incluso a riesgo de congelarme.

Además, he quedado con Zack dentro de una hora y estoy deseando llegar.

—¿Hoy vas a volver a su casa? —pregunta Lindsey, que está al corriente de mis incursiones furtivas a casa de Zack durante el pasado fin de semana.

—Sí. Hoy va a ser una tarde complicada porque nos vamos a centrar por fin en la escena principal de la novela. Y ya sabes cómo se desarrolla.

—¡Vaya! ¡Os vais a gastar! —bromea, mirándome con picardía—. Supongo que estaréis haciendo maratones sexuales, ¿no es así?

—¡Qué va! Zack no está cómodo en su despacho.

—Pero me dijiste que siempre se excita cuando lee...

—Sí, pero si está muy concentrado, lo deja pasar. Me desespera, no te lo voy a negar.

—Y, ¿habéis avanzado algo más o aún seguís probando?

—Estamos... aprendiendo.

Lindsey me mira con condescendencia y yo me encojo de hombros.

Así es. Zack y yo estamos aprendiendo lo que le gusta al otro, o mejor dicho, yo estoy intentando aprenderlo y no está resultando nada sencillo. Huelga decirlo, teniendo en cuenta cómo es él. De momento, he estado dejando que él se muestre, necesitaba conocerle un poco más, contar con más detalles aparte de cuál es su *tempo* favorito o cuáles son sus deseos más inmediatos. Una vez que me acostumbre a su forma de disfrutar, podré desplegar todas mis armas con él para poder otorgarle esas sensaciones que demanda y que han sido el motor de que esta relación tan excitante haya comenzado.

No deja de sorprenderme una y otra vez. Después de pasar juntos el domingo casi al

completo, momento que utilizamos básicamente para hablar sobre los capítulos bisagra y para contarnos alguna que otra anécdota de nuestro pasado, volví a mi habitación un poco decepcionada porque él no había intentado acercarse de nuevo. Parecía que había perdido todo el interés en mí después de la intimidad a la que llegamos el sábado por la noche y eso me tenía preocupada.

Sin embargo, el lunes a mediodía, cuando entré en el baño de profesores al terminar mi clase, sentí que alguien entraba detrás de mí. Asustada, me giré para descubrir que era Zack quien echaba el cerrojo de la puerta principal, mirándome con sus ojos ardiendo. Se lanzó sobre mí y empezó a morder mi cuello y a manosearme toda por encima de la ropa, preso de la necesidad.

—Acabo de leer la escena en el baño de la universidad de Lyv y Josh...

No pudo continuar, tal era la excitación que sufría. Empezó a restregar su erección contra mi pelvis pero, como era de esperar, no habían pasado ni dos minutos cuando alguien llamó a la puerta, interrumpiéndonos. Aún así, Zack no dejó de mirarme como un león en celo mientras salíamos juntos del baño, importándole muy poco que el profesor de química se nos quedase mirando extrañado.

Dado el arranque que tuvo a media mañana, pensé que al llegar a su despacho aquella tarde, me encontraría con un Zack ardiente y desesperado por mí; pero volvió a sorprenderme. Cuando llegué, él estaba totalmente enfrascado en el hilo argumental de la enfermedad de los padres de Carla y, lógicamente, su libido se había congelado. Casi acaba llorando cuando descubrió, avanzando hasta el capítulo que le indiqué, los meses tan duros que vive mi protagonista mientras lidia con el proceso de recuperación de ambos. Así que aunque entré deseando sentirle dentro de mí de nuevo, me quedé con las ganas; pero me marché muy feliz de haber compartido aquel momento tan especial y tan lleno de sentimientos con él.

Sí, toda una montaña rusa de emociones que me van a volver loca.

Pero no iban a acabar ahí las sorpresas. El martes, Zack se marchó inesperadamente a dar una charla a Cambridge, donde es ya una leyenda debido a su fulgurante ascenso hacia la cátedra de Literatura. No me había dicho que se marchaba ni tampoco cuando volvía, así que me quedé perpleja cuando recibí un mensaje de texto suyo el jueves a las diez de la noche.

“Creo que el lunes dejamos algo pendiente que ya no puede esperar más. Yo no puedo esperar más. ¿Puedo ir a tu dormitorio?”.

Yo estaba medio dormida cuando recibí su mensaje, pero el sueño voló para dar paso a esa tremenda excitación que había conseguido mantener a raya a lo largo de la semana.

“Puedes venir, pero aquí no podemos... hacer ruido. La habitación de Lindsey está pegada a la mía y se escucha todo”.

“Lo que tengo en mente no va a conllevar casi ningún sonido”.

Mi nivel de excitación se duplicó al saber que él había estado pensando en estar conmigo desde el lunes, pero se cuadruplicó al enterarme de que venía a buscarme con una idea clara en mente. Pensé en arreglarme un poco, pero Zack no tardó ni dos segundos en llamar a mi puerta.

—Hola, qué rápido has...

Él no dijo nada. Se limitó a mirarme a los ojos con el mismo fuego bailando en sus iris que el que ardía en ellos el lunes cuando me asaltó en el baño, cerró la puerta despacio tras de sí y volvió a lanzarse sobre mi cuello. Una vez más, sentí la frustración de no poder besarle ni recibir

un beso suyo, ya que en momentos como ese, un beso en la boca es lo que realmente te pide el cuerpo; pero tampoco pude dejar de pensar que ese ataque despiadado sobre mi cuello, al que Zack estaba empezando a acostumbrarse, era solo un pobre sustituto de lo que en realidad ambos deseábamos. Aún así, dejé que él me devorase a placer, segura de que eso era lo que él necesitaba en aquel momento.

Cuando llegó a mi pecho con sus manos, empezó a restregarse contra mí como hizo el lunes en el baño y creí que ardería por combustión espontánea. Empecé a jadear sin control y solo cuando él se cercioró de que yo estaba lo suficientemente entregada, se atrevió a hacer su petición.

—Llevo toda la semana deseando hacer una cosa contigo... —gruñó en mi oído.

—Cuál...

—Quiero que me masturbes despacio, que me llesves a la locura más absoluta; pero no quiero que permitas que me corra, bajo ningún concepto.

—¿P-perdón? —inquirí, ardiendo al escuchar su voz entrecortada.

—Por mucho que te ruegue, y te aseguro que lo haré, no permitas que me descargue. Quiero que me hagas sufrir, que me hagas creer que vas a otorgarme la merced del éxtasis con tus manos, pero sabiendo que eso no va a pasar.

—¿Y puedo saber qué es lo que has leído para concebir esa maravillosa idea?

—Un estúpido párrafo en el que tu protagonista femenina se empeña en bloquear el placer de su amante.

—Así que estúpido párrafo...

—Sí. Es estúpido porque jamás habría pensado que eso llegaría a excitarme, pero es lo más caliente que he leído de tu pluma esta semana.

—Mmmm... pensé que era la escena del baño de la universidad...

Al recordarlo, Zack ahogó un gemido y su respiración se volvió aún más entrecortada. Se agarró a mi cuello, me obligó a tumbarme en la cama junto a él y, con sus mejillas ardiendo por la vergüenza, agarró mi mano y la colocó encima del prominente bulto que lucían sus pantalones.

—Por favor...

—Me pone cada vez más que supliques.

—Lo sé. Lo más c-curioso essss... —tartamudeó, al sentir mis dedos empezando a deslizarse sobre su mástil mientras le miraba a los ojos—, que a mí me encanta complacer con mis súplicas a esa cabecita tuya tan necesitada de reafirmación.

—Dices que yo soy perversa, pero tú eres un demonio.

—Y... t-te encanta...

—No tanto.

—Vamos, déjame libre, no puedo aguantar más...

Con un par de movimientos perfectamente sincronizados, el pene de Zack vibraba entre mis dedos segundos más tarde. Tampoco se desnudó y yo no se lo pedí, aunque deseaba con todas mis fuerzas que llegase el momento en el que pudiera recrearme en su piel nívea, en las líneas de su cuerpo, en sus músculos tensos por el sexo esforzado. Pero no me atreví. En su lugar, fui

directa a su cuello, que me ha tentado desde que lo tuve cerca por primera vez, y dí rienda suelta a mis deseos sin dejar de acariciarle arriba y abajo. Mientras mordía todo lo que tenía a mano, deteniéndome en su manzana de Adán, en el exquisito hueco que se forma bajo su garganta y en todos y cada uno de los lunares que salpican esa zona tan delicada, mis dedos alternaban el ritmo que imprimía, pasando de suaves y perezosas caricias a golpes frenéticos de mi muñeca.

Zack se derretía con cada cambio, gemía dulcemente cuando necesitaba que acelerase y rugía totalmente fuera de control cuando estaba a punto de alcanzar su cenit; pero entonces, yo volvía poco a poco a los movimientos suaves y acompasados, ralentizando ese orgasmo inminente que ninguno de los dos deseaba que llegase rápido.

Y entonces, él empezó a suplicar.

—P-por favor, Helena, no me hagas sufrir más...

—No voy a dejar que termines, lo sabes.

—Olvida lo que te he dicho... olvídalos. Me estás volviendo loco...

—Si quieres que cambie de opinión, tendrás que hablarme —sugerí, aprovechando la situación.

Zack me miró con sus ojos brillantes de lujuria, esta vez, de un verde claro que resultaba totalmente sobrenatural, casi aterrador.

—¿Q-qué quieres que... diga?

—Lo que te hago sentir.

—Nnno me pidas... eso... oooh... dame más...

Zack empezó a elevar su pelvis para encontrarse con mi mano, que lo apretaba solo lo justo para mantenerlo arriba, intentando obligarme a acelerar; pero a cada golpe de sus caderas, mi agarre se tornaba más suelto y mis movimientos más y más lentos.

—No voy a darte más, voy a mantenerte a orillas de tu orgasmo durante horas si eso es lo que me place. A no ser...

—Qué... a no ser qué...

—Que empieces inmediatamente a decirme lo que sientes cuando piensas en mí.

Zack ahogó un gemido de frustración, sus ojos se llenaron de lágrimas de impotencia y, abrumado, empezó a hablar.

—Me... me despierto cada noche pensando en tus pechos...

—Y qué es lo que piensas —le insté, empezando a girar mi muñeca en torno a su pene, apretándolo un poco más.

—Necesito chuparlos... oh, así, Helena... sigue... sigue...

—Por qué necesitas chupármelos...

—Porque sssson... ¡preciosos! Tus pezones me llaman a gritos, veo cómo se endurecen para mí, cómo pugnan por mis labios... y... y... oooh, me atormentan, Helena, y quiero tocarlos también...

Mis movimientos empezaron a ser cada vez más rápidos y Zack se mordía el labio inferior con fuerza, empezando a sudar por el esfuerzo de contenerse.

—No recuerdo haberte prohibido que los tocaras...

—Lo... sé... pero no he tenido... op-portuni... oh, Helena, no pares más, por favor...

Había empezado a ralentizar mis movimientos de nuevo, pero me apiadé de él y mantuve el ritmo como me rogó. Su glándula se hinchaba cada vez más y hacía rato que estaba húmedo de pura lujuria. Al empezar a acelerar de nuevo, Zack casi maulló al sentirme y me regaló la visión más excitante que podía haber soñado en aquel momento al empezar a derramar la antesala de su orgasmo entre mis dedos.

—Oh, Dios... eres magnífica...

—Dime qué más soy, y te daré lo que ansías —susurré en tono autoritario.

—Eres t-tremendamente excitante y no te haces una idea de las locuras que he hecho contigo en mis sueños más febriles, a solas en mi dormitorio, Helena...

—Pues no puedo esperar a que me las cuentes...

—Sí... te... las contaré todas... pero deja que me vaya... déjame terminar... te lo sup-plico...

—No te voy a dejar...

Mis manos empezaron a acariciar su erección por turnos, a darle placer incluso a la par, a apretar su miembro cada vez más fuerte... pero mis labios seguían negándole.

—¿Te gusta que te toque?

—Ssssí... sí...

—Estás loco por que te dé lo que quieres...

—Ssssí... oooh... eres tremenda... me voy a ir...

—No, no voy a dejar que termines...

—P-por f-favor...

—Ni lo sueñes...

Pero aunque mis palabras decían una cosa, mis manos hacían otra muy distinta, empezando a acelerar el ritmo hasta un punto difícil de soportar. Y al llegar a la cadencia perfecta, Zack perdió la razón, sus labios entreabiertos en una mueca de placer absoluto...

—Me corro... oooh, me corro...

Descontrolado, empezó a mover su pelvis para encontrarse con mis manos, loco por acompañarse con mis movimientos, por obtener la liberación que tanto ansiaba. Apreté fuerte, más fuerte aún, aceleré un poco más y...

—No, no vas a correrte, no te lo permitiré... —susurré junto a su oído.

Mi voz terminó con su control.

—Di-os... ¡oooh, Diosss!

Entonces, con un grito de placer que me recorrió de arriba a abajo, Zack se desbordó, sus ojos nublados, perdidos en el techo de mi habitación, borrachos de complacencia. Su garganta me regaló una serie de entrecortados gemidos guturales que permanecerán en mi mente para siempre, mientras se deshacía de placer entre mis dedos.

Y cuando terminó, volví a susurrarle.

—¿Te ha gustado?

—M-mucho —gimió.

—¿Incluso aunque te haya desobedecido?

—Precisamente... porque me has desobedecido; y quiero que sepas que acabas de conseguir que hable en una situación así por primera vez. Eres una bruja pérfida...

—Pero te encanta.

Él giró su cabeza hacia mí y abrió los ojos despacio.

—Me enloquece.

Mantuvimos aquella mirada durante lo que me pareció una eternidad y sentí una gran frustración al no poder besarle dulcemente. Así que, cuando él se incorporó, supongo que pretendiendo darme el mismo placer del que acababa de disfrutar entre mis manos, lo detuve.

—No. Hoy no. Mañana, quizá.

Sé que él no lo comprendió, pude leerlo en su mirada. Pero no dijo nada. Solo asintió y se levantó de la cama confundido, apresurándose a colocarse de nuevo sus pantalones. Ya junto a la puerta, cuando creía que no diría nada más y se marcharía, giró su cabeza para hacerme una pregunta.

—¿Vendrás mañana a mi casa?

—Allí estaré.

—Y... ¿podrías venir antes?

—¿Antes? ¿A qué hora?

—Sobre las once. Tenemos muchas cosas pendientes y quiero aprovechar al máximo el fin de semana.

Me sorprendió aún más de lo habitual con aquella aseveración.

—De acuerdo. A las once.

—Perfecto. Ah, y... Helena...

—Dime.

Entonces volvió a mirar hacia la puerta y agarró el picaporte.

—Tenía ganas de volver.

Sin decir nada más, Zack salió de mi habitación dejándome aún más desconcertada de lo que ya estaba. ¿Que tenía ganas de volver? ¿En serio? ¿Y qué quería decir con eso? ¿Que tenía ganas de verme? ¿Eso era lo que iba a decirme el hombre que no quiere que me enamore de él?

No lo sé, no lo entiendo. Solo sé que me está esperando a las once y que hoy pienso tomar las riendas del juego por primera vez. Hoy voy a obligarle a suspirar de placer, voy a arrancarle a su garganta los jadeos con los que quiero que deleite mis oídos y voy a conseguir que me regale un orgasmo de esos que me encantan, cueste lo que cueste.

Porque hoy, Zack y yo vamos a hacer sexo oral. Y juro que voy a deslumbrarle.

Capítulo 19

Segunda cita

Tenía ganas de volver porque, aunque me resulte extraño, tenía ganas de verla. Desde que estuvimos juntos el fin de semana no he podido sacármela de la cabeza. Y todo porque volvió a sorprenderme, parece que no puede dejar de hacerlo. El sábado, en mi casa, ella supo tomar las riendas de la situación y todo fluyó como la seda; pero sé que ella está tensa, que no está siendo completamente natural, acaba de confirmármelo al negarse a que la tocara. Quería hacerla sentir bien, tanto como ella me ha hecho sentir a mí, pero ella ha rehusado mis atenciones.

¿Puede que ya no le interese seguir con esto?

Tal y como pondero esa posibilidad, la rechazo inmediatamente. No quiero valorarla, no ahora que estoy empezando a dejarme llevar; pero sé que es probable que ella no quiera avanzar conmigo en estos términos, que no desee ir más allá sin mezclar sentimientos con estos maravillosos encuentros íntimos que han conseguido sacarme de mi castidad libremente elegida. Tengo que encontrar la forma de que ella se abra también, pero las relaciones no son mi fuerte, así que si ella no desea continuar con esto, nos limitaremos a seguir con las correcciones, y nada más.

Aunque he de reconocer que esa posibilidad me provoca una desazón que me tiene desconcertado y que no me deja conciliar el sueño.

Me doy cuenta de que, a nivel sexual, ella aún no se ha mostrado, he sido yo quien se ha abierto más, tanto como para pedirle lo que acabo de pedirle, tanto como para gruñir como un animal cuando escalaba hacia las mieles de mi orgasmo. O peor aún, para hablarle de la forma en la que le he hablado, confesándole mi anhelo por sus pechos.

¡Es que aún no lo entiendo! ¿Cómo puede haber conseguido que me sienta tan cómodo con ella? Jamás, y digo jamás, me había expuesto tanto, ni siquiera con Bree. Pero con Helena es más fácil, precisamente porque no necesito fingir, porque puedo hablarle con sinceridad de mis deseos sin miedo a hacerle daño. Por eso tenía ganas de volver, porque no he podido parar de leer sus novelas, porque he deseado tenerla junto a mí en innumerables ocasiones para hacer realidad todas esas fantasías que ella ha colocado en mi, ya de por sí, excéntrica imaginación.

Dios... cada vez que pienso en cuánto placer acaba de proporcionarme, en cómo ha sabido darme justo lo que necesitaba en cada momento, en lo sencillo que le ha sido conseguir que me disparase...

Ha sido... perfecto.

Entonces, llego a una conclusión: necesito que ella se sienta cómoda también, solo así podré ver cumplidos todos esos deseos que ha despertado en mi mente, esos que expone en sus novelas con tanta destreza. Y creo que sé qué es lo que puede provocar que ella desee

seguir avanzando en nuestros encuentro sexuales; el problema es que no estoy seguro de querer hacerlo.

No hay que ser un lince para tener claras sus preferencias después de leer sus escritos: a Helena le vuelve loca el sexo oral. La cuestión es que yo tengo mis reticencias al respecto.

El sexo oral es otro de mis tabúes, uno de los cientos que tengo. No es una práctica con la que me sienta a gusto, así que no estoy seguro de poder hacerlo; así que tengo que encontrar otra forma de conseguir que ella se sienta bien conmigo, pero no se me ocurre nada.

Llego a casa dándole vueltas y más vueltas al asunto y pienso en cómo ella se condujo conmigo la otra tarde. No creí que fuera capaz de comprender lo que me ocurría y, sin embargo, supo exactamente lo que necesitaba. Le dije que tengo la mala costumbre de no expresar lo que siento sin desvelar que intento desesperadamente ocultar todas la verdades que escondó, simplificando una vez más; pero ella se acercó a mí y, simplemente, me abrazó. Incluso aunque sé que le molestó que yo impusiera normas entre nosotros, ella se olvidó de todo, se centró en mí y consiguió que me relajase. Entonces volví a sentirme lo suficientemente cómodo como para dejarme llevar.

Sí, tengo que hacer algo parecido. Mañana intentaré ser más amable, intentaré estar más receptivo a sus gestos para averiguar cómo puedo conseguir que esté tan cómoda como yo. Sé que es casi imposible que ella consiga hacerme sentir lo que sus protagonistas sienten cuando se unen en su baile privado si no permito que sea espontánea, que se exprese según se le antoje. Soy consciente de que el haber impuesto límites no ayuda, pero necesito que se suelte del todo, incluso aunque la haya privado de algo tan natural y genuino como un beso.

Tengo que conseguir que ella desee continuar descubriéndome.

Sigo dándole vueltas al asunto y, finalmente, acepto con pesar que soy un desastre cuando intento ser amable; así que, mientras me ducho, la posibilidad de darle placer oral vuelve a mi mente. Sonríe imaginándola disfrutar con mi boca, gritando mi nombre enajenada y se me pone dura de nuevo; pero no, no puedo hacerlo. Estoy seguro de que saldrá mal y será un desastre. Imagino que podré disuadirla sin tener que decirle que mis experiencias al respecto han sido bastante desastrosas, no quiero que piense que soy un raro. Tengo que buscar otra manera de conseguir que se sienta bien...

¿Pero qué?

«Lo que sea, con tal de seguir con esto», me digo a mí mismo con determinación una vez que me meto en la cama. Ahora que por fin me he soltado, no quiero tener que volver a mi retiro monacal. Ahora estoy preparado para mantener el control y adentrarme junto a ella en ese mundo donde las sensaciones florecen a cada paso.

Toc, toc, toc.

—¡Pasa, Helena!

Aunque reconozco que estoy muy nerviosa de nuevo, el tono de voz alegre con el que me invita a pasar me levanta un poco el ánimo. Casi no he dormido en toda la noche intentando prever todos los posibles escenarios que se pueden dar, a lo largo de este día helado, en el interior de la casa de Zack. Lindsey y yo estuvimos elucubrando anoche y llegamos a la conclusión de que sé lo suficiente como para poder pasar al siguiente nivel. Creo que me toca descubrirme.

—Buenos días, Zack.

Él examina mi rostro cuidadosamente desde el precioso sofá de chenilla que ocupa la mayor parte del lado derecho de su salón comedor. Su rostro muestra una curiosidad desmedida y veo claramente cómo una pregunta impertinente ronda su cerebro, pugnando por salir, como siempre; la diferencia es que, en esta ocasión, parece que él se está conteniendo y no se me ocurre por qué. Pero su expresión de impotencia me resulta de lo más simpática.

—¿Qué pasa?

—Nada. No pasa nada —responde visiblemente nervioso—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque puedo ver en tu rostro que te estás callando algo. Prefiero que lo digas aunque vuelvas a ser un desagradable. Si no lo haces, te explotará la cabeza.

De repente, Zack contorsiona su rostro en una mueca y acaba explotando en carcajadas. Y yo también.

—No me va a explotar la cabeza, no cantes victoria tan pronto —exclama, cuando puede volver a hablar—. No estaba pensando en nada desagradable, listilla, simplemente pretendía saber cuál era tu estado de ánimo esta mañana.

—¿Mi estado de ánimo? ¿A qué te refieres?

—Será mejor que te sientes —bufa, señalando el otro lado del sofá con sus larguísimos dedos.

—¿Por qué? ¡No creerás que voy a caerme de culo ante alguna de tus insolencias! No te creas con tanto poder, guapo, no será para tanto.

—No me subestimes, sabes que conmigo no funciona. Y gracias por lo de guapo —responde con una sonrisa irreverente—. Pero no es eso, es que quiero preguntarte algo y prefiero que estemos sentados y cómodos.

¿Sentados y cómodos? ¿Qué mosca le ha picado? Extrañada, me quito la gabardina, la cuelgo en la percha que hay junto a la entrada y rodeo el gigantesco sofá para sentarme junto a él.

—Tu dirás —empiezo, intrigada.

—Quería saber si sigues estando dispuesta a... bueno... a tener estos encuentros íntimos conmigo.

Me quedo mirándolo con cara de circunstancias. No entiendo adónde quiere llegar.

—¿Ha cambiado algo de ayer para hoy?

—No. Mi pregunta es si ha cambiado algo desde el sábado pasado hasta ayer por la noche.

—¿Por qué lo preguntas? —respondo, creo que empezando a entender lo que se le está pasando por la cabeza.

—Porque anoche no quisiste que te tocara.

Ya. Lo sabía. Está claro que él no comprende que la frustración de no poder besarle fue lo que impidió que quisiese continuar.

—No me apetecía seguir, simplemente.

Zack iba a continuar su interrogatorio, pero de repente cierra la boca, sorprendido.

—Ah. Vale. Pero... ¿hubo alguna razón en particular?

—Zack —respondo, empezando a exasperarme—, no sé a qué te refieres. Me pillaste

desprevenida, no me dio tiempo a prepararme para...

—¿Puede que hubieses preferido darte una ducha antes? —suelta enarcando ambas cejas con una expresión muy divertida.

—¿Qué? ¡No! ¡No huelo tan mal! ¿O sí? —inquiero un poco preocupada.

—¡No! ¡En absoluto! ¡No lo decía por eso! —responde, aún más preocupado que yo.

—¡Zack! ¡Por Dios! ¿Quieres hacer el favor de hablar más claro?

Él frunce el ceño y me mira con ojitos de cordero degollado. Nunca lo había visto poner esa expresión y me resulta de lo más adorable.

—Es que creí que... que mi petición podría haberte parecido fuera de lugar y por eso no quisiste continuar.

—¿Tu petición? ¿Te refieres a pedirme que te masturbase y que no permitiese que...?

—Sí. A eso —me interrumpe sonrojándose.

—No. Para nada. Tenías un escenario muy claro en mente y me alegro de haber sido yo quien lo pusiera en ella. Simplemente, no quise continuar después de hacer lo que me pediste.

—Bueno, de hacer lo que te pedí y terminar haciendo lo que tú quisiste..

—No creo que tuvieras motivo de queja —respondo, alzando una ceja con picardía.

—Ninguno —responde con un gruñido. Sus ojos mudan de color al recordarlo y por primera vez soy testigo de cómo cambian de azul a verde mientras lo observo.

Y me en-can-ta.

—Eso pensaba —respondo sonriendo.

Ambos nos quedamos mirando mientras sentimos cómo el aire se espesa en torno a nosotros, cómo la atracción que sentimos el uno por el otro empieza a rodearnos y a caldear el ambiente. Me encanta esto, me encanta lo que tenemos.

—Verás, he estado dándole vueltas precisamente a eso y quería... quizá deberíamos hablar un poco más sobre nuestras expectativas. O al menos, aclarar algunos aspectos para evitar malentendidos como este.

—Creía que ya habíamos dejado claro ese asunto la semana pasada —respondo, intentando no volver a sacar el tema de las prohibiciones. No me gusta recordar que no puedo besarle, me pone cachonda y de mala leche al mismo tiempo.

—No, hay algo más. Verás, sé que tú no estás cómoda con las limitaciones que sugerí, y también sé que piensas, probablemente con razón, que la relación sexual no será igual de plena si no puedes hacer lo que te plazca en cada momento...

—No es que lo piense, es que estoy convencida. Para que el sexo sea placentero, no hace falta más que desearlo; pero para tener una experiencia fuera de lo común, el comportamiento de los amantes debe ser espontáneo y natural, siempre respetando los deseos del otro, por supuesto.

—Ahí es adónde quiero llegar. Tú hablas en tus textos de lo importante que es complacer a tu pareja para que el sexo sea maravilloso. Eso es algo que... bueno, es algo con lo que yo no estoy familiarizado, y me gustaría que... bueno... que me educaras también en ese aspecto... para complacerte a ti.

Me ha dejado helada. ¿Cómo que no está familiarizado con complacer a su pareja? ¿Quién es

este hombre, por Dios?

—¿Me estás diciendo que jamás te has preocupado del placer de tu compañera? —pregunto alarmada.

—Claro que sí. Pero tú vas más allá. Tú hablas de cumplir deseos, de sentirse a gusto, de compenetración y sinceridad. Y ya que no puedo darte los besos que sé que quieres y que seguro que te ayudarían a comportarte con más naturalidad conmigo, sí me gustaría que pudiésemos tener todo lo demás, aunque solo sea por el bien del acto sexual.

Aún me quedo más muerta. ¡Este hombre no tiene ni idea de cómo funcionan las relaciones! ¡Sean del tipo que sean! Sin poder evitarlo, dejo escapar una sonrisa a través de mi nariz mientras lo miro sorprendida.

—Zack, eso no se puede... ¡forzar! Esa compenetración va creándose con la confianza, con las vivencias, con compartir tiempo juntos...

—Pues eso es lo que pretendo —me interrumpe con una sonrisa—. Todo eso. Por eso me he quedado mirándote cuando has llegado. No estaba callándome ninguna insolencia, solo quería saber cómo te sentías para comprobar si estabas dispuesta a... seguir conociéndonos.

Después de mantener su mirada unos instantes y darme cuenta aún más sorprendida de que él es un bebé en lo que concierne a ciertas convenciones sociales, vuelvo a dejar escapar una risotada por mi nariz.

—Está bien, puedes quedarte tranquilo. Todo está igual que estaba la semana pasada.

—Perfecto —responde con cara de complacencia, como si hubiese resuelto un dilema muy complicado solo con comentarlo conmigo por encima. Sin profundizar, ya me advirtió—. Bueno, hoy creo que tenemos bastante tiempo y que podremos adelantar casi hasta la segunda parte de la novela. ¿Has hecho las correcciones que te indiqué?

Exacto. Un bebé. Acaba de zanjar el tema y ahora... a otra cosa.

—Casi todas —respondo, dándome por vencida.

—¿Casi?

—Sí. Con algunas no estoy de acuerdo. Pero son nimiedades.

—A ver, enséñame cuáles son esas “nimiedades”...

Con un suspiro de resignación, me levanto, cojo el portátil y vuelvo al sofá, acercándome más a él, dejándome embriagar por su delicioso aroma. Hoy, además de las notas habituales, descubro un toque más varonil, probablemente porque no se ha duchado esta mañana. Pero me resulta aún más atractivo. Intentando concentrarme en el texto, envuelta en el calor que su cuerpo emana, empiezo a relajarme, dispuesta a explicarle mis ideas. Entonces me doy cuenta de que el sofá es tan cómodo como prometía, lo suficientemente amplio para que se sienten cuatro personas... o para que dos se tumben enfrentados para ver una película relajadamente.

Mmmm... película en los brazos de Zack, dedos que acarician sin censura, besos llenos de...

—Mira, por ejemplo. En el capítulo trece —empiezo, loca por sacar esas imágenes imposibles de mi mente—. Me señalaste todo este párrafo, pero en lugar de eliminarlo, lo he integrado entre el anterior y el siguiente. No quería dejar de hablar del detalle del anillo de su abuela porque...

—Es información superflua, Helena. No queremos ahogar al lector en páginas y páginas de texto.

—No es superflua. Es que se me ha ocurrido un nuevo hilo en el desarrollo del argumento...

Durante unos veinte minutos, me dedico a desgranar la idea que he decidido añadir a la trama argumental para que gane en interés y que, de esa manera, el sexo sea el acompañamiento perfecto, convirtiéndolo en algo aún más cercano a la realidad de una relación. Zack se ha ido entusiasmando poco a poco y, además de expresar sus desacuerdos sobre ciertos giros, ha ido contribuyendo también con sus propias ideas. Avanzamos tanto que modificamos el hilo argumental hasta el final de la novela y, al terminar de construir entre los dos cuál sería el culmen más original para el último giro de la historia, me quedo mirándolo a los ojos cariñosamente.

—¿Qué? ¿No lo ves como yo? —pregunta, un poco desconcertado por la intensidad de mi mirada y la dulzura de mi expresión.

—No es eso. Es que acabamos de hacer nuestro primer *brainstorming* y ha sido increíble.

Momentáneamente, Zack muestra asombro en su expresión. Pero se marcha tan rápidamente como ha venido y una sonrisa se instala en su precioso rostro. Sí, definitivamente, está arrebatador cuando sonríe con sinceridad.

—¿Eso quiere decir que podré pedir derechos de autor en tu novela? —pregunta, alzando una ceja sensualmente.

—Bueno... si contribuyes lo suficiente...

Mis dedos empiezan a caminar sobre el sofá, como si de dos piernas se tratase, y terminan sobre su muslo. Zack no se mueve ni un milímetro y, cuando levanto mi mirada buscando la suya, me encuentro con sus ojos azul zafiro clavados en mí. Expectante, así es como está. Yo no aparto la mirada, le reto con la mía, mis dedos se pasean a lo largo de su torneado muslo, suben por su cadera y corretean por su torso hasta que llegan a su pecho.

—¿Quieres que... leamos? —me pregunta, conteniendo el aliento. Su voz sigue siendo cálida, pero sus ojos se han vuelto fríos como el acero.

—Quiero que leamos —respondo en un susurro.

—¿Has... pensado en algo en particular? —pregunta con voz grave.

Yo me acerco a él un poco más, lo suficiente para apoyar parte de mi cuerpo sobre el suyo y acercar mis labios a su rostro.

—Me gustaría... me gustaría hacer algo que aún no hemos hecho y que estoy deseando probar.

Zack respira hondo y traga saliva, no estoy segura de si deseoso o preocupado. Pero enseguida me saca de dudas.

—Verás... Helena... yo...

—¿No te apetece la idea? —pregunto con rapidez, sorprendida.

—No es eso. Es que... a ver, sé lo importante que es para ti, pero mi experiencia en torno a... “eso”, es bastante escasa, y muy negativa.

¿Negativa? ¿Cómo puede ser eso?

Me quedo mirándole anonadada, no sé qué puedo decir que no me haga parecer ansiosa.

—Eeeeh, bueno, si quieres empiezo yo, no hace falta que tú lo hagas, pero yo... lo necesito.

—Sé que lo necesitas, me ha quedado muy claro que te encanta hacerlo —me interrumpe con una mueca de preocupación—, pero es que...

—¿Que me encanta hacerlo?

—No disimules, Helena, está clarísimo. Pero a mí...

—¿Te da... vergüenza? Porque a mí...

—¡No! —me interrumpe consternado—. No es por vergüenza, es porque tengo una serie de recuerdos asociados que me hacen sentir muy incómodo.

Él sigue hablando, pero yo no puedo procesar todo lo que me está diciendo. ¿Cómo puede ser? ¡Si hace solo unos días ha estado haciéndolo en público! ¿Cómo puede tener recuerdos asociados a esa situación que le hacen sentir mal y, aún así, continuar haciéndolo?

—Perdona, es que no logro comprenderte —lo interrumpe yo ahora—. ¡Pero si estás muy acostumbrado a hacerlo!

—¿Yo? ¿Qué te hace pensar eso?

—¡Que lo he visto! —exclamo alucinando.

—¿Que me has visto? —responde incrédulo—. Mira, sé que el otro día bromeé sobre el tema, pero ahora creo que te estás pasando...

—A ver, ¿qué es lo que crees que quiero? —pregunto con mi ceño fruncido, empezando a atar cabos y sonriendo internamente.

—Tener... eeeh... practicar sexo oral —suelta, con una mezcla de asombro y vergüenza.

Me quedo mirándole a los ojos durante unos segundos y, de repente, exploto en carcajadas. Zack me mira confundido, su ceño fruncido de una forma adorable que me llena el corazón de un calorcito extraño, pero muy agradable.

—¡Estoy hablando de leer en voz alta! —exclamo, aún muerta de risa.

Puedo ver cómo Zack llega a conclusiones a través de las distintas muecas que esboza según va comprendiendo para, finalmente, abrir sus ojos y su boca desmesuradamente.

—¿Cómo?

—Quiero que leamos en voz alta porque me parece algo muy interesante que me gustaría hacer ... contigo.

—P-pero... ¡oh! Te aseguro que pensaba que...

—Sé que tengo que practicar, sé que en algún momento también tendré que hacerlo en público, pero eres la única persona con la que me apetece hacerlo, Zack.

—¡Oh! Conmigo... —Zack clava su mirada en el suelo y, aunque no puedo ver su rostro por completo, algo me dice que está asimilando lo que acabo de decirle—. Vaya, debo haberte parecido un gilipollas —repite, azorado.

—¡No! —respondo entre risas—. Ha sido de lo más cómico, sobre todo al ver tu cara de no estar comprendiendo nada.

Por fin, Zack sonrío. Aunque, segundos más tarde, su rostro se oscurece de nuevo. Ha salido un tema que quizá no quería tocar tan abiertamente y sabe que ya no hay marcha atrás. Preocupada, intento abordar el asunto sin darle demasiada importancia.

—A ver, caballero. ¿Qué es eso de que no te gusta el sexo oral? —pregunto en tono alegre.

Zack aprieta sus labios y respira hondo.

—Tengo poca experiencia en ese campo y la poca que tengo no es que haya sido muy satisfactoria, ni para mí ni para mi... pareja.

¡Vaya! ¡Para su pareja! ¿Tiene pareja? ¿O es que la ha tenido?

—¿Puedes... ser más concreto, por favor? —termino diciendo, intentando mantener un tono neutro para que él no note lo raro que me resulta todo esto.

Su expresión cambia un poco. Ahora su mirada no es fría, es la mirada de alguien que, por el motivo que sea, se siente vulnerable. Incluso inferior. Finalmente, él respira hondo y, desviando la mirada, empieza.

—Creo que es hora de que sepas algo. Yo tuve una pareja durante varios años. Todo iba bien entre nosotros, me refiero al sexo y demás. No teníamos intención de casarnos, ambos habíamos estudiado Literatura en Cambridge, por lo que nuestro principal punto de conexión eran las letras. Y también eran nuestro interés primordial. Nuestra relación era un poco... atípica, por decirlo de algún modo, éramos como colegas que se acuestan, como admiradores que comparten la pasión por una misma cosa; y el resto... bueno, iba de la mano.

De repente, él queda en silencio. Parece que no sabe cómo seguir.

—Qué pasó... —le ayudo.

—Bueno, eso no es relevante y en realidad no quiero compartirlo —me suelta, cambiando el tono de voz por uno agrio—; la cuestión es que la práctica que a ti tanto te gusta, para mí es... ¿desagradable? —Al ver mi cara de sorpresa, Zack recula— No, no, creo que no es la palabra correcta. Digamos que no me parece necesario mantener sexo oral para tener una relación sexual satisfactoria.

Ha cambiado de opinión, algo ha atravesado su mente y ha conseguido que, fuera lo que fuese lo que había decidido contarme, se haya arrepentido de hacerlo en el último momento. En lugar de indagar por ahí, que creo que sería lo más correcto para intimar aún más, decido centrarme en el tema que él ha escogido resaltar. No creo que esté preparado para adentrarse en esa parte de su vida conmigo. Aún no.

—¿Puede que no estuvieses... cómodo con ella? —dejo caer, para intentar comprender la razón de su desagrado.

Zack aprieta los labios en una mueca de disgusto, pero no se echa atrás.

—Bree fue una pareja perfecta, no todos son como Robert —responde molesto, atacando mi flanco expuesto.

Está bien, me lo he merecido.

—De acuerdo, ella era una mujer maravillosa y el sexo con ella también lo era —respondo, también un poco enfadada—. Entonces... no lo entiendo.

—¡Es que no es necesario que lo entiendas todo! —exclama de repente—. ¿Por qué tienes que presionarme tanto? ¿No ves que no estoy dispuesto a...?

—Espera, espera —le interrumpo—. No digas lo que sea que vayas a decir. No pretendo presionarte, solo comprenderte, ¿de acuerdo?

Él me mira a los ojos con el ceño fruncido y su respiración agitada. Pero decide detenerse como le pido, en lugar de continuar caminando hacia donde ya no habría vuelta atrás.

—Ella no era... la relación no era maravillosa. Yo... prefiero dejar el tema, ya te dije que soy demasiado complicado, incluso para alguien tan cabezota como tú.

—No te haces aún una idea de lo cabezota que puedo llegar a ser —respondo con una sonrisa cálida—, pero también soy muy persuasiva y creo que eso tampoco lo sabes aún.

Zack vuelve a posar sus ojos sobre los míos, su expresión llena de interrogantes, de incomodidad, de incompreensión.

—Helena, no sé por qué diablos estás tan interesada en mí —espeto con una mirada tan sincera que duele.

—No voy a contestarte a esa pregunta ahora mismo. Eso me lo reservo para otro momento, si es que ese momento llega —respondo con una súplica flotando en mi tono de voz.

—No he sido amable contigo, ni tampoco complaciente...

—No, no lo has sido; pero no te preocupes, eso se va a terminar antes de almorzar —respondo sugerente.

He añadido un tono cómico al pronunciar esa frase, mezclándolo con un poco de picardía y con una verdad aplastante, para poder llevarme a Zack definitivamente a mi terreno. Él me mira a los ojos intentando mantener su habitual espíritu beligerante, pero cuando se da cuenta de que estoy decidida a continuar, asiente levemente con la cabeza.

—Está bien —acepta con pesar—. Solo te digo que no te extrañes si esto no funciona.

—Eso no va a pasar, estoy muy segura de ello; pero vamos a hacerlo aún más fácil de lo que ya es.

—¿Más fácil?

—Abre el capítulo catorce de *Un hombre a mi medida*.

Capítulo 20

Placer oral

—Ante todo, quiero que sepas que no voy a hacer nada si tú no lo deseas. Sea lo que sea lo que te ha pasado, intenta olvidarlo y relájate.

—Te dije que te daría total libertad física, así que quiero que sigas, quiero experimentar lo que sea que tengas en mente. Quiero que... sea contigo. Así que adelante, ilústrame.

Quiere que sea conmigo...

¡Aghghghghg!

—Verás —empiezo, intentando no venirme demasiado arriba—, he tenido una experiencia reciente en la que me he dado cuenta de lo estimulante que puede llegar a ser una lectura, y no me refiero solamente a una lectura erótica, también a un párrafo lleno de acción o a un momento de éxtasis dramático.

—¿Una experiencia reciente? —pregunta, obviando el resto de mis palabras.

Yo sonrío, dándome cuenta de que en su mente ha prevalecido esa información por encima de lo que estoy intentando explicarle.

—Sí, eso no viene al caso— respondo misteriosa—. Quiero que te dejes llevar por mi voz, que dejes que te guíe y coloque imágenes en tu mente. Estoy segura de que eso ayudará a... bueno a que todo vaya como la seda. Confía en mí, de esto entiendo un poquitín.

—¿Qué experiencia reciente?

—Shhhh... —susurro, mirándolo a los ojos insinuante, con una sonrisa de complacencia en los labios—. Relájate, eso es lo más importante.

Me levanto del sofá y cojo mi móvil, llevo todo mi trabajo en la nube por seguridad y puedo leer sin necesidad del portátil.

—¿Llevas pudiendo hacer esto todo este tiempo? —inquieta sorprendido, a lo que yo respondo alzando una ceja sugerente—. Eres una manipuladora sin escrúpulos —añade con una media sonrisa.

—No, solo he utilizado los medios que tenía a mi alcance para acercarme a ti. Aunque no te lo creas, y a pesar de que no lo merezcas en absoluto, me atraes desde el momento en que oí hablar de ti.

Zack me mira con la boca abierta mientras empiezo a desabrochar la blusa blanca que he decidido ponerme esta mañana, anticipando el numerito que estoy a punto de ofrecerle.

—¿Desde el momento en que oíste hablar de mí? —responde, cada vez más sorprendido, utilizando mis palabras.

—Eso te lo contaré en otro momento. No es relevante ahora y no quiero que tu enorme ego

engorde aún más con esa historia —respondo descarada. Y aunque al principio Zack frunce el ceño, dispuesto a responder con otra puya, acabo de terminar de desabrochar mi blusa y, para su sorpresa, no llevo sujetador.

Y su expresión es digna de ser retratada.

—Me... encantan tus pechos —susurra, respirando agitadamente, con sus ojos fijos en mis senos.

—Si te portas bien, luego dejaré que me los estrujes, si quieres.

Aunque mi comentario pretendía ser cómico, Zack traga saliva como si se le fuera a derramar por la barbilla.

—Qué... qué tengo que hacer... —jadea encandilado.

—Lo que yo te ordene. Y déjate llevar, es el mejor consejo que puedo darte ahora mismo.

—Lo intentaré.

Desnuda de cintura para arriba, busco el párrafo en el que quiero empezar. Cuando lo localizo, compruebo el ánimo de Zack con una mirada rápida sobre su boca. Sí, está listo.

“Me ha quitado el jersey y sus dedos se quedan en mi pelo, lo acaricia, está tirando de mí y yo dejo que me guíe. Baja mi cabeza para besar mis labios y sus manos vuelven a la cinturilla del pantalón, pero ahora, están desabrochándolo.”.

Otra mirada rápida, esta vez, a su entrepierna. Perfecto, duro como una roca. Me salto algunas frases para ir directa a las que me interesan.

—“Nena... me encantan tus pechos...”.

—Sí, m-me encantan tus pechos... —repite Zack, jadeante.

Yo alzo una ceja y lo miro sensual, sonrío traviesa y continúo.

“Ella gime al escuchar mis palabras, aprieta mi erección y yo gruño su nombre. Perdido en mi solaz, bajo mis labios a su areola y meto uno de sus pechos en mi... boca... mientras que mi mano descubre su otro pecho. Lo acaricio, lo masajeo, ¡ufffff! Me encanta, me encanta chupar... sus pezones...”.

La cadencia que aplico a la lectura es totalmente intencionada. Quiero recrearme en ciertas palabras para aderezar la escena con un extra de sensualidad. Una tercera mirada me cuenta que Zack respira entrecortadamente, que no es capaz de cerrar su boca y que mis pechos lo tienen hechizado.

—Helena... quiero chuparte los pezones...

—Eso ocurrirá el día que permitas que te muerda la boca —respondo agresiva, pero sensualmente. Y Zack gime de deseo.

“Vuelvo a sus labios mientras que ella me baja los bóxers un poco, dejando mi anhelante erección al descubierto. La mira con deseo y, separándose de mi boca, se acerca para besarla.

—Nene, solo un poquito —me dice. ¡Ooooh, Dios! ¡Ahora se la está metiendo entera en la boca!—. Josh, déjame que me la coma, solo un poquito, lo prometo —insiste.

Una sensación muy placentera recorre mi espalda y empiezo a gemir en silencio, abrumado por lo que estoy sintiendo. Ha dicho solo un poquito, pero se está recreando... yo gruño de placer, no puedo evitarlo, me vuelve loco su boca.”.

Zack no puede más. Si no hiciese tanto frío, ahora mismo estaría sudando. Sé que es el momento, ahora tengo que conquistarlo. Me acerco a él, despacio, contoneándome lo mejor que puedo mientras él mantiene su mirada fija en mis pechos. Con cuidado de no ser brusca, me arrodillo frente a él y separo sus piernas. Entonces, él me mira a los ojos con los suyos en llamas, el verde esmeralda que tanto me gusta refulgiendo con fuerza. Desabrocho sus pantalones y me deshago de ellos lentamente, acariciando cada centímetro de sus piernas hasta que consigo hacerlos desaparecer de su cuerpo. Y sus bóxers, detrás.

Por fin puedo verlo, al menos, parcialmente. Sus piernas son tan bonitas como esperaba; no, aún mejores, porque sus gemelos también son fuertes y bien dibujados y eso era algo imposible de averiguar a través de sus elegantes pantalones de vestir, por muy sexis que estos sean. Compruebo si él está avergonzado con una mirada de soslayo, pero descubro encantada que no es así. Decidida, me acerco a su entrepierna y, una vez colocada adecuadamente para llegar allá donde me plazca, me atrevo de nuevo a mirarle directamente.

—Si hay algo que no te gusta, o que no te haga sentir bien, no dudes en decirlo y pararé al instante. —Él asiente, aunque creo que la ansiedad de la que es presa no le permite pensar con claridad. Suavemente, entrelazo su mano con la mía, a lo que él responde con una mirada de extrañeza. Me apresuro a explicarme—. El sexo, el buen sexo, tiene una gran parte de atracción, otra de intimidad y una parte importante de reafirmación. Las manos son nuestras mejores aliadas a la hora de ofrecer seguridad. Deja que te lo muestre mientras te... complazco.

Sin más dilación, introduzco la punta de su erección en mi boca, revoloteo con mi lengua alrededor de su glándula durante unos instantes y la saco, presionándola suavemente entre mis labios.

Y su reacción es...

Ooooooh, Dios...

Al sentirme, Zack aprieta mis dedos con fuerza, contiene el oxígeno en sus pulmones y, cuando me detengo, lo suelta despacio, con un suspiro prácticamente inaudible. Levanto mi cabeza para poder ver su precioso rostro y me encuentro con que él me mira con una profunda sorpresa dibujada en su expresión, con sus labios entreabiertos y su mirada perdida en la mía, totalmente desenfocada. Sonrío y repito el mismo movimiento para asegurarme de que le gusta, para asegurarle que a él también le gusta. Cuando me separo para volver a comprobar su expresión, él ya no me mira. Su cabeza reposa en el respaldo del sofá, sus labios siguen entreabiertos, su respiración agitada, y sus ojos... bueno creo que están cerrados, pero no estoy totalmente segura.

—Toma, coge mi móvil y sigue leyendo en voz alta.

Zack levanta la cabeza despacio, con una expresión de incredulidad que casi me hace reír.

—¡No puedo hacer eso!

—Puedes, y te aseguro que te alegrarás después. Vamos, dime que sí, vamos a jugar a este juego de la mejor forma que se puede hacer.

Zack niega con la cabeza, pero yo coloco el móvil en su mano para dejar la mía libre, ya que es la que utilizo para agarrar su polla y dirigirla dentro de mi cuerpo.

—Oh-oooh... —gruñe con voz grave en cuanto vuelve a sentirme de nuevo, conteniendo el aliento en una exclamación sostenida.

Yo sonrío y envuelvo su erección con mis labios, chupándola con delicadeza, profundizando en ella centímetro a centímetro hasta que tropiezo con mi puño, que empieza a moverse acompasándose con mi cabeza. Durante unos segundos, Zack me deleita con pequeños gemidos de sorpresa, pero cuando levanto mi paladar para profundizar por completo, no puede evitar exclamar una ristra de “¡ohs!” y “¡ahs!” que me encienden como una hoguera. Mi lengua inicia el recorrido de vuelta, acariciando sinuosamente toda su longitud mientras que lo separo de mi boca hasta que llego al corazón de su glándula, donde me esmero en aletear, lanzando oleadas de placer a través de su miembro hasta su cerebro.

—He... lina... —gruñe excitado—, no creí que... no sabía... oooh, esto es...

—Vamos, lee para mí. Enciéndeme como me gusta.

Con los ojos ebrios de complacencia, Zack levanta su cabeza y mi teléfono en un esfuerzo sobrehumano de contención, mientras disfruta de mis caricias a pleno rendimiento, mientras me esmero en recorrerlo por completo con mi boca, terminando cada uno de mis movimientos con un suave roce de mis labios sobre su glándula.

“M-mis gruñidos... han... pasado... a ser ja-deos... de complacencia. Mis rodillas tiemblan...” —oooh, Helena—, “cierro... los ojos y siento cómo mi... orgasmo empieza a crearse en el fondo de mi pelvis, preparándose...” —oh, señor—, “p-preparándose para salir a borbotones.”.

Al pronunciar las últimas palabras, su erección dobla su consistencia, siento su sabor en mi paladar y su punta casi me atraganta. Tengo que retirarme un poco para poder seguir complaciéndole, pero él me agarra del pelo, obligándome a mirarle a los ojos y...

—Dios... no pares...

Sonrío satisfecha y vuelvo a introducirlo despacio en mi boca. Zack jadea descontrolado, veo cómo baja el móvil y vuelve a dejar caer su cabeza sobre el espaldar. Aprieto su mano con la mía, solo para que sepa que estoy aquí, que esto me encanta, que quiero hacerle disfrutar mucho.

—Ooof... Helena... es... demasiado... uuuffff... no puedo...

—Dime que te gusta...

—Mmmmmmm...

—Dímelo —exijo.

Mientras hablo, voy lamiendo su punta alrededor para luego volver a meter toda su virilidad en mi boca. Y Zack gruñe desafortunadamente con cada roce.

—Me... me... oooh... es insuperable... se siente tan... bien... sigue... sigue, por favor...

—Lee la frase siguiente...

Con todo su cuerpo vibrando por el placer que le estoy proporcionando y por el enorme esfuerzo de evitar derramarse en mi boca sin remedio, Zack vuelve a intentarlo.

“Estoy escuchando el sonido de sus succiones —¡joder, Helena!— “sobre mi p-polla, un sonido obsceno que me pone aún más duro...” —Ooooh... oooh, Di-os... Diosssss... sigue... ¡sigue!

Ahora sí, ahora ya no puede más. Empieza a bascular hacia mí, suelta el móvil y se aferra con fuerza a la tapicería del sofá con una mano, la otra apretando la mía como punto de apoyo al que anclarse mientras el resto de su cuerpo se eleva en éxtasis. Redoblo mis esfuerzos para albergarlo

por completo, para no dejar ni un solo milímetro desatendido, para que llegue al cielo sabiendo que no puede existir nada mejor que morir entre mis labios.

—No... no p-puedo... oh, Helena... no... oooh... ¡aaah! Nnno... no pares... Helena, ¡me voy a correr! ¡Aparta... aaah! ¡Aaah! ¡Oooh... Di-ooos!

Aprieto un poco más fuerte, rozo su glándula un poco más duro y, tras contraer todos sus músculos en un pre-orgasmo alargado por mis habilidades y que casi lo deja sin respiración, Zack se desborda dentro de mí, pletórico, entre exclamaciones de puro gozo.

Y mi mente es una auténtica fiesta.

—Yo... yo... —balbucea, intentando decir algo coherente al bajar de su orgasmo.

—¿Te ha... gustado?

—No sabía que... podría ser tan...

Zack jadea con sus ojos cerrados, sus dedos vuelan a mi pelo y me acaricia suavemente mientras recupera su consciencia.

—Tranquilo, disfruta de la sensibilidad a flor de piel, nene.

—No... sabía que podría ser tan... placentero —empieza, un par de minutos más tarde—. Es obsceno, caliente; pero también es suave, muy, muy sexy. Y excitante, y la sensación es... ¡soberbia! No tengo palabras para describirlo como se merece...

—Me alegra oír eso —susurro, feliz.

Nos quedamos así, sintiéndonos durante unos instantes. Incluso aunque la postura no sea la más idónea, acabamos de compartir un momento maravilloso. No sé qué va a pasar a continuación, no me atrevo a pedirle que...

—Helena... —susurra, interrumpiendo mi hilo de pensamiento.

—Dime.

—Quiero hacer lo mismo contigo. Ahora.

Brincando de contento, me deshago de toda mi ropa y me subo a horcajadas en su regazo con una sonrisa indeleble en mis labios. Él me observa embobado durante todo el tiempo y me recibe también con una sonrisa, una cálida y reconfortante que no le había visto hasta ahora.

Y me pongo tonta.

—¿Crees que tu brujita se merece un premio? —pregunto melosa.

—Mi... brujita... mmmm... me gusta esa palabra...

—A mí me gusta mucho... escuchar tu voz.

Mi confesión es completamente natural, un vínculo susurrado al aire que pretendo que él atrape con su corazón. Yo no pienso las cosas que digo, solo las siento, y me encantaría que él sintiera lo mismo que yo al hacerlo. Nos miramos, nuestros rostros a escasos centímetros, sus labios húmedos y tentadores mostrándome ahora una pequeña sonrisa de contento.

—¿Te gusta mi voz? —pregunta con un tono aún más grave del habitual.

—Me vuelve loca —respondo sensual.

—¡Vaya! Así que, además de parecerte guapo, te vuelve loca mi voz...

—Tienes buena memoria...

—Sobre todo, para las cosas que me interesan... —susurra con intención, levantando una ceja. Su rostro se acerca al mío en un acto reflejo de lo que debería ocurrir ahora mismo entre nosotros, eso que no puede pasar pero que está torturándonos de formas inimaginables. Me quedo mirándolo, encandilada por el color imposible de sus ojos, por el roce de su piel sobre la mía, por lo sugerente de su voz, de su cuerpo bajo el mío. Y entonces...

—Me encantaría besarte ahora mismo —suelto en un suspiro.

No lo he podido evitar.

Él no contesta. Continúa mirándome sin mudar su expresión.

—Lo sé. A mí también. Pero no debemos hacerlo.

Asiento y cierro los ojos. Me impulso sobre mis rodillas para terminar con el momento tan incómodo que yo solita he creado, aterrada de repente ante la idea de haber roto el hechizo en el que ambos estábamos flotando; pero Zack aprovecha para agarrarme por la cintura y tumbarme sobre el sofá, tomándome totalmente por sorpresa. Entonces, él se levanta y, para mi absoluto regocijo, se quita la camisa sin apartar su mirada de la mía, quedándose completamente desnudo frente a mí. Recorro todo su cuerpo a placer y él me lo permite, sonriendo tímidamente.

—Déjame ver ese pedazo de culo con el que sujetas los pantalones —espeto con mi voz cargada de lujuria, pero sonriendo con picardía.

Zack se ríe y se da media vuelta en primer lugar, dejándome disfrutar de la deliciosa imagen que me ofrecen sus glúteos de perfil, para luego seguir girando despacio sobre sí mismo hasta volver a su posición inicial.

—¿Da su aprobación mi brujita?

—Estás para mojar pan, nene.

Zack sonríe de medio lado y, sin previo aviso, se lanza sobre mi cuerpo y se hunde en mi cuello para lamerlo despacio. Por fin, ambos sentimos la piel del otro en todas partes, es muy íntimo y excitante. Sin embargo, a mí me provoca una sensación más profunda de lo que esperaba. Me temo que, aunque no lo quiera reconocer, estoy empezando a sentir cosas por Zack que no tengo bajo control.

—Mmmm... así que nene... ¿vas a... llamarme nene, brujita? —gruñe sensual mientras desciende hacia el centro de mi canal, lugar donde sus gruñidos tornan en respiración forzada, abrumado por la cercanía de mis pechos a su boca.

—No... no lo sé. Nene me gusta, pero si haces magia conmigo, podría llamarte hechicero...

—Ummmm...

Zack baja por mi esternón, no parece que tenga interés en detenerse mucho, y sigue hasta llegar a mi monte de Venus. Una vez allí, se coloca de una forma extraña, me mira a los ojos y, cuando menos lo espero, su lengua está acariciando mi clítoris, suave pero insistentemente.

—¡Ah! Oooh... nene...

Continúa mirándome y yo no puedo apartar mi vista de sus ojos. Su lengua cubre mi sexo por completo y la punta encuentra mi centro en un santiamén. Al escucharme exclamar de gozo, Zack empieza a golpetear justo sobre mi capuchón, sin prisa, pero con una firmeza tan deliciosa que me hace escalar varios tramos en segundos.

—Sé que deseas mis labios, que bese los tuyos. Yo... también lo deseo... imagina que lo que

te hago aquí, te lo estoy haciendo en la boca...

Gimo de anticipación. Complacido, Zack se separa un poco de mi pelvis para poder atrapar mi pequeño capullo entre sus labios y empieza a besármelo suavemente.

—Zack... ¡Zack! Ooooh, sí... sííí...

—Voy a hacer que te mueras de gusto, brujita...

Zack gira su cabeza, loco por llevarme al cenit, coloca sus labios de forma que todo mi clítoris quede dentro de su boca. Siento su roce alrededor y la necesidad de que empiece a succionar inmediatamente me hace suplicar.

—Dios... nene, vamos... vamos... cógelo, obra tu magia...

Siento cómo sus labios esbozan una sonrisa de autocomplacencia y, sin más tregua, Zack se cierne en torno a mi centro, succionándolo suavemente al principio, con brío y un deseo incontrolable cuando me escucha derretirme de placer.

—Oooh... oooh... sssí, nene... así te... voy a durar... un... seg... ¡oooh, Zack!

Zack acaba de incorporar su lengua a la ecuación, empieza a golpear mi centro rítmicamente. Sus labios tironean de mi clítoris de un lado a otro mientras lo succionan con ganas... y yo estoy contemplando cómo el cielo se abre para recibirme...

—Es... perfecto... per... fec... ¡oooh! ¡No pares! ¡Ya no pares! ¡Zack!

La poca cordura que aún me queda es la que me lleva al orgasmo más delicioso, entre gritos de placer. Mis manos se aferran a su cabello para que no se marche, para que mantenga el ritmo hasta el final, guiándole mientras todo ocurre. Zack no me decepciona, acompaña cada ola de dicha con su lengua insistente, con sus labios gruesos y suaves...

—Dios... eso es lo que eres. No un hechicero... un dios... —susurro encendida, cuando soy capaz de volver a respirar con normalidad.

—No. Me gusta que me llames nene. Me ha gustado escucharlo de tus labios mientras te derretías de gusto.

Casi de vuelta en la tierra, bajo mi mirada, segura de que voy a encontrarme con la suya burlona clavada en mi rostro. Pero nada más lejos de lo que descubro: Zack me mira con una dulzura en sus ojos que abruma. Mi corazón palpita fuerte al verlo, siento ese calorcito que reconozco perfectamente y que no tiene nada que ver con el sexo, ese que me confirma que esto se me ha ido de las manos; entonces me pregunto qué es lo que quiere Zack de mí, por qué me mira de esta forma si no siente nada más que una simple atracción, por qué no me permite besarle...

—Me gusta. Nene... sí, me gusta mucho.

—Perfecto, pues ya tenemos nombre los dos. Ahora prepárate. No he terminado contigo, brujita...

Veinte minutos más tarde, Zack culmina en mi cuerpo, su piel perlada de una fina capa de sudor, su boca en mi frente, en mi nariz, en mis hombros y junto a mis pezones, los cuales aún no se ha atrevido a tocar. Mi orgasmo llegó hace un par de minutos mientras Zack me embestía sin piedad, totalmente poseído por la pasión más visceral e impúdica, y ahora es él quien desata su orgasmo entre mis muslos.

—Así que te gusta mi voz... —vuelve a decir, entre jadeos.

—Me gusta mucho.

—Entonces por eso te gusta que te hable mientras me das placer....

Me quedo mirándolo a los ojos, de nuevo sorprendida. Entonces me doy cuenta de que es cierto, de que él no conoce los entresijos del sexo. Y, probablemente, tampoco los del amor. Muevo mi cabeza de lado a lado provocando una mirada de extrañeza en sus ojos.

—El sexo oral no se refiere exclusivamente a lo que tú crees. La voz del compañero es un vehículo muy especial a la hora de crear excitación, necesidad y deseo. Pero también a la hora de hacer sentir cómoda a la pareja. ¿No era eso lo que querías aprender? —pregunto con una sonrisa.

—Hmmm... entiendo. Sí, era eso, exactamente. Creo que la clase ha sido muy esclarecedora.

—¿La clase? ¿Esto ha sido una clase? —pregunto. No deja de sorprenderme, incluso aunque ya empiezo a conocer sus mecanismos.

—En parte sí. Esto que tenemos es una especie de *quid pro quo*, por llamarlo de alguna manera. Ambos salimos beneficiados. Tú mejoras tu estilo y yo...

—Tú aprendes a... comportarte —completo sonriendo.

—Algo así.

Zack se deja caer sobre mi cuerpo, con cuidado de no aplastarme, mientras recupera sus fuerzas. Sentirle sobre mí es absolutamente delicioso. Su piel es cálida y suave, su respiración se va acompasando mientras respira mi aroma en la base del cuello. Mis dedos vuelan a su espalda y, sin darme cuenta, empiezo a acariciarlo, abandonada a los efluvios del momento.

—Y hablando de eso, creo que ya estamos preparados para seguir corrigiendo —susurra junto a mi oído, minutos más tarde.

—Coincido. Al menos, hasta dentro de un par de horas...

Capítulo 21

Primeros exámenes

—He elegido un tema libre para el examen del lunes —comento distraídamente mientras corrijo la última tanda de trabajos. Lindsey, recostada sobre dos grandes cojines que ha traído de su dormitorio, levanta su mirada de sus exámenes de francés y me mira levantando una ceja.

—¿Un tema libre? Como... ¿lo apretable que es el culo de Zack?

Le devuelvo la mirada insinuante y ambas nos echamos a reír con complicidad.

—Creo que no debería haberte dado tantos detalles sobre su pedazo de culo...

—Bueno, ¡si solo fuese sobre su culo! Helena, has conseguido que me imagine cada centímetro de su piel a lo largo de estas semanas, cosa que me resulta de lo más satisfactorio.

—Lo sé, sé que estoy un poquitín obsesionada.

—Un *muchitín*, cariño. Si Zack fuese un pastel de chocolate, te habrías empachado.

Noto un deje de irritación en su voz y me pongo seria. Ella, al notar que la estoy mirando, deja de reír y me mira expectante.

—Lindsey, ¿te... molesta que te cuente cosas de Zack?

—¿A mí? ¿Por qué habría de molestarme?

—Pues, no sé, quizá deberíamos aclarar ciertas cosas...

—¿Ciertas cosas como cuáles? Espero que no creas que tengo celos de que te vayas a la cama con el profe más *sexy* de la universidad, porque no es así.

—No. Pero... bueno, nosotras... ya sabes...

Estoy mareando la perdiz porque no me atrevo a decir en voz alta lo que deberíamos haber hablado abiertamente hace ya tiempo. Lo que pasó aquella noche no ha vuelto a repetirse, pero no estoy segura de si estamos bien del todo. Y puede que ella tampoco.

—Helena, ya te lo dije la primera noche. Me siento cómoda contigo, me gusta experimentar. No eres la primera chica con la que tengo un encuentro apasionado, pero no hay... nada más allá.

—Yo no había estado con una chica antes, Linds, pero no me gustaría que esto afectase a nuestra amistad, ni tampoco que lo que está pasando con Zack nos aleje.

Lindsey se levanta de su cómodo e improvisado espacio de trabajo y se sienta junto a mí.

—Escucha, quiero que tengas muy clara una cosa: me atrae tu forma de ser, pienso que eres preciosa y me gusta estar contigo. Pero no hay nada... romántico en eso. Para mí, y creo que también para ti, el encontrarnos ha sido una bendición, un oasis de calor en medio de este clima inhóspito en el que nos movemos. Me siento a gusto, hemos conectado y el sexo es simplemente una forma más de expresar afecto por otra persona.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso —añado, asintiendo.

—En cuanto a Zack, te aseguro que tampoco tengo ningún interés romántico en él, para mí es demasiado, no podría lidiar con un ego como el suyo. ¿Que si lo metería en mi cama? Sin duda alguna. Zack está buenísimo, recuerda que fui yo quien llamó tu atención sobre él. Pero no me gustaría estar en tu lugar, Helena, no estoy dispuesta a complicarme tanto la vida.

Frunzo levemente el ceño ante su comentario, pero sí, tiene razón. Zack es complicado, eso es indudable, y probablemente me produzca más de un quebradero de cabeza.

—Entonces, ¿no eres homosexual? —pregunto abiertamente, intentando sacar de mi cabeza los posibles problemas que mi relación con Zack me puede acarrear.

—Yo soy bisexual. O pansexual, o como prefieras llamarlo. Odio las etiquetas, lo sabes, pero entiendo que las personas necesiten aclaraciones sobre cosas que no entienden en esta época tan caótica que nos ha tocado vivir. A mí me gusta disfrutar, no me pongo límites porque no estoy atada a nadie. Ya llegará el día en que tenga que dar explicaciones a una persona, al menos eso espero. Pero sé que ese día está aún muy lejos, Helena, soy muy joven todavía y tengo muchas experiencias pendientes que vivir.

Sonrío ampliamente al escuchar a mi amiga, sobre todo porque ahora sé que no hay rencores, que puedo seguir comportándome como soy con ella.

—Yo tengo también curiosidad por ciertos aspectos... algo fuera de lo común, por decirlo de alguna manera. Pero no me planteo situaciones, solo me dejo llevar.

—Y por eso estás disfrutando de ese pedazo de culo del que no puedes parar de hablar.

Sus palabras consiguen que me sonroje. Una sonrisa enorme asoma a mi rostro, ella la copia al instante y empezamos a soltar grititos como dos adolescentes.

—Es que... ¡ufff! Verás, jamás pensé que podría llegar a nada con él. Es tan inaccesible, tan peculiar...

—¿No te has planteado qué fantasías podrías cumplir con él? Me refiero, siendo una persona tan poco ortodoxa como él es, quizá podríais adentraros en un mundo de placeres exóticos e inconfesables...

—No te voy a decir que no me lo he planteado, porque te estaría mintiendo.

De repente, ella se yergue un poco sobre el colchón y me mira a los ojos con expresión seria.

—¿Y no te has planteado no enamorarte de él?

Si me había sonrojado, ahora debo parecer una amapola.

—No voy a enamorarme de él —respondo con voz temblorosa.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. ¿Cómo iba a enamorarme de un hombre tan inestable?

—Mmmm... Zack no es inestable, más bien, todo lo contrario —espeta Lindsey, alzando una ceja a la vez que frunce la otra, con expresión de extrañeza.

—Bueno, quizá no sea ese el mejor adjetivo. Zack es misterioso, prepotente, tiene muchas taritas cuyo origen no me permitirá averiguar nunca; además, me pidió específicamente que no lo hiciese.

—¿Te pidió que no te enamores de él? —pregunta, sorprendida.

—Verás, Zack quiso poner límites a nuestra relación desde el principio y uno de ellos fue que no me... enamorase de él.

—Y lo primero que has hecho tú es contradecirle, para no perder la costumbre.

—¡No! —exclamo indignada—. Solo estoy disfrutando del sexo con él, aunque me pone de los nervios el hecho de no poder besarle...

—¿También te prohibió que le besaras?

Con la boca abierta por la interrupción, me quedo mirándola un poco asustada. Cierro la boca, bajo la cabeza y asiento levemente.

—Sí. Ese fue el primer límite que impuso.

Lindsey respira hondo y suelta un resoplido de frustración.

—Cariño, creo que Zack ya se ha dado cuenta de que ha llegado a tu corazón. Por eso ha establecido límites contigo.

—No, creo que no es esa la razón.

—Entonces, ¿cuál es?

—Verás, creo que él se ha negado a sentir. No me preguntes por qué, no podría argumentártelo, pero la sensación que me transmite cuando estamos juntos y a solas, bueno, mejor dicho, cuando estamos a solas y tenemos sexo, es que él se relaja en esos momentos, que cambia, que se convierte en algo más que ese Zack relamido y estirado que conocemos.

—Hombre, eso es bastante común. Casi todas las personas se relajan cuando tienen sexo, Helena, creo que tú deberías saberlo mejor que nadie, dada la profundidad con la que te adentras en la psicología de tus personajes.

—Sí, pero no es solo eso. Es algo más allá de la satisfacción física, más allá del bienestar producido por las endorfinas que se liberan durante el acto; hay un Zack apasionado, sensual y visceral bajo todas esas capas de rectitud e inteligencia. Pero también hay un Zack cálido y amable que es incapaz de mostrarse en cualquier otra situación.

—Y tú quieres liberarlo para que él se convierta en el hombre que a ti te gustaría.

—No —respondo con presteza—. A mí me gusta Zack tal y como es; solo quiero que sea capaz de abrirse para sentir, que no se cierre puertas ni se imponga límites. No pretendo ser yo la mujer que ocupe su corazón, solo la que le muestre el camino para entregárselo a la persona que él elija. Y sobre todo, para que sea capaz de albergar en él algo más que amor por las letras.

Lindsey me mira con ojos soñadores y esboza una preciosa sonrisa. Me ha escuchado, ha estado valorando mis palabras y ahora ha llegado a una conclusión.

—Helena, a ti te gusta mucho Zack, ya te lo dije. Si tienes tan claro que no debes enamorarte de él, deberías volver a valorar vuestras interacciones porque creo que, si no estás enamorada ya, estás a punto de caramelo.

—¿Por qué insistes en eso? —pregunto, en un último intento de disimular lo evidente.

—Porque tú no ves cómo te brillan los ojos cuando hablas de él. Pero yo sí.

Arrugo la frente y respiro profundamente.

—No puedo permitirme enamorarme de nadie más, Linds, no creo que pudiese soportar otro desengaño. Además, Zack comparte muchos rasgos de personalidad con Robert, no digo que

sean iguales, ni mucho menos, pero no quiero volver a involucrarme con una mente tan retorcida. No quiero tener que volver a dejarlo todo por un hombre, no quiero tener que volver a huir...

—Helena, no te he preguntado porque no me he atrevido, pero creo que ahora tenemos la confianza suficiente. ¿Te apetece contarme qué fue lo que pasó con Robert?

Aprieto mis labios, insegura. No sé si quiero hablar de esto con ella, es más, no sé si quiero hablar de Robert con nadie. Ella me coge de la mano y me acaricia el dorso para reconfortarme.

—Me cuesta mucho, Linds.

—Puede que soltar lo que llevas dentro te ayude a sentirte un poco mejor. Estoy aquí, Helena, no voy a juzgar ni a condenar a nadie. Solo voy a escucharte atentamente e intentaré darte un enfoque totalmente externo a lo que has vivido. O si lo prefieres, me limitaré a abrazarte mientras me desvelas cuál es la auténtica razón que se esconde bajo la terrible decisión que te llevó a huir de todo lo que conoces para refugiarte en un sitio tan diferente a lo que amas.

La miro a los ojos y asiento finalmente.

—Lo del abrazo me vendría de perlas.

Ella sonríe y da unos golpecitos en el colchón, indicándome que me siente junto a ella para poder ponerme cómoda. Obedezco. Ella se apoya contra la pared y yo descanso mi cabeza en su regazo. Me quedo mirando al techo y, mientras siento cómo ella acaricia mi pelo con suavidad, dejo que mis recuerdos me asalten una vez más.

—Conocí a Robert en Cambridge. Era apuesto, inteligente y divertido. Me dejó deslumbrada en el momento en que lo escuché exponer un trabajo en clase de literatura contemporánea. Escribía de una forma que me dejaba sin aliento, enlazaba ideas, que para cualquier otra persona resultarían dispares, con una facilidad pasmosa. Era brillante.

—Vale, ya veo en qué se parece a Zack, aunque lo de divertido no concuerda con él en absoluto —comenta Lindsey con una sonrisa, para ayudarme a continuar.

—Pasamos los dos últimos años de carrera juntos. Trabajábamos en la misma línea y nos entendíamos, nos completábamos las frases al hablar y sabíamos lo que el otro pensaba solo con una mirada. Respecto a la relación física, todo iba sobre ruedas. Robert era muy clásico en sus gustos, pero era muy buen amante.

—¿Era amable contigo? —inquire, muy interesada.

—Mmmm... no, yo no diría amable. Me trataba bien, pero no era el típico hombre complaciente. Robert se tenía en muy alta estima, necesitaba admiración, así que descuidaba otros aspectos la mayoría de las veces.

—Otro rasgo común con el señor Knightley —apunta Lindsey, un poco preocupada.

—Sí, ya te he dicho que tengo fijación. Pero, precisamente por eso, por considerarme digna de su atención, me hacía sentir especial.

—Eso no está mal mientras que seas capaz de valorarte por el resto de tus logros.

—Se ve que ese es otro de mis fallos. La cuestión es que, cuando terminamos los estudios, empecé a escribir. Al principio solo eran relatos, novelas cortas sin pretensiones. Él estaba entusiasmado con la idea de que ambos pudiésemos convertirnos en escritores de éxito, mudarnos a la playa y vivir solo con lo necesario, solos él y yo, un poco aislados del resto del mundo.

—Suena bien, siempre y cuando ambos estuvierais de acuerdo.

Yo la miro a los ojos y me encojo de hombros. No sé si estaba de acuerdo o no. Solo me dejé llevar.

—Los problemas empezaron cuando él empezó a escribir, pero no obtuvo el reconocimiento que esperaba. Él tenía que trabajar para poder mantenerse, su familia no es adinerada, así que nunca encontraba tiempo para poder concentrarse y desarrollar un tema con la profundidad necesaria para marcar la diferencia. Después de muchos reveses e intentos frustrados, ambos decidimos que lo mejor sería irnos a vivir juntos, así él podría dejar su trabajo.

—¿Perdón?

—Yo... —continúo, mirando a Lindsey con cautela—, verás, mi familia tiene dinero y posición, mis padres abrieron una cuenta para mí al nacer y la cifra que había en ella era suficiente para poder vivir juntos sin que Robert tuviese que trabajar, para que pudiese dedicarse exclusivamente a escribir. Así que, hace poco más de un año, alquilamos una preciosa casita en Kingsand, nos mudamos allí y Robert se dedicó en cuerpo y alma a su libro.

—Oh, Helena, creo que ese fue un gran error.

—Yo creía en él, sabía lo bueno que era y la gran capacidad que tenía a la hora de narrar una historia. Así que lo aposté todo a una carta y me lié la manta a la cabeza. Al principio todo fue maravilloso. Todo. Él se sentía pletórico, me dedicaba muchísimo tiempo, se deshacía en halagos conmigo y no paraba de tener detalles preciosos. El sexo... buah, el sexo despegó como un cohete. El hecho de tener nuestro nidito de amor solo para nosotros, de poder hacerlo cuando nos venía en gana, fue un plus que supimos aprovechar a tope. Pero entonces...

—¿Entonces...?

—Empecé a publicar mis escritos en internet, a moverme en los círculos de escritores noveles, a conocer a muchísima gente y a asistir a eventos literarios. Necesitaba contrastar opiniones, conocer experiencias y testear el mercado antes de lanzarme a publicar.

—Pero, con tu buena salud financiera, podrías haber publicado por tu cuenta...

—Mis padres no estuvieron de acuerdo en que me expusiera tanto, así que nunca me apoyaron. No les gustó que escribiese erótica, no les importaba que escribiese sobre cualquier otra cosa, pero no sobre sexo. No me atreví a publicar sin conocer los entresijos del mundillo y, aunque estaba bien económicamente, no quise desprenderme de una parte solo para probar. Así que tuve que elegir entre invertir mi dinero en mi sueño o hacerlo en el sueño de ambos.

—Pero ese no era vuestro sueño, era el suyo.

—Exacto. Pero en aquel momento, yo no lo veía así.

—Entiendo.

—Robert se volvió cada vez más y más celoso. No quería que saliese de casa, no quería que quedase con nadie y, por supuesto, empezó a hacerme de menos. Si hasta entonces él había apoyado todas y cada una de mis historias, incluso participando en la trama en algunas ocasiones, a partir de ese momento decidió cambiar de opinión sobre mi valía. Me arrancó la seguridad que tenía en mí misma al retirarme su apoyo incondicional y empecé a perder mi espontaneidad en la narración, que es mi rasgo más original y valioso.

—Doy fe —apunta con un movimiento de cabeza.

—Desesperada por la poca calidad de mis escritos, a veces me dejaba guiar por sus consejos, pero el resultado era aún peor. Así que nuestra relación se fue enrareciendo día tras día, hasta que llegamos al punto de desconfiar el uno del otro.

—Dios, Helena. Debe haber sido muy duro.

—Lo fue. A partir de entonces, él empezó a comportarse de manera extraña. Ponía excusas absurdas para estropear mis salidas y vigilaba cada uno de mis movimientos. Incluso llegó a *hackearme* el correo, buscando una infidelidad que, por mi forma de ser, sabía que jamás existiría.

—Entonces, decidiste dejarle...

Hay algo más, algo que fue lo que provocó mi huida y también el deseo irracional de abandonar el sur y refugiarme en el norte, como si fuese un personaje de Juego de Tronos. Pero no creo que sea necesario que Lindsey lo sepa.

—Digamos que me puso en una tesitura complicada. No vi otra solución, me ahogaba en casa. Así que solicité este puesto y me vine aquí, huyendo del amor que me ha tenido enredada en la miseria durante los últimos meses.

O años.

—Y llegas aquí y conoces a Zack —concluye Lindsey, con cara de circunstancias.

—Exacto.

—Si lo llego a saber, jamás te habría dicho nada.

—Tú no tienes la culpa de que me sienta atraída por un determinado tipo de tíos, Linds.

—¡Joder! ¡Pero es que parece que te persiguen!

—Por eso te he dicho que no puedo permitirme enamorarme de él. No pienso volver a sufrir el desdén de una persona narcisista y egocéntrica. Eso me destruiría por completo.

Lindsey sigue acariciando mechones de mi pelo aleatoriamente, ahora con su mirada perdida en la pared.

—Debes erradicar tus sentimientos hacia Zack, Helena. No lo conozco lo suficiente, pero creo que, efectivamente, él es también narcisista y egocéntrico. Y también creo que, como dijimos, si a su edad está soltero, no debemos presuponer que es porque no ha encontrado a la mujer ideal; más bien es posible que sea porque la jodió, porque no fue capaz de establecer los lazos necesarios para que su relación funcionase.

—Sé que tuvo una pareja y sé que no quiere hablar de ello —confieso en voz baja.

Lindsey me mira de nuevo a los ojos muy sorprendida, sopesa mis palabras un instante y se acerca a mi rostro para depositar un suave beso sobre mi frente.

—Entonces, huye también de él, Helena.

—No puedo —susurro, aceptando por fin la realidad.

Lindsey me mira a los ojos con tristeza y, finalmente, asiente.

—¿Y qué es lo que piensas hacer? ¿Crees que serás capaz de conseguir que te abra su corazón?

—No lo sé. Solo sé que hay algo dentro de mí que me grita que merece la pena intentarlo, que no lo dé por perdido, que esta vez no estoy equivocada.

—No estabas equivocada con Robert. Simplemente, él cambió.

—Puede. Sin embargo, mi corazón me dice algo distinto.

—Es muy arriesgado, cariño. Dejarse llevar por el corazón en este tipo de decisiones no suele ser una buena idea.

—Sí, pero... ¿conoces alguna historia de amor que no se haya iniciado según los dictados del corazón de los amantes? Porque yo no, Linds.

—Creo que estás demasiado influenciada por tus novelas —responde con una media sonrisa.

—Es posible. Intentaré averiguar si Zack está dispuesto a avanzar, a sentir. Pero si descubro que es una empresa imposible, me retiraré a tiempo.

—Puede que ya sea tarde para eso, Helena.

Desvío mi mirada hacia el exterior, más allá de la ventana que nos aporta la poca luz de la que podemos disfrutar aquí durante el día, y respiro hondo de nuevo.

—Espero que no.

Capítulo 22

Una idea brillante

—Esa es la complejidad. Desarrollar la historia dejando pistas para el lector aún sabiendo el final desde el principio —termino de responder a Brett, que me escucha atentamente pero deseando interrumpirme.

—Pero lo habitual es saber cuál es el pasado del personaje para poder entender su desarrollo a lo largo de la historia. ¿Es que está mal hacer una biografía del protagonista al principio de la novela?

—No está mal. A veces es necesario para que el lector comprenda de dónde partimos; pero es mucho más enriquecedor, desde mi punto de vista, que el personaje se vaya desnudando a través de sus palabras y acciones; y aunque tendremos que resumir en algún momento qué es lo que ha vivido anteriormente, cómo ha llegado hasta el presente de la historia, no es necesario hacerlo al principio, ni tampoco de golpe. Pero es difícil, por supuesto.

—Muy interesante —escucho a mi espalda. Una voz femenina que no esperaba se ha sumado a la clase y no me he dado cuenta. Me giro hacia la puerta del aula y veo sorprendida a la rectora Viedman en el umbral, que me mira con interés.

—Buenos días, señorita Viedman —saludo cortésmente.

—¡Oh! Disculpe que interrumpa su clase. Solo quería hablar con usted un instante, si no es inconveniente, pero me he dejado llevar por su arenga sobre el desarrollo de personajes y he de decir que no puedo estar más de acuerdo. Chicos, escuchadla porque tiene toda la razón.

Un murmullo de aprobación se levanta en la clase y me siento muy arropada. La señorita Viedman, con una preciosa sonrisa en los labios, saluda con un ademán a los chicos y, girándose hacia el pasillo, me hace un gesto para que la siga afuera.

—Usted dirá —empiezo al salir, cerrando la puerta del aula tras de mí.

—Verá, señorita Falcon. Es costumbre que a mediados de marzo, para conmemorar la llegada de la primavera, se organicen seminarios sobre diferentes áreas. En esta ocasión, la universidad ha decidido, por intervención del señor Knightley, que uno de estos seminarios sea sobre narrativa actual.

Emocionada al pensar que voy a ser la elegida para impartir ese seminario, empiezo a sonreír.

—¡Qué interesante! —añado con entusiasmo.

—Lo es. Esos encuentros son más distendidos que las clases y los chicos interactúan a otro nivel con sus profesores. La cuestión es que, como su asignatura trata sobre el tema, he pensado que sería ideal que usted se ocupase de dar la bienvenida al profesor Kelly, que será quien se ocupe del proyecto.

Tan rápido como llegó el entusiasmo, siento cómo se desvanece al oír las noticias. Pensé que Zack habría pensado en mí, que pretendía darme un voto de confianza para que mostrase mis habilidades frente al profesorado al elegir el tema, pero está claro que no me considera suficientemente preparada.

Y que, de nuevo, pretende fastidiarme.

—¡Oh! Claro, por supuesto —respondo, intentando que no se aprecie la decepción en mi tono de voz.

—El señor Kelly es un escritor de éxito, trabajo que compagina con seminarios esporádicos en Cambridge, y ha accedido encantado a compartir su sabiduría y sus enseñanzas con nuestros alumnos de manera desinteresada. Como comprenderá, nuestra institución desea que se sienta como en casa durante los días que dure su visita. Contamos con usted, señorita Falcon.

—Descuide, rectora Viedman. Me ocuparé de que el señor Kelly esté cómodo. Y... ¿sería posible que yo participase en el seminario de alguna forma? —pregunto, intentando desesperadamente no perder una oportunidad así.

—¿Qué es lo que tiene en mente, señorita? —me devuelve la pregunta, frunciendo el ceño.

—Pues podría organizar un concurso de relato corto, o algo por el estilo —improviso—; no conozco al señor Kelly pero, si es un reputado escritor, quizá conocer las plumas de nuestros alumnos podría ayudar a más de uno de ellos en un futuro no muy lejano...

Bueno, es cierto que he lanzado una piedra sin haber desarrollado mi idea lo suficiente, sé que no podemos comprometer a un profesor que colabora con la universidad altruistamente a ayudar a publicar a uno de nuestros alumnos, pero es lo primero que se me ha ocurrido. Sin embargo, la señorita Viedman me mira de reojo, creo que valorando la posibilidad que acabo de sugerir y, finalmente, sonrío.

—Señorita Falcon, es un poco precipitado organizar algo así... pero tiene razón en lo que dice. El señor Kelly tiene contactos en el mundo editorial y sería muy interesante que él conociese el potencial de nuestros alumnos, sería una oportunidad única para ellos. Lo que no tengo claro es cómo podríamos...

—Se me ocurre, aunque tendría que desarrollar un poco más la idea, que podríamos pedirles a los chicos que escribieran un pequeño ensayo para que el señor Kelly los leyese antes de empezar el seminario; si considera que el material es lo suficientemente bueno, podríamos intentar convencerle de ser juez en el certamen, que se celebraría después de que él finalizase sus clases. Una vez que los chicos escribiesen su texto para el concurso, y solo si a él le pareciese adecuado, podría utilizar sus recursos para darles promoción.

—¿Quiere decir que mantengamos en secreto esa posibilidad? —pregunta, cada vez más interesada.

—Exacto. Así los alumnos no tendrán mucha presión, ni se sentirán decepcionados si al final el señor Kelly no considera oportuno elegir a ninguno, y el señor Kelly no se sentirá obligado a hacerlo si cree que no hay suficiente talento, aunque estoy segura de que eso no va a ocurrir —asevero, con una sonrisa en los labios.

—¿Tiene a alguien en mente, señorita Falcon? —inquire la rectora con una pequeña sonrisa en los labios.

—En mi clase hay un par de alumnos brillantes, señorita Viedman. Sí, claro que tengo a

algunos en mente.

—Hmmm... no me parece descabellado, pero no estoy muy segura de que funcione.

—Creo que este incentivo ayudaría mucho a que ellos implementen las enseñanzas recibidas y creen un relato de calidad. Podríamos, por ejemplo, ofrecer un premio simbólico, como recordatorio del seminario, uno que les resulte lo suficientemente atractivo como para que se esmeren en el trabajo. Y, llegado el caso, dotar al ganador con la ayuda del señor Kelly.

—La verdad es que, ahora que lo pienso, incluso podría ser el inicio de una colaboración entre la universidad y alguna editorial en concreto. Sí, podría plantearse esa posibilidad.

—¿Imagina que se crease un premio Alnwick de Literatura? ¡Sería fantástico! —me atrevo, llena de ilusión de repente.

La señorita Viedman sonrío ante mi repentina efusión y me llama al orden con un gesto de su mano.

—Bueno, bueno, eso es mucho especular. Voy a informarme a ver hasta qué punto podríamos organizar algo así. Pero lo primero es intentar disuadir al señor Kelly. En eso también me gustaría contar con usted. ¿Puedo llamarla Helena, señorita Falcon?

—Por supuesto, señorita Viedman —respondo, a punto de explotar de orgullo.

—Bien. Necesitaría que desarrollase un poco más su idea y me la presentase por escrito, para poder hacer lo mismo con el comité organizativo de Alnwick.

—Cuenta con ello, señorita.

A mi espalda, unos pasos se aproximan a nosotras parsimoniosamente, pero no me giro para saber quién se acerca, tal es mi entusiasmo con el giro de los acontecimientos.

—¿Qué idea es la que la señorita Falcon tiene que desarrollar? —inquire Zack, provocando que me gire para mirarle.

Me encuentro con su habitual gesto adusto y no puedo evitar fruncir el ceño al recordar que él no me ha considerado lo suficientemente adecuada como para elegirme. Me enfado, incluso aunque ahora su idea me parezca maravillosa. Puede que haya elegido al señor Kelly para fastidiarme, pero esta vez va a ser él quien se fastidie, para variar, cuando sepa que voy a involucrarme igualmente.

—Zack, Helena ha tenido una gran idea acerca del seminario de literatura y se ha comprometido a desarrollarla y a llevarla a cabo personalmente —responde la rectora con un dulce tono de voz.

—No. Nada de eso —responde Zack con rudeza.

Yo frunzo aún más mi ceño y aprieto mis labios, empezando a llenarme de rabia.

—¿Perdón? —pregunta la rectora.

—Helena está inmersa en la corrección de su novela y no tendrá tiempo suficiente para encargarse de nada más, sea cual sea la idea que se le haya podido ocurrir —responde Zack, con soberbia.

—Señor Knightley, soy perfectamente capaz de hacer ambas cosas a la vez —intervengo, intentando reprimir la explosión de ira que amenaza con salir de mi garganta.

Zack me mira a los ojos con una mirada helada, sus iris de un azul celeste que aterraría a

cualquier muerto viviente.

—No me parece apropiado que se distraiga de sus quehaceres, señorita Falcon. Acaba de aterrizar en la universidad y ya desea ocuparla por completo, a juzgar por sus pretensiones —añade Zack, cada vez más insolente—; lo que me falta por escuchar es que quiere quedarse como profesora titular en Alnwick y que se cree una asignatura fija de narrativa actual solo para usted.

—Zack —interrumpe la rectora Viedman—, creo que la señorita Falcon está sobradamente preparada para esto, así que te rogaría que la apoyases al igual que voy a hacer yo. Es su idea y además es una muy buena idea. Démosle la oportunidad de demostrar de lo que es capaz.

Zack levanta su mirada de mis ojos para mirar a la rectora y asiente levemente.

—Está bien. Por supuesto será muy interesante descubrir cómo se desenvuelve nuestra nueva adquisición en estas circunstancias —acuerda, sin abandonar su aire retador.

—Perfecto. Y ahora, si me acompañas a mi despacho, me gustaría hablar contigo sobre un asunto. Helena, espero tu proyecto por escrito mañana por la mañana. Si he de presentarlo al comité de aprobación, el tiempo corre en nuestra contra.

—Descuide, señorita Viedman. Lo tendrá a primera hora en su despacho.

Ella asiente y se gira sobre sus talones en dirección al otro ala del edificio principal. Zack la sigue, pero antes de marcharse, me lanza una mirada de desprecio que me hace bastante daño. Sin embargo, yo mantengo su mirada con otra desafiante hasta que, finalmente, él se marcha en pos de la rectora.

¿Por qué me ha mirado así? ¿Qué es lo que he hecho para merecer su desprecio?

—Quería hacerte un comentario, Zack —empieza Margaret tal y como entramos a su despacho.

—Tú dirás.

—¿Qué es eso de que Helena está corrigiendo su novela?

Hmmm... así que se trata de eso...

—Helena es escritora y yo le estoy ayudando a corregir su novela —respondo con simplicidad.

—Ya, eso me he imaginado. ¿Y puede saberse por qué?

—No te entiendo, Margaret —respondo lentamente. Quiero saber qué es lo que ella pretende averiguar, no pienso decirle nada sobre lo que está ocurriendo entre Helena y yo.

—No eres un hombre dado a hacer favores, mucho menos en lo que respecta al trabajo.

Ella no continúa. Está claro que pretende que a mí se me escape algo. Pero eso no va a pasar. Ambos nos miramos a los ojos, escudriñándonos, pero yo soy mucho mejor jugador de *poker* que ella. Sobre todo, desde que ella puso sus cartas sobre la mesa hace tan solo unos meses.

—No es un favor. Creo que Helena escribe bien y si su novela tiene éxito, mi nombre también sonará en los medios —miento descaradamente.

Margaret se pasea insinuante alrededor de su escritorio, mueve sus preciosas caderas de lado a lado hasta que llega a su silla y se gira hacia mí, apoyándose en el espaldar.

—Entonces, no hay ningún interés subyacente más allá que el propio ego de Zachary Knightley.

—Insisto, Margaret, no sé a qué te refieres.

—Me refiero a las incursiones de la señorita Falcon a tu casa durante los dos últimos fines de semana, Zack. Me refiero a que me da la impresión de que tienes una relación especial con esa chica, que por cierto es demasiado joven para ti, y que estás intentando ocultarla al resto del profesorado porque te da vergüenza que todos se den cuenta de que te estás aprovechando de tu posición superior para acostarte con ella.

Aunque me ha dejado totalmente anonadado, mi rostro no muestra cambio alguno, no puedo permitirme ni un solo signo de debilidad. Y menos, con ella.

—Mi relación con la señorita Falcon es estrictamente profesional. No mantengo una relación sentimental con ella y, aunque ese fuera el caso, no creo que a nadie de la universidad le incumba.

—A mí me incumbe como rectora. No pienso tolerar comportamientos inadecuados bajo mi techo, Zack.

—No tienes nada que temer, Margaret. Yo respeto esta universidad tanto como tú.

Margaret ha ido enfadándose cada vez más, su rostro es un hervidero de sentimientos ahora mismo.

—Solo te digo que, igual que he sido benevolente contigo, puedo dejar de serlo. No estarías tan cómodo si tuvieses que compartir el ala de profesores.

Ella lanza entre dientes su abierta amenaza, mirándome con frialdad.

—Margaret, ya te lo dije hace unos meses, cuando me propusiste... bueno, aquello de lo que hablamos. No soy hombre de sentimientos, no quiero tener una aventura ni tampoco una pareja. No hay nada especial entre la señorita Falcon y yo, nuestra relación es estrictamente profesional; pero quiero que sepas que mi vida privada es exactamente eso: privada. Lo que yo haga o deje de hacer en la vivienda que fuiste tan amable de cederme es asunto mío, siempre y cuando no dañe la imagen de la universidad. Y no me gustaría tener que recordarte que esos comportamientos que puedes llegar a considerar inadecuados son los mismos que pretendías llevar a cabo no hace tanto, también bajo este mismo techo.

Si pensaba que me tenía entre la espada y la pared, creo que acabo de terminar con esa idea. Margaret me mira a los ojos echando chispas, estoy seguro de que si hubiese una llama cerca, ardería por afinidad.

—Márchate. Y ayuda a la señorita Falcon en lugar de ser tan insoportablemente pedante como eres siempre —atina a pronunciar Margaret, presa de la ira.

—Me comportaré con la señorita Falcon como crea que debo comportarme, Margaret —respondo con cautela—, ni más ni menos. Y te rogaría humildemente que dejes de espiarme. Soy feliz aquí, estoy bien como estoy, todos estamos bien en estos términos, ¿no es así, rectora Viedman?

—Márchese, señor Knightley. No quiero seguir hablando sobre este asunto. Y no olvide quién manda aquí —escupe exasperada.

—Lo tengo muy presente, no se preocupe.

Y girándome sobre mis talones, salgo de su despacho.

Sé que estoy jugando con fuego, sé que es ella la que tiene la sartén por el mango. Pero no pienso dejar que se sobrepase conmigo otra vez. Ella cometió un error el semestre pasado y, mientras pueda, impondré mis condiciones. Ya no tengo que jugar a fingir que no sé que he sido el objeto de sus caprichos para conseguir mantener mi puesto, ya no tengo que ser complaciente con ella. Pero tampoco puedo comportarme como si no importase

quién es ella en Alnwick. El papel que he tenido que representar frente a Margaret Viedman ha ido cambiando a lo largo de los años, pero no puedo olvidar que, al igual que puede favorecerme, puede también expulsarme de aquí solo con que se lo proponga.

Lo sé. Por desgracia sé que si llegara la ocasión de tener que enfrentarme a ella, nadie creería a un petulante profesor de literatura, sin familia y sin amistades influyentes que lo apoyen, frente a la rectora Viedman, paradigma de la rectitud y respaldada por años de liderazgo y una red de contactos digna de elogio.

Nadie, incluso aunque haya sido yo la víctima de sus constantes devaneos amorosos.

Capítulo 23

Más luz

—No tengo inconveniente en que utilices la sala de profesores para escribir tu informe, Helena, pero creo que estarías mucho más tranquila en la biblioteca —me dice Caroline, la jefa de estudios, que es además la encargada de asignar aulas y espacios según las franjas horarias—. Aquí suele haber bastante trasiego en ciertos momentos y no sé si podrás concentrarte.

—En la biblioteca tendría que estar callada y eso me cuesta un poco —comento con una sonrisa culpable— y mi dormitorio es demasiado pequeño para llevarme los libros de consulta que necesito.

—Como prefieras. ¿Sobre qué tema trata el informe que tienes que redactar?

Estoy muy intrigada por saber qué pasó entre Caroline y Zack, así que decido darle un voto de confianza para que ella se sienta en deuda conmigo y me cuente más cosas sobre el objeto de mis deseos.

—No es oficial aún, pero voy a intentar formar parte del seminario de Literatura actual que se va a impartir con motivo de la celebración de la llegada de la primavera. No comentes nada, se supone que es un secreto.

—¡Oh! ¡Eso es fantástico! ¿Tú impartirás el seminario?

—No —respondo con un poco de pesar—, el profesor Knightley no me ha considerado como una opción. Vendrá un escritor de éxito a liderar el proyecto, pero voy a intentar formar parte de él por otros medios.

—¿Zack no te ha considerado como una opción? ¿Por qué dices eso?

—Estoy segura de que lo ha hecho aposta para dejar claro que cualquier otro puede hacerlo mejor que yo. ¿Por qué si no habría propuesto a un externo para ello? —respondo, dejándome llevar por mis sentimientos. Pero en seguida me arrepiento. No debería haber mostrado tanto de mí misma delante de Caroline.

—Imagino que habrá pensado en alguien importante para que resulte atractivo para la universidad, Helena. Es lo más lógico. Tienes que ser consciente de que una de las labores de Zack con respecto a esta universidad es la de servir de reclamo para posibles futuros alumnos. Él es un profesor muy reconocido en Gran Bretaña, por eso ostenta la cátedra de la universidad, pero también es un magnífico organizador del tipo de eventos que necesitamos para que Alnwick vuelva a ser una de las universidades más importantes de nuestro país.

—Lo sé —respondo, aún un poco molesta.

—De todas formas, Zack es muy complicado, quizá crees que lo conoces, pero te aseguro que no dejará de sorprenderte nunca —empieza ella después de un silencio prolongado.

—¿A qué te refieres? —pregunto intrigada.

—A que estás dando por sentado que él te ha excluido y quizá no haya sido así.

—Por lo poco que lo conozco y la tirantez de nuestra relación, es lo que me parece más plausible —respondo, aún más molesta al recordar la mirada que me lanzó esta mañana. No comprendo cómo, después de intimar tanto como hemos intimado, aún me trata en público tan despectivamente.

—Tengo entendido que está ayudándote con tu novela... —comenta Caroline con suavidad.

—Así es.

—Pues aprovecha para preguntárselo. Zack es muy claro expresándose, no tendrá problema alguno en darte una explicación.

—Ya, es demasiado claro expresándose, pero solo en lo que respecta al trabajo. Hablar de sí mismo ya es harina de otro costal.

Caroline me mira a los ojos durante unos instantes, imagino que sopesando cuáles serán sus siguientes palabras. Parece que he dado en la diana y he despertado su deseo de hablar de su propia experiencia con Zack.

—Conozco a Zack desde hace siete años y, aunque pueda parecer hosco y maleducado, no recuerdo que jamás haya mentido o disfrazado una opinión cuando se le pregunta directamente. Él tiende a dar por sentado que los demás entendemos su proceso de pensamiento, por eso hay veces que puede resultar críptico, Helena. Pero te aconsejo que, antes de llegar a conclusiones con respecto a su comportamiento, le expongas tus dudas.

Asiento levemente con la cabeza para que ella sepa que seguiré su consejo. Parece que se ha zanjado el asunto porque ella empieza a ordenar carpetas y documentos dejando de prestarme atención, así que me devano los sesos intentando buscar un hilo del que tirar para que ella continúe hablándome de él. Pero como soy una pésima estrategia, al final, pregunto directamente.

—Caroline, ¿tú sabes si Zack estuvo casado antes de llegar aquí? ¿O si tuvo alguna relación seria en algún momento?

Caroline, profundamente sorprendida, levanta la cabeza de sus quehaceres para mirarme a los ojos.

—¿Por qué me preguntas eso a mí?

—Porque acabas de decir que lo conoces desde hace siete años —disimulo lo mejor que puedo— y porque me ha parecido, a raíz de tus palabras, que eres una de las personas que más sabe de él. Verás, mi novela es romántica y veo que a veces él rehúsa profundizar en según qué aspectos de la historia. Me da la sensación de que rechaza por defecto ciertos sentimientos que son fundamentales a la hora de que la narración avance, tildándolos de superfluos o ñoños. No sé si eso puede ser debido a un desengaño amoroso que haya podido tener en el pasado y me ayudaría mucho saberlo para poder atajar algunas de sus opiniones con las que no estoy de acuerdo.

No he mentido, aunque tampoco he dicho toda la verdad. Caroline tuerce la cabeza, frunce el ceño y me mira, aún sorprendida.

—Digamos que le cuesta empatizar con según qué sentimientos, Helena. Pero desconozco esos detalles de su pasado. Solo te diré que coincidí contigo en que él, que adora sobre todas las

cosas ese amor ideal que cuentan los clásicos, rechaza abiertamente la posibilidad de sentirlo... o de que alguien lo sienta por él —termina, dejando caer su mirada.

Me acerco a ella para que sepa que quiero seguir ahondando en el tema, para intentar conseguir que se confíe a mí.

—Tú... eres muy amiga de él, siempre lo defiendes cuando otros lo critican...

—Sé cómo es su corazón, por eso lo defiendo. No es fácil simpatizar con Zack por culpa de sus desmanes, pero te aseguro que es un hombre íntegro y honesto que guarda dentro de sí muchas cosas que está dispuesto a compartir cuando se siente cómodo, cosas que merecen la pena y que lo convierten en una persona muy interesante. Creo que de eso ya debes haberte dado cuenta.

—Desde luego, estar a su lado es muy enriquecedor y motivador. Pero a veces me saca de mis casillas.

Caroline sonrío comprensiva.

—Así es Zack, transparente, incluso un poco infantil en determinadas ocasiones.

—¡Sí! Lo sé, pero aún no he conseguido comprenderlo del todo y eso me exaspera.

—Coméntale tus dudas, es el mejor consejo que puedo darte. Así sabrás exactamente cómo comportarte y no cometerás errores de juicio.

—Eso fue lo que... ¿te pasó a ti? —me atrevo, esperando rechazo por su parte.

Ella deja escapar una risa a través de su nariz y niega con la cabeza.

—Mi error fue creer que el haber conseguido que se abriese conmigo implicaría algo más que una relación de amistad. Pero aprendí la lección muy pronto, precisamente porque fui muy clara con él, y desde entonces nos hemos hecho muy amigos. Te aseguro que vale la pena estar en su vida como colega y como amiga, aunque a ti te apetezca ir más allá.

Me mira a los ojos intensamente. Aunque ella ha desvelado su historia, no está ajena a lo que yo puedo estar sintiendo, incluso aunque intente disimularlo por todos los medios.

—Ya, entiendo.

Entonces, es ella la que se acerca a mí para mirarme a los ojos de cerca.

—Zack es un hombre muy especial, Helena, tanto que no se puede juzgar por los cánones habituales. Disfruta de su compañía, agarra fuerte todas las aportaciones que te haga para mejorar y déjalo marchar después. No te aferres a una idea romántica con él, no está en su naturaleza.

—Yo...

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Por mucho que Ruth diga que tiendo a cotillear, no me gusta desvelar historias que puedan hacer daño a sus participantes. Mucho menos, si Zack es uno de ellos. Le aprecio, mucho, y no quiero que nadie le haga daño. Bastante ha sufrido ya a lo largo de su vida.

Así que él le ha hablado de su pasado. Bien, eso me anima a continuar indagando. Pero esa historia quiero escucharla de los labios de Zack, no de los de Caroline. Lo que no sé es cuánto voy a tardar en conseguir que él tenga la confianza suficiente en mí como para que sea capaz de hablar sobre sus experiencias, esas que le han dejado tan marcado y que ensombrecen su rostro de cuando en cuando. Pero he de lograrlo, es la única forma de saber qué se esconde en ese

corazón de piedra del que sueño con hacerme dueña algún día.

Sí, ya lo he aceptado.

Entro en el despacho a las siete y, aunque Zack me recibe con una sonrisa, mi ceño indica que no se me ha olvidado la mirada que me lanzó esta mañana delante de la rectora.

—Buenas tardes —saludo cortésmente, pero sin cambiar mi expresión ceñuda.

—¿Qué pasa? ¿No estás contenta de haber llamado la atención de la señorita Viedman? —responde con una sonrisa pícaro, entrecerrando los ojos.

—No intentes ser más cínico de lo que eres, es suficiente con que continúes siendo tú mismo. Ya con eso resultas irremediabilmente insoportable.

Zack, que estaba apoyado en su escritorio mientras corregía algunos exámenes, se echa hacia atrás para apoyarse en el respaldo. Ya sé lo que significa eso.

—¿Puedes decirme a qué te refieres exactamente?

—¡A tu falta de consideración! —exploto—. Es evidente que has propuesto al señor Kelly para hacerme de menos. Pero has fallado, ¡ja! He encontrado otra manera de participar, ¡y sin tu ayuda!

Su expresión es de un profundo desconcierto. Zack frunce el ceño intentando comprender las conclusiones a las que he llegado y, cuando lo consigue, mueve la cabeza de un lado a otro.

—No pensé en ti como profesora, evidentemente no tienes la experiencia necesaria para resultar un activo interesante, Helena; pero sí que sugerí el tema pensando en que te alegraría que tu asignatura cobrase más importancia, que no se limitase a una optativa semestral. Ahora veo que me equivoqué.

Sus palabras me dejan totalmente fuera de juego. Me he comportado como una niñaata desagradecida ignorando todo lo que mis compañeras me han dicho sobre Zack.

—Lo... lo siento. Pensaba que querías demostrar una vez más tu superioridad y...

—¿Mi superioridad? Helena, no sé a estas alturas quién es superior a quién, está claro que tu experiencia supera a la mía en ciertos aspectos.

—Puede, pero no en lo tocante al trabajo —respondo, intentando mantener la poca razón que aún puede que me quede.

—Quizá si no hicieses juicios de valor sin preguntarme antes, te habrías ahorrado el enfado en el que seguro te has estado regodeando desde que nos vimos esta mañana.

—Es difícil preguntarte nada cuando me dejas en ridículo delante de la rectora, alegando que no podré llevar a cabo las tareas que se me han asignado —arguyo, volviendo a la carga.

—No me has entendido...

—¿Ah, no? ¡Pues claro! ¡Seguro que no! Es imposible entenderte si me miras de la forma que me miras cuando no estamos a solas. Y cuando estamos a solas, a veces, también —suelto, cada vez más ofuscada.

Zack se tensa, se revuelve en su asiento incómodo y su expresión se llena de rabia.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo te miro? ¿Eh? ¡Porque lo último que recuerdo es mis ojos clavados en tus pechos mientras babeaba de necesidad por metérmelos en la boca!

Me deja sin aliento. No esperaba esta alusión tan descarada, menos en medio de una disputa. Siento cómo me flaquean las piernas y un calor abrasador sube por mi cuerpo hasta mis mejillas.

—No... no me refería a eso.

—Ya, está claro que no. Solo eres capaz de recordar no sé qué mirada que te he lanzado estando delante de otras personas —responde, molesto.

—La... la mirada que me has lanzado esta mañana al marcharte tras la rectora.

Zack respira hondo, aprieta los labios y, con un ardor en sus ojos que arrasa con mi estabilidad, se levanta de un salto y se acerca a mí apresuradamente. Me sujeta fuerte por los hombros y me obliga a mirarlo a los ojos, con sus labios a un centímetro de los míos. Paralizado por la dulce sensación de tenerlo tan cerca, mi cuerpo queda colgando de su agarre lánguidamente, como si yo fuese una muñeca de trapo con la que él pudiera hacer lo que le viniese en gana. Sus dedos me queman, su mirada me consume y yo solo quiero fundirme en un beso tórrido con esos labios tan sensuales que están solo a un movimiento de los míos.

—La mirada que te he lanzado esta mañana era esta misma que te estoy dirigiendo ahora, la mirada de un esclavo frente a su diosa, la mirada de un hombre que se muere por estar a solas contigo cada minuto del día, de alguien que arde de deseo cuando te tiene cerca...

Zack me mira a los ojos, luego mira mis labios y vuelve a mis ojos. Quiere besarme, lo desea tanto como yo.

—Zack...

—No quería que... que ocupases mi tiempo, el tiempo que pasas conmigo, con otra tarea; por eso dije que no estabas preparada —susurra sobre mi boca.

¡Dios! ¡Me voy a evaporar!

—No t-tenías que haberlo dicho delante de la señorita Viedman —farfullo, intentando mantener mi posición con la escasísima cordura que me queda—, he quedado como una inútil delante de ella.

—No era mi intención. Solo quería... Dios, quiero estar todo el tiempo posible contigo...

Zack desliza sus manos a lo largo de mis brazos y, al llegar a mi cintura, me pega aún más a su cuerpo. Mis rodillas ya han desaparecido y mi sexo palpita desbocado. Se me hace la boca agua solo de pensar que, en unos segundos, Zack va a fundirse en un beso conmigo. Él me aprieta fuerte, sube una mano hasta mi mejilla y la sujeta...

—Tú haces que me sea imposible controlarme y eso no me gusta —resuella casi rozando mis labios.

—¿No... te gusta? —inquiero con un hilo de voz.

—Me haces sentir débil, me haces desear olvidarme de todo y lanzarme al abismo contigo...

Zack y yo respiramos a toda velocidad, deseando poner fin a esta tortura, deseando mordernos la boca con todo el deseo que nos posee ahora mismo. Pero no me atrevo a dar el paso, y él, tampoco.

—Zack... —ruego sin palabras, totalmente desesperada por que se atreva por fin.

Él no deja de respirar fuerte, de saltar de mis ojos a mi boca con su mirada...

—Ve a tu cuarto, espérame allí con los ojos vendados, desnuda por completo. Hoy no vamos

a corregir nada, hoy voy a explicarte qué es lo que pasa cuando te portas mal conmigo.

Capítulo 24

Oscuridad

Estoy temblando. Tiemblo de deseo, de impaciencia, de incertidumbre. Llevo varios minutos desnuda sobre mi cama, solo llevo el antifaz que utilizo para dormir y que, en esta tesitura, resulta de lo más adecuado. Es de satén negro, cuando lo compré pensé que era condenadamente *sexy*. Tanto como él, como el hombre que me ha dejado sin aliento al pedirme que lo espere aquí, desnuda y ciega, sintiendo cómo el frío de la habitación se va apoderando de mis huesos y agradeciendo que así sea. De otra manera, mi cuerpo ya se habría calcinado de tanto arder.

Dios... ¡qué hombre! No sé cuántas veces me he imaginado que alguien me hablase así, con esa determinación y ese deseo rasgando su voz. Zack me vuelve loca. Ahora que se ha soltado, ¡es irresistible! Me muero por besarle, por hundirme entre esos labios deliciosos que he sentido recorriendo todo mi cuerpo...

Un golpecito en la puerta. Un clic que indica que se está abriendo. Momentáneamente, me asalta la duda de si es Zack u otra persona y entro en pánico. Pero, rápidamente...

—Soy yo. Voy a encender la luz.

Su voz arrasa con mis dudas, hace que se me ponga la piel de gallina y vuelvo a arder en llamas. Ahora escucho otro clic, esta vez, el de la luz de la lámpara pequeña que tengo encima de la mesita de noche. Mi piel se eriza al pensar que ahora él me estará mirando fijamente, con sus ojos ya coloreados de ese verde imposible que me atonta como si fuese un insecto cegado por un led exterminador. Me encantaría ver su expresión ahora mismo, pero sé que me toca ser obediente. Me he portado mal y merezco un castigo.

—Zack... —susurro temblorosa, incapaz de soportar más incertidumbre.

—Deberías estar prohibida...

Su voz también suena débil y titubeante. Reafirmada, me contoneo suavemente sobre mis sábanas, pretendo excitarle aún más ahora que sé que tengo toda su atención. Quiero que haga conmigo lo que le apetezca, que me bese donde quiera, que me coma lo que quiera, pero que lo haga... ¡ya!

—Tócame... —ruego, presa de la más deliciosa impaciencia.

—Levántate —me ordena, su tono de voz rasgado de nuevo.

Yo obedezco con presteza e intento averiguar si está lo suficientemente cerca alargando mi brazo, buscando su cuerpo; pero no lo encuentro y me siento desprotegida momentáneamente.

—¿Dónde...?

—Quiero que te apoyes en el escritorio, de espaldas a mí.

¡Dios! ¿Qué va a hacer? ¿Va a azotarme?

¡Aghghghgh! ¡Sí!

—Zack...

—Tranquila, no voy a hacerte daño. Solo quiero que sepas lo que ocurre cuando te miro de esa forma que dices que te miro.

Un poco más relajada, me coloco según él me ha pedido. Él se acerca a mi cuerpo, restriega su erección contra mis glúteos, aún oculta dentro de sus pantalones, mientras me agarra de las caderas. Mmmm... la situación no puede ser más sexy, siento cómo me humedezco sin poder remediarlo.

—Juegas conmigo según te place, sabes perfectamente cómo mover los hilos para conseguir que pierda mi autocontrol. Eso es lo que no me gusta; y por eso...

Siento algo duro subiendo por mi muslo, no sé lo que es... parece de piel... es...

¡Es una fusta!

¡Aghghghg!

—Ooooh, Zack... —suelto, loca de deseo.

Él descarga un suave golpe sobre mi trasero desnudo, uno muy sexy que me hace exclamar un “¡ah!” de sorpresa y deleite. Y justo después, vuelve a restregarse contra mí.

—Por eso, a veces te odio —termina, su voz un murmullo seco y entrecortado.

—No. Por eso te gusto —suelto con descaro.

—Dios, sí...

Un segundo golpe sobre mis glúteos, un poco más fuerte, acompañado de un gemido de deseo que sale de la garganta de Zack.

—¡Ah! —exclamo, esta vez más alto.

—Me gusta que me hagas perder el control y también te odio por ello; y no, no me gustas solo por esa razón...

—¿No? ¡Ah!

Un tercer golpe, suave de nuevo. Ahora la fusta vuelve a acariciar mi muslo, se cuela entre mis piernas y golpea suavemente mi sexo. Suave y... repetidamente.

Diosssss... ¡qué morbo!

—No. Me gustas por eso... y por muchas otras cosas... —me susurra al oído, totalmente curvado sobre mi cuerpo.

—¿Cu-cuáles? —Tartamudeo sin poderlo evitar.

—No te las voy a decir. Has sido mala conmigo, así que ahora vas a sufrir.

Escucho con claridad cómo él se desabrocha el pantalón, jadeante, con una urgencia desmedida. En segundos, siento cómo su pene busca torpemente mi entrada mientras Zack gruñe al sentirme húmeda alrededor. Pero cuando la punta de su erección consigue adentrarse en mi cuerpo, Zack me agarra fuerte por las caderas y se introduce hasta el fondo de mi ser con un ímpetu que hace que se me vuelvan los ojos de placer.

—¡Arghgh! —exclama cuando toca fondo dentro de mí.

Escuchándolo gruñir, me mojo todavía más y él empieza un vaivén con su pelvis que me deja

sin resuello.

—Z-zack... oh, Dios...

—No... creas que... vas a correrte. Nnno te... lo... mereces...

—¿Qué? ¿C-cómo que...? ¿Por... qué? —atino a preguntar, lidiando con el disfrute en el que sumo con cada embestida.

—No voy a dejar... que llegues... al orgasmo. Hoy nnno...

Sus movimientos empiezan a tornarse frenéticos y, para empeorar las cosas, Zack desliza sus dedos sobre mi clítoris, esos dedos largos que me tienen obsesionada, y empieza a frotarlo con brío trazando círculos demenciales sobre él.

—Ooooooh... sí... así... oh, Zack, oooh, nene... —baluceo, rota de pura satisfacción.

—No te vas a correr...

Se me cae la baba, literalmente. No dejo de gemir enajenada, Zack está atendiendo cada uno de mis rincones favoritos con una precisión insólita. Mis muslos tiemblan, mis rodillas ya no pueden sostenerme correctamente y un delicioso orgasmo doble empieza a abrirse camino por mi vulva...

—Z-zzzaaackkk...

Entonces, Zack me embiste profundamente tres o cuatro veces y, cuando pienso que voy a explotar de placer, él sale de mi cuerpo abruptamente.

—Oooh... oooooh... —le escucho jadear.

Giro mi cabeza a la vez que me quito el antifaz, aterrada ante la posibilidad de quedarme realmente a las puertas del cielo. La luz invade mis ojos, pero incluso cegada por el brillo, veo cómo Zack se agarra fuerte, empezando a acariciarse a una velocidad desmesurada...

—¡No! ¡No, por favor!

Me da exactamente igual parecer una desesperada, ¡estoy desesperada! Así que, ¿para qué fingir? Me lanzo sobre su cuerpo y ambos caemos sobre la cama, al más puro estilo *pressing catch*. Zack jadea descontrolado y me mira a los ojos con lujuria.

—Eres una desobediente... —gruñe encendido.

—No pienso permitir que me dejes a medias teniendo esto aquí... —respondo, mientras agarro su pene con firmeza—. No en mi guardia, caballero.

Me subo a horcajadas sobre él, sin soltar su pene en ningún momento, y lo introduzco despacio en mi cuerpo. En cuanto vuelve a estar dentro de mí, Zack deja de mirarme, imposible no cerrar los ojos cuando el placer invade su mente. Sus labios se entreabren para mí, gritándome que los bese...

—Sentirte es delicioso... —susurra jadeante.

—Me muero por besarte, Zack... —dejo escapar cuando empiezo a moverme sobre su durísima erección—, me muero por sentir tus labios en los míos...

—Hazlo... bésame... —responde, volviendo a abrir los ojos para mirarme con ese brillo que los enciende con imposibles tonos verdes, ese brillo sobrenatural que me dice que, ahora mismo, él es mío.

No me lo esperaba, para nada. Aturdida por su respuesta y a punto de alcanzar mi orgasmo,

me doblo sobre él, me acerco a su boca mucho, demasiado... pero no le beso. No me atrevo. Sin embargo, la cercanía me resulta extremadamente excitante y no puedo evitar que mis caderas impriman ese ritmo demoníaco que me lleva al paraíso en diez segundos, ese ritmo que estoy descubriendo que también lleva a Zack a la locura más absoluta, mientras gemimos sin medida exhalando nuestro aliento sobre los labios del otro...

—Nene... me... sigue... Dios... ¡Di-oooos!

Zack exhala todo el aire de sus pulmones en un rugido, me agarra fuerte por las caderas e imprime su propio ritmo con su rostro turbado por el placer y, a la vez que mi orgasmo estalla en mi vulva, él empieza a descargar el suyo en mi cuerpo entre balbuceos ininteligibles. Al sentir cómo el líquido caliente se derrama en mi interior, ese segundo orgasmo, aquel que se había quedado a la espera, se desata.

No creo que se pueda sentir más placer que al que mi cuerpo está siendo sometido en... este... preciso... instante...

—Helena... eres... un sueño...

Ambos seguimos moviéndonos, disfrutando de los últimos latigazos de dicha, guiados por un compás no escrito que nos deja totalmente satisfechos.

Y agotados.

—Me vas a volver loca... —confieso entre suspiros, mirando sus labios aún con el mismo deseo que antes de alcanzar el cielo.

—Yo... yo... Helena... no sé qué has hecho conmigo...

Derrotada, me dejo caer sobre su pecho, respiro su aroma, que es más penetrante en su cuello, y cierro los ojos, dejándome acunar por su respiración que se va acompasando con la mía...

Creo que me he dormido. Deben haber pasado unos minutos solamente, porque cuando muevo mi cabeza puedo ver que Zack tiene los ojos abiertos, fijos en el techo, y que sus dedos acarician mi espalda suavemente. Al sentir que me muevo, él gira su cabeza para mirarme a los ojos y compartimos por vez primera esa complicidad que se crea después de hacer el amor.

Incluso aunque no lo hayamos hecho.

—Te has quedado dormida, brujita. ¿Debería tomármelo como un cumplido? —susurra, sonriendo.

—Esta noche no pienso seguir con las puyas, nene. Así que sí, puedes tomártelo como más te guste.

—Bien. Entonces, cumplido. Soy un dios del sexo.

Ambos sonreímos y Zack vuelve a fijar su mirada en el techo. No ha dejado de acariciar mi espalda ni un segundo, como si sus dedos pertenecieran a ese sitio, como si hubiesen encontrado su morada y no desearan abandonarla nunca más. Me entenece, no lo puedo evitar.

—Me gusta estar así contigo —empiezo, dejando que mis sentimientos salgan a la luz—. Cuando siento tu piel, me olvido de lo frío que eres conmigo la mayor parte del tiempo.

—Creo que lo que acabamos de hacer era cualquier cosa menos frío, brujita —apunta con su preciosa voz de barítono, añadiendo un toque de travesura al tono con el que me habla.

—Me refiero en general, tonto. Y lo sabes. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Quizá me esté aventurando demasiado, pero qué se le va a hacer, no lo puedo evitar. Necesito comprobar, reafirmarme, y solo sé hacerlo siendo directa como una bala.

—Sé que has abierto una brecha en la férrea decisión que tomé hace tiempo, pero aún no sé si estoy preparado para ponerle nombre a lo que me ocurre desde que entraste en mi vida, Helena.

—¿Por qué te cuesta tanto... identificar sentimientos? Sé que te encanta sentir a través de las páginas de una novela, sea cual sea su género. Sin embargo...

Zack no se tensa en absoluto, aunque creía que lo haría. Solo aprecio su desconcierto porque sus dedos se detienen momentáneamente, pero no tardan en volver a trazar caminos sobre mi piel.

—Lo que yo siento cuando leo, probablemente no es lo mismo que sientes tú.

—No comprendo.

—Verás, yo soy como un escarpelo. Disecciono el texto buscando su esencia, localizando las palabras que lo convierten en sublime, las expresiones con las que cualquier persona puede sentirse identificado y que mueven a la emoción, y también aquellas otras, las más brillantes, que evocan sentimientos sin pretenderlo; entonces las analizo, busco su origen y saco conclusiones. Y después, voy a por la siguiente.

—Entonces, no las disfrutas —me empecino.

—¡Claro que sí! Pero desde otra óptica distinta a la tuya, Helena. Me centro exclusivamente en la parte formal, identifico cada elemento y lo valoro por lo que es capaz de despertar en la mente de las personas, incluso aunque no despierte nada en mí.

—Quizá seas tú quien no permites que esos elementos te hagan sentir —sugiero, asombrada ante su explicación, pero intentando hacerle partícipe de esa otra óptica que él no comparte.

Zack respira hondo y vuelve a detener la marcha de sus dedos en mi espalda.

—Puede que sí.

—Pero Zack, ¡la literatura es pasional! —exclamo, separándome de su pecho momentáneamente, buscando su mirada—. ¿Cómo puedes disfrutar de ella si no permites que complazca tus sentidos?

Zack gira su cabeza para devolverme la mirada. Ojos azules, cálidos, racionales.

—Para mí, los sentimientos son un defecto, una tara que nubla mi juicio, mi percepción y mis decisiones. Si me dejase llevar por ellos, dejaría de tener el control. Y a mí me gusta tener el control, Helena, sobre todo de mí mismo.

Ahí está, la confirmación de todo lo que pensaba. Zack se contiene, es él quien no se permite sentir y no sé por qué, quizá nunca lo sabré. Él considera que los sentimientos son un error, una deficiencia, una debilidad; por eso es tan frío, por eso se comporta de esa forma tan desapegada con todos.

Pero, entonces, ¿qué es lo que está pasando conmigo?

—¿Por qué accediste entonces a... esto? ¿A esto que tenemos? —inquiero en un susurro, asustada por cuál va a ser su respuesta.

—Ya te lo dije. No dejas de sorprenderme. Me ha sido imposible... mantener el control

contigo.

Aunque no puedo evitar sentir un cosquilleo al escucharle, no me dejo llevar. Soy especial para él por alguna razón, pero eso no quiere decir nada más.

No, Helena. Nada más.

—Bueno, no tienes de qué preocuparte —apunto mordaz—. Lo que tenemos es solo sexo, no hay sentimientos implicados.

Vuelvo a mi lugar sobre su pecho evitando su mirada. Sabe que lo he dicho con segundas intenciones y no quiero ver cómo él confirma mis palabras con su expresión.

Sin embargo...

—El sexo y los sentimientos son las dos caras de la misma moneda, Helena.

—¿Perdón? ¿Qué quieres decir? —suelto, poniéndome tensa de repente.

Zack detiene sus dedos al sentirme, tensándose también.

—Yo suelo separar ambas caras para que sean independientes. Pero lo nuestro no es tan sencillo —arguye, volviendo a acariciarme—. Lo nuestro no es nada sencillo de calificar o describir.

—No, no lo es —convengo.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Yo no paro de darle vueltas a la forma tan extraña que él tiene de enfrentar los sentimientos. Intuyo que hay muchas capas dentro de Zack y que, en lo más hondo, hay algo oscuro, oculto, algo que está muy enraizado en su pecho y que impide que su corazón lata con normalidad. Pero conmigo es... diferente.

—Llegó un momento —empieza con voz grave— en el que el sexo pasó de ser un divertimento a convertirse, a mis ojos, en un ejemplo más de la voracidad humana. Decidí entonces abstenerme de él para... desintoxicarme, por así decirlo. Separé el sexo de los sentimientos más excelsos porque llegué a aborrecerlo y empecé a tratarlo de la misma forma que una lectura: reduciéndolo a sensaciones que producen placer.

De repente, me separo de él abruptamente para mirarle a los ojos, horrorizada al atar cabos y deducir lo evidente.

—¿Te estás acostando conmigo solo para estudiar las sensaciones, buscar su origen y sacar conclusiones? ¿Como si fuese un libro? ¿Para luego pasar a la siguiente...?

—¡No! —exclama abriendo mucho los ojos. Zack me mira confundido, como si estuviera viendo a otra persona—. ¿Ves? ¡Eres tú la que saca conclusiones sin detenerte a pensar!

—¡Eso es lo que has dicho!

Zack se incorpora también, lleno de exasperación, y me mira intensamente.

—¿No lo ves, Helena? ¡Me estoy acostando contigo porque he decidido olvidar mi contención, o mejor dicho, porque tú has decidido que la olvide! Quería evitarlo, lo he intentado desde el principio y lo sabes. Pero tú te has empeñado en hacerme desear vivirlo de nuevo contigo. Me has vencido, has conseguido que deje mis convicciones a un lado, que derribe todos mis muros y que abra las puertas a no sé qué cosa que me está ocurriendo y que es nueva y sorprendente para mí. No sé cómo reaccionar a todo esto, solo me estoy dejando llevar, Helena, y te aseguro que eso hace mucho tiempo que no lo hacía. Puedes sentirte orgullosa.

¿Orgullosa? ¡Me siento cada vez más perdida! Siento que el lugar que ocupó entre sus brazos es un laberinto del que no consigo encontrar el centro, por mucho que me empeñe. Él dice que no quiere sentir. No, dice que no siente nada; sin embargo, también dice que se ha rendido a vivir lo que puedo hacerle sentir sexualmente. Dice que se abstuvo del sexo y que ahora lo equipara al resto de sentimientos, esos que no puede sentir; entonces, ¡sí que le gustaba el sexo! Le gustaba antes, pero no tanto como conmigo, dijo que conmigo era mucho más intenso. Entonces, ¿disfrutaba de él, pero no mucho, hasta que dejó de gustarle? Ha tenido sexo sin amor, ¿no? ¿Es eso a lo que se refiere?

No entiendo nada.

—Entonces, ¿por qué no querías que te besara? —dejo escapar entre mis labios, desesperada por encontrar una verdad sólida a la que aferrarme.

—Esa es una historia muy larga, Helena —alega mientras vuelvo sobre su pecho y sus dedos encuentran de nuevo su lugar en mi espalda.

—Tengo toda la noche —respondo al punto.

—No es algo de lo que me guste hablar —añade, volviendo a rechazar mis avances—. Lo que no entiendo es por qué no me has besado cuando te lo he permitido. Pensaba que lo deseabas tanto o más que yo. Pero no lo has hecho. ¿Puedes decirme por qué?

—¿Para qué? ¿Para que lo anotes en tu libro de disecciones? —respondo con desdén.

—No seas así. Te estoy preguntando porque... necesito saberlo —me dice mirándome con una dulzura que se me clava en el alma.

Algo calentito se despierta en mi corazón, algo tan familiar y tan anhelado que me dan ganas de llorar de emoción.

Dios... estoy perdida.

—No te he besado porque... porque no era el momento.

Entonces, él enreda sus dedos en mi pelo, acerca sus labios a mi boca y me tienta con su aliento.

—¿Y cuándo va a ser el momento? —susurra con una calidez extraordinaria.

—No lo sé —consigo articular, aunque mi corazón corre como un potro desbocado.

—¿Por qué no... ahora? —insiste con esa voz gutural que me pone la piel de gallina.

Lo miro a los ojos y, totalmente encandilada, le abro mi corazón.

—Porque si te besase ahora, acabaría enamorándome de ti.

Mi confesión es una bola de demolición para él. Zack se separa instantáneamente de mi rostro y me mira a los ojos muy serio.

—Sabes que no puedo darte eso, te lo avisé antes de que esto fuera a más —susurra apesadumbrado.

—También me dijiste que no te besara y ahora eres tú quien me lo está pidiendo.

Zack vuelve a mirar al techo, pero ya no está relajado. Puedo sentir claramente cómo su cerebro está elucubrando lo que va a decirme a continuación. Sé que va a rechazarme, así que me aferro a su cuerpo para poder recordar lo que su piel sobre la mía me hace sentir, para atesorarlo en mi mente, para poder ser capaz de recrear en mi memoria este momento cuando ya no pueda

disfrutar de él, el único momento en el que fuimos capaces de sentirnos, de estar cómodos el uno con el otro.

El único y el último, porque acabo de estropearlo todo.

—Está bien. Voy a responder a tu pregunta.

Capítulo 25

Tentativas frustradas

Lo sabía. Sabía que no podía abrirme por completo. Lo ha dicho ella misma, que si me besa, acabará enamorándose de mí. Por eso no quería hacer esto, por eso me he negado a mantener relaciones íntimas durante tanto tiempo, porque estas conducen inexorablemente a sentimientos a los que no puedo corresponder. Ahora voy a hacerle daño, la historia se repite otra vez y, el resultado, es el mismo.

¿Tan difícil es limitarse a disfrutar del momento sin querer ir más allá? ¿Es que todas las mujeres quieren lo mismo? ¿O es por mí? No, no puede ser, soy el hombre más frío que existe sobre la faz de la tierra, no puedo creer que eso las atraiga, en lugar de provocar que deseen salir despavoridas de mi lado. Creí que ella era distinta, que de verdad había encontrado un alma afín a mí, alguien que me comprendía y que estaba dispuesta a experimentar sin más. Pero está claro que me equivocaba. Por eso me empeñé en poner límites, era la única forma de que esto no ocurriera. Y aquí estamos, sin embargo.

Pero lo peor es que yo no quiero que esto acabe, me siento bien, me encanta poder llevar a cabo mis deseos, me encanta cómo ella responde a mis demandas. Sí, es distinta, muy distinta a lo que he conocido... pero al final, quiere lo mismo que quieren todas: amor.

Y yo no puedo dárselo.

Quizá si le explico lo que he vivido, ella sea capaz de comprender. Sí, debo probar, aún no es tarde, no nos hemos besado, es imposible que se haya enamorado. Puede que yo le guste, que sienta atracción, curiosidad; pero no me conoce, aún no, yo no lo he permitido. Puede que esa sea la mejor forma de establecer los límites, contándole por qué tomé la decisión que tomé. Ahora es plenamente consciente de que no estoy dispuesto a ir más allá, pero quizá, si le hablo más claro...

—¿Recuerdas que te dije que había tenido una relación? —empiezo, intentando organizar mis ideas.

—Dijiste que tuviste una novia en la universidad, que ella era buena, pero que la relación no había... funcionado —aporta ella, para enfocar el tema.

—Bree era muy inteligente, de mentalidad abierta, sincera y leal. Nos entendíamos bien, tanto ella como yo estábamos cansados de relaciones frugales, ya sabes, del “aquí te pillo, aquí te mato”. Ambos habíamos experimentado lo suficiente como para saber que eso no era lo que nos gustaba.

—Ya, me lo imagino.

—Estuvimos juntos varios años, compartíamos la misma filosofía de vida: nada de ataduras, solo dedicarnos a lo que tanto amábamos, pero acompañándonos, apoyándonos. Un equipo ideal para afrontar el día a día, un compañero de vida. Pero cuando mi madre cayó enferma, Bree empezó a cambiar. De repente, ya no era la literatura lo que más le interesaba. Me acompañaba a

casa cada fin de semana a visitar a mi madre, juntos ayudábamos a mi padre con los quehaceres diarios y, poco a poco, ella empezó a desear que lo nuestro se formalizase.

—Quería casarse...

—Algo así. Quería un compromiso oficial, quería hijos, una casita donde criarlos y... un hombre enamorado de ella.

Helena levanta la cabeza para mirarme a los ojos. Ella me ha dicho que le encanta ver cómo cambian de color cuando algún sentimiento cruza mi mente, aunque yo creo que se lo está inventando. Sin embargo, saber que eso es lo que piensa cuando me mira, me reconforta, aunque sea solo fruto de su imaginación.

—Y no podías dárselo... —añade.

—Yo no... no puedo amar, Helena. Ya lo sabes.

Ella vuelve a colocar la cabeza sobre mi pecho y escucho un pequeño suspiro de resignación.

—Entonces, la abandonaste... —continúa con un deje triste en su tono de voz.

—No. Jamás la habría abandonado. Yo no soy así.

—¿Entonces?

—Ocurrió una mañana, una en la que ambos estábamos especialmente tensos porque teníamos que entregar un trabajo en el que cooperábamos y se nos hacía tarde. Una cosa llevó a la otra, nos fuimos alterando con nimiedades, empezamos a subir el tono, a soltar barbaridades que no sentíamos en realidad y, al final, me obligó a decirle que no estaba enamorado de ella.

—¿Te obligó? —inquire extrañada.

—Buscó la manera de que yo lo confesase, pese a que intenté por todos los medios desviar el tema. No quería hacerle daño, jamás he querido hacer daño a nadie. Pero ella insistió e insistió, me sacó de mis casillas, hasta que consiguió lo que deseaba.

—Deseaba una certeza. Como todas —apunta ella, con la mirada perdida.

—Exacto. A partir de entonces, ella empezó a despreciarme, a burlarse de mí frente a mis amigos, a faltarme al respeto... hasta que no pude más. Le pedí que empezásemos de cero la relación, quería que todo volviese a ser como antes. Intenté hacerle ver que el amor romántico no lo es todo, que me gustaba estar con ella, que la necesitaba en mi vida...

—Pero no era suficiente...

—No. Ella quería ese amor que tú cuentas con tanta agilidad en tus narraciones. Ese que yo no soy capaz de dar.

—Se negó a continuar su vida sin sentirse amada de la forma que deseaba.

—De repente, lo que yo le ofrecía dejó de tener sentido para ella —añado—. Entramos en una espiral destructiva, nos hicimos daño, mucho, tanto como para llenar una vida entera. Y ese dolor acabó con la relación, dejándonos devastados. Y a mí, completamente solo.

—Lo siento —susurra Helena.

Ella busca mi mano y entrelaza sus dedos con los míos. Sé que intenta aportarme seguridad, pero yo no la necesito. Nunca la he necesitado.

Aunque no puedo negar que es agradable sentirla.

—Mi madre murió un par de semanas más tarde —continúo— y mi padre no era hombre que fuese capaz de vivir solo, así que se fue poco después. Ya nada me retenía en Escocia y menos en Cambridge; así que me licencié, me recliné en Edimburgo para preparar mi tesis y decidí que quería venir a Alnwick para alejarme de todo lo que había vivido durante mis años de universidad con Bree. En cuanto me doctoré, aceptaron mi solicitud. Jamás habían tenido a un doctor tan joven ni tan interesado en esta universidad que, por entonces, ya había perdido el

lustre que tuvo a principios de siglo. Una vez aquí, opté a la cátedra de Literatura... y el resto creo que puedes imaginártelo.

No he tenido que contarle todo, no le he contado la verdadera razón de mi abstinencia voluntaria, pero creo que es suficiente para que entienda mis reticencias.

—Y crees que poniendo límites desde el principio, dejarás de hacerle daño a los demás...

—En parte, sí.

—Por eso no quieres que te bese...

—No quiero que te hagas ilusiones conmigo.

—Entiendo.

Ella cierra los ojos y, no sé por qué, sé que sus próximas palabras serán para terminar lo nuestro. Siento una desazón desconocida en la boca del estómago, una desazón que no me gusta nada.

—Pero sí me gustaría seguir conociéndote... me gustaría mucho seguir con lo nuestro, Helena —suelto atropelladamente. Me siento muy nervioso y desdichado, casi tanto como me sentí al abandonar el féretro de mi madre en el cementerio.

—Ya, comprendo que quieras continuar conociéndome. Sabes que soy muy flexible, tanto como lo era Bree y...

—Escúchame —la interrumpo, sosteniendo su delicado mentón con mis dedos, obligándola a que me mire a los ojos—. No eres Bree, no me recuerdas en nada a ella. Y por supuesto, puedes estar segura de que lo que me has hecho sentir con tus palabras, con tu cuerpo y entre tus brazos, no se asemeja ni por asomo a lo que viví con ella. Te ruego que descartes su recuerdo, que no lo connotes con atributos que no posee. Bree no... jamás me hizo disfrutar tanto como tú lo has hecho y, aunque te parezca extraño, jamás me hizo sentir tan cómodo como me siento contigo.

—¿Lo dices en serio? —pregunta, al cabo de lo que me parece un siglo.

—Completamente. Helena, sabes que no miento, incluso aunque pueda resultar... ¿cómo me llamaste esta tarde?

—Irremediablemente insoportable —confirma ella con una sonrisa.

—Exacto —conuerdo, devolviéndole la sonrisa con la mayor sinceridad de la que soy capaz, incluso aunque la suya dista mucho de serlo—. No te compares con ella, es absurdo, ha pasado mucho tiempo; pero, si a solas decides fustigarte haciéndolo, y sé que lo harás porque te conozco, ten claro que has despertado en mí cosas que no había sentido antes. Nunca.

Ella vuelve a mirarme, en sus ojos aún flota la duda de la que quiere deshacerse.

—Pero nada más allá del sexo...

No puedo contarle más. No debo.

—Nada más allá de lo que yo puedo llegar a sentir, Helena, no solo del sexo.

—Bien.

Ella vuelve a mi pecho y empieza a acariciar mi torso, a enroscar sus dedos en el vello de mi pecho, a sentirme. Pero sé que no le gusta lo que ha oído. Solo espero que no se arrepienta, que no deje que ocurra lo que vaticiné desde el principio: que se enfadaría, se cansaría y se marcharía. Y que, al final, me olvidaría.

No quiero que se marche, mucho menos, que se olvide de mí.

De repente, su móvil empieza a vibrar, rompiendo el hechizo. Ella deja que, sea quien sea quien está llamando, se canse. Seguro que ella también está cansada ahora mismo, cansada debido al momento tan caliente que acabamos de vivir, cansada del día tan duro que ha tenido.

Cansada de mí.

Me revuelvo entre las sábanas intentando deshacerme de ese pensamiento. Ella me mira para comprobar si estoy bien, pero su móvil vuelve a sonar.

—¿No vas a cogerlo? —pregunto, algo nervioso.

—No. Si quien llama me conoce, sabe que al sexto tono saltará el contestador. Que sea la máquina la que se ocupe, ahora no me apetece hablar con nadie.

Sus palabras están teñidas de tristeza, puedo notarlo incluso aunque solo las ha susurrado, y caigo en la cuenta de que yo no conocía ese detalle.

«Claro, porque nunca la has llamado».

Ya, ya lo sé. Pero aún así...

Su voz, llena de alegría, resuena de repente en la habitación.

—¡Mierda! ¡Olvidé que lo tenía conectado a Alexa!

Mientras ella se levanta apresuradamente para buscar su teléfono, sin mucho éxito, escucho cómo una Helena pregrabada da la bienvenida al emisor de la llamada con esa voz deliciosa con la que se expresa cuando se siente radiante, esa voz que me saca de mis lúgubres pensamientos. No puedo evitar sonreír al escuchar lo personal que es su mensaje:

“Si me estás buscando, deja un mensaje. Pero si quieres que te atienda, ya sabes lo que tienes que hacer”.

¿Qué será lo que tiene que hacer el que quiera que ella lo atienda?

Una voz masculina invade de repente la habitación, terminando por completo con mis elucubraciones. No sé quién es, pero ella se tensa inmediatamente.

“Hola. Solo quería que supieras que me he quedado sin internet. Seguro que se te ha olvidado pagar la factura, igual que te pasó con la luz el mes pasado...”

¿Quién cojones es? ¿Su hermano?

¿Acaso tiene hermanos?

Por fin, el esquivo aparato aparece debajo de la cama y ella atiende la llamada con prisa, intuyo que temerosa de que yo siga escuchando lo que dice el hombre que la llama para quejarse.

—¿Qué quieres, Robert?

¿Robert? ¿Pero no había roto con él?

Ella escucha lo que él le dice al otro lado del teléfono. Su rostro está compungido, está molesta, aunque no sé muy bien si es porque él la ha llamado, porque le está pidiendo dinero o porque yo estoy escuchándolo todo.

—Tienes que entender que yo ya no quiero seguir con esto. Tienes que marcharte, Robert... no... no sé si volveré... puede que haya una plaza para mí... ¡no! ¡Basta! Déjame en paz! Quedamos en que serían solo un par de semanas y llevas casi tres meses...

No hay que ser Sherlock Holmes para adivinar que el tal Robert no ha aceptado la ruptura. Ella me lo dijo en la cafetería, pero no podría haber imaginado que ella lo estaba... ¿manteniendo?

—Antes de que termine el semestre tienes que haberte marchado. Si no lo haces, hablaré con el casero y le diré que te eche a la calle. Tienes un mes.

Helena cuelga la llamada abruptamente, sus ojos llenos de lágrimas que logra evitar derramar con mucha dificultad. La ira es más potente que el dolor. O que la emoción.

—¿Puedes... crees que puedes explicarme lo que acabo de escuchar? —me atrevo, segundos más tarde.

Ella respira hondo para terminar de controlarse y vuelve a la cama. Pero no se recuesta junto a mí, se queda sentada, desnuda en el borde del colchón. Su imagen es absolutamente

conmovedora y, por primera vez en mucho tiempo, siento la necesidad de conseguir que se sienta bien, reconfortada.

—Yo... ya te dije que él nunca acepta un no por respuesta —solloza, con su mirada fija en el suelo.

—Ven aquí...

Me incorporo en el colchón para agarrarla entre mis brazos, agradeciendo internamente que el estúpido de su ex haya interrumpido nuestra incómoda conversación, creando un momento mucho más entrañable e íntimo. Ella se deja hacer, se oculta en mi pecho y deja que las palabras salgan a placer.

—Él... él no quería que continuase por el camino que había tomado, ya te conté que empezó a hacerme de menos...

—Sí, eso me lo dijiste —respondo en un susurro.

Mis manos la sujetan fuerte y mi pulgar empieza a acariciarla con suavidad. Solo quiero que sepa que aquí no hay nada que temer, que tiene todo mi apoyo.

—Estuve lidiando con él lo mejor que pude durante meses, pero el día de Navidad me invitaron a un encuentro, uno especialmente interesante para mi futuro porque se iban a hacer lecturas en voz alta de escritores noveles y sabía que acudirían muchos autores de prestigio; pero él no pudo soportarlo. Habíamos quedado con su familia para almorzar todos juntos en casa de sus padres y, desde que llegamos, Robert no paró de beber.

¡Maldito cabrón! Sea lo que sea lo que vaya a contarme ahora, sé que voy a odiar a ese hombre. Aún más.

—¿Te... te pegó? —me atrevo, aterrado ante su posible respuesta.

—No. Fue mucho peor. Empezó a dejarme en ridículo delante de todos, a vanagloriarse de que había tenido que tomar medidas restrictivas conmigo porque temía que le estuviese siendo infiel...

—¿Delante de todos? —interrumpo, totalmente incrédulo.

—Así es.

Su rostro sigue escondido en mi pecho, pero puedo sentir cómo este empieza a humedecerse, bañado por sus lágrimas.

—¿Y sus padres no lo detuvieron?

—Claro que sí. Y sus hermanos también, estaba haciéndonos sentir incómodos a todos. Además, su familia me aprecia, se quedaron muy sorprendidos al descubrir el trato que él me brindaba. Me sentí fatal, quise marcharme, pero me contuve. Al fin y al cabo, él era mi pareja. Pero entonces...

—¿Qué? —inquiero, completamente poseído por la intriga y la ira.

—Empezó a... reírse. —Helena se separa de mí y se queda mirando a un punto en la pared, llena de dolor—. Al principio pensé que había perdido el juicio, que estaba tan borracho que no sabía lo que hacía, pero entonces me miró y se detuvo. “Que sepas que el encuentro fue ayer, cambiaron la fecha hace unos días para que pudieran acudir los escritores más importantes”. Estupefacta, le pregunté que por qué no me lo había dicho, y él respondió: “esto se acabó, Helena, olvídate de triunfar. Estamos condenados a compartir el fracaso, juntos, para siempre”.

—¿Condenado estaría él! ¿Será hijo de puta?

—Entonces supe que tenía que marcharme —termina, apretando sus labios para intentar no volver a llorar.

—Pero, ¿cómo es que él supo que había habido un cambio de última hora? ¿Nadie te llamó?

¿Nadie te envió aunque fuera un triste *e-mail*?

Ella me mira a los ojos, avergonzada. No lo comprendo, no entiendo cómo es posible que ella se avergüence de nada habiendo tenido que lidiar con un gilipollas de ese calibre.

—Cuando empecé a quedar con otros escritores y a acudir a tertulias y eventos, Robert me pinchó el teléfono y *hackeó* mis cuentas de correo para redirigirlo hacia su buzón. Cuando me dí cuenta, la bronca fue monumental. Le amenacé con marcharme, con dejarlo solo; entonces él reculó, me pidió perdón y me aseguró que me había devuelto el acceso a todo, que él no volvería a inmiscuirse.

—Pero mintió.

—Por supuesto. El solo quería que abandonase mi sueño, que cesase en mi, según él, absurdo empeño por llamar la atención de todo el mundo.

Como una lanza, las palabras que le dije en la cafetería se clavan en mi mente. Y, también por primera vez, lamento haber tenido tan poco tacto con ella.

—Yo... lo siento, siento haberte dicho aquello que te dije en la cafetería.

Ella me mira sorprendida, su ceño fruncido cómicamente, alucinada al escucharme pedirle perdón. No es para menos, creo que no recuerdo haberlo hecho desde aquel fatídico día con Bree.

—No pasa nada. Tenías razón, igual que Robert.

—¡No es así! —exclamo muy enfadado—. Solo has tenido la mala suerte de cruzarte con un cerdo asqueroso que se moría de celos porque tú estabas consiguiendo lo que él deseaba con una avaricia desmedida.

—No, tenéis razón, Zack. Los dos. He buscado la aceptación general porque nunca la he encontrado entre la gente que me quiere.

—Tienes la mía —suelto sin pensar, sin detenerme en las implicaciones que conllevan mis palabras.

—Pero tú... no me quieres —responde despacio, como si las palabras quemasen sus labios.

—Aprecio mucho tu forma de escribir. Creo que eso lo sabes de sobra —respondo, saliéndome por la tangente una vez más. En eso soy un experto, llevo toda la vida evitando ser claro con respecto a mis sentimientos para evitar que los que me quieren se sientan dolidos.

Lo llevo haciendo desde que era pequeño.

—Sí, lo sé. Y te lo agradezco mucho. Tu apoyo está siendo de gran ayuda, tanto en lo tocante a mis escritos como en el hecho de sentirme a gusto, incluso estando tan lejos de mi hogar.

Sonríó cálidamente y ella me devuelve la sonrisa. Creo que hemos conectado, que aunque no le guste del todo el resultado, ella ha aceptado la situación. Que, de momento, no va a marcharse.

Que aún no va a olvidarse de mí.

—Entonces, Robert no ha abandonado aún la casa que alquilasteis... —empiezo. Quiero llegar al fondo de este asunto.

—No.

—Y la casa la... ¿pagas tú?

—Sí —responde cabizbaja—. Mi familia goza de buena posición en la ciudad, digamos que, en ese sentido, soy una mujer afortunada. Aún así, no quise continuar soportando el yugo de mis padres una vez que terminé la carrera. Utilicé mi propio dinero para independizarnos, pero la cantidad que tenía se vio reducida drásticamente después de tantos meses sin ingresos.

—Y por eso viniste a Alnwick.

—No, Zack. Vine a Alnwick huyendo del sur, de todo lo que me recuerda que no sirvo para

esto, de que me he equivocado demasiadas veces en mi vida, de que las personas que me rodeaban no querían mi bien. Solo querían tenerme ahí, disponible para cumplir sus deseos... pero los míos salieron a la luz y ya no podía quedarme allí más tiempo.

La escucho hablar y no puedo dejar de pensar en que me encantaría que me contase cada una de esas decepciones por las que ha atravesado, que me hiciese partícipe de todos esos detalles importantes de su vida que la han hecho ser quien es. Pero no me atrevo, no me atrevo porque entonces...

—Comprendo —añado, para que sepa que la estoy escuchando, que me siento honrado de que esté abriéndome su corazón.

—Entonces, me enteré de que Alnwick buscaba renovar el departamento de Literatura y no me lo pensé dos veces. Fue como una señal, un giro inesperado de los acontecimientos que tenía que aprovechar como fuese. Pensé que aquí podría empezar de nuevo, que quizá tuviese la suerte de encontrar a alguien que no me juzgase por el género que elegí, sino que lo hiciese por lo que dejo de mí misma en cada una de mis páginas. Vine aquí buscando desesperadamente un lugar adonde aferrarme... y te encontré a ti.

Me deja sin aliento, completamente embelesado. La pasión que destilan sus palabras hace que destaque aún más mi falta de aptitud en lo que a sentimientos respecta. Y me duele, me duele darme cuenta de que no podré cumplir sus expectativas.

—Viniste huyendo de un hombre que te hacía la vida imposible, buscando a alguien que impulsara tu trabajo, y me encontraste... a mí —resumo con voz apagada—. Lo siento, te merecías algo mejor.

Ella me mira a los ojos y, mientras acerca su mano para acariciar mi pelo, sus labios se curvan por fin en una sonrisa preciosa, esa que arranqué de su boca con mi confesión después de haber yacido con ella. Después de haber...

No, no voy a decirlo.

—Estoy segura —añade de repente, con una determinación que asombra.

Está segura de algo, no sé exactamente a qué se refiere y me devano los sesos a toda velocidad intentando averiguar el significado de sus palabras. Pero entonces, Helena se acerca a mí y, aunque no retira su mirada de mis labios, los suyos depositan un suave beso en mi frente. Cierro los ojos para sentirla, soñando con la posibilidad de que sus labios hubiesen continuado la dirección de su mirada, imaginando lo dulces que deben saber sus besos. Y mis palabras vuelan solas.

—Lograremos que tu novela sea un éxito rotundo y te ayudaré a deshacerte de Robert. Eso te lo garantizo. Pero no puedo... no puedo darte nada más —concluyo, intentando por última vez no crearle falsas expectativas.

Ella se separa de mi rostro, pero, contrariamente a lo que esperaba, el suyo sigue bañado por esa preciosa sonrisa que alegra corazones a su paso. No puedo evitar imitarla, incluso aunque sé que no me corresponde hacerlo después de lo que acabo de asegurarle.

—Me subestima, señor Knightley. Ese es un error que no debería cometer.

Ha utilizado mis propias palabras para dejarme callado, pero lo que me deja es atónito. Sonrío, incapaz de decir nada más. Ella vuelve a mi pecho, buscando cercanía, la acaricio y permito que mi mente retoce en este momento, que se olvide por un ratito de intentar valorar las consecuencias de mis actos, de intentar entender cosas que, por su naturaleza, no puedo comprender.

Y, contra todo pronóstico, me quedo profundamente dormido.

Capítulo 26

Preparativos

La corrección de mi novela va viento en popa, ya hemos superado la primera mitad y nos hemos adentrado en la segunda, enfocándonos en conseguir que el doble giro final esté lo suficientemente separado como para impactar al lector. Zack me ha ayudado mucho con el punto de vista masculino, enriqueciendo la narración en general, pero sobre todo en lo que a encuentros sexuales se refiere. Desde que se sinceró conmigo aquella noche en mi dormitorio, lo veo más suelto, más confiado y mucho más contento. Y yo... bueno, he aceptado que mi objetivo ha cambiado.

He descubierto a ese hombre del que los demás me hablaron, ese hombre que se ocultaba bajo su fachada imperturbable y que conseguí atisbar a través de sus ojos al verlo reaccionar ante aquellos capítulos que llevé a su despacho. Y lo que he encontrado me ha dejado profundamente asombrada, tanto que me estoy dedicando simplemente a disfrutar de estos días tan especiales que estamos viviendo, olvidándome de poner un nombre a lo que tenemos, conformándome con saber que él está feliz, que se siente cómodo... y que eso es lo máximo que puedo esperar de él. La compenetración entre nosotros va creciendo poco a poco y, por ahora, eso es suficiente.

Por ahora.

Sé que, como le ocurrió a Bree, al final querré más, pero he decidido hacer las paces con mis deseos y disfrutar de este hombre maravilloso que se revela frente a mis ojos un poco más cada día, que me tiene embelesada y tremendamente excitada.

La semana pasada fue un no parar a nivel sexual. Al adentrarnos en las escenas más tórridas de mi novela, Zack se desató por completo. El sábado, en plena exaltación lúbrica al leer uno de los mejores *cunilingus* que he escrito, me ató a su cama y se dedicó a explorar todo mi cuerpo con su lengua, volviéndome totalmente loca. Cuando consideró que había descubierto y adorado todos y cada uno de mis lunares y que yo había tenido el número suficiente de orgasmos, cambió de tercio, pasando de ser un amante dulce y atento a convertirse en un semental salvaje y desbocado que me penetraba sin piedad.

Me dejó... exhausta.

El domingo, un poco dolorida aún debido a la bacanal del día anterior, Zack me invitó a la tetería del pueblo, esa que se me había quedado pendiente, donde estuvimos charlando y riendo durante toda la tarde. Le pregunté si le importaba que los demás profesores supiesen que estábamos juntos, por decirlo de alguna forma, pero él no le dio mucha importancia. Simplemente, sugirió que nos comportásemos como nos apeteciera. Y eso me hizo muy feliz.

Volvimos a la universidad caminando despacio, la conversación giraba en torno a las últimas películas que habíamos visto en el cine y, aunque ambos estábamos totalmente enfrascados en el

tema, al pasar junto a la arboleda que queda a la izquierda de la entrada del recinto que ocupa la universidad, Zack tiró de mí, dejándome totalmente descolocada. Se adentró unos metros entre los árboles para asegurarse de que no pudiésemos ser vistos fácilmente y, cuando decidió que estábamos lo suficientemente ocultos, me empujó contra uno de los gruesos troncos que nos rodeaban, se coló en mis pantalones, aún no sé cómo, y empezó a penetrarme suavemente con sus dedos, mientras dejaba escapar profundos jadeos en mi oído. Ni corta ni perezosa, dejé mis manos volar y, cinco minutos más tarde, ambos gemíamos en voz alta a punto de alcanzar el orgasmo, dándonos completamente igual que alguien pudiera escucharnos.

Ha sido un fin de semana... perfecto.

Lo que llevamos de semana, no ha sido muy diferente. Un Zack súper sensual se ocupó de dejarme contenta el lunes sobre su mesa de despacho. Mientras yo le leía cómo John disfrutaba de Carla sobre la suya, él moría de pasión, mordiendo mi cuello en un frenesí casi vampírico, arremetiendo contra mi cuerpo sin descanso. Evidentemente, tampoco le importó que alguien pudiese sorprendernos, de hecho, diría que le atraía la idea.

El martes, en mi dormitorio, me pidió que volviese a ponerme de espaldas a él, solo para regalarme uno de los mejores momentos de sexo oral de la historia, al hacerlo desde atrás y con el aliciente extra de su voz, totalmente desgarrada por la necesidad, acompañándome en mi viaje hasta el cielo. Y para terminar, follándome más duro de lo que creía posible, alcanzando una profundidad que desconocía hasta entonces, haciéndome navegar del dolor al placer con una facilidad inaudita para terminar llevándome a un orgasmo inenarrable del que jamás habría disfrutado en otra circunstancia o con otra persona. Al terminar, me giré para mirarlo a los ojos completamente sorprendida y, al verlo sudoroso, agitado, con su precioso rostro bañado por la lascivia de haberme poseído con la violencia que deseaba y de haber encontrado una respuesta tan satisfactoria en mí, no pude evitar elogiar profusamente su maestría en ciertos aspectos de las artes amatorias. Él sonrió, aún jadeante, y se separó de mí propinándome una palmada en mis nalgas que me hizo dar un respingo de contento.

Pero ahí no ha terminado todo. Ni mucho menos.

Ayer miércoles, Zack decidió, a raíz de una escena en la que John y Carla tenían que viajar a ver a su familia, que deseaba tenerme en público. Yo le dije que estaba loco, que no podíamos arriesgarnos tanto, pero él esbozó una sonrisa perversa y me llevó al comedor de los alumnos, que a esa hora estaba desierto. Me tomó detrás del mostrador donde se sirven los platos fríos, de pie, mientras nos mirábamos a los ojos con millones de palabras pugnando por salir de nuestros labios, que ardían de necesidad por ser besados.

Está siendo todo de lo más sexy.

Así que aquí estoy, esperando que mis alumnos terminen la breve redacción que les he encargado, pero con mi mente puesta en todos esos momentos que he compartido con él durante los últimos días. Me siento feliz, no puedo remediarlo, incluso aunque sepa que no habrá nada más, que esto que tenemos es lo que el maravilloso Zachary Knightley está dispuesto a ofrecer. Porque eso es lo que en realidad ocurre: Zack no está dispuesto a dar nada más, pero, aunque se empeñe en afirmar lo contrario, es muy capaz de amar.

Lo he visto en tantas ocasiones a lo largo de estos pocos meses que me faltan dedos en las manos para enumerarlas. Zack es amable con sus compañeros, al menos con los que le caen bien, es atento con sus alumnos y no escatima a la hora de compartir sus conocimientos o sus fuentes.

Es un gran conversador, solo es necesario que el tema le resulte interesante, él jamás se enredaría en un diálogo banal solo por ser amable. Por eso a veces resulta desagradable, porque no atiende a los dictados de la convención social. Pero es un gran compañero, un maravilloso profesor y un hombre excelente, tal y como Caroline y Lindsey me habían contado. Un hombre excelente que irradia amor hacia todas las personas que le rodean.

Pero él no se da cuenta.

Y conmigo... ¡Dios! Conmigo es dulce y sincero, al menos cuando estamos a solas. Se preocupa por mi bienestar, por mi trabajo, por mi futuro, no impone sus deseos, siempre trata de consensuarlo todo. Además, es tan inteligente, tan condenadamente *sexy*...

Vale, me estoy dejando llevar.

Ya. Lo sé. He de admitir que me gustaría que él se diese cuenta de que todo lo que me demuestra, cómo se comporta y lo que siente cuando está conmigo, es también amor, que está perfectamente equipado para dar el paso, para establecer un compromiso, para decir “te amo”. Pero sé que todo eso pertenece a la idea de amor romántico, que estoy cayendo en los mismos clichés en los que Bree cayó cuando su relación empezó a deteriorarse; por eso intento apartar todos esos deseos a un lado y centrarme en lo que en realidad importa:

Que Zack y yo estamos bien juntos, que quiero continuar pensando así el resto del semestre. Y después... ya se verá.

—Señorita Falcon, ya he terminado —me dice Ashley desde su asiento, sacándome de mis atribulados pensamientos.

—Bien. Chicos, cinco minutos más y recojo todo. —Se escucha un murmullo de queja y preocupación entre los alumnos, murmullo que me apresuro a acallar desvelando parte de la sorpresa— Vamos, vamos, quiero anunciaros algo que creo que os va a gustar y solo quedan quince minutos de clase.

Ashley se acerca a mi mesa para entregarme su escrito y me interroga con la mirada. Yo sonrío interiormente, me encanta crear expectación.

—¿Es por algo relacionado con la Fiesta de la Primavera? —pregunta en voz baja.

—¡Vaya! ¿Así es cómo la llamáis? —inquiero sorprendida.

—¿Cómo, si no? Es la semana de la bienvenida al buen tiempo, aunque aquí aún quede bastante para que llegue.

—¿Y cómo es? ¡Porque solo conozco lo que me han contado los demás profesores! —continúo, realmente interesada.

—¡Oh! ¡Es genial! La universidad se engalana, vienen muchos ponentes interesantes y hay un gran fin de fiesta el viernes por la noche al que acuden alumnos de otras universidades cercanas.

—Hmmm... ya comprendo —respondo, guiñándole un ojo cómplice a Ashley—; eso significa chicos nuevos.

—O no tan nuevos... —confirma Ashley con complicidad y ambas nos sonreímos.

De repente, la puerta se abre y Zack, vestido con su abrigo largo de lana, un poco despeinado y con cara de haber llegado de una inesperada carrera matutina, me mira mientras sujeta el pomo de la puerta.

—Helena, ¿puedes venir un momento?

—¡Uuuuh! —corean los alumnos, haciéndonos reír a ambos.

Creo que Zack incluso se ha sonrojado. Me mira entornando los ojos con intención y se dirige a la clase.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Ya habéis terminado el comentario de texto que os encargué ayer? ¿A que no? Pues meteos en vuestros asuntos y dejad que los mayores discutan lo que tengan que discutir —suelta Zack con una media sonrisa absolutamente cautivadora.

—Por favor, terminad ya, solo saldré un par de minutos —digo en voz alta mientras me acerco a Zack, aunque el revuelo que se ha creado no cesa.

—Cierra la puerta —me pide, mirándome misterioso cuando salgo al pasillo.

—A ver, qué se te ha pasado por esa cabecita loca que tienes...

Él me mira alzando ambas cejas, con una expresión llena de ternura y a mí se me cae el alma a los pies.

—¡Me he enterado de que mañana es tu cumpleaños! —exclama emocionado.

—Sí, así es —respondo con una sonrisa.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Pues... no sé... ¿por qué tendría que decírtelo?

—Pues, para que pudiésemos celebrarlo.

—Lo íbamos a celebrar de todas formas... —respondo sensual.

Zack sonríe y me agarra por la cintura, acercándose a su cuerpo.

—Ya... pero no es lo mismo. Es un día especial y quiero que sea un poco distinto.

—En ese caso... ¡Zack! ¡Mañana es mi cumpleaños! —exclamo, fingiendo estar muy excitada. Ambos nos echamos a reír ante mi actuación.

—Bien. Solo quería confirmar que no eres una de esas personas que odia festejar que se hace mayor, ni nada de eso.

—No. Me encanta celebrar mi cumpleaños. Siempre he tenido una fiesta y un regalo, pero no pensaba que eso fuese a ocurrir aquí.

—Hmmm... un regalo...

—No hace falta, no te preocupes. Sé que eso no se te da bien.

Zack frunce el ceño y me mira sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no eres bueno interpretando... personas —bromeo—. Con pasar un rato contigo, será suficiente.

—¿Cómo que no soy bueno interpretando personas?

Me parto de la risa al ver su expresión de no comprender nada. Finalmente, él levanta las cejas exasperado, sonriendo también, muy a su pesar. Estamos tonteando, como lo haría cualquier pareja, aunque él no quiera reconocerlo. Y la sensación es arrebatadora.

—Hmmm... vale, déjame que piense. Algo se me ocurrirá, no te preocupes.

—Está bien, lo dejo en sus manos caballero —respondo, imaginando lo difícil que van a ser para él las próximas horas hasta que dé con la tecla—. Confío en ti.

Zack me dedica una mirada llena de mudas palabras y se acerca a mis labios para besarme; pero entonces, recula. Escucho cómo chasquea su lengua, molesto ante el absurdo hecho de que aún no nos hemos besado. Y de que cada día que pasa, esto es más y más ilógico.

—Te veo luego en mi despacho —dice, dándome un pequeño beso en la mejilla.

—Estoy deseando ver con qué me sorprendes esta tarde —respondo pícaro.

—Mira quién fue a hablar...

Zack se marcha escaleras abajo y observo maravillada lo bien que le sienta ese abrigo, lo elegante que está siempre que sale a...

Un momento, ¿de dónde venía?

Esta es otra de las cosas que me fastidian, el no poder saber qué hace cuando no está en clase o conmigo. Me pone de los nervios. Él no me pregunta nada y yo tampoco me siento en posición de preguntarle. Aunque quizá debería, tampoco me ha pedido que no lo hiciera...

Resignada, dejo escapar un suspiro y vuelvo a entrar en clase, donde los alumnos me esperan con una sonrisita indulgente en los labios.

—No quiero escuchar ni una palabra, ¿entendido? —me anticipo, sabiendo de sobra cuál va a ser el comentario general. Los chicos se limitan a sonreír más ampliamente y se van acercando a mi mesa para dejarme sus trabajos—. A ver, os cuento —empiezo cuando tengo todas las páginas apiladas en el escritorio—. Sabéis que la semana que viene celebramos la Fiesta de la Primavera...

El día ha sido muy largo. La rectora Viedman me ha llamado a su despacho para organizar la inminente llegada del señor Kelly y para comunicarme que el comité universitario ha aceptado gustosamente mi propuesta, a la que había que dar los últimos retoques. Hemos estado más de tres horas reunidas. Margaret, como me ha pedido que la llame a partir de ahora, no quería que quedase ningún cabo suelto y, aunque su exigencia me ha dejado exhausta, también me ha hecho comprender lo complicado que es regir una institución de este calibre, así como lo preparada que ella está para dicho cometido.

Al salir de su despacho, feliz tras el trabajo bien hecho, consulto mi móvil y veo que son más de las ocho. Zack debe estar molesto, jamás me he retrasado a una cita con él. Nerviosa, me apresuro hacia su despacho y entro sin llamar. Él está leyendo tranquilamente, con sus largas piernas cruzadas sobre el escritorio, y levanta su mirada al verme llegar. En un periquete averigua que estoy cansada y, en lugar de lanzarme una reprimenda por haberle hecho esperar, como habría hecho el Zack de hace solo un par de meses, me sonrío cálidamente.

—Margaret te ha dado la noticia, ¿verdad? Y, a juzgar por tu expresión, has conocido las bondades de una sesión de trabajo a sus órdenes.

Yo le devuelvo la sonrisa y asiento, sintiéndome agotada de repente.

—Era necesario. El señor Kelly llegará el domingo y ella quiere...

—... que todo salga a pedir de boca. Ya, ya lo sé, lo he sufrido en mis propias carnes —contesta Zack con un tono de voz suave y reconfortante que me da ganas inmediatamente de abrazarme a él y olvidarme de todo.

Y eso hago.

Zack me envuelve en su familiar abrazo y me acuna durante unos minutos. Me siento feliz, momentos así son los que me hacen olvidar la necesidad de llegar a algo más con él. Ninguno de esos signos relacionados con el compromiso garantiza una devoción mayor o un sentimiento más profundo que el que ahora estamos sintiendo.

—Bueno... había pensado en un regalo que creí que te gustaría mucho, pero viendo el estado en el que te encuentras, creo que lo mejor será variar un poco los planes.

—¿A qué te refieres? —respondo con la nariz hundida en su pecho.

Zack se retira de mí unos centímetros para poder mirarme a los ojos y deposita un beso en mi frente.

—Ven conmigo.

Zack me coge de la mano y nos dirige a través del edificio principal hasta la salida, y de ahí hacia el camino que conozco tan bien y que sé que termina en su pequeña casa. Cuando atravesamos el umbral, veo una luz tenue que ilumina la habitación, pero no veo de dónde procede. Al adentrarme en el enorme salón-comedor, me doy cuenta de que la luz proviene del cuarto de baño y me dirijo hacia allí, atraída por una sensación extraña, casi mística. Zack, que viene detrás, no dice nada, deseoso de que sea yo quien descubra lo que ha preparado para mí: el suelo del baño está plagado de pequeñas velitas eléctricas, tan realistas que al principio dudo que no estén hechas de cera. Sorprendida, me doy la vuelta para mirarlo a los ojos y me encuentro con la misma sonrisa cálida que le vi hace unos minutos en su despacho.

—No soy muy bueno con los regalos, en eso tienes razón. Pero me he dado cuenta de que sí soy bueno con las sorpresas. Desnúdate, voy a preparar la bañera.

Zack abre el grifo del agua caliente y, mientras la enorme tina se llena, enciende un par de candelabros que ha traído del aparador del salón, creando una atmósfera muy romántica y acogedora, aunque no estoy segura de si era esa su intención. Pero no pienso darle vueltas a eso, voy a disfrutar del momento sin buscarle una explicación.

—¿Vas a bañarte conmigo? —pregunto mientras me deshago de mi ropa tímidamente.

—Voy a bañarme contigo y... —Zack se acerca a mí por la espalda y me abraza, apoyando su mentón sobre mi coronilla— voy a darte un masaje relajante para que descanses muy bien esta noche. Quiero que duermas aquí conmigo, aunque sea solo hoy.

Cada vez más sorprendida, contengo el aliento. Sé que acabo de decir que no voy a darle vueltas a esto, pero él me lo está poniendo muy difícil. Me giro para encararle y lo miro a los ojos, sintiéndome más vulnerable de lo que me gustaría reconocer.

—¿Este es... tu regalo? —pregunto en voz queda.

—He tenido que improvisar sobre la marcha. Lo que tenía en mente requeriría que estuvieses menos cansada —responde alzando una ceja seductora.

—Mmmmm... ¿y vas a dejarme con la intriga? —respondo, entrando en el juego. Cualquier cosa por huir de la extraña sensación que subía por mi esófago y que amenazaba con atenazar mi garganta.

—Por supuesto. Así me sirve para otra ocasión.

No puedo evitar sonreír ante el comentario, pero no insisto, sé que con él sería absurdo hacerlo.

Y me dejo llevar.

Durante más de una hora, Zack se ha dedicado a acariciar mi piel. Primero en la bañera, donde se cercioró que ningún recoveco quedase sin enjabonar; después, sobre su cama, a la que me ha llevado en brazos envuelta en la toalla de baño que se empeñó en mantener porque, como sorpresa añadida, ha masajeadó todo mi cuerpo con aceite de almendras, dejándome exquisitamente relajada.

—Feliz cumpleaños —susurra en mi oído al dar las doce, mientras reposo entre sus brazos, casi dormida por el efecto de la esencia que flota a nuestro alrededor y por el vívido recuerdo de sus manos en toda mi piel.

—Gracias, Zack. Ha sido muy especial.

—Como comprenderás, la idea inicial implicaba otro tipo de placeres, pero creo que esto también ha resultado muy agradable, ¿verdad?

—Mucho —ronroneo en duermevela.

—Me alegro. Ahora descansa, brujita. Yo velaré tu sueño.

Aunque él suelta esa expresión sin más connotación que la de hacerme sentir tranquila, sus palabras se clavan en el fondo de mi alma, provocándome un dolor agudo al darme cuenta de que, cuando el semestre termine, toda esta historia de amor tan poco convencional que hay entre Zack y yo, terminará también. Mientras sus dedos se deslizan suavemente sobre mi cuerpo y su respiración se va acompasando con la mía hasta quedar profundamente dormido, la idea de perder a Zack se instala en mi mente y me entristezco de repente; pero también me siento absurda porque no se puede perder algo que no es tuyo. Y él no lo es.

Me despierto sobresaltada en mitad de la noche sintiendo que me falta el aire. Sin querer, despierto a Zack al moverme tan bruscamente. Cuando se da cuenta de que he debido tener una pesadilla, empieza a susurrar palabras ininteligibles en mi oído para que vuelva a dormirme, aunque solo tienen efecto sobre él. No puedo dormir, mi mente bulle de actividad.

Si quiero que mi historia con Zack llegue más lejos, tengo que conseguir quedarme en la universidad, cueste lo que cueste. Ya no es solo algo necesario para desligarme de mi pasado y labrarme un futuro, ahora se ha convertido en algo imperativo porque sé que él jamás se marchará de aquí, que su destino está ligado a esta universidad y que, si me quedo, es posible que consiga que él acabe reconociendo sus sentimientos.

Y creo que sé cuál es la mejor manera de conseguirlo.

Capítulo 27

Arthur J. Kelly

Es domingo. Por fin. Me despierto mucho antes de lo habitual porque hoy llega el señor Kelly y mi cometido es hacerle sentir bienvenido desde que ponga un pie en Alnwick. Y tengo que hacerlo maravillosamente bien para impresionar a Margaret. Así, quizá vuelva a contar conmigo para el semestre que viene, incluso puede que para todo el curso, y podré seguir aquí, junto a Zack. Eso es lo que quiero, ahora estoy segura, así que tengo que caerle bien a Kelly, ese es mi principal cometido.

Me ducho y me arreglo a conciencia, quiero causar buena impresión desde el principio. Anoche, Lindsey y yo decidimos juntas cuál sería el mejor atuendo para ello, y la elección recayó sobre mi traje azul que, según ella, me aporta un aspecto informal y elegante. Recojo mi pelo en una cola de caballo, dejando algunos de mis mechones color miel alrededor de mi rostro para que me aporten un aire desenfadado, y maquillo mis ojos y mis labios en tonos claros, a juego con mis mejillas sonrosadas. Desde que vivo aquí, mi piel ha perdido el ligero tono dorado que conseguí alcanzar el verano pasado en Kingsand, convirtiéndose en otro recordatorio más de cuánto ha cambiado mi vida desde entonces. Pero no hay mal que por bien no venga. Me he quitado de encima a Robert y he conocido a Zack; bueno... todo lo bien que se le puede conocer.

Ayer estaba molesto. No me concentraba en las correcciones porque no podía dejar de pensar en hoy, en lo que me juego en realidad, y él no comprendía que estuviese tan nerviosa. Intentó que me calmase por las buenas, que atendiese a lo que intentaba explicarme, pero yo perdía el hilo con facilidad. Al final, me mandó a mi cuarto como si fuese una adolescente y se quedó en su casa enfurruñado. Obedecí porque estuve de acuerdo en que era lo mejor que podía hacer, pero he de reconocer que no entendí muy bien por qué estuvo tan desagradable.

Cuando Lindsey se marchó de mi habitación eran casi las diez. Lo llamé por teléfono para charlar un rato con él, pero no atendió la llamada. Le envié un mensaje para decirle que me llamase cuando pudiese pero, aunque lo leyó inmediatamente, no se dignó a responder. Está claro que se toma muy en serio su trabajo como corrector, pero me pareció un poco excesivo que se enfadase tanto. Así que no insistí más.

Esta mañana al despertar comprobé mi móvil, ansiosa por leer el mensaje que estaba segura que Zack me habría dejado cuando dejase de leer para irse a dormir; sin embargo, no hallé ningún mensaje. Me invadió una desilusión momentánea que rápidamente mudó en ira al pensar en lo desconsiderado que Zack había sido, sabiendo lo nerviosa que estaría esta mañana. Es muy cabezota, demasiado.

No sé de qué me sorprende, su tozudez nos ha llevado a este punto tan extraño en el que nos movemos desde hace semanas. No sé qué sentir al respecto, por eso me sigo conteniendo, por eso no me dejo llevar por completo.

—¿Estás lista? —pregunta Lindsey desde el umbral de la puerta, después de tocar un par de veces.

—Creo que sí.

—¿Hablaste anoche con Zack? —pregunta, al detectar la preocupación en mi rostro.

—No. Le mandé un mensaje y no me ha respondido —contesto apesadumbrada.

—¿Ah, no? ¡Pues que le jodan! —exclama, enfadada también.

—No, que le jodan no. No comprendo por qué es tan...

—¡Estúpido! ¡Es que alucino! ¿A qué viene el enfado? ¿Tuvisteis una discusión? ¿Diferencia de opiniones con respecto al desarrollo de la historia?

—Nada. Ni discusión, ni diferencia ni nada. Yo estaba un poco distraída, eso es todo.

—A saber qué mosca le ha picado, con Zack es difícil. Quizá él también estaba nervioso por la llegada del señor Kelly.

—Por favor... —bufo, con expresión de condescendencia.

—O... bueno, espero que no se haya puesto celoso porque ahora tú gozas del favor de la rectora en su lugar.

¿En su lugar?

—¿A qué te refieres con eso? —inquiero desconcertada.

—Mmmm... a nada, a nada.

—¿Cómo que a nada? —vuelvo a preguntar, acercándome a ella para obligarla a responderme.

—Tu amiga es una bocazas, olvídalo —insiste.

—¿Qué? ¡Dímelo! —exclamo agarrándola por los hombros, haciendo gala de mi tozudez.

—Son solo rumores, Helena, ya sabes que no me gusta...

—¡Que me lo digas! ¡Ahora mismo! —la apremio.

—A ver, ya escuchaste a Ruth, lo que insinuó sobre Zack cuando la conociste; pero lo que ella dijo es lo mismo que todos murmuran: que fue la rectora quien ayudó a Zack a ascender tan rápidamente. Ya sabes, en tan solo un año consiguió la cátedra de la universidad y eso, sumado a que es el único profesor que tiene vivienda propia... bueno, solo hay que sumar dos más dos, Helena.

¿Zack con Margaret? No, no puede ser.

¿Puede ser que me mintiera?

No, no es el estilo de Zack.

Dios, no debería haber preguntado, ahora me surge la duda y eso es lo último que necesito.

—Sinceramente —empiezo, con la mayor serenidad posible—, dudo mucho que Zack haya ascendido en Alnwick vendiendo favores sexuales, Lindsey.

—¡Hey! ¡Que yo no digo eso! ¿Ves? ¡Por eso no quería contártelo! Yo no creo que Zack sea de esos; solo lo he dicho porque no se me ocurre por qué se ha enfadado contigo.

—Mmmm... seguro que hay otra explicación. De todas maneras, no está de más saber lo que las malas lenguas se dedican a elucubrar cuando están aburridas —respondo con desprecio.

—Hombre, coincidirás conmigo en que el trato que Zack recibe aquí en Alnwick es, cuanto menos, inusual.

—O sea, ¿que tú también lo piensas? —escupo indignada.

—Yo solo digo que, cuando el río suena, agua lleva —responde, conciliadora—. No creo que Zack haya caído en eso, pero quizá haya algo que no sabemos.

—Hmmm... por desgracia, coincido contigo. Pero estoy segura de que Zack es una persona íntegra, jamás se rebajaría a eso por conseguir un puesto.

O eso quiero pensar.

Lindsey asiente y, sin más dilación, ambas nos dirigimos hacia el patio principal, donde un taxi traerá al señor Kelly dentro de unos minutos. Mientras Lindsey habla sin parar sobre lo divertida que será la próxima semana y sobre lo interesante que es conocer a nuevas colegas, yo voy sumida en mis pensamientos, que orbitan en torno al precioso perfil de mi esquivo profesor. Es como si no lo conociese en realidad, el Zack que me abrió su corazón la otra noche es muy distinto del Zack que me había mostrado hasta ahora. Por eso siempre me surgen nuevas dudas sobre él. Necesito entender por qué es tan frío, por qué cambia tanto de un momento a otro.

Intento recordar todos los detalles que me dio el otro día sobre su llegada a Alnwick, sobre el lamentable estado de ánimo en el que se encontraba cuando decidió venir aquí, después de lo de sus padres y lo de Bree. Quizá no me haya confiado todo lo que ocurrió, quizá haya algo más que no sé y que explique el por qué de sus arranques, de sus salidas de tono, de sus cambios de humor tan drásticos. Como ocurrió ayer por la tarde.

O quizá ya me lo ha contado todo y estoy buscando donde no hay...

Tengo que dejar de pensar en él, ahora no es el momento.

Lindsey se despide de mí al llegar a la secretaría, me desea mucha suerte y me da ánimos. Cinco minutos más tarde, me encuentro de pie en el patio junto a la rectora Viedman y a Caroline, cada vez más nerviosa. A lo lejos se atisba un coche negro, parece que ya está aquí el misterioso señor Kelly. Súbitamente, caigo en la cuenta de que ni siquiera me ha dado por buscar una foto suya para saber al menos cómo es. Me pongo aún más nerviosa cuando pienso en que tampoco he leído ninguno de sus libros, no he tenido tiempo entre los preparativos, la redacción de la propuesta, corregir los trabajos, avanzar en mi novela y estar con...

—Buenos días —escucho su profunda voz a mi espalda—. Disculpe el retraso, rectora Viedman, no he podido pegar ojo en toda la noche y se me han pegado las sábanas —dice Zack, lanzándome una mirada asesina de reojo.

¡Pero bueno! ¿Qué le he hecho yo?

—No se preocupe, señor Knightley —responde la rectora con una sonrisa que, de repente, me parece demasiado melosa.

Dios, tengo que parar.

—¿Ese es el taxi del señor Kelly? —pregunta Zack, señalando el coche que se acerca con un gesto de su cabeza.

—Creo que sí. ¿Quién más va a venir aquí un domingo por la mañana? —responde Margaret con esa sonrisa pegajosa que le acabo de descubrir.

No digo nada, no me siento capaz de decir nada oportuno y cuando el taxi se detiene frente al

comité de recepción que formamos los cuatro, mis nervios se multiplican por diez. El señor Kelly se baja del taxi y nos mira a todos con una sonrisa espectacular en su rostro.

—¡Bienvenido, señor Kelly! —exclama Margaret, empalagosa.

—¡Gracias, señorita Viedman! Estaba deseando llegar, el viaje ha sido muy largo pero ha merecido la pena disfrutar del paisaje en este día tan soleado.

Su voz es jovial. A primera vista, diría que Arthur J. Kelly debe tener unos treinta años, muy bien vividos, por cierto. Lleva su pelo rubio bien cortado, una perilla en tonos dorados perfectamente delineada y unos preciosos dientes blancos que se afana en mostrar con una sonrisa resplandeciente. Inmediatamente, me contagio del buen humor que desprende e imito su sonrisa. Sin embargo, por el rabillo del ojo detecto que Zack me mira muy serio y que se enfurruña un poco al verme sonreír a Arthur tan abiertamente.

—Señor Kelly, esta es Caroline Winterthur, la jefa de estudios. Ella será la encargada de la organización del seminario.

—Me tiene a su disposición para cualquier cosa que necesite, señor Kelly —añade Caroline, muy educadamente.

—Por favor, señorita Winterthur, llámeme Arthur. Cuando se menciona al señor Kelly, no puedo evitar pensar en que alguien se está dirigiendo a mi padre.

Todos reímos cortésmente. Bueno, todos menos Zack, que acaba de esbozar una mueca de hastío que hacía tiempo que no le veía, poniendo sus ojos en blanco y frunciendo sus labios en un mohín de repulsión.

—Arthur, este es Zachary Knightley, el jefe del departamento de Literatura.

—¡Por supuesto! ¡El señor Knightley! Su fama le precede, profesor —saluda Arthur, tendiéndole la mano a Zack para estrechársela.

—Encantado, señor Kelly —responde Zack muy serio—. Yo prefiero dirigirme a los profesores por su apellido, si no es inconveniente —añade con un tono áspero que no pasa desapercibido para ninguno de los presentes.

—Ningún problema, profesor Knightley —acuerda Kelly, sin borrar su sonrisa pese a la impertinente intervención de Zack—. ¿Y esta encantadora señorita es...?

—Ella es la señorita Falcon, Arthur —me presenta la rectora—. Está impartiendo un semestre de narrativa actual en Alnwick y será su adjunta durante estos días.

—Encantada de conocerle, señor Kelly. Espero servirle de ayuda —respondo contenta.

—Seguro que así será. Y por favor, llámeme Arthur, señorita...

—Helena, ese es mi nombre de pila.

—Helena. Encantado de conocerla también.

Ambos nos quedamos mirándonos a los ojos manteniendo la sonrisa y el momento se convierte de repente en algo muy incómodo. Margaret es la encargada de desbloquear la situación.

—De acuerdo, pues, si me lo permite, Arthur, le mostraré las principales dependencias de...

—Señorita Viedman, si no le molesta, me gustaría empezar por los fabulosos jardines de Alnwick. Estoy deseando estirar las piernas después de un viaje tan largo y todos sabemos que

dentro de un par de horas no disfrutaremos de los deliciosos rayos de sol que han tenido a bien visitarnos esta mañana.

—Por supuesto, Arthur. Helena le acompañará, ¿no es así?

Asiento encantada.

Y a Zack le va a dar un síncope.

—Yo me ocuparé de su equipaje, señor Kelly —se ofrece Caroline, solícita. Parece que para ella es tan evidente como para cualquiera que el señor Kelly es muy atractivo.

—¿Vamos, pues, Helena? —me interpela Arthur, mirándome sonriente.

—Está bien —respondo.

Zack farfulla una despedida cortés y se gira sobre sus talones para dirigirse de vuelta a su casa. Mientras se aleja, casi me atrevo a decir que los cuellos de su abrigo echan humo, tal es la indignación de la que es presa.

Este hombre me saca de mis casillas.

—¿Qué tal se desarrollan las clases de la nueva asignatura, Helena? Tengo entendido que es la primera vez que se imparte narrativa actual en Alnwick —comenta Arthur mientras paseamos paralelamente a la muralla del recinto.

—Los chicos son fantásticos. De hecho, hay un par de ellos que se expresan de una forma absolutamente brillante —respondo con vehemencia.

—Me parece una iniciativa maravillosa por parte de la universidad. Precisamente, estuve hablando de ese tema el otro día con mi editor. Necesitamos nuevos escritores, dramaturgos, ensayistas... Ahora mismo, la novela está en auge, Helena. Es un gran momento para la difusión de ideas a través de las historias, el mundo necesita nuevos referentes.

—No puedo estar más de acuerdo. De hecho, habíamos valorado la posibilidad de organizar un concurso de relato corto, aprovechando que está usted aquí —me atrevo con disimulo. No pensaba que se me ofrecería tan pronto la posibilidad de sacar el tema que más me interesaba tratar con Arthur.

—¿Un concurso? ¡Me parece genial! Sería una magnífica forma de incentivar a los chicos para que se esfuercen por mejorar su escritura.

—Y para que incorporen sus enseñanzas con rapidez— añadido, dispuesta a reconducir la conversación—. De hecho... verás, señor Kelly, quería comentarle una cosa...

—Dispara.

—Mmmm... lamento ser tan directa, pero...

—Helena, el tiempo es oro. Me gustan las personas que no se andan con rodeos —me anima Arthur a continuar.

—Coincido —respondo con una sonrisa—. La cuestión es que yo me he convertido en su adjunta porque... porque tuve la idea de que el premio del concurso podría ser uno grande, uno que realmente incentivara la imaginación de los alumnos. Se me ocurrió que, quizá, el premio podría ser la oportunidad de colaborar con alguna editorial que usted conozca, siempre y cuando usted estuviera de acuerdo, por supuesto —me lanzo, un poco asustada.

—O sea, que la idea no ha sido mía —responde con agilidad.

Me quedo de piedra, no sé qué contestar a eso.

—Eeehhh...

Arthur me mira muy serio, pero de repente, su rostro se ve invadido por una enorme sonrisa.

—¡Estaba bromeando! Me parece una idea estupenda. De hecho, una de las editoriales con las que trabajo está buscando jóvenes talentos. Yo podría presentarle una joven promesa a mi editor y los chicos se beneficiarían de... ¿en qué había pensado exactamente?

Tras respirar aliviada, relato brevemente las ideas que se me han ocurrido para el desarrollo del concurso. Él asiente mientras me escucha, hace preguntas de cuando en cuando y va aportando ideas según se le van ocurriendo. Para cuando llegamos al campo donde se representan las batallas medievales, Arthur y yo charlamos con entusiasmo sobre las muchas posibilidades que podría ofrecer un certamen anual de talentos.

—¡Vaya! Pues para ser una neófita, ¡creo que no te has dejado ningún detalle en el tintero!

—Me halaga, Arthur. Solo intentaba conseguir una oportunidad interesante para los chicos.

—Lo digo en serio. No todos los días se encuentra uno con alguien tan organizado ni tan preocupado por sus alumnos, además de por la universidad en la que trabaja.

—Estoy muy agradecida a la señorita Viedman por haberme brindado esta oportunidad.

—No hace falta que lo afirmes, tus palabras y tu entusiasmo hablan por ti. Eso sí, estaré encantado de participar como juez y jurado de esta contienda con una condición.

—Dígame cuál —pregunto con una sonrisa.

—Que dejes de hablarme de usted. Creo que tienes la misma edad que yo, más o menos. No es habitual encontrarme a profesores tan jóvenes en mis visitas a universidades de prestigio y de verdad que aborrezco el tener que dirigirme a las personas de usted. ¿Supone algún inconveniente para ti, Helena?

—En absoluto.

—Perfecto, así está mucho mejor. Creo que tú y yo vamos a hacer un gran equipo.

—De eso estoy segura —añado, llena de contento.

—Bien, volvamos a la universidad. La señorita Viedman debe estar deseando enseñarme las instalaciones. ¡Ah! Y no le digas que he accedido fácilmente. Que vea lo que vales. Dile que te ha costado mucho convencerme, pero que gracias a tu excelente organización, al final lo has logrado. Además, no es algo que esté muy alejado de la verdad, ¿no es así? —bromea cómplice.

—La señorita Viedman es muy inteligente. No creo que haya nada que se le pase por alto.

—Aunque así sea, te aseguro que me encargaré personalmente de que ella sepa lo bien que has hecho tu trabajo.

Le agradezco la deferencia a Arthur y nos dirigimos a paso ligero de vuelta a la universidad, algunos nubarrones negros han enturbiado la preciosa mañana de la que hemos disfrutado hasta ahora. Durante el apresurado paseo, charlamos sobre los escritores que están teniendo más éxito, sobre el auge del género ecléctico y sobre las posibilidades que se han abierto en el mercado para autores independientes. Al llegar al patio central, me despido de Arthur por el momento, dejándolo en manos de Caroline, y me dirijo llena de decisión hacia la casa de Zack.

Me va a oír.

Llamo a su puerta. Espero unos instantes, pero no escucho los pasos de Zack acercándose.

Vuelvo a llamar, esta vez con una pulsación más prolongada. Mismo resultado.

Empiezo a aporrear la puerta, furiosa, a llamarlo a voz en grito...

Parece que no está aquí.

Casi corriendo, me dirijo a su despacho, pero lo encuentro vacío también. Extrañada, corro a mi habitación, prácticamente segura de que Zack estará allí esperándome...

Pero mi habitación está vacía.

¿Dónde ha ido esta vez?

—¡Helena! ¡Helena!

Lindsey viene corriendo escaleras arriba, llamándome a voz en grito y con cara de circunstancias.

—¿Qué ocurre, Linds?

—Zack se ha ido —escupe, casi sin resuello.

Y a mí se me cae el alma a los pies.

—¿Cómo que se ha ido?

—Acabo de enterarme, me lo ha dicho Caroline mientras esperaba a que volvieses de tu paseo con el señor Kelly. Al parecer, la rectora Viedman había organizado un intercambio de profesores como parte de la propuesta para el certamen.

—¿Perdón? ¿De qué estás hablando? La propuesta la he redactado yo misma y...

—El comité universitario, encantado con la posibilidad de establecer lazos con Cambridge, donde Arthur suele colaborar a menudo, ha enviado a Zack a impartir también un seminario sobre ciencia ficción.

Siento un frío que me atraviesa la espalda de arriba a abajo, temiéndome lo peor.

—Pero, ¿por qué no se me ha informado de nada? ¿Y por qué Zack no me ha dicho que se marchaba?

—Creo que se enteró ayer mismo. Al parecer, ha sido una decisión de última hora y...

Ya no soy capaz de escuchar el resto de su discurso. De repente, millones de imágenes de Margaret y Zack juntos en su despacho, follando sobre el enorme y precioso escritorio de nogal, se cuelan en mi mente. ¡Claro! ¡Por eso no me contestó a los mensajes! ¡No quería que me enterase de que se estaba tirando a la rectora para conseguir una plaza en Cambridge! Y él que me decía que odiaba ese lugar... ¡será hipócrita!

—¿Me estás escuchando, Helena?

—¡No! ¡Seguro que ahora todos dirán que la idea fue de la rectora, o de Zack, y me excluirán! ¡Por eso me han dejado como encargada del señor Kelly! ¡Para quitarme de en medio! —exclamo, totalmente fuera de mis casillas.

Lindsey me mira como si estuviera loca, frunciendo el ceño y entreabriendo su boca.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te hace pensar eso?

—¿No lo ves? ¡Por eso anoche no me contestó! ¡Incluso puede que se comportase de aquella

forma durante la corrección de ayer por la tarde porque ya sabía que iba a pasar la noche con la rectora y...!

—¿De qué coño estás hablando, Helena? ¿Te has vuelto loca?

—No me he vuelto loca. Desde que me has dicho esta mañana lo de la rectora y Zack, he podido reparar en cómo ella lo mira. ¡Es asqueroso! ¡Seguro que se la ha estado tirando todo este tiempo mientras se acostaba conmigo!

Con una expresión horrorizada en su rostro, Lindsey se abalanza sobre mí y me abraza fuerte. Entonces, empiezo a llorar desconsolada.

—¿Sabes que estás diciendo muchas tonterías? Lamento haberte dicho aquello, lo siento de veras, pero debes centrarte. Zack no te haría eso, sabes que él no es de esos.

—¡Eso no lo sabemos! ¡No lo sabemos porque nadie sabe cómo es en realidad, Linds! —gimoteo sin parar.

—Escucha, eso no es así. Y deja de pensar en que alguien pretende quitarte de en medio. Lo más probable es que la rectora haya ampliado la propuesta a raíz de la reunión con el comité y...

—¡No! ¡Seguro que esto es una conspiración! ¡He sido una estúpida! Y yo que creía que había conseguido llamar la atención de la rectora, y de Zack y... ooooh... yo... yo...

Destrozada y enfurecida conmigo misma, me dejo caer sobre la cama y permito que el llanto invada mi pecho. Lindsey se sienta junto a mí y me consuela, acariciando mi pelo como hace siempre.

—Creo que estás sacando las cosas de quicio, Helena. Te estás portando como una niña, dejándote llevar por teorías absurdas.

Poco a poco, la calma va volviendo a mi mente y recupero la cordura. Cuando soy capaz de levantarme del colchón, me dirijo al cuarto de baño para quitarme los churres que el maquillaje ha dejado en mi rostro. Me miro al espejo y me doy muchísima pena. Respiro hondo y pienso en Lindsey, en la imagen que tiene que tener ahora mismo de mí y me recompongo lo mejor que puedo. Más serena y con mejor cara, vuelvo al dormitorio y me quedo mirándola a los ojos.

—Lo siento, ha sido un arrebato de ira.

—De ira no, de celos, bonita.

—Puede, sí.

—Helena, creo que te estás precipitando. Deberías preguntarle a Zack en primer lugar...

—¿Sí? ¿Tú lo ves aquí? Porque no sé si te acuerdas de que ¡se ha marchado sin decirme nada! —respondo, empezando a encenderme de nuevo.

—Apuesto a que tendrás toda la información en cuanto él vuelva de Cambridge y entonces te sentirás aún más estúpida de lo que te sientes ahora.

—Linds, puede que esté equivocada, puede que haya llegado a conclusiones precipitadas influida por la ira y los celos. Pero lo que está claro como el agua es que se está cociendo algo a mis espaldas de lo que nadie me ha hecho partícipe.

—Coincido.

—Y que Zack me ha ocultado que se marchaba a Cambridge. Y eso no pienso perdonárselo.

—Helena —empieza Lindsey, lo más calmada que puede—, creo que, por desgracia, no estás

en posición de enfadarte porque Zack viaje a Cambridge sin avisarte. No es tu novio, ni tu pareja, no lo olvides.

Sus palabras me queman en el pecho, pero sé que tiene toda la razón.

Capítulo 28

El certamen

—Señorita Falcon, no consigo centrar la idea principal de mi relato. Si pretendo que los animales se conviertan en semidioses, ¿debería implicar que ya lo eran desde el nacimiento, pero no se habían desarrollado aún, o sería mejor que se lo hubiesen ocultado a los humanos deliberadamente?

Me quedo mirando a Brett a los ojos con el ceño fruncido, poniéndolo en un brete.

—Si te digo cuál debería ser la razón principal del desarrollo de la historia y ganas el certamen, reclamaré mis derechos como coautora —suelto con una sonrisa maliciosa.

—¡No! Solo quiero su opinión sobre cuál de las dos opciones cree que resultaría más novedosa. Estamos muy nerviosos desde que supimos que el señor Kelly sería juez y jurado y...

—Queréis deslumbrar. Lo entiendo.

—¡Por eso necesito su opinión! Por favor...

Brett es encantador, insisto en que sería mucho mejor narrador si centrase sus historias en el romance, pero mi labor solo es sugerir. Él se siente más cómodo moviéndose en la distopía.

De repente, se me ocurre algo.

—¿Y si el motivo por el cuál no se han desvelado frente a los humanos fuera el desengaño amoroso de su general?

Brett me mira frunciendo el ceño, valorando mi aportación.

—Eso solo habría impedido que el general hubiera ocultado su condición, pero no el resto de su ejército.

—Mmmm... no, para eso es el jefe. Si los demás tienen que guardarle obediencia, él podría haber impuesto como norma el no poder descubrir su condición al resto de los mortales.

Brett me mira a los ojos con renovado interés y sonríe.

—No me parece descabellado. Señorita Falcon, sería usted una gran guionista.

—Me conformo con terminar mi novela un día de estos —respondo con una sonrisa.

—Quizá debería participar en el certamen también —sugiere Brett, contento.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Esto es vuestro y debéis aprovechar la oportunidad. Y por cierto —alzo la voz para que el resto de la clase me oiga—, es relato corto, ¿de acuerdo? No quiero nada que supere las treinta páginas o acabaremos de corregir a principios del curso que viene.

La clase asiente sonriendo, todos ellos enfrascados en sus líneas pero atentos a lo que pasa a su alrededor.

—¿Cuándo sabremos los resultados? —pregunta Ashley, inquieta.

—Si todo marcha bien, el sábado por la mañana, durante la clausura del certamen.

—¡Ay qué nervios! —exclama Ashley, con los ojos muy abiertos y gesticulando con las manos.

—Pues yo insisto en que debería aprovechar la amabilidad del señor Kelly y presentarle su novela, señorita Falcon —insiste Brett.

—¿La señorita Falcon, escritora?

Arthur acaba de entrar en mi clase sin llamar y ha escuchado a Brett. Me mira desde el umbral, apoyado en el pomo de la puerta en la misma posición que lo hizo Zack el día antes de mi cumpleaños, esbozando también una sonrisa preciosa. Un latigazo de nostalgia mezclada con pánico me atraviesa. Zack aún no ha respondido a las llamadas y mensajes que le envié el sábado por la noche. Estoy un poco preocupada y bastante asustada, porque no sé qué es lo que se le estará pasando por la cabeza.

—Solo es un borrador —me recompongo, restándole importancia a mi faceta de autora.

—¿Un borrador? ¿Y cuántas páginas tiene el borrador, si puede saberse? —inquire Arthur con genuino interés, acercándose a mi mesa.

—Unas cuatrocientas —afirmo, esbozando una mueca de disculpa.

—¡Vaya! ¡Helena eso es genial! ¿Y se puede leer?

—Aún no. Estoy trabajando con el señor Knightley en la corrección de estilo y...

—No sabía que Zack era corrector de estilo.

—Así es —confirmo, asintiendo.

—¿Sabes si ha publicado algún manual?

—Zack disfruta mucho más con la docencia, no está interesado en atraer la atención sobre su persona —descubro sin querer.

—No todos los que publicamos buscamos atención, Helena —apunta Arthur, mirándome a los ojos muy serio—. Muchos autores escriben solo para difundir su manera de pensar, su visión frente a ciertos aspectos de la vida. Algunos pretenden adoctrinar y otros simplemente compartir experiencias, vivencias que puedan servir a los demás de guía.

Me quedo mirando a Arthur y me doy cuenta de que ese fue el motivo que me impulsó a elegir el género erótico. Arthur nota de inmediato que ha tocado una tecla importante en mi cerebro e intenta llegar más allá.

—¿He dicho algo interesante?

—Creo que acabas de hacerme cambiar de opinión sobre algo que me ha atormentado durante años.

—¿Y qué ha sido, si puede saberse?

—Deja que termine la clase. Nos vemos en el comedor dentro de media hora y te lo cuento. Además, me interesaría conocer tu opinión al respecto.

—Estupendo. Nos vemos luego.

Arthur se marcha, no sin antes despedirse amablemente de los chicos y recordarles que esta tarde empieza el seminario y que está deseando escuchar nuevas voces. Me abstraigo momentáneamente de la clase e intento enfocar mis pensamientos...

—Me has hecho recordar algo que tenía olvidado, Arthur, y no sé cómo ha sido posible que eso ocurriera.

—Dispara, me tienes en ascuas.

Aunque no estamos solos en el comedor de profesores, me siento muy cómoda con Arthur. Todo lo que he visto de él hasta el momento ha sido sorprendentemente agradable, me aporta una refrescante sensación de ganas, de gusto por la vida y por lo que hace. Está claro que necesitaba encontrar un hombre que sirviese de contrapunto al complejo mundo interior de Zack.

—Yo escribo erótica —suelto con un poco de reparo.

—Vale...

No parece que le haya importado. Quizá es la primera persona que no me pone una cara rara cuando le doy esta información. Me animo un poco al darme cuenta de que, a priori, Arthur no me va a juzgar.

—El estilo de la narración es romántica, la diferencia es que yo detallo los encuentros íntimos explícitamente. Es decir, no es erótica exclusivamente.

—Comprendo. Digamos que es una romántica más acorde al siglo veintiuno —asiente.

—Exacto. Las historias que narro tienen siempre un trasfondo, pero no pretendo adoctrinar con ellas; solo intento contar hechos que puedan servir como contraste a la hora de tomar decisiones importantes en la relación de pareja. Siempre baso la narración en detalles que he vivido o que conozco de primera mano, intento que la historia sea creíble porque es real, pero la comparto precisamente para que los posibles lectores puedan hallar un lugar donde encontrarse; ya sabes, contar una situación que les pueda ayudar a no sentirse bichos raros. Y también a valorar la importancia de la confianza en una relación, ya sea de amigos, familia o pareja.

—O sea, tu deseo al empezar a escribir era compartir tu experiencia para que aquellos que se sintiesen identificados con tus historias, hallasen también confort en ellas.

—Exacto.

—Pero eso no es lo que te he descubierto en clase —añade, mirándome fijamente.

—No. Esto ya lo sabía. Solo lo había olvidado.

—¿Entonces?

—Me has hecho ver que, aunque todos se han empeñado en decirme lo contrario, yo no escribo buscando atención o reconocimiento; yo escribo para ayudar a los demás, para hacerles ver que no están solos, que hay muchas personas que han pasado por lo que ellos están pasando y han sobrevivido; expongo distintas situaciones que, en el mejor de los casos, les ayudarán a tomar decisiones frente a una disyuntiva o a una situación que les produzca inseguridad.

Arthur me mira a los ojos con interés mientras toma su café bien cargado. Al terminar mi explicación, se queda en silencio durante unos instantes y asiente.

—Y las personas que te rodean piensan que lo haces para llamar la atención y obtener reconocimiento.

—Así es. Todas y cada una. Incluso Zack.

No lo he podido evitar. Aunque sea más reciente y menos acusado que en el caso de mi

familia y mi ex, lo que siento por Zack provoca que aquellas palabras que me dijo en la cafetería sean las que primero vienen a mi mente ahora mismo. Me hizo daño, mucho, es solo que no he querido darle mayor importancia.

Arthur mueve su cabeza de un lado a otro y esboza una triste sonrisa.

—Por desgracia, no todo el mundo está capacitado para ver más allá de su propio sesgo, las vivencias personales suelen interferir demasiado a la hora de juzgar una situación.

—Ya, pero ni siquiera había valorado la posibilidad de que no fuese así. Cada vez que alguien me ha dicho que yo escribía por esa razón, me he limitado a aceptarlo en mi interior y a seguir hacia adelante. No ha sido hasta hace un rato que he recordado por qué me lancé a escribir.

—Me alegro de haber sido de ayuda, entonces —termina con una sonrisa más amplia—. En cuanto a Zack, no lo conozco mucho. Sé que tiene fama de ser muy duro como profesor y reservado con respecto a sus colegas, pero sobre todo, de tener una inteligencia fuera de lo común. No me extraña que su reacción inicial haya sido proyectar en ti sus propios miedos, sobre todo, si le ha gustado tu forma de escribir.

—¿Perdón?

—Es habitual que, al encontrar en su camino a alguien con valía, la persona inteligente tienda a etiquetar con ligereza a la otra persona. Podría haber dejado que te explicaras, haber dejado que fueses tú la que, como una mariposa, floreciera bajo su mando; sin embargo, te atribuyó sus propias frustraciones.

—Él no quiere publicar, nunca ha querido —espeto con convicción.

—Eso es lo que él dice —opone Arthur.

—Además, Zack no tiene interés alguno en llamar la atención, en serio —apunto, pronunciando las palabras despacio.

—Puede que no conscientemente, Helena. Ya te digo que no lo conozco, pero después de ver cómo se comportó conmigo ayer, y por lo poco que sé de su trayectoria, es lo que más me cuadra con la historia que me estás contando.

Puede que tenga razón, Zack es tan hermético que cualquier interpretación podría ser la correcta.

—Quizá deberías haberte dedicado a la psicología, Arthur —comento con una sonrisa.

—Estuve a punto, pero me gustaba demasiado llamar la atención...

Ambos nos miramos con intención y empezamos a reír. Hemos congeniado maravillosamente y me siento cada vez más cómoda con él.

—Es casi la hora. Será mejor que me vaya para preparar el atril de ponencia y las mesas del jurado. Quiero engalanarlo todo con los colores de Alnwick, me han dicho los alumnos que hay unas colgaduras preciosas y muy antiguas que podría utilizar.

—Te acompaño y así voy preparando también la primera charla...

El salón luce precioso, las colgaduras han resultado ser un acierto. Por muy antiguas que puedan ser, se encuentran en un estado fantástico y dan un toque de distinción al evento. Además, he encontrado unos manteles preciosos, también con los colores de la universidad, con los que he tapado las mesas del jurado y el atril de ponencia y el conjunto resulta muy

conveniente. Los chicos están nerviosos, entusiasmados, y aunque las últimas veinticuatro horas de preparativos han sido agotadoras, veo aprobación en la mirada de Margaret al subir al escenario, así como en la de los demás miembros del jurado.

El resto del día pasa entre relatos, es una delicia escuchar a mis chicos y a otros alumnos que se han interesado por participar, leer sus historias en voz alta. Pero no pasa un solo minuto sin que piense en cuánto estaría disfrutando Zack ahora mismo y, por fin, comprendo a qué se debía su malhumor del sábado.

Miro el móvil por enésima vez para descubrir con tristeza que no, aún no me ha respondido. Conmovida por la situación que estoy viviendo y por la certeza de que Zack debe estar también dudando sobre mi estado de ánimo, me atrevo.

“Me encantaría que estuvieras aquí”.

Apago la pantalla y, con un suspiro, me entrego por completo a escuchar la historia de Brett, que promete ser de lo más interesante.

Capítulo 29

Cambridge

Paseando por los jardines que me vieron crecer como profesor y como hombre, la nostalgia campa a sus anchas. Recuerdo cuántos buenos momentos he vivido en este campus, a cuántas chicas besé en mi época más alocada, cuántas experiencias diferentes y excitantes que, sin embargo, resultaron tan vacías para mí. Esa locura de la juventud solo consiguió que perdiese el norte, que me desviase de mi objetivo, que malgastase el valioso y escaso tiempo del que disponía para despuntar.

Necesitaba despuntar, no quería terminar como mi padre.

Pienso entonces en Helena, en la fascinación que ha traído a mi aburrida existencia. Cualquiera que conozca la fama de golfo que tuve aquí, se extrañaría al descubrirme tan enganchado a una mujer, mucho más, después de mi relación con Bree. Se extrañarían porque no conocen la verdad, la complejidad de la relación que mantuve con esta universidad, con las mujeres con las que tuve mis primeras relaciones... o conmigo mismo.

Esos son algunos de los recuerdos que se han quedado encerrados en lo más profundo de mi corazón, esos que se pudren por falta de difusión y que emponzoñan mi alma, esos que debo dejar salir a la luz en la soledad de mi pequeña casita en Alnwick de vez en cuando para no perder la cordura. Si Margaret no me hubiese concedido ese espacio donde poder ser yo mismo, me habría consumido, jamás habría podido triunfar porque los remordimientos habrían acabado con mi autocontrol.

Ese autocontrol que Helena se ha llevado, prendido en sus pechos y en sus labios.

Me enfadé mucho cuando Margaret me llamó el sábado a primera hora para anunciarme que tenía que salir de viaje el domingo por la mañana. Estuve más gruñón de lo habitual con Helena, no quise decirle nada para no preocuparla, pero cualquier cosa me ponía de los nervios. Por eso le dije que se marchase, no quería pasarme de borde y sabía que acabaríamos enfadados si continuábamos con las correcciones. Más tarde, cuando volví del despacho de Margaret, vi sus llamadas y mensajes, pero estaba tan enfadado por tener que ir a Cambridge que preferí no ir a verla, habría sido mucho peor así.

No pude dormir en toda la noche, estaba muy enfadado. Y para colmo, al salir por la mañana, tuve que tragarme la mirada que Helena le lanzó a ese blandengue de Arthur Kelly.

Dios, lo habría estrangulado allí mismo.

¡El bomboncito Kelly! Todo rubio y dorado, brillante como una pomposa lámpara de araña. Ella no podía quitarle ojo, parecía que estuviese mirando un enorme pastel de queso y galleta al que estuviese deseando hincar el diente. ¡Pero, y él! ¡Él ya la había devorado de arriba a abajo desde la ventanilla del taxi! ¿Se puede ser más evidente, por Dios?

Puede que Helena lo hiciese adrede para fastidiarme, puede que estuviese molesta

porque no le respondí las llamadas ni le envié ningún mensaje, pero ella sabe cómo soy. Lo de llamar y mandar mensajes me parece un horror y no me dio tiempo a ir a buscarla por la mañana... Aunque quizá sí debería haberle dicho que me iba unos días...

¡Maldita sea!

¡Soy un imbécil! ¡Ahora le he dejado el campo libre al tonto blandengue de Arthur! Seguro que intenta algo con Helena, tienen la misma edad y, para colmo, él es un autor de éxito, exactamente lo que ella desea. Y es simpático... y atractivo...

¡Joder! ¡No quiero que ella se olvide de mí!

Agarro el móvil con decisión, dispuesto a llamarla, y entonces entra uno de esos odiosos mensajes de Whatsapp que tanto detesto:

“Me encantaría que estuvieras aquí”.

Automáticamente, una sonrisa aterriza en mis labios. Helena, incluso aunque pueda estar enfadada, se ha acordado de mí. Sabe cuánto me habría gustado participar en el seminario, sabe cuánto significaba para mí compartir la experiencia con ella y los chicos, incluso aunque yo no le haya dicho nada al respecto. Ella está empezando a conocerme y, aún así, no ha salido huyendo. Al menos, aún no.

Ahora soy yo el que no quiero hacerme ilusiones.

«No seas tonto, Zack. Ella aún no ha huido porque no ha visto tu interior, porque no ha contemplado cuánto dolor te provocan todos esos recuerdos que ahora mismo se arremolinan alrededor de tu cuerpo mientras paseas lánguidamente por los jardines de tu pasado».

Y como si estuviese en trance, los miro directamente a los ojos.

aaaaa

El silencio imperante en mi casa de Edimburgo; las cenas a solas con mi madre, su falsa sonrisa mientras miraba cómo me alimentaba sin llevarse nada a la boca, esperando a que mi padre decidiese volver del bar en el que se gastaba el sueldo. El dolor que sentí al darme cuenta de que mi padre no tenía los arrestos suficientes para salir de aquella adicción que se estaba llevando su vida. Y la de mi madre también.

aaaaa

Normal que piense que lo mejor que le pudo ocurrir fue no tener más hijos, no sé con qué nos habría alimentado de haber tenido más hermanos. La expresión horrorizada de Helena cuando solté este pensamiento en voz alta acude saltando a mi memoria y sonrío con amargura. Está claro que la mejor decisión es no abrirle mi corazón. Si va a marcharse, al menos que tenga un buen recuerdo de mí.

Sigo avanzando hacia el *college* donde voy a dar mi charla y, como silentes fantasmas, los recuerdos me acompañan en mi camino.

aaaaa

Las risas de los niños en el colegio cuando se enteraron de que mi padre era un borracho. Las bolas de papel arrojadas sobre mi cabeza cuando, una vez más, conseguía un sobresaliente en un examen. Las burlas en el instituto cuando mi cuerpo decidió crecer demasiado hacia arriba y muy poco hacia los lados...

Todos duelen, todos. Pero el peor de mis recuerdos es más reciente, el dolor de sentir en mi nuca las miradas condescendientes de los hermanos de mi padre cuando vinieron al entierro de mi madre, la vergüenza de escuchar los cuchicheos en voz baja de todos los que asistieron aquel día fatídico, mientras me miraban con lástima.

aaaaa

Nunca les demostré cariño, nunca. Mi incapacidad absoluta para empatizar con los sentimientos más profundos me convirtió en una especie de ermitaño emocional, obsesionado con la búsqueda incansable de ese amor idílico que te agarra por dentro y te hace perder la razón. Ese amor, que solo existe en las novelas, me hacía sumergirme cada vez más en mí mismo y, cuando me dí cuenta, ya era demasiado tarde. Mi indiferencia ya había hecho mucho daño a mi alrededor, sobre todo a mis padres.

Y a Bree.

Giro la cabeza hacia el que era nuestro edificio, del que me separan tan solo unos metros, y ella aparece sonriendo en mi mente. Pero, en un par de segundos, su rostro se contorsiona en una mueca monstruosa, una expresión horrible que me grita que ha vuelto solo para atormentarme.

Sacudo la cabeza para sacar esa imagen de mi mente porque no es real. Bree era una buena persona, solo se vio abocada a hacerme daño debido a las circunstancias.

O quizás no.

aaaaa

Bree llorando.

Bree haciéndome sentir mal.

Bree riéndose de mí a carcajadas delante de todos.

Bree, de nuevo llorando, esta vez en silencio, al darse cuenta de que nada de lo que había intentado me haría cambiar de opinión. Que lo único que había conseguido era alejarme de ella para siempre.

aaaaa

Dos lágrimas atraviesan mi rostro y trago saliva. Eso aún duele demasiado.

Sigo avanzando hacia el *college* mientras aparto su recuerdo de mi mente y me centro en mi vida después de ella.

aaaaa

La muerte de mi padre. Mi reclusión en Edimburgo, luchando por volver a tener el control de mi vida. La liberación que supuso para mí poder marcharme de la ciudad más bonita que conozco, pero que llegué a odiar con todo mi corazón. Mi llegada a Alnwick. Saber que no traía conmigo nada que me lastrara, que allí podría empezar de nuevo, que allí podría ser yo mismo.

Abstinencia.

Un triunfo tras otro. Admiración, respeto.

Y por fin, paz.

aaaaa

En Alnwick he podido desarrollarme sin cortapisas, es mi refugio, mi hogar. En Alnwick tengo todo lo que necesito, excepto ese amor idílico que he sido incapaz de encontrar. Ahora sé que era culpa mía, no puedo encontrar ese amor porque no habita en mí, no existe amor en mi pecho. Fue muy frustrante descubrirlo, pero sé que aún debió ser más frustrante para los demás cuando se dieron cuenta de que jamás podría sentirlo, de que, por mucho que se empeñasen, jamás podría amarlos como se merecían.

Sobre todo, para Bree.

No puedo guardarle rencor porque sé que ella no lo merece, pero aprendí bien la lección: no puedo permitir que nadie más se enamore de mí.

Huí a Alnwick, a ese remanso de paz que elegí de una forma totalmente consciente, buscando un lugar donde pudiese aislarme por completo, un lugar donde no habría espacio para el amor, pero tampoco para el dolor.

Y de repente... Helena.

“Me gustaría que estuvieras aquí”, vuelvo a leer.

Sin darme cuenta, estoy sonriendo de nuevo.

Helena es un alma llena de luz que me atrae sin remedio, que me hace plantearme cosas cuando no es eso lo que quiero. Por eso tengo que tener la cabeza fría. Tengo que disfrutarla y hacerla disfrutar, tengo que aprender de ella y lograr que ella aprenda conmigo, apoyarla para que brille en todo su esplendor, para que recupere la confianza que seguro tenía antes de vivir lo que ha vivido con su familia y con Robert.

Pero no debo darle esperanzas sobre mí, ni debo hacerme ilusiones con ella.

Y debo saber cuándo he de dejarla marchar.

«O...».

Mi subconsciente está intentando llamar mi atención, probablemente porque este último pensamiento amenazaba con devolverme a esa vida aburrida que, desde hace un par de meses, ya no me parece tan atractiva.

¿O qué?

«O deja que las cosas ocurran».

Mi corazón se acelera. ¿Que las cosas ocurran? ¿Cosas como las que pueden estar pasando ahora mismo en la universidad?

¡Joder!

El móvil, que aún está en mi mano, parece ser la única solución a este entuerto.

“A mí también”.

Pulso enviar.

¡Vale! ¡Sé que es una mierda de respuesta! Pero, al menos, es una respuesta. La señorita Helena Falcon no se conforma con hacer que cambie algunas de mis odiosas y arcaicas costumbres, no; ella pretende conseguir que las cambie todas. Pues, ya está, Whatsapp enviado. Espero que esté contenta.

Devuelvo el móvil al bolsillo de mi abrigo y aprieto el paso hacia la entrada del edificio donde va a tener lugar la ponencia. Y aunque sé que es absurdo, reconozco que voy un poco más animado, que cambiar el rumbo de los acontecimientos no parece ser tan malo.

Que me gusta este nuevo Zack.

Capítulo 30

Miradas

La semana ha pasado en un periquete. Los chicos han escrito algunas piezas muy interesantes, encantados ante la idea de que un autor de éxito estuviese dispuesto a leer sus historias. Sin embargo, no he podido disfrutar plenamente debido a la ausencia de Zack.

“A mí también”, me contestó el lunes. Me sorprendió tanto que no supe qué más decir, temerosa de revelar demasiado sobre los sentimientos que le profeso y que cada día me cuesta más ocultar. No me he atrevido a preguntarle a la rectora cuándo se supone que Zack estará de vuelta precisamente por el mismo motivo. No quiero que ella se dé cuenta de lo que creo que para muchos ya es evidente: que estoy enamorada de Zack, que no soy correspondida y que nuestro *affaire* tiene fecha de caducidad.

Pero lo que nadie sabe es que no me he dado por vencida.

No sé cuál es la mejor forma para conseguir que él acepte ir un paso más allá, pero estoy siguiendo mi plan a pies juntillas. Estoy dejándome la piel en lo que respecta a este certamen, pretendo hacerme indispensable en la universidad y conseguir que la rectora valore la posibilidad de que el año que viene, de una manera u otra, yo pueda seguir dando clase aquí. Y de momento, todo está saliendo a pedir de boca. El certamen está siendo un éxito, el concurso ha resultado de lo más interesante y los profesores han alabado la buena organización.

Es jueves por la tarde y estamos terminando de escuchar el relato de Brett, uno de los que han sido preseleccionados como finalista. El auditorio escucha embelesado, Brett tiene madera y el desparpajo suficiente para transmitir con su cuerpo y su voz.

Entonces, lo veo llegar.

El corazón me da un vuelco, mi pulso se desboca y, aunque no hace ni pizca de calor, estoy empezando a sudar como si estuviese frente a una chimenea en pleno julio.

Su pelo, revuelto por el viento que hoy nos azota, se enrosca en torno a su rostro confiriéndole ese aspecto de perdonavidas que tanto me gusta. Zack pasea su mirada por el escenario deteniéndose en las colgaduras, creo que le gusta lo que ve. Entonces, gira su cabeza y sus ojos encuentran los míos, ávidos de su atención. El primer choque es de alegría, puedo verlo incluso desde aquí; pero inmediatamente, su expresión muda en consternación. Frunzo el ceño extrañada ante su reacción y él deja de mirarme para centrar toda su atención en las palabras que Brett está enlazando tan magistralmente.

—Ha llegado tu novio —susurra Arthur en mi oído.

Automáticamente, la aprensión se apodera de mi cuerpo.

—¿Mi qué? —respondo, girando mi cabeza hacia él.

—Tu novio, el señor Knightley —responde con una sonrisa.

—Zack no es mi novio, Arthur. No sé por qué diablos piensas eso.

—¿No lo es? Pues perdona, entonces. He escuchado a los chicos comentar sobre el tema, pero la forma en la que os habéis mirado ahora mismo no ha hecho más que confirmar esos rumores —comenta tranquilamente.

Yo no puedo dejar de mirarlo como si hubiese visto a un fantasma, no sabía que él estaba al tanto, sobre todo porque no me ha visto interactuar con Zack en ningún momento.

—No nos hemos mirado de ninguna forma. Aprecio mucho a Zack, como profesional y como persona, pero no hay nada más, por mucho que mis alumnos cotillas se empeñen en imaginar.

—Pues es una pena, sería una relación muy ventajosa: tú escribes la novela y él te la corrige; solo os haría falta un editor, pero ahora tienes un amigo con contactos... —comenta con una sonrisa traviesa.

—Mi amigo con contactos no sabe si le gusta cómo escribo —respondo, intentando desviar la atención sobre el otro tema de la conversación.

—Aún. No he insistido mucho porque hemos estado muy ocupados, pero de verdad que me gustaría leer algo de lo que escribes —afirma con rotundidad.

Yo lo miro a los ojos y sonrío sinceramente. Arthur amplía su eterna sonrisa y asiente.

—Sería un honor. En el momento en que Zack y yo terminemos de corregirla, serás el primero en leerla.

—Gracias. Y en cuanto a Zack, yo solo digo que no nos quita ojo desde que ha llegado y me aventuraría a decir que, si pudiera, me atragantaría ahora mismo con sus propias manos. — Contengo el aliento sin darme cuenta al escuchar su insinuación e intento girarme para ver qué está haciendo Zack ahora mismo, pero Arthur me agarra del brazo para obligarme a seguir mirándole—. ¡No! No lo mires, si lo haces se dará cuenta de que estamos hablando de él.

—Pero, ¿qué está haciendo? —pregunto, desesperada por saber.

—Mirarme con cara de asesino —afirma Arthur. Entonces, se acerca a mi oído y me susurra —: quizá un poco de celos sea la mejor arma para desatar sentimientos contenidos...

Me separo instintivamente, horrorizada ante la idea. Sé que Zack no llevaría bien sentirse celoso, si es que hubiera alguna posibilidad de que eso ocurriera.

—No hay ninguna necesidad de provocar celos cuando no hay nada más que una buena amistad entre nosotros.

Arthur vuelve a acercarse a mi oído, se detiene junto a él unos segundos sin decir nada, solo esbozando una sonrisa que a mí me pasa totalmente desapercibida.

—Espero que escribas mejor que mientes, Helena.

Y sin más, Arthur vuelve a prestar atención a Brett, que ha llegado al punto álgido de su relato. Muy nerviosa, miro de soslayo hacia donde está Zack para confirmar si lo que me ha dicho Arthur es verdad o es solo que quiere hacerme ilusiones... y me encuentro con su mirada clavada en mí.

Ojos verdes echando chispas.

A medida que el auditorio se va vaciando, observo que Zack se acerca a la rectora. No me

mira, ni siquiera de reojo y, tras saludarse con un gesto, ambos se marchan por la puerta que da acceso a la sala de profesores, imagino que con el fin de ponerla al día de cómo ha ido su intervención en Cambridge. Pero me quedo desolada, algo en mi interior esperaba que viniese directamente a saludarme y la decepción al darme cuenta de que no soy su prioridad es aplastante. Arthur ha ido a felicitar personalmente a Brett, le ha gustado mucho su forma de narrar, así que estoy de pie en medio del salón de actos, valorando qué debería hacer a continuación.

Desaparecer. Escabullirme a mi dormitorio parece ser la mejor opción en este momento, así podré descansar un poco y recuperarme de la emoción que me causa tener a Zack de vuelta en Alnwick. Me dirijo escaleras arriba arrastrando los pies apesadumbrada, intentando dilucidar cuál es la mejor manera de acercarme a él, de pedirle explicaciones por su extraño comportamiento, sin llegar a ninguna conclusión. Una vez tumbada sobre mi cama, pienso que sería buena idea ir a buscarle a su casa cuando ya sea noche cerrada para preguntarle cómo le ha ido y comprobar que todo está bien. Tras tomar mi decisión, agotada por los días de esfuerzo y de falta de sueño, me quedo profundamente dormida.

En mi sueño, la rectora Viedman es un dragón todopoderoso que me tiene secuestrada, y Zack, mi supuesto caballero andante, se fuga con ella para tener montones de hijos teriomorfos.

Me despierto sobresaltada, pensando que he debido dormir solo unos minutos. Agarro el móvil, ansiosa por descubrir si Zack me ha enviado algún mensaje y descubro que son más de las doce de la noche. Y que Zack no ha dado señales de vida.

¡Maldito Zachary Knightley! ¿Qué espera? ¿Que vaya corriendo a sus brazos, y si no, nada? ¿Le da igual verme que no hacerlo? ¡No he sido yo la que lo he ignorado deliberadamente! ¡Seguro que no podía esperar para ir a meterse entre las piernas de Margaret Viedman y así asegurarse su plaza en Cambridge! ¡Pues que les den a los dos! Mañana pienso ponerme preciosa y bailar con los chicos y con Arthur hasta que me duelan los pies. Y a Zack, ¡que le cunda!

Ahora sí que estoy enfadada. Mucho. Y ya no me parece tan mal la sugerencia del señor Arthur J. Kelly...

Venía deseando estrecharla entre mis brazos, no he podido pensar en otra cosa desde que le envié el maldito mensaje, incluso aunque me molestó muchísimo que no me contestase. Durante estos cinco días que he estado fuera, se me han pasado por la cabeza todo tipo de situaciones en las que el pastelito Kelly se ocupaba de ganar terreno para llevarse a Helena al huerto. O peor aún, situaciones en las que ella, obnubilada por su éxito como escritor, quedaba con él a solas para leerle en voz alta alguno de los pasajes más ardientes de sus novelas.

Eso, particularmente, ha sido una puñetera tortura.

Por eso he vuelto antes de lo previsto. Conseguí unir dos ponencias ayer por la tarde y eximirme de asistir a la gala de cierre con tal de llegar hoy a Alnwick a tiempo de asistir al último día de lecturas, pero sobre todo, loco por volver a verla, por volver a tenerla, por descartar la horrible idea de que pudiera estar seduciendo a Arthur Kelly. O siendo seducida por él.

Y al llegar, mis peores pesadillas se han hecho realidad frente a mis ojos: Helena sentada

junto a Arthur, susurrándose confidencias al oído, riendo con sensualidad. Al principio sentí un dolor muy fuerte en la boca del estómago, después un frío húmedo recorriendo mi espalda y falta de aire en mis pulmones; pero tras el primer golpe, todas esas reacciones que no sé reconocer tornaron en un sentimiento con el que estoy perfectamente familiarizado:

La ira.

Creí que iba a consumirme de rabia al ver cómo tonteaban tan descaradamente. Gracias a Dios, no he perdido la práctica de poner mi cara de *poker*, esa a la que tan asiduo era hace unos años. Me giré hacia el escenario y me concentré en atender a Brett Dursley, cuya historia tenía a toda la audiencia embelesada.

¿A quién pretendo engañar? ¡No he escuchado una sola palabra! No he podido dejar de mirar a la parejita feliz, que cuchicheaba y sonreía sin parar. ¡Maldito Kelly! Me habría encantado acercarme y borrar esa estúpida sonrisa complaciente de su cara de gilipuetas de un sopapo. Y ella... ella me miró al principio, creí atisbar una sonrisa dulce en su rostro... pero nada, siguió tonteando con Arthur.

Fui a hablar con Margaret, tenía que hacerlo en primer lugar. Intenté condensar las sensaciones que he percibido a lo largo de mi estancia en Cambridge en un discurso lo más breve posible, pero ella me ha entretenido, como era de esperar. Al salir, pensé que Helena me estaría esperando en mi despacho, así que corrí hasta allí, apartando a un lado mi ira por un momento. Pero ella no me esperaba sentada en su asiento habitual, mi despacho estaba a oscuras, inerte y olvidado. Mis esperanzas se redoblaron y volé hacia aquí, hacia mi casa, totalmente seguro de que ella me había echado tanto de menos como yo y que no podía esperar a pasar la noche conmigo...

Pero mi umbral estaba desierto y mi casa, vacía.

He entrado, me he sentado en el sofá donde compartimos momentos inolvidablemente excitantes hace tan solo unos días y he cogido mi móvil, decidido a llamarla; sin embargo, algo en mi interior me lo ha impedido. He dejado pasar los minutos mirando la pantalla, nervioso, enfadado, lleno de incertidumbre... y los minutos se han convertido en horas.

Ahora son casi las doce de la noche y me doy cuenta de lo estúpido que he sido. Quizá ella no me ha extrañado, quizá el señor Kelly sí que ha conseguido, con su amabilidad innata, hacerse con su atención, esa de la que yo he disfrutado hasta ahora y que no he valorado lo suficiente. Yo no puedo ser Arthur Kelly, no soy complaciente, ni simpático, ni encantador. Y por supuesto, no soy un galán de cuento, rubio y resplandeciente, ni tengo una sonrisa arrebatadoramente sincera, ni soy un autor de éxito, ni estoy más cerca de los treinta que de los cuarenta.

Pero sobre todo, no puedo darle lo que ella necesita, eso que desea con todas sus fuerzas, aunque no esté dispuesta a reconocerlo. Estar conmigo no puede ofrecerle más que una buena corrección de estilo. Y eso también puede encontrarlo en cualquier otra persona.

De la ira, mi mente pasa a un profundo y también desconocido desasosiego. Desasosiego que nace en el fondo de mi pecho al pensar que puede que jamás vuelva a leerme en voz alta, a mirarme a los ojos con ese brillo de ilusión titilando en sus verdes pupilas, a sonreírme con dulzura... o con intención. Que puede que ya no desee volver a enredarse en mi pelo, que ya no quiera deslizar su mirada por mi cuerpo, haciéndome sentir deseado. Que puede que, finalmente, se olvide de mí.

Me voy a la cama sintiéndome derrotado, absurdo e infantil. Pero cuando apoyo mi

cabeza en la almohada y cierro los ojos, me doy cuenta de que esto es lo mejor para ella, que quizá conocer a Arthur sea la solución a sus problemas, la tabla de salvación que venía buscando a Alnwick y que, por desgracia, yo no puedo ofrecerle.

Agotado, caigo en un sopor febril en el que los sueños se mezclan con la realidad haciéndome muy difícil discernir entre ambos. Veo a Helena volando, como si de un hada se tratase, mirándome a los ojos con una sonrisa preciosa mientras sube cada vez más alto, tendiendo su mano hacia mí. Pero no puedo alcanzarla, por mucho que me empeño, está demasiado lejos...

Capítulo 31

Orgullos

No lo he visto en todo el día, no tengo ni idea de dónde ha podido meterse, lo único que sé es que no ha venido a buscarme y que yo no pienso hacer nada más. No después del desplante de ayer. ¿Tengo razón? ¡No lo sé! ¡Esto es desesperante! Lindsey me ha aconsejado que fuese a su casa para aclarar las cosas y, aunque no quería hacerlo, he ido. Pero no había nadie allí. Pensé que habría madrugado, que quizá había decidido ir al pueblo y que acudiría a las últimas lecturas de hoy, que empezaban a las diez. Pero nada, tampoco ha venido, y eso sí que me ha resultado extraño.

He almorzado con Arthur y con Lindsey sin dejar de mirar hacia la puerta cada vez que esta se abría. Imagino que ambos pensarán que soy patética, que no entienden a qué estoy jugando, ni yo misma lo sé. Aunque en el fondo de mi corazón, una maliciosa voccecita me grita que es él quien debe acercarse, que le corresponde a él venir a buscarme si es que desea continuar con nuestro estúpido y obsoleto acuerdo.

Obsoleto, porque los términos iniciales ya no tienen sentido alguno para mí, ahora ya no. Ahora ya no sé qué es lo que tenemos.

Terminamos de almorzar y, deseando estar a solas para ordenar mis sentimientos, me despido de mis amigos y del resto de profesores alegando que quiero repasar mi discurso de mañana por la mañana, que será cuando se anuncien los ganadores del certamen y quién será el elegido por Arthur para ser presentado a la editorial. Aunque estoy casi segura de que será Brett, aún no puedo lanzar las campanas al vuelo porque Arthur no se ha manifestado al respecto.

Salgo al pasillo y me apresuro a subir las escaleras en dirección a mi dormitorio, la señorita Hannighan me sale al paso y casi tropiezo con ella con las prisas. Ella me increpa y, sin dejar de subir las escaleras, giro la cabeza para exclamar una disculpa apresurada. Veo su mirada reprobatoria y me encojo de hombros, sintiéndolo sinceramente. Cuando vuelvo a mirar hacia adelante, tropiezo con el último escalón y...

—¡Te vas a matar!

Caigo en sus brazos, que me salvan de un accidente bastante aparatoso y de un ridículo aún mayor. Al sentir sus manos agarrándome fuerte para evitar mi estrepitosa caída, un delicioso cosquilleo me recorre de arriba a abajo. Levanto los ojos y me quedo clavada en los suyos, ahora azules como el cielo. Ambos alargamos el momento, deseosos de estar juntos, no podemos negarlo.

—¡Zack! ¡Lo... lo siento! Me he tropezado y...

—Y si no llego a estar aquí, habrías besado el suelo —responde con esa voz que me recuerda instantáneamente cuánto lo he echado de menos.

El suelo no sé, pero sus labios...

¡Ufff!

—Gracias —musito, separándome lentamente de él.

Ambos nos miramos a los ojos, incapaces de decir nada más, solo bebiéndonos con ansia, felices de que el destino haya provocado el encuentro que ambos nos hemos empeñado en evitar.

—¿Ya has terminado con el certamen? —pregunta quedamente.

—Casi. Solo queda la fiesta de esta noche y la ceremonia de entrega de premios, que será mañana por la mañana.

—Lo sé.

—Ya, imagino que la rectora te habrá puesto al día convenientemente —suelto con retintín.

—Así es.

—Espero que te haya ido muy bien en Cambridge.

No, no puedo estarme calladita.

—Ha sido bastante enriquecedor a nivel académico, sí.

—Imagino entonces que el año que viene darás clase allí —dejo caer, un poco molesta.

Zack frunce el ceño y ladea la cabeza, extrañado.

—No comprendo...

—Está claro que el acuerdo que te ofreció la rectora debe haber sido muy jugoso si ha conseguido que te perdieses el certamen que tú mismo habías ideado —agrego maliciosamente.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué acuerdo, Helena?

—¡No sé! ¡Yo siempre me entero de todo tarde y por terceras personas! Solo intento que, para variar, seas tú quién me informe de tus avances “académicos”.

La ilusión que me invadió al verlo ha ido desapareciendo para dejar salir el enfado en el que llevo chapoteando desde el domingo por la mañana. El ceño de Zack va haciéndose más profundo con cada una de mis frases. Sé que no se lo merece, pero estoy demasiado cabreada.

—Helena, te aseguro que no sé de qué estás hablando. Me he ido a Cambridge porque así lo decidió Margaret...

—¡Uuuy! ¡Margaret! Qué confianzas te tomas con ella, ¿no? ¿También te tomaste confianzas el sábado por la noche?

La expresión de Zack ya no es de enfado, es de sorpresa mezclada con aprensión. Pero como mi mirada ceñuda no decae, su ira empieza a asomar y acerca su rostro al mío, tanto que casi no puedo ver su nariz.

Y me olvido de cómo se hace eso de respirar.

—Sea lo que sea lo que has querido decir con eso, espero que te retractes inmediatamente. No tienes ni idea de lo que hablas y no quiero imaginarme por qué te has atrevido a insinuarlo siquiera. Debería darte vergüenza comportarte así, aunque puede que se deba a un desesperado intento de culparme a mí de tus propios actos, ¿no es así? —me increpa indignado.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que quizá hayas sido tú la que has entregado tus favores al soso blandengue de Kelly —

escupe Zack, lleno de ira.

—¿Mis favores? ¿Qué estás diciendo, Zack? ¡Yo he estado aquí trabajando, estableciendo relaciones cordiales con colegas de profesión! ¡No flirteando con mi jefa para conseguir avanzar en mi carrera!

Mantengo su mirada sin moverme ni un milímetro, sin saber si largarme o lanzarme contra su boca de una maldita vez. Sus labios entreabiertos respiran fuerte a un centímetro de los míos y no puedo dejar de sentir su irresistible atracción, incluso aunque también desee matarle.

—No voy a tomarme la molestia de explicarte nada, veo que tú ya has tomado tus propias decisiones. Buenas tardes.

Aunque se ha despedido, Zack no se mueve. Nuestras bocas se acercan peligrosamente, nuestros ojos fijos en los labios del otro, respirando con agitación. Y cuando decido lanzarme sobre él y que sea lo que Dios quiera, Zack se aparta bruscamente de mí y se marcha escaleras abajo apresuradamente. Me quedo mirando cómo se aleja, intentando devolver la calma a mi sistema nervioso. Entonces caigo en la cuenta de que vuelvo a no saber dónde ha estado esta mañana o cuál ha sido el motivo de su ausencia.

Está claro que soy yo la única interesada en llevar esto más allá de un simple rollo sexual.

Me arreglo a conciencia. Esta vez no llamo a Lindsey para contrastar opiniones, estoy demasiado confundida como para escuchar otra voz que no sea la mía. Elijo mi vestido verde, el mismo que me puse para la última comida de Navidad en casa de los padres de Robert y que no pude llegar a lucir en la fiesta posterior, debido a lo desdichada que me sentí al darme cuenta de que lo nuestro no podía seguir adelante. Quizá tenía que ser así, quizá era el atuendo perfecto para brillar esta noche, rodeada de nuevos amigos que aprecio y que me valoran por lo que soy.

Maquillo mis ojos ahumándolos ligeramente y aplico un poco de *glitter* sobre la sombra de color verde. Esta noche soy Campanilla, el hada de los polvos mágicos que puede volar adonde quiera y que, sin embargo, permanece junto al hombre que ama. Peter, el inalcanzable Peter Pan que jamás podrá verla como algo más que la pequeña mujercita que conoce su corazón, que le ayuda a volar y a conseguir sus objetivos, el hombre que nunca dejará de ser un niño y que siempre la mirará como tal. Aunque ella sabe que su amor nunca será correspondido, aunque a veces se ofusque con él y le inflinja pequeñas maldades, siempre estará a su lado porque es junto a él donde es feliz. Esa soy yo, y mi Peter Pan es el profesor inalcanzable, Zack el incólume, con un corazón por estrenar.

Zack, el intacto.

No obstante, mientras ciño mi cintura con la banda de raso que se cruza a mi espalda y coloco bien mi escote, sobre el que también aplico un poco de *glitter* para captar miradas secretas, una sonrisa aflora a mis labios. ¿Para qué están los clásicos, si no es para ser redefinidos, adaptados y actualizados? Yo soy una mujer poderosa y decidida como Campanilla, pero no estoy en una película de Disney, no tengo por qué conformarme con el destino que el autor me ha asignado porque tengo voz y voto en mi historia. Porque estoy totalmente segura de que ese corazón no es inalcanzable y, aunque aún esté intacto, puedo llegar a tocarlo con el mío. No puedo esgrimir ninguna razón convincente, no puedo explicarlo, pero hay una luz en alguna parte que intenta guiarme, una luz que nunca se apaga, incluso aunque haya veces que no sea capaz de verla. Sé

que va a ser difícil, pero, ¡eh! ¡Nadie dijo que las grandes batallas fuesen sencillas de ganar! Estoy decidida a llegar hasta el final, a conseguir mi objetivo o morir en el intento. Por mucho que Zack se empeñe en contradecirme.

Reafirmo mi postura, maquillo mis labios en rojo pasión como toque final y sonrío al espejo. Mi pelo castaño cae suelto sobre mis hombros, mis ojos brillan, llenos de ganas de todo, y mi figura se aprecia perfectamente bajo la suave tela que acaricia mis curvas. Además, llevo tacones, no son demasiado altos, pero me otorgan una visión un poco diferente del mundo que me rodea. Mi reflejo asiente conmigo, coincidiendo en que estoy deslumbrante, dándome fuerzas para obtener el triunfo esperado esta noche. No he venido a este mundo a quedarme con las ganas, ni a arrepentirme en el futuro de no haber agotado todas las posibilidades, para después llorar amargamente sobre lo que pudo haber sido y no fue. Soy Campanilla dos mil veinticuatro, con una buena dosis de Lara Croft y un concentrado de Hermione Granger.

Pero esta noche, añadiéndole el toque chic de Serena van der Woodsen.

Todos ríen animados, la música nos envuelve y hasta la desagradable señorita Hannighan no puede evitar balancearse sobre sus pies. Creo que está un poco achispada debido al delicioso ponche que ha preparado el *barman* del exclusivo *catering* con el que Margaret Viedman ha querido agasajar a todos los profesores que, desde diversos puntos del norte del Reino Unido, han acudido a Alnwick para compartir esta noche tan especial acompañando a la horda de estudiantes que están empezando ahora mismo a entrar en el enorme salón de celebraciones.

Mientras charlo animadamente con Lindsey, Caroline y Amos, observo cómo Ashley, la alumna que más interés ha demostrado en el desarrollo de la fiesta, y que me ha ayudado a preparar una gran parte de la decoración del salón, busca desesperadamente con los ojos a alguien entre los estudiantes recién llegados. De repente, una sonrisa se apodera de su rostro y sale disparada hacia un grupo de chicos y chicas de la universidad de Colinsdale. Antes de que alcance su objetivo, intento adivinar quién es el destinatario de su mirada llena de admiración, pero me resulta demasiado fácil: él la mira fijamente, imitando su sonrisa, una de esas sonrisas que nacen en los labios pero que llegan hasta los ojos, iluminándolos con un brillo inconfundible.

La mirada de los enamorados.

—¡Cómo me gustaría volver a sentir esa ilusión! —exclama Amos, que ha presenciado la misma escena que yo—. Hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo de lo que se siente.

—¡Oh, Amos! ¡Ya somos mayorcitos para eso! ¿No crees? —comenta Caroline en tono condescendiente.

—Yo creo que el amor es como la voz, cuanto más mayor te enamoras, más grave es el caso —respondo entre risas—. Pero yo también echo de menos esa sensación única de sentir que, al mirar a tu persona especial, él te devuelve la mirada con las mismas ganas.

Sin quererlo, he revelado demasiado. Lindsey me mira haciéndome señas con los ojos para llamar mi atención, pero parece que Amos no se ha dado cuenta de las implicaciones y sigue contemplando a Ashley y al chico que le gusta, mientras ellos charlan entusiasmados. Y en cuanto a Caroline... bueno, lo tiene tan claro como yo misma.

—¿Has visto a Zack? —me pregunta Lindsey disimuladamente.

—No, aún no. No me extrañaría que considerase que esta fiesta es vulgar y aburrida. Lo

mismo, ni siquiera se digna a aparecer.

—Tranquilas, señoritas, que ya estoy aquí —dice Arthur, acercándose a nosotras desde atrás—. ¡No sabía que estuviesen esperando tan ansiosamente mi llegada!

Su dulce sonrisa deja muy claro que está bromeando y ambas le sonreímos también. Arthur trae una copa de champán en cada mano y nos las ofrece caballerosamente.

—Hablábamos del convidado de piedra —suelta Lindsey, dispuesta a continuar con la broma.

—¡Ah! ¡Del novio ausente! —añade Arthur mirándome con intención—. Bueno, creo que... acaba de entrar en escena.

Contengo el aliento sin poder evitarlo mientras veo cómo Lindsey y Arthur miran sobre mi hombro a un punto concreto detrás de mí. Nerviosa como una jovencita, me giro subrepticamente para poder verlo y cerciorarme de cuánta distancia hay entre nosotros. Desolada, descubro que Zack está bastante lejos y que acaba de encontrarse con alguien a quien hace mucho tiempo que no veía, a juzgar por su expresión de sorpresa.

Pero ahí acaba mi malestar, porque el resto de lo que descubro me deja completamente atontada: Zack está espectacular. Lleva un traje azul, sencillo y clásico, pero muy elegante, y una camisa blanca que no se ha molestado en terminar de abotonar, mostrando su cuello tentador que se convierte instantáneamente en mi deseo más inmediato. Las imágenes de mis suaves mordidas sobre su yugular, enajenada por la intensidad de su aroma invadiendo mis fosas nasales, se apoderan de mi pensamiento y no soy capaz de retirar mi mirada de esa zona. Cuando consigo controlar mis impulsos más básicos, me detengo en su pelo, que hoy lleva peinado hacia atrás y echado hacia un lado, resaltando sus preciosos rizos que se mantienen definidos, pero sueltos. Su *look* dista mucho de ser extremadamente formal y, para rematar la faena, sobre su frente cae un bucle rebelde que le aporta un aire desenfadado y *sexy*. Me quedo embobada, siento que me tiemblan las rodillas y creo que, en lugar de ponche, han debido servirme agua salada, porque la saliva ha abandonado mi boca.

—Dios... está arrebatador —susurra Lindsey, poniendo mis pensamientos en palabras.

—Está... está...

—Está buscando a gritos que le den una buena lección —aporta Arthur. Ambas nos volvemos para mirarlo y averiguar a qué se refiere, y él nos sonríe con picardía—. Helena, termina tu copa que vamos a bailar.

Capítulo 32

La fiesta

Está... preciosa. Me quedo sin habla al contemplarla. Incluso aunque Blair Simmons, colega y compañera de promoción, se acerca a mí con una enorme sonrisa para saludarme y darme la bienvenida, no soy capaz de articular un saludo coherente. Helena me mira de soslayo y aprovecho para devolverle el saludo a Blair, aunque sin dejar de prestarle atención a ella. Será imposible para cualquiera no mirarla esta noche porque Helena está envuelta en un aura dorada que atrae toda la atención sobre sí.

No es que no hubiese notado antes lo delicado de sus facciones, la deliciosa estrechez de su cintura o la sedosidad de su pelo, por supuesto que no, he tenido la suerte de disfrutar de esas virtudes durante días, de observarla en silencio mientras leía, de pasear mis dedos hambrientos por todo su ser. Pero esta noche, ella irradia seguridad, sensualidad, y su belleza resalta sobre todas las demás.

Y sus labios, carnosos y bien delineados, son un faro para mi rumbo perdido.

Blair me está hablando, pero no estoy muy seguro de lo que me cuenta porque mi mente vaga por un camino soleado, iluminado por esa luz que la envuelve, deseosa de encontrar sus ojos al final.

—¿Zack? ¿Me has oído?

No me queda más remedio que dejar mi fantasía a un lado y prestar atención a la que, hace mucho tiempo, fue una de mis compañías nocturnas más asiduas. Y no solo para emborracharnos en los bares.

—Disculpa, ¿qué decías?

—Decía que si te gusta esto, que si no sientes nostalgia de la vida en Cambridge, o en Edimburgo —responde, volviendo sus ojos al cielo.

—No. No, para nada. Me gusta la vida sencilla, la tranquilidad que se respira en Alnwick es un bálsamo para mi alma. Ya tuve suficiente acción durante la carrera para toda una vida.

—De eso puedo dar fe —añade, guiñándome un ojo. Yo coloco una mueca mezcla de sonrisa y fastidio en mis labios, molesto ante la insinuación que, además de estar fuera de lugar, me toma totalmente por sorpresa—. Y dime, ¿te casaste con Bree al final?

—No, no estoy casado, Blair —respondo suspicaz, con mi mirada clavada en la cintura de Helena.

—¡Oh! ¡Qué inusual! ¿Y eso por qué? ¿No has encontrado a nadie que caliente tu cama en las noches más frías?

No comprendo a las mujeres. Sé perfectamente que Blair está felizmente casada; sin embargo, no ha podido elegir cualquier otro tema de conversación que no sea nuestra más que pasada relación.

—Tranquila, en ese área estoy bien servido —respondo con desparpajo, mirándola directamente a los ojos—. No necesito casarme para que alguien me dé calor en las gélidas noches del norte, Blair, a diferencia de otros. Y ahora, si me disculpas...

Una atónita Blair se queda mirando con la boca abierta cómo continuo avanzando entre la multitud que se agolpa en el salón. Me había alegrado sinceramente de verla, pero, una vez más, compruebo que socializar es, la mayoría de las veces, un ejercicio de autocontención e incomodidad que no me beneficia en absoluto y en el que fallo estrepitosamente. Además, me ha privado de la espectacular visión de Helena, que sigue tonteando con el insufrible pastelito Kelly.

Me dan ganas de vomitar.

Lleva un traje gris claro, acentuando aún más su porte distinguido, aunque también sus maneras un tanto afectadas. No voy a negar que Arthur es atractivo, mucho, pero no creo que Helena se sienta tentada por un espécimen de su estilo. Helena es más selectiva, no se dejaría engatusar solamente por una sonrisa bonita y un cabello dorado digno de Brad Pitt.

O eso espero.

Ella vuelve a mirarme para comprobar si me estoy acercando. Sé que debe estar molesta después de que saliese huyendo despavorido escaleras abajo esta tarde, pero si no lo hubiera hecho, me habría sido totalmente imposible controlarme. La habría besado en medio del rellano común y la habría arrastrado a su dormitorio para hacerle el amor despacio durante horas. Y eso no podía permitírmelo, no en esa tesitura, no sabiendo que la estaban esperando. Porque seguro que Arthur Kelly iría a buscarla para que lo acompañase a hacer cualquier tontería relacionada con el trabajo, con la intención oculta de pasar más tiempo con ella. O quién sabe qué más.

Necesito saber si han estado juntos.

Lo necesito. Ahora. O me volveré loco.

Como respuesta a mis diatribas, Arthur se inclina ante ella cortésmente, toma su mano y la saca a la pista de baile...

Dios, quiero que me trague la tierra ahora mismo.

—Zack, ¿dónde estabas? Llevo todo el día intentando hablar contigo —suenan la voz de Margaret a mi espalda.

Pero ni siquiera la rectora va a conseguir que deje de mirar a Helena y a Arthur bailando. Él la agarra por la cintura y ella posa su pequeña mano sobre su hombro con una dulzura que me cala hasta los huesos. Ambos se sonríen y empiezan a girar sobre sí mismos.

Me están provocando ardores.

¿O es malestar?

Quizá el exiguo almuerzo que he tomado en mi casa me ha sentado mal. Sí, debe de ser eso. Está sonando una balada estúpida que no soy capaz de reconocer, o quizá sí, pero no puedo concentrarme en ella porque los latidos desbocados de mi corazón resuenan fuerte en mis tímpanos, ahogando casi totalmente el resto de los sonidos que me rodean.

—Zack, ¿no me oyes? —insiste Margaret, colocando su mano sobre mi hombro. No quiero que me toque, así que, instintivamente, muevo mi hombro de forma un poco brusca, sobresaltándola.

—Te escucho, Margaret —respondo sin quitar la mirada de la feliz pareja, en plan masoquista.

—Así que es eso. Estás enamorado de ella... —comenta con naturalidad.

—No —respondo rápidamente—. Estoy sorprendido de descubrir lo fácilmente que los demás consiguen hacer amigos y lo difícil que es para mí entablar una simple conversación sobre el tiempo.

—Vale, llámalo como quieras —responde Margaret, ignorando por completo mi comentario—. ¿Piensas hacer algo al respecto o vas a dejar que Arthur tome las riendas de la noche?

Ahora sí que me giro para mirarla a los ojos.

—¿A qué te refieres?

—A nada, Zack, a nada. Solo te digo que Arthur es un hombre magnífico, inteligente y muy agradable. No sé si está interesado en Helena o si le atraen más los hombres, pero yo en tu lugar no esperarí a que él actúe para averiguarlo.

Me giro un poco para volver a mirarlos a ambos, intentando dilucidar si Margaret tiene razón. Arthur aprieta a Helena fuerte contra su pecho, se acerca a su oído para susurrarle una palabra entre dientes y su sonrisa se vuelve juguetona, atrevida. Veo cómo entorna los ojos y se separa de ella para mirarla con toda la intención del mundo, y también veo que ella se muestra encantada con sus atenciones.

Margaret tiene razón, no puedo esperar a que él descubra sus cartas.

Arthur me hace girar sin parar y, aunque al principio hubiera preferido que fuese Zack mi compañero de baile, debo decir que estoy disfrutando muchísimo del actual. Arthur se mueve con ligereza, sin perder el compás en ningún momento, sonríe como si bailar conmigo fuese lo mejor que le podría estar pasando esta noche y eso es muy reconfortante. Sobre todo, estando acostumbrada a lidiar con “Zack, el desagradable”.

—A Zack le va a dar un infarto, no nos ha quitado ojo en ningún momento —comenta Arthur con una sonrisa llena de intención.

—¿Sí? ¿Estás seguro? —respondo, incapaz de ocultar la ilusión que me hace su afirmación.

—Tiene cara de féretro —alega Arthur, y ambos nos echamos a reír con ganas.

—De todas formas, no sirve de nada porque él no va a mover un dedo para bailar conmigo —añado con un deje de tristeza en mi voz.

—¿Ah, no? No subestimes las dotes de seducción de tu pareja de baile, Helena. Ahora verás —Arthur me aprieta fuerte contra su pecho y yo doy un respingo, sorprendida por su cercanía—. No le doy más de dos minutos —añade, susurrando sensualmente en mi oído—. La rectora le está hablando y él ni siquiera se ha girado a mirarla a la cara.

Sintiéndome más segura al conocer los detalles de la escena que se está desarrollando a mi espalda, acerco mi cabeza al pecho de Arthur en un gesto íntimo que, aunque fingido, no me resulta extraño. Arthur es un compañero excelente y si no fuese porque Zack me ha arrancado el corazón, sería probable que considerase entregárselo a él.

—Eres un encanto, Arthur —afirmo, aún sobre su pecho.

—¿Preparada? —susurra entre dientes.

Entonces...

—Helena, ¿me concedes unos minutos?

Su voz me atraviesa, me pone la piel de gallina. Me giro hacia él, sorprendida por la intrusión, y Arthur y yo nos detenemos.

—¿No ves que estamos bailando, Zack? —espeta Arthur, fingiendo estar molesto para ponérselo un poco más difícil.

Pero Zack no lo mira a él. Ha clavado sus preciosos iris en los míos, haciéndome sentir que estamos solos en el enorme salón, solos él y yo. Creía que estaba preparada para afrontar su mirada, pero el nudo en el estómago que empezó a formarse al verlo aparecer se convierte en una soga pesada y me cuesta tragar con normalidad.

—Arthur, me gustaría bailar con Helena —responde Zack cortante, sin retirar su mirada de la mía.

Tobillos flojos. Corazón bombeando a toda pastilla.

Tengo que decir algo, tengo que decir algo...

—¿Y no puedes esperar a que termine la pieza, al menos? —respondo, intentando hacerme la dura.

—No —masculla, su voz un gruñido gutural que sale a través de su garganta y que mastica entre sus dientes.

Arthur y yo nos quedamos anonadados ante tal respuesta. Pero consigue lo que quiere. Arthur me mira y yo asiento, aceptando el cambio de pareja sin perder mi dignidad por completo. Zack hace un gesto de afirmación con la cabeza en señal de agradecimiento hacia Arthur y ocupa su lugar. Estamos parados, uno frente al otro mirándonos en silencio, de nuevo incapaces de decir nada más, de ir más allá. La canción termina y empieza a sonar otra lenta. Al principio me cuesta reconocer sus acordes, pero enseguida me doy cuenta de que es *I've been loving you too long*, de Otis Redding.

No puede ser verdad.

Zack acerca su mano a la mía y con la otra agarra mi cintura y me pega a su cuerpo, mucho. No deja de mirarme con esa intensidad con la que él mira, con la que él me mira a mí. Coloca mi mano a la altura de su hombro para que me apoye sobre él y empieza a balancearse suavemente. Casi no nos movemos, solo acompañamos los acordes cambiando el peso de nuestros cuerpos de izquierda a derecha, embebidos en los ojos del otro. Estoy segura de que todos los profesores nos estarán mirando asombrados, pero me da igual.

—No has venido a las lecturas esta mañana —empiezo, incapaz de mantenerme callada por más tiempo.

—No. He estado ocupado.

—Muy ocupado esta semana.

—Así es.

Zack me aprieta más fuerte contra sí y agarra mi mano colocando la suya sobre ella. Aunque es físicamente imposible estar más pegados, eso es lo que me parece cuando me toca.

—Quería...

—Helena, calla. Déjame terminar esta canción sintiendo que esta semana no ha existido, que aún es el día de tu cumpleaños, que no me he ido a Cambridge.

Voy a responder, pero respeto su ruego. Continuamos moviéndonos en silencio mientras

escuchamos la desgarradora voz de Otis clamando:

*“Don't make me stop now
Oh, baby, I'm down on my knees...”*

Es como si fuese el propio Zack quien me ruega de rodillas que no lo detenga, diciéndome que me ha amado desde el principio, aunque no haya sido así. Mi corazón se deshace devastado por su mirada, por lo que me hace sentir, aunque sea mentira. Él no se da cuenta de cuánto significa para mí, de cuánto amor puedo darle, y tampoco sabe que sería tan feliz a mi lado si solo pudiera aceptar... entender...

*“I love you, I love you
I love you with all my heart and I can't stop now...”*

La canción está a punto de terminar y ya no me siento cómoda, no al saber que, en unos segundos, este instante mágico que acaba de regalarme se esfumará como el rocío de la mañana a la salida del sol.

—Dime dónde estabas esta mañana —pregunto cuando finalizan los últimos acordes.

—En el cobertizo —responde en un susurro.

—¿Por qué?

—Necesitaba estar a solas con mis pensamientos —responde, poniéndose muy derecho.

Su cuerpo empieza a destilar frialdad, esa que ha desaparecido durante los tres minutos que ha durado la canción. Es como si, de repente, Zack volviese al mundo real, como si la magia del momento que acabamos de vivir hubiese sido solo un espejismo y él hubiese estado fingiendo. Me fastidia mucho encontrarme de nuevo frente a frente con el Zack desprovisto de sentimientos que, a veces, me hace sentir pequeña e inútil.

—¿Por qué eres tan difícil? —dejo escapar, arrepintiéndome casi al instante.

Zack respira hondo y cierra los ojos con una mueca de exasperación.

—Al menos soy claro como el agua y no dejo que los demás se creen falsas expectativas sobre mí —responde molesto.

—No lo dirás por mí, ¿verdad?

—No veo a nadie más aquí que pueda llegar a sacarme de mis casillas tanto como tú, Helena.

Respiro hondo también, la ira empieza a subir por mi esófago y estallo en un susurro.

—¡Seguro! Habló el hombre de las dos caras, el que se ha estado acostando conmigo diciendo que hacía tiempo que había perdido el interés en el sexo y en las relaciones, pero que se ha ganado a pulso un puesto en la universidad más prestigiosa de Gran Bretaña de la misma manera que se ganó su puesto aquí en Alnwick.

Zack aprieta los labios, se gira sobre sus talones y empieza a abrirse paso entre la multitud de parejas, que bailan ahora al ritmo de una melodía bastante más moderna que no soy capaz de reconocer. Yo corro tras él, encendida de rabia porque me ha dejado de nuevo con la palabra en la boca.

—¡Ya está bien! —exclamo cuando llegamos al pasillo que rodea el gran salón, desde el que se accede al ala de las estancias de los profesores y que ahora está completamente desierto—. ¿Quieres hacer el favor de contestarme?

—¿Qué diablos quieres de mí, Helena? —brama, deteniéndose para mirarme a los ojos.

—¡Que me respondas! ¡Que me digas la verdad! ¡Que dejes de eludir situaciones porque no te atreves a enfrentarte a ellas! ¡Llevo una semana sin comprender nada! ¡Nada! Pasaste de ser el hombre más dulce y maravilloso del universo la noche de mi cumpleaños a convertirme en un absoluto gruñón el fin de semana, empezaste a culparme internamente no sé aún de qué, a demostrarme abiertamente que te desagradaba mi sola presencia, ¡a callarte lo que pensabas como si acabásemos de conocernos! ¿Qué pasó el sábado? ¿Qué te pidió Margaret Viedman que hicieras para tener que marcharte a Cambridge?

—¡Estás muy equivocada! ¡En todo! ¡No me conoces incluso aunque has sido la persona con la que más sincero he sido en años! ¡No te has tomado la molestia de escucharme o, simplemente, no has entendido nada! Te has hecho una idea de mis pensamientos en tu cabeza que es totalmente errónea y no importa lo que yo diga porque tú no me escuchas! ¡Ni me crees!

—¿Que no te escucho? ¿Que no te creo? ¡Zack! ¡No me has dicho nada! ¡Te has dedicado a apartarme de ti desde que salí de tu casa el jueves por la mañana y no sé por qué! ¡Ya te dije que no tengo una bola de cristal mágica donde poder ver tus pensamientos!

Zack se muerde el labio inferior con fuerza, intentando controlarse. Sin embargo, veo cómo los sentimientos le pueden, sus ojos van cambiando poco a poco hasta tornarse color mar a medida que se va acercando a mí, mostrando la lucha interna a la que está sometido. Vuelve a pegar su cuerpo al mío, tanto que creo que voy a desmayarme aturdida por el atrayente olor de su piel.

—Has dado por sentado que me he acostado con Margaret cuando todo lo que he hecho ha sido por ti, ¡todo! ¡Incluso marcharme a Cambridge! ¡No puedes dejar de pensar mal de mí! ¡Contesté tu maldito mensaje, aunque sabes de sobra que odio hacerlo, porque estaba preocupado por lo que podría estar pasando entre Arthur y tú mientras yo me veía obligado a ausentarme! Y cuando vuelvo, ¡te encuentro pegada a él! ¡Sonriéndole como una quinceañera enamorada! ¿Y tú me acusas de ser desleal? ¡Tú eres quien ha estado tonteando con otro, no yo! ¿Ha sido real, Helena? ¿Él te atrae? ¿O solo intentabas molestarme?

Su ceño está tan fruncido que su rostro es casi una máscara diabólica. Zack baja su cabeza como si quisiese absorber mi alma cual dementor, acercando sus labios a los míos. Siento su aliento en mi boca, jadea sin parar totalmente embargado por el disgusto, por la ira, por...

—¿Intentabas ponerme celoso? —murmura, envolviendo su voz en un tono lleno de inseguridad, de sentimientos, pero también de sensualidad y atracción contenida.

Creo que voy a desmayarme.

—¿Ha... funcionado? —balbuceo, impresionada por su expresión.

—Sí, maldita sea.

Rendido por fin, Zack agarra mi rostro entre sus manos y se hunde en mi boca. No puedo evitar dejar escapar un gemido de satisfacción al sentirle y me entrego ciegamente a este beso tan ansiado mientras siento cómo se detona una bomba atómica en mi interior. Tantos días de represión, tanta necesidad y expectativas, por fin se ven atendidas.

La sensación de sentir sus labios fundiéndose sobre los míos es como probar el elixir más exótico del mundo, ese que se me ha negado como castigo, como una deliciosa tortura que acaba de terminar. Ahora llega la euforia, la delirante satisfacción de poder emborracharme de él. Su

boca es suave, dulce, pero él me besa con una violencia inusitada, provocada por meses de deseo contenido, de impulsos frustrados, de sentimientos desbocados reprimidos en lo más hondo de su cuerpo. Cuando lo siento sucumbir a sus sentidos, aflojando un poco su agarre, lo abrazo con fuerza, temerosa de que cambie de opinión. Su boca se entreabre entonces para empezar a morderme suavemente, a humedecer mis labios con su lengua, que tarda una milésima de segundo en volver a colarse en mi interior. Ahora es él quien gruñe de satisfacción, enterrándose en mi ser como si necesitase perderse en este beso que por fin nos regalamos para olvidarse de todo lo demás, para borrar la maldita semana que hemos estado separados.

Mi cabeza da vueltas, mis gemelos, tensos al estar de puntillas para poder besarle, dejan de sostenerme y quedo a merced de sus manos, que siguen sujetando mi rostro, ahora más suavemente. El beso es eterno, envuelto en suspiros, en jadeos, en lenguas que se enzarzan en un baile ancestral, impacientes por exhibir sus encantos.

En calor.

—Por qué me haces esto... —susurra entre mis labios—, por qué te has empeñado en volverme loco...

—Vámonos... —respondo con dificultad. No quiero tener que parar, llevo demasiado tiempo esperando este momento. Pero ahora quiero más, necesito más.

—Dime por qué... lo necesito...

Zack vuelve a la carga, zambulléndose aún más adentro, su lengua demanda atención y me deja sin aliento, sin sentido, sin habla. No puedo recordar ningún beso como este, tan apasionado, tan anhelado... no quiero hablar ahora, solo quiero desnudarlo y hacerle el amor con todo lo que soy.

—Zack, por favor...

—Dímelo. Dime por qué apareces en mis sueños, por qué no puedo trabajar sin pensar en ti, por qué te has llevado mi calma y mi cordura... por qué me atormentas, Helena...

—Porque... porque te has clavado en mi mente, te has inyectado en mi cuerpo y serpenteas bajo mi piel, porque no puedo sacarte de mí, por mucho que lo intente.

Abrumado, Zack gime y me besa más profundamente, acaricia mis pómulos con sus pulgares mientras sigue besándome sin descanso, lamiendo mis labios, correteando por mi boca a placer.

—Quiero hacer el amor contigo, aquí mismo, ahora mismo.

Zack se separa solo un poco de mi cuerpo para mirarme a los ojos con un interrogante titilando en los suyos. Pero también, con un deseo casi pueril de que le otorgue mi consentimiento.

—Aquí no. Vamos a tu casa.

Capítulo 33

Un refugio para los dos

Deseo.

Furia.

Gozo.

Hemos huido a mi casa besándonos en cada esquina, deteniéndonos en cada rincón y en cada arbusto para poder seguir comiéndonos a besos. La espera ha sido demasiado larga, ahora solo queremos seguir y probarnos, descubrir cuál es el sabor del otro, dejarnos llevar por el ritmo de sus labios, anclarnos a su boca para poder seguir caminando hacia nuestro refugio secreto. Ella tiembla, jadea excitada, y yo siento que el edén que aún no había podido tocar con mis dedos se hizo carne en las puertas de su boca, en esos labios carnosos que abrazan los míos sin guardarse nada, explorándome, mordiéndome, buscando el consuelo que les había negado, el consuelo que ambos nos hemos negado tan obstinadamente.

A trompicones, y casi sin mirar, conseguimos alcanzar el umbral de mi casa. Helena no quiere separarse de mí y yo no puedo hacerlo, así que nos cuesta una eternidad lograr acceder al salón comedor. Pero a ambos nos importa poco, porque esta noche no hay prisa, nadie nos espera, no hay nada que pueda distraer nuestra atención más que las miradas que de vez en cuando nos lanzamos, llenas de ansia, de hambre, de urgencia. Miradas fugaces, también largas y pausadas, todas ellas seguidas por la unión de nuestros labios que se buscan incansables, ávidos del roce de los labios del otro. Miradas llenas de sentimientos que no me atrevo a poner en una balanza porque no puedo permitirme pensar en ellos, porque son misteriosos y nuevos, pero a la vez resuenan como un eco en mi mente, como un grito desesperado que me ruega que los mire de frente, que no haga caso omiso, que sé perfectamente lo que son. Sentimientos que golpean con fuerza mi intuición intentando adjudicarse un nombre que no soy capaz de pronunciar... pero que conozco perfectamente.

Tal y como la puerta se cierra, Helena me quita la chaqueta y tarda un santiamén en desabrocharme la camisa, aunque yo estoy tan entregado a sus besos que no he podido más que dejarme hacer. Cuando siento que sus dedos luchan con mi cinturón caigo en la cuenta de que necesito su piel bajo mis manos. Ella no ha cogido siquiera un chal, así que desnudarla me lleva tan solo unos segundos. Deslizo la cremallera de su vestido con presteza, pero mis dedos se recrean en su espalda, acariciándola suavemente, arrancando a cada paso un delicioso aullido de su garganta, que resuena en la mía porque ella está completamente dentro de mí. La he absorbido con mis besos porque necesito poseerla a través de esa boca que se ha convertido en mi obsesión esta noche.

No, no solo esta noche. Su boca es la que me despierta cada noche desde que la conocí, la que me hace sudar cuando la imagino vagando lánguidamente sobre mi cuerpo, abrasando

mi piel, despertando todos los anhelos que controlaba con tanta facilidad hace solo unas semanas, pero que con ella me son imposibles de ignorar. Ella es mi pecado, mi locura, la razón de mi zozobra, y esta noche, me entrego al mar que es su cuerpo para que me ahogue, para que me lleve a la deriva, para que me estrellé contra las rocas de sus pechos o para que me alce hasta el acantilado que son sus curvas y me deje allí, extasiado, alborotado, incendiado de placer o desquiciado por la pérdida que sentiré cuando ella se marche al alba...

Pero eso será mañana. Esta noche soy suyo, completamente, y tendrá de mí todo lo que quiera.

Cuando su vestido cae al suelo, me separo de ella y me quedo mirándola con mis ojos en llamas.

—Desnúdate, déjame ver cómo tus pechos se descubren para mí.

Sorprendida por mi inusual atrevimiento, ella se deshace en primer lugar de sus braguitas, sabe perfectamente cuál es mi obsesión ahora mismo y me hace esperar para aumentar mi necesidad. Al ver su precioso triángulo rizado, mis neuronas colapsan entre sí, y mi miembro, duro desde que nos besamos en el corredor, empieza a tropezar contra mi ropa interior en su lucha por obtener mi atención. Pero me controlo, o al menos, lo intento.

Helena se da cuenta y veo cómo sonríe disimuladamente, pero está excitada como yo y no quiere esperar. Sus preciosos ojos verdes brillan encendidos de pasión mientras ella desabrocha despacio los corchetes del fino sujetador que sostiene esos pechos que me hacen perder el sentido, mirándome con pudor y atrevimiento al mismo tiempo. Mi erección palpita, pidiéndome que me acerque a ella, clamando atención, fricción, lo que sea, pero con ella. La acallo como puedo porque el espectáculo acaba de comenzar y sus pezones empiezan a asomar mientras la delicada tela cae al suelo. Al contemplarlos, erguidos y temblorosos, mi pene empieza a demandar una salida inmediata de su prisión. Pero es mi boca la que desea probarlos en primer lugar.

—Zack, creo que te sobra ropa —dice ella, tan ansiosa como yo al sentir cómo mi mirada ya está lamiendo la fruta prohibida, esa que ella me ha vetado y que ambos sabemos que será mi manzana del pecado esta noche.

—Lo sé —atino a responder.

Pero mis piernas, aún cubiertas por el pantalón, avanzan hacia su cuerpo consiguiendo que me olvide momentáneamente del grave problema que se alza vigorosamente bajo mi cremallera. Mi cerebro tiene un objetivo fijado y me llevan directas hacia él. Me pego a su piel, mi torso baila de satisfacción al sentir sus pezones rozándose contra él y la beso de nuevo, la beso tan profundo que casi me olvido de lo que iba a hacer. Pero sus movimientos lascivos al enredar sus dedos en mi pelo, rendida a mi boca, hacen que sus dos botones se muevan arriba y abajo... y ya no puedo más.

Me separo un milímetro, dejándola expectante, con sus ojos cerrados y sus labios entreabiertos, ebria de mi boca, de mi lengua y mis labios, tan necesitada de mí como yo lo estoy de ella. Espero lo que me parece un siglo hasta que ella vuelve en sí y abre sus ojos para mirarme con impaciencia.

—Zack, ¿qué...?

—Quiero comerte los pezones, voy a comerte los pezones, Helena. Y después, si quieres, márame.

Ella gime una maldición que silencio con otro beso, ardiente y profundo, mientras mis manos se deslizan desde su cintura hasta sus pechos divinos, llenándose de ellos. Me permito saborear el momento, este que tanto he ansiado, este que estaba prohibido y que ahora sé que se acerca...

 Mi lengua se desliza por su cuello.

 Por su canal.

Mis manos agarran estos dos montículos, uniéndolos para que mi boca pueda hartarse de ellos.

 —Dios, Helena...

Obnubilado por mis sentidos y con mi palpitante erección a punto de derramarse de expectación, atrapo un pezón entre mis labios. Tal y como entran en contacto, Helena grita mi nombre enardecida de gozo, se aferra a mi pelo para acercarme más, para que me meta todo su pecho en mi boca...

 Y yo...

 Dios...

Su pezón me sabe a gloria, su aroma embota mis sentidos llevándome hacia lugares desconocidos, donde me sumerjo por entero para disfrutarla. Sus pechos son esponjosos, llenos y redondos, sus puntas, un manjar que llena mi mente de todo tipo de imágenes lascivas en las que devoro estas dos frutas del paraíso en un arrebató onírico, en un despilfarro absoluto de vigor y lubricidad. El beso se convierte rápidamente en succión, mi boca se abre tanto como puede para albergar todo ese derroche de femineidad, suave y turgente, y empiezo a degustarlo con gula, a libar de él con una glotonería que la hace deshacerse de lujuria al sentirme.

 Dios, no puedo parar...

 Pero mi polla está impaciente...

 —Zack... te necesito...

 —Joder, Helena...

Aunque pensé que podría comerme ambos pechos antes de sucumbir, vuelvo a su boca para cogerla a horcajadas en mi cintura, imposible demorar mi anhelo o el suyo un segundo más. Besos, más besos y hemos llegado a mi cama. Con una mano, elimino el resto de mi ropa y me siento sobre el colchón. Ella apoya sus pies también sobre él, a horcajadas sobre mi regazo. Nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos sintiendo cómo todo un torrente de palabras enmudecidas nos atraviesan de arriba a abajo. Sin embargo, nuestros labios solo permiten que escapen jadeos, conocedores de lo que está ocurriendo entre nosotros.

La agarro de las caderas para acercarla a mí y me coloco en su entrada. Ella bascula hacia mi cuerpo para dejarme pasar, para llevarme al delirio del interior del suyo. Mi punta la atraviesa y ambos exclamamos una palabra. Vuelvo a besarla mientras me introduzco en ella, despacio, saboreando cada centímetro, cada curva, envuelto en su deliciosa humedad que me facilita el paso. Cuando toco fondo, lo hago con fuerza y ella separa sus labios para volver a exclamar un aullido de placer, echando su cabeza hacia atrás. Atendida la urgencia y dispuesto a entregarme por completo, bajo mis labios a sus pechos y doy rienda suelta a toda mi sexualidad.

 Gemidos.

 Empellones.

Tirones de pelo.

Besos.

Sus caderas moviéndose sobre mí, conmigo, llenándonos de placer.

Mis caderas aupándola, acompañándola, zambulléndose en su cuerpo sin descanso.

Mi boca pegada a sus pezones, chupando, succionando, ahogándome en sus pechos.

Y más placer.

Y gritos.

Y nombres susurrados en éxtasis.

—Nene... Zack...

Ella me avisa, su orgasmo empieza a hacerla convulsionar y me hundo más adentro aferrado a sus caderas. Pierdo el sentido por completo, alienado entre tantos estímulos distintos, empapado, acariciado, besado y mordido por doquier. Succiono con más brío, mi lengua enredada en sus pezones alternando entre un pecho y el otro, disfrutándola.

Volviéndola loca.

—¡Zack!

Loca.

—¡Oh, Zack!

Y cuando, ciego de dicha, siento que todo su interior se cierne en torno a mí, permito que mi placer cabalgue hacia su cuerpo entre jadeos desesperados.

—Helena... oh, Helena... ¡Helena! ¡Dios!

Ella atrapa mi boca con la suya, colmando así todos mis deseos mientras sus caderas imprimen el ritmo perfecto para hacerme disfrutar por completo de mi orgasmo, de su cuerpo, de sus pechos botando sobre mis hombros.

De la miel de sus labios.

Es ella la que impide que pierda el compás del éxtasis, la que me arrastra al abismo, la que me hace gritar su nombre sin cesar, completamente entregado a este momento perfecto que se quedará grabado para siempre en el tiempo.

Sudor.

Jadeos.

Admiración bailando en nuestros ojos.

Caricias perezosas.

Besos dulces, suaves.

Su nombre.

Mi nombre.

Capítulo 34

Zack

Mi cabeza en su pecho. Siento cómo este sube y baja acompasadamente después de haber hecho el amor como lo hemos hecho. Lo miro arrobada aunque él tiene sus ojos cerrados, los míos fijos en esos labios que ahora lucen hinchados tras haber soportado mis incontables mordidas, tras haberme besado de esa forma tan apasionada que me ha hecho creer que me amaba por encima de todas las cosas.

Me da igual que no sea así, es lo que he sentido. El momento que acabamos de vivir ha sido extraordinario y no quiero pronunciar palabra por miedo a que se acabe. Entonces, él gira su cabeza y abre los ojos, que sonríen al encontrarse con los míos, al igual que sus labios, que todo su rostro. Le devuelvo la sonrisa sumida en mi propio regocijo y él apoya su frente en la mía.

—Me gustan tus besos, brujita —susurra, buscando mis labios para rozarlos con los suyos de nuevo.

—¿No has tenido suficiente aún? —respondo juguetona tras separarme de ellos.

—No.

Ambos sonreímos y volvemos a besarnos, ahora con toda nuestra boca. Sus manos me envuelven en un abrazo y sus dedos acarician mi espalda con abandono. Yo dejo escapar un suspiro porque no me creo aún que esto esté pasando.

Zack se separa de mí, me mira alzando una ceja malintencionada y, con una sonrisa traviesa que me hace reír, empieza a depositar pequeños besos sobre mi cuello y clavículas hasta que llega a mi seno, culminando en mi pezón y volviendo a metérselo en la boca.

—Pero esto... madre mía... no te haces una idea de lo bien que saben... de cómo huelen —susurra chupándomelos de nuevo, sonriendo como un adolescente lleno de hormonas—. Ya me estoy empalmando de nuevo, brujita... espero que... estés preparada para el segundo asalto...

—Para el segundo y para todos los que vengan después —respondo, empezando a humedecerme.

Zack se dedica a lamerme sin darme tregua, enroscándose alrededor, y aunque no pretendía encenderme tan pronto, ya gimo bajo sus atenciones. Sus dedos se pierden entre mis piernas y me regalan otro orgasmo apabullante en un par de minutos.

—Dios... no comprendo cómo has podido estar tanto tiempo sin hacer esto... —farfullo mientras desciendo poco a poco del cielo que él ha abierto para mí.

—Yo tampoco —gruñe, subiendo a mis labios de nuevo.

Su cuerpo se entierra en el mío, Zack se empeña en volver a llevarme a lo más alto, cabalgándome despacio al principio, enajenado de deseo después. Derrochamos nuestra savia a

destajo, sin guardarnos nada, entregados a la concupiscencia más exquisita en nuestra burbuja privada y atemporal. Y al final, enredados en el otro, resollamos con fuerza para recuperar el oxígeno que empieza a faltarnos después del revitalizante ejercicio físico.

—Tú eres especial, brujita, eso es lo que ha pasado. Me has sacado de mi letargo y ahora tengo mucha energía acumulada que gastar en tu cuerpo —musita entre mis labios, sonriente de nuevo.

—Ummmm... me alegro mucho de oír eso —respondo.

Zack está encima de mí, sus ojos centellean con mil tonos distintos de azules, grises y verdes, sus bucles empapados rozan mi rostro. Hundo mis dedos entre ellos y los acaricio, Zack ronronea, complacido como un gatito perezoso. Agotado, se deja caer a mi lado y vuelvo a mi posición original, recostada sobre su amplio pecho.

—Me gustaba mucho el sexo —comienza, instantes después—, demasiado. Pero no era esto que siento contigo. Era un sexo desaforado, desmedido, solo para desfogar, escuchando a las hormonas, ya sabes. Al principio busqué en todas partes, me empeñé en encontrar un momento sublime como esos que tanto me gustaba leer entre las páginas de los clásicos; pero era demasiado joven, no estaba preparado. Ahora sé que no podía estarlo porque no tenía control sobre mi cuerpo, mucho menos, sobre mis deseos.

—¿A qué te refieres con un momento sublime? —pregunto intrigada.

—Creí que el amor vendría con el sexo, que al probar todo lo que se me ofrecía podría conocer ese sentimiento que aún me es ajeno hoy día.

—O sea, que te tirabas a todo lo que se movía —traduzco bromeando.

—Digamos que tenía mucho éxito en el sector femenino, sobre todo cuando llegué a Cambridge. Antes no, antes era el empollón al que todos miraban de reojo y sobre el que cuchicheaban a sus espaldas.

—No tienes pinta de haber sido un empollón.

—No lo era. Estudiaba lo necesario, pero siempre se me dio bien expresarme y organizar datos en mi mente. Podría haber estudiado Matemáticas, o Física, pero me gustaba demasiado leer.

—No de todo...

—No, ahora he abierto mis miras —me responde con una mirada cariñosa. Nos besamos de nuevo, perdidos en la dicha de sentirnos tan cerca, relajados y satisfechos.

—Entonces, te cansaste del sexo... —continúo.

Su sonrisa se esfuma de repente y su mirada se vuelve triste y apagada. Sus cejas, que subían y bajaban acompañando a sus palabras hasta hace un instante, se curvan ahora en una expresión de añoranza... o de arrepentimiento.

—No. El sexo me gustaba demasiado, pero me hacía perder el control y sabes que odio no poder controlarme. Estuve a punto de suspender un semestre entero por mi afición a saltar de cama en cama y eso no podía permitírmelo. No obstante, continué explorando, incluso aunque el sexo empezó a resultarme frío al no cumplir mis expectativas. En lugar de dejarlo reposar, me afanaba en buscar nuevas experiencias, algunas de ellas un tanto exóticas, intentando encontrar ese momento sublime... pero ese momento nunca llegaba. Empecé a pensar que era culpa mía,

que no me entregaba a fondo, también pensé que quizá las chicas fingían conmigo, que no expresaban su decepción por miedo al rechazo, o a cualquier otra cosa.

—Estoy segura de que no se sintieron decepcionadas —apunto con una sonrisa pícaro.

—Yo no era tan buen amante entonces, Helena —responde con la misma sonrisa en sus labios.

—De todas formas, es normal que a esa edad las chicas no sepamos muy bien qué es lo que nos gusta o no. Es más bien la sensación de estar con el chico que nos atrae lo que más nos complace. Aunque puede que los chicos seáis diferentes.

—Puede, pero yo no era como los demás chicos. Yo buscaba algo más, quería experimentar la misma sensación de plenitud en mi mente y en mi cuerpo al mismo tiempo, pero las relaciones esporádicas no me satisfacían por completo; además, al ser rollos de una noche, ninguno de los dos expresábamos nuestros deseos, ni tampoco nuestras decepciones. Al terminar, todo eran besos y risas, falsos halagos o, simplemente, adulación para que el otro se sintiese bien. Más tarde, me dí cuenta de que todas aquellas noches que pasé entre sábanas, no sirvieron más que como entrenamiento de mi pujante libido y que, aún así, tampoco habían conseguido que yo aprendiese a controlarme.

—A ver, no desmerezcas. Se pasa bien, tampoco es necesario que las relaciones sexuales sean un antes y un después en la vida de un joven universitario —comento, intentando hacerle entender que lo que le ocurría era perfectamente normal.

—Por supuesto, fueron buenos ratos, pero nada más. Empecé a cansarme de buscar lo que no iba a ser capaz de encontrar. Dejé de visitar a mis recurrentes, logré controlar mis instintos y volví a encarrilar mis estudios a tiempo.

—Y entonces, llegó Bree...

Él me mira y asiente, su mirada perdida en las sábanas que se arremolinan alrededor de nuestras piernas.

—Como te dije, ella quería una relación libre, no buscaba una pareja seria, solo compartir, pero en exclusiva.

—No comprendo...

—Se suponía que no podíamos estar con nadie más, pero que tampoco estábamos pensando, como muchos de nuestros compañeros, en encontrar una pareja para pasar por el altar.

—Entiendo. Entonces, el sexo con ella iba bien... —inquiero, aventurándome para que me explique.

—Sí, bueno, no era como con las demás. Hablábamos sobre ello, teníamos más experiencia y ya no me sentía tan incómodo ni tan presionado como con las demás; pero ahora que he descubierto el sexo contigo, puedo decir que faltaba algo. —Halagada arqueo mis cejas pidiéndole sin palabras que sea más explícito—. Me refiero a que contigo no he tenido que fingir, he sido yo mismo y he hecho lo que deseaba en cada momento. He sentido que tú disfrutabas y que, cuando imponías tus deseos, yo también disfrutaba. Me has otorgado la naturalidad que siempre pensé que existiría en una relación sexual cuando dos personas se entienden a la perfección.

Cuando se aman, Zack, pero estás demasiado ciego para darte cuenta.

—¿Tenías que... fingir con ella? —pregunto para disimular mis pensamientos.

—A veces fingía, claro. A veces me limitaba a hacer lo que ella esperaba que hiciera, no siempre deseábamos lo mismo o al mismo tiempo. Además, ella era fría, no parecía tener interés en descubrir... no sé, otras cosas; o quizá yo no supe hacérselo ver, no estoy seguro. De todas formas, mirándolo ahora desde otra perspectiva, creo que ambos éramos demasiado parecidos, que estábamos más interesados en la compañía del otro que en el sexo. Teníamos sexo porque nos gustaba, pero no era una experiencia... memorable, por así decirlo. No era... esto.

Zack vuelve a enredarse en un beso apasionado conmigo, uno que dura más de lo necesario y que amenaza con encendernos de nuevo.

—¿Tú lo sientes igual que yo, brujita? —gruñe con voz grave mientras continúa besándome con sus ojos cerrados.

—¿A qué te refieres? —susurro, flotando en la felicidad que me otorgan sus besos.

—¿Has disfrutado conmigo o ha habido algún momento en que has hecho algo solo porque yo te lo he pedido?

—Todo lo que he hecho contigo ha sido espontáneo y deseado, no podría hacerlo de otra manera, nene.

Zack sonríe y vuelve a mis labios, ahora besándomelos despacio, mordiéndomelos suavemente.

—Entonces, ¿por qué rompisteis? —vuelvo a insistir, intrigada.

—No me apetece seguir hablando ahora mismo —gruñe sobre mis labios.

—Quiero... saber... entender cómo puede ser posible que hayas estado tanto tiempo sin... dejarte llevar.

Zack se retira de mis labios. Sus ojos han empezado a encenderse de nuevo ante la expectativa de otro asalto caliente, pero al contemplar mi mirada deseosa de respuestas, asiente y continúa.

—Entre nosotros, el sexo era secundario —continúa—, teníamos muchas cosas en común, además de la cama. A su lado no sentía esa sensación de descontrol que me provocaba la adrenalina del acto sexual; teníamos sexo a menudo, eso por descontado, pero no era una meta ni un triunfo, como me ocurrió con otras chicas. Ni tampoco solo un desfogue. Había algo más.

—¿Cariño? ¿Amor? —inquiero, intentando hacerle comprender.

—No lo sé, Helena. Ya te dije que ese fue el problema. Ella... —Zack cierra los ojos y respira hondo—, ella me puso a prueba, convencida de que así me daría cuenta de que la amaba. Pero no consiguió lo que esperaba y todo lo que habíamos construido quedó reducido a cenizas.

—¿Te puso a... prueba?

No sé si él se siente suficientemente cómodo, veo cómo se agita su pecho y no puede abrir los ojos para mirarme. Acaricio su mejilla, intentando reconfortarle, y él se deja hacer.

—Yo no... no quería decirle que no podía amarla, habría herido sus sentimientos. Así que, cuando ella sacaba el tema, siempre me salía por la tangente para no tener que hablar claro. Supongo que llegó un momento en el que ella, cansada de esperar a que le declarase mi amor cual caballero andante, decidió que tenía que tomar medidas drásticas para hacerme reaccionar.

—¿Te lo preguntó directamente?

—Ojalá hubiera sido solo eso. Bree me lo había preguntado directamente en varias ocasiones, pero mi respuesta siempre era la misma: que dejase de intentar poner nombre a lo que compartíamos, que estábamos bien como estábamos, que no necesitábamos nada más.

—Pero ella sí que necesitaba más...

—Así es —responde apesadumbrado. Agacha su mirada y aprieta los labios con fuerza, intentando controlar ese dolor del que tanto trabajo le cuesta hablarme.

—Cuéntame qué ocurrió, Zack...

—¿Recuerdas que te conté que tuvimos una gran discusión el día que íbamos a entregar un trabajo?

—Sí.

—Ella me presionó, esa fue la razón de la discusión. Quería que le pidiese matrimonio, que cerrásemos una fecha al menos. Cuando volví a decirle lo de siempre, ella empezó a ponerse histérica, me gritó, me insultó y me empujó una docena de veces... y finalmente soltó la bomba: «estoy embarazada, Zack, y quiero una familia para nuestro hijo».

Tal y como suelta esa frase, Zack me mira a los ojos para comprobar mi reacción, temeroso de encontrarse con una mueca de desagrado. Pero no es eso lo que expreso. Al contrario, mi rostro se llena de sorpresa.

—Pero... ¿lo habíais... planeado? ¿Estabais buscando...?

—No. Bree me engañó. Me dijo que estaba tomando la píldora, pero dejó de hacerlo sin decirme nada. Se quedó embarazada a mis espaldas, sin consultarlo conmigo.

La sorpresa de mi rostro torna inmediatamente en ira y frustración.

—Pero, ¿por qué? ¿Te quería! ¿Cómo pudo...?

—Se lo hice pasar mal, Helena. Muy mal.

—Fuiste sincero con ella desde el principio, le dijiste lo que sentías, ¿no le hiciste daño aposta! —exclamo indignada.

—Ella no lo vio así. Cuando descubrió el pastel, apeló a mi futura paternidad para sugerir una boda y todo lo demás que aquello conllevaba. Sin embargo, la decepcioné una vez más y me negué rotundamente. Le dije que reconocería al bebé, que sería su padre a efectos prácticos... pero que no me casaría por ello.

—Joder, Zack... —digo en voz baja, totalmente abrumada.

—Ella montó en cólera, empezó a presionarme, a obligarme a decirle la verdad, esa que sabía pero que yo nunca me había atrevido a decir en voz alta, por miedo a hacerle daño. Me sacó de quicio, Helena. Y cuando obtuvo lo que quería... se derrumbó.

—Le dijiste que no la amabas...

—Le dije que hay muchas formas de amar.

Permanezco en silencio, intentando componer en mi mente la escena: ella le dijo que estaba embarazada y él le ofreció apoyo fraternal, no amor. Imagino su reacción, conociéndolo, no debió ser muy buena. Imagino el rostro de ella, intentando conseguir que él le declarase su amor, que le dijese que quería casarse y formar esa familia que ella deseaba, esa que él no había podido tener. Imagino la decepción de ambos, la tensión que se creó en un instante en aquella

habitación, la distancia entre ellos al saber que no sentían lo mismo.

Y después, el odio. Odio mutuo.

—Aún sabiendo que lo había hecho adrede, ¿decidiste seguir adelante con el embarazo?
¿Apoyarla aunque te había mentido?

—Sí. Sentí que la había llevado al límite, que hizo aquello como último recurso debido a mi desinterés por la relación romántica que ella tanto ansiaba. Me sentí traicionado, pero sobre todo, me sentí culpable.

—Dios, Zack...

Él clava su mirada en el techo, sé que debe estar reviviendo momentos muy amargos en su mente ahora mismo. Quiero que comprenda que una decisión así es cosa de dos, que él no es responsable de la ruptura, ni de la decepción de Bree.

—Zack, no fue culpa tuya.

—¡Claro que fue culpa mía! ¡Tenía que haberle mentido! Haberle dicho que estaba encantado con su embarazo, que un hijo nuestro sería fruto del cariño, de la compenetración, de tantos y tantos momentos juntos...

Zack vuelve a cerrar los ojos y veo cómo sus labios tiemblan. Retiene una lágrima, sé que está ahí aunque no pueda verla.

—Mentir no habría servido de nada —me atrevo a decir en un susurro.

—Lo sé. Pero aún así, hay veces que pienso que quizá...

—Tuvo que ser horrible, pero creo que hiciste lo correcto. Porque, con el tiempo, ese sentimiento de traición que sentías habría destruido lo vuestro de todas formas —musito en voz baja.

—Eso nunca lo sabremos —responde apesadumbrado.

—Ella tenía derecho a pedir que la amases, pero erró al elegir la forma de hacértelo ver. Nadie tendría que convertirse en padre sin desearlo, Zack, bajo ninguna circunstancia.

Él asiente, aún con la mirada perdida. Acaricio su torso, dándole tiempo para que se reponga, intentando con todas mis fuerzas que se sienta querido, aunque sea a mi forma.

Así que Zack tiene un hijo. Dios, ¡necesito saber por qué no me ha hablado de él! ¿Es por mí? ¿O es porque tuvo algún problema con Bree y le prohibió verlo? ¡Oh, señor! Espero que no sea así, que no haya vivido todos estos años separado de su sangre porque...

—¿Lo ves? ¿Ves a tu hijo alguna vez?

Zack aprieta los labios y respira hondo.

—Bree perdió al bebé unos días después de mi confesión.

Entonces, Zack cierra los ojos y gira su cabeza hacia mí, buscando desesperadamente consuelo y calor. Mi corazón se encoge sobrecogido, exhalo el aire de mis pulmones lentamente, empezando a comprender el dolor que ha debido acompañarle desde entonces. Y también por qué se refugió aquí, en Alnwick. Lo abrazo con ternura y escucho cómo su respiración se acelera, cómo lucha por no derrumbarse. Se me parte el corazón al verlo así, dolido, indefenso. Dios, ¡perdió a su hijo! ¡Y se siente culpable de ello! ¿Qué puedo hacer yo para que se sienta mejor?

—Nene... ven aquí...

Lo abrazo más fuerte, tan fuerte como puedo, y me balanceo para acunarlo, para que se sienta protegido entre mis brazos.

—Si no le hubiera hecho daño, Bree no habría perdido al bebé, Helena. Ambos lo sabemos. Su disgusto provocó el aborto y ella no pudo perdonármelo nunca...

Se aferra a mi cuerpo buscando un sitio seguro al que anclar el suyo, que ahora flota a la deriva en el desamparo. Comprensión, cariño, eso es lo que Zack necesita, lo que parece que los demás no se han aventurado a darle, o que no han sabido darle. No dejo de acariciarlo, quiero que sepa que estoy aquí, que no lo juzgo... que lo amo tanto...

—No fue culpa tuya. Los abortos espontáneos ocurren incluso en las mejores circunstancias y, por el contrario, los embarazos bien asentados progresan incluso en las peores condiciones...

Zack niega con la cabeza. Él está convencido de que es así y no puedo llegar yo y hacerle cambiar de idea en una noche, por mucho que me duela.

—Estuve con ella durante todo el proceso, la ayudé y la apoyé en todo. Pero cuando le pedí que volviésemos al principio, que recuperásemos nuestra relación donde la interrumpimos, ella empezó a reír como una histérica. A partir de aquel momento, se dedicó a burlarse de mí frente a mis amigos, a hacerme daño cada vez que tenía ocasión... y entonces, mi madre murió.

—Y fuiste solo, Bree no te acompañó...

Zack niega con la cabeza y se retira de mí un poco. Permanece abrazado a mí, con su mirada clavada en mi pecho y yo acaricio su pelo suavemente.

—Fue el peor día de mi vida —murmura.

—Lo siento mucho, Zack.

No puedo presionar más, sé que no es el momento; pero creo que algo ocurrió aquel día, algo que le hizo aún más daño. Puede que fuese el verse solo en un momento tan duro, puede que lo asociase a la pérdida de su hijo o puede que no sea nada de eso. Pero hay algo más, algo muy hondo que duele tanto que, si Zack lo reconociese, se hundiría para siempre.

—Me cerré por completo. Poco después, mi padre decidió dejarnos también, así que en cuanto terminé la carrera, volví a Escocia a preparar mi tesis; pero no había nada allí para mí, nada que me retuviera.

—Y terminaste en Alnwick, huyendo de tu pasado.

Zack asiente y traga saliva, se gira para mirarme a los ojos y respira hondo de nuevo.

—Por eso llegué a odiar el sexo —recapitula, recuperando el hilo inicial—, porque me recordaba a todo el dolor que le infligí a la persona con la que había decidido compartir mi vida, a todo el daño que ella me hizo a mí. Decidí que el celibato era mi castigo por haber permitido que la vida de ese bebé desapareciera. Mi reclusión voluntaria aquí, lejos de todo lo que conocía, consiguió que me fuese aplacando poco a poco, que me olvidase incluso de... tocarme, ya sabes; y entonces, llegaste tú.

Mi corazón da un vuelco. No sabe lo que acaba de hacer al elegir las palabras que ha pronunciado.

¿Por qué no se da cuenta de que lo que sentía por Bree era amor?

¿Por qué no se da cuenta de que esto que tenemos es...?

¡Joder!

—Y te... violé en tu despacho —añado, sintiéndome fatal de repente.

Zack me mira a los ojos. Ahora los suyos ya no están tristes, están llenos de pasión de nuevo, de esos sentimientos que está viviendo a mi lado y que no puede reconocer. Me mira como si acabase de recordar que yo no soy Bree, que ya no estamos en dos mil dieciséis, que conmigo ha sido sincero desde el principio y que yo lo he aceptado todo, incluso su absurda decisión de poner límites a nuestra incipiente relación, esos mismos límites que acabamos de tumbar esta noche, llenos de contento en brazos del otro.

—No. Me recordaste lo maravilloso que es el sexo compartido. Pero contigo no es solo sexo, no es solo desfogue y placer. Contigo siento cosas, muchas de ellas nuevas, desconocidas; pero son cosas que no sé identificar. Estoy convencido de que el error está en mí, de que no puedo ofrecer lo que una pareja desea. Por eso puse límites desde el principio contigo, no quería volver a hacerle daño a nadie, no quiero volver a hacerle daño a nadie. ¿Entiendes?

Sí, claro que lo entiendo. Entiendo que no puedo esperar más que lo que estoy viviendo ahora mismo, y también entiendo que, aunque mañana tendré que meditar sobre esto, esta noche me parece igual de especial, incluso aunque él esté seguro de que no es capaz de dar más, aunque no sea capaz de darle un nombre a lo que para mí es evidente.

Asiento con la cabeza y beso sus bucles. Zack me abraza fuerte y respira hondo, aún apoyado en mi pecho.

—Y no me he acostado con Margaret, no he llegado adonde estoy por el sexo, Helena; llegué precisamente alejándome de él. Ahora ya lo sabes.

—Perdóname. Me he dejado llevar por las habladurías, he sido una celosa estúpida.

—Ella lo intentó, eso es cierto; pero le dejé las cosas claras y me mantengo al margen. No hay ni habrá nada más.

Aunque me gustaría indagar un poco para saber a qué se refiere exactamente con “ella lo intentó”, creo que es suficiente por hoy. Zack me ha abierto su corazón esta noche y no puedo estar más feliz al saber que él confía en mí. Levanto su mentón y lo beso con dulzura. Él me corresponde y sonrío cuando me separo de él.

—¿Vas a volar? ¿Vas a olvidarte de mí, ahora que sabes mi secreto? —pregunta con voz trémula.

—No podría olvidarme de ti ni aunque lo intentase con todas mis fuerzas. No me olvidaré de ti nunca, incluso cuando ya me haya ido de aquí. Te llevaré siempre conmigo, en mi corazón, y recordaré cada día a tu lado durante el resto de mi vida, Zachary Knightley.

Él sonrío y apoya la cabeza sobre mi seno. Yo continúo acariciando sus bucles, aceptando que, por mucho que no me guste, nuestro amor es pasajero y se terminará con los primeros calores del verano. Que no he sido capaz de despertar todo lo que está dormido en su pecho, que me muero de celos de pensar que alguien pueda hacerlo algún día, aunque también deseo que él pueda vivir la dicha que yo estoy viviendo ahora mismo, perdida en los rizos de su pelo.

Zack seguirá estando intacto cuando me marche de Alnwick, pero hasta entonces, yo me entrego voluntariamente a este amor abrasador que asola mi cuerpo y mi mente. Voy a disfrutar de su compañía, de sus enseñanzas, de sus labios y de todo el placer que me pueda dar hasta que tenga que volver a Londres; entonces, intentaré olvidarme de ese corazón que rebosa amor y que

no encuentra dónde verterlo. Intentaré olvidarme de Zack y vivir con la alegría de haber sido amada, aún sin que él lo supiera.

Y cuando llegue el invierno, intentaré sanar las heridas de su ausencia. Pero ahora quiero que esas heridas se hagan profundas, que sangren con fuerza para que después duelan, solo un poco, y permanezcan en mi cuerpo...

...para siempre.

Capítulo 35

Rebeldía

Pero claro, si me limitase a aceptar la situación, no me llamaría Helena Falcon.

Me despierto por la mañana y, tras despedirme con mil besos más de Zack, muchos de ellos dedicados a regalarme dos orgasmos increíbles, y no sin antes devolverle el favor con los míos, me apresuro a mi dormitorio para ducharme y prepararme para mi discurso. Aunque hay algo en mi pecho que intenta llamarme la atención para que me detenga a pensar, arrincono el aviso para centrarme en lo que el día traerá consigo.

Me meto en la ducha y, como un runrún de fondo que brota desde algún lugar recóndito de mi cerebro, la idea se va abriendo paso hasta el centro de mi mente: no voy a conformarme. Zack me ama, estoy absolutamente segura de ello, solo tengo que conseguir que él se dé cuenta. Cuando me entregué a este sentimiento, me propuse que él pudiera disfrutar de la dicha del amor, aunque no fuera conmigo, que intentaría arrancar esa coraza que lo envuelve para que pudiese abrirse a la persona idónea.

¿Y por qué no voy a ser yo esa persona? ¿En qué momento me descarté de la ecuación?

¡Este hombre me tiene tan loca que solo pienso chorradas!

Sin que yo tenga que hacer nada, las posibilidades empiezan a rondar por mi cabeza. Bree también se dio cuenta, pero eligió una forma horrible de intentar hacerle ver a Zack que él la amaba, cometió un gran error que les hizo mucho daño a los dos; pero su idea era correcta. Está claro que él necesita descubrir de alguna manera que el amor es exactamente eso que siente cuando es capaz de abrirse y contarme sus remordimientos, sus dudas, el dolor que ha sufrido a lo largo de su vida. Que el amor es compartir aficiones, pero también es tiempo dedicado a cosas diferentes; que es reír juntos y también preocuparse por el otro cuando no se encuentra bien; que el amor es un sentimiento ubicado solo un paso más allá de la amistad porque a esta se le suma la atracción, el deseo, la compenetración de la intimidad. Y que la plenitud que dice que siente cuando entra en mi cuerpo es también parte de ese sentimiento.

Eso que dice que no había sentido nunca antes.

Él me ha distinguido, ha admitido que lo que siente conmigo al hacer el amor es totalmente distinto de lo que conocía. Tiemblo de emoción solo con recordar sus palabras de anoche, cómo me hizo sentir cuando me explicó, mientras deslizaba sus dedos sobre mi piel, que conmigo todo es diferente, especial, nuevo para él. Si lo pienso bien... ¡puede que yo sea su elegida! ¡Solo necesita darse cuenta de ello!

¿Pero cómo?

Tengo que encontrar la forma de conseguirlo, no solo porque lo deseo más que nada, sino porque no podría compartir mi vida con un hombre que se niega a entregarse por completo.

Estoy enamorada de Zack y quiero que él también se dé cuenta de que me ama. Así que debo buscar una forma de alumbrar su camino sin presionar, sin hacernos daño. Y por supuesto, sin hacerle andar a través de él, eso no. Solo mostrárselo para que él decida si adentrarse, darle las armas necesarias para que mire en la dirección correcta...

Podría seguir con las metáforas eternamente, pero se me hace tarde. Agarro la alcachofa de la ducha y empiezo a retirar el jabón en el que me he embadurnado a conciencia; al sentir el agua corriendo por mi piel, sonrío recordando por un momento el placer en el que su boca me ha hecho retozar esta mañana y casi me excito de nuevo. ¡Qué le voy a hacer! Me encanta el sexo oral y resulta que él sabe perfectamente cómo volverme loca...

¡Las nueve y media!

Me arreglo a toda prisa y corro escaleras abajo para desayunar con los demás, aunque probablemente no quede ya nadie en el comedor. Cuando llego, me encuentro a Caroline y a Amos sentados uno frente al otro. Están terminando su desayuno y me miran con un reproche en sus ojos. Agarro una manzana, un par de rebanadas de pan y un café y me siento junto a ellos.

—¿No tienes que dar un discurso a las diez? —me increpa Caroline en tono displicente.

—Sí, sí. Lo tengo todo preparado.

No debería excusarme, no he llegado tarde, pero el hecho de haber pasado la noche en la cama de Zack me hace sentir culpable frente a ella.

—¿Has dormido algo? Porque tienes cara de no haber descansado demasiado...

¡Maldita sea! ¿Es que todo el puñetero edificio sabe que he pasado la noche con Zack?

—He dormido maravillosamente, gracias —contesto con retintín.

Sus palabras acaban de desterrar el pequeño malestar que sentí al principio. Yo no tengo la culpa de que ella no consiguiera a Zack y, con respecto al resto, no estamos violando ninguna ley ni código de conducta, las normas de Alnwick no impiden que dos profesores se acuesten.

¿Verdad?

—¿Estás nerviosa por el discurso, Helena? —me pregunta Amos, intentando relajar el ambiente.

Charlamos unos minutos sobre lo bien que ha ido el certamen y, finalmente, Caroline se une al sentir general y participa en la conversación activamente. Creo que está molesta conmigo, pero solo un poco. Cuando Amos se marcha, ya he terminado mi desayuno y me levanto para recoger los restos. Caroline hace lo propio y me acompaña hasta la puerta.

—Entonces, ¿es cierto? —pregunta, alzando una ceja.

—¿Qué es cierto? —respondo, intentando preparar una respuesta a la altura de la pregunta que sé que vendrá a continuación.

—Que tú y Zack estáis juntos.

Desde luego, el descaro no tiene límites. Creí que iba a intentar marear la perdiz un poco, pero no, directa como una bala.

—Así es —respondo escuetamente. Aunque fui yo la que abrió esta senda al preguntarle sobre su experiencia con Zack, ahora no me siento cómoda teniendo que hablar de la mía con ella.

—Me alegro entonces, por los dos. Solo déjame recordarte lo que ya te avisé hace semanas:

Zack es un hombre maravilloso, pero no es el indicado si lo que quieres es ir en serio. No dejes que te rompa el corazón, Helena, después cuesta mucho recomponerlo.

—Lo sé, ya he pasado por eso —respondo altanera.

—No con Zack. La huella que ese hombre deja en el corazón abandonado es indeleble. A mí me costó años olvidarme de él, incluso aunque no llegué a rozar su piel siquiera. No quiero imaginar lo que tiene que ser tener que hacerlo después de haber...

—Caroline, gracias por tu interés —la interrumpo irritada—, de veras que lo agradezco; pero, como has dicho, no puedes hacerte una idea de lo que siento, de lo que hay entre nosotros, y mucho menos, de hasta donde nos hemos aventurado en nuestra relación. Así que, por favor, te rogaría que te abstuvieras de dar tu opinión tan alegremente en foros donde no se te la ha solicitado.

Sé que me he pasado, pero estoy cansada de que todo el mundo me diga que no tengo nada que hacer con él.

—Lo... lo siento, solo pretendía...

—Te comprendo y vuelvo a darte las gracias. Simplemente, no queremos que nadie se inmiscuya en lo que estamos viviendo, sea lo que sea.

—Todos lo saben, Helena. No es que os hayáis ocultado, precisamente.

Me detengo junto a la puerta de salida para encararla directamente, creo que ahora es ella quien ha ido demasiado lejos.

—Todos lo saben porque no tenemos por qué escabullirnos a hurtadillas para estar juntos.

—Quizá sí. De esa forma, nadie os molestaría con sus comentarios.

—Comentarios que, como ya he dicho, no han sido solicitados. Zack hará lo mismo que yo si alguien se inmiscuye, de eso estoy segura; pero, si es tu deseo, puedes ir corriendo a advertirle también.

—No será necesario, él sabe muy bien cómo manejar este tipo de situaciones —rehúsa, después de sopesar mis palabras sosteniendo mi firme mirada.

—Estupendo. Y ahora, si me disculpas, llego tarde.

Encendida y agraviada, corro hacia el salón de actos dudando si seré capaz de articular palabra después del asalto al que he sido sometida. En el camino me cruzo con una Ashley muy excitada que corre hacia mí y me abraza fuerte, dejándome totalmente sorprendida.

—¡Señorita Falcon! ¡Soy tan feliz! —exclama, emocionada.

—¿Qué te pasa? ¿Me he perdido algo? —inquiero, intentando mirarla a los ojos, algo difícil de conseguir ya que ella no para de dar saltitos a mi alrededor.

—¡Ivan se me declaró anoche!

—¿Ivan? ¿Quién es Ivan? —pregunto descolocada.

—¡Ivan! ¡El chico especial! ¿Recuerda cuando hablamos en clase sobre los chicos que vendrían a Alnwick para la fiesta de la primavera?

Sí, ahora recuerdo que ella me dio a entender que ya conocía a alguien, pero me extraña que no me haya dicho nada durante los días que hemos pasado juntas preparando la decoración del salón de actos.

—¿Es el chico con el que estabas anoche? ¿Ese que no podía quitar sus ojos de ti? —añado sonriéndole.

—¡Sí! ¡Oh, señorita! ¡Por fin! ¡Llevamos tanto tiempo viviendo nuestro amor a distancia...! ¡Pero este verano nos iremos a vivir juntos!

—¡Oh! ¿En serio? —respondo, sorprendida. De repente, me siento tan feliz como ella.

—¡Sí! ¡No puedo creerlo! ¡Vamos a buscar trabajo en Devon! ¡Y nos casaremos y...!

—Espera, espera, espera. ¿Casaros? —exclamo entre risas mientras ella me hace girar sin parar—. ¿Por qué tanta prisa?

—Bueno, no ahora. Pero pronto. Si usted supiera, señorita... Nos conocimos a los trece años y nos enamoramos instantáneamente. Pero claro, la edad ha sido un gran impedimento para vivir nuestra relación. Él vive en Devon y mi familia en Kent, por lo que vernos ha sido siempre muy complicado. Aún así, nos prometimos que nos iríamos a vivir juntos en cuanto terminásemos la universidad... ¡y se ha cumplido! Le aseguro que he tenido mis dudas en muchas ocasiones, pero ambos nos hemos sido fieles todo este tiempo, y ahora... ¡Ay por Dios, señorita! ¡Es que no me puedo creer que esto esté ocurriendo!

Por un instante, me detengo a escuchar su historia, totalmente asombrada al conocer que algunas personas son capaces de comprometerse tan pronto, de estar tan seguros de que están enamorados y de que quieren compartir su vida, mientras que Zack...

—Pero, si vivís tan lejos, y estudiáis en universidades distintas, ¿cómo os conocisteis?

—Hace seis veranos, en la Isla de Wight. Mis padres y los suyos eligieron ese destino para pasar sus vacaciones, uniendo nuestras vidas para siempre. Desde entonces, hemos intentado pasar el máximo tiempo posible juntos, pero nunca ha sido suficiente. Por eso vamos a mudarnos en cuanto encontremos un trabajo.

—¿Y a Devon? ¿Por qué? ¿Tenéis algo ya en mente?

—Sí, la familia de Ivan tiene una empresa y él va a hacerse cargo de la parte financiera. Yo tengo que buscar algo allí, pero de momento trabajaré como auxiliar.

—¡Vaya! ¡Eso es fantástico! ¿Y tus padres? ¿Están de acuerdo? —inquiero, totalmente alucinada, pero empezando a contagiarme de su entusiasmo.

—Mis padres han visto cómo nuestro amor no solo ha perdurado a lo largo de los años y en la distancia, sino que ha crecido fuerte. Ivan no ha dejado de demostrármelo con toda clase de actos, así que ellos están de acuerdo. ¡Solo necesitaba que él me lo pidiera! ¡Y ya lo ha hecho! ¡Oooh, soy tan feliz!

—Me alegro muchísimo por ti, Ashley. Encontrar a un hombre así es muy difícil, así que agárralo fuerte, no lo dejes escapar.

—No lo dude ni un segundo, señorita. Ivan es mi sueño y no dejaré que se me escape, nunca. Estoy preparada para luchar por nuestra relación, cueste lo que cueste. Sé que aún queda mucho, pero estoy dispuesta.

Entramos en el salón de actos charlando muy emocionadas. He de reconocer que me ha venido de perlas su conversación para olvidar el encontronazo con Caroline y llenarme de energía para el momento que tengo que afrontar ahora mismo. Me separo de Ashley y me uno al grupo de profesores que charla animadamente junto a la puerta de acceso. Zack no ha llegado

aún, o no ha querido formar parte de la comitiva, quién sabe.

Minutos más tarde, todos escuchamos cómo Margaret se dirige al público para dar su discurso de cierre, que termina con ella presentándonos a Arthur y a mí. Al subir al escenario, donde se sientan algunos miembros del comité de la universidad y otras personas que no conozco, veo a Zack en primera fila, sentado junto al asiento que Margaret acaba de ocupar. Él me guiña un ojo y sonrío y, aunque me entristece saber que el hombre que ocupa mi corazón no es como el tal Ivan, me siento reconfortada al saber que él me está mirando con orgullo.

—Buenos días. En primer lugar, quisiera dar las gracias a todos los que habéis participado en este evento, tanto en los preparativos —señalo a Ashley con un ademán—, como en la redacción de relatos. Los he leído, todos, y puedo decir que estoy muy orgullosa de vuestro trabajo. El señor Kelly —me giro hacia él sonriendo y él me devuelve la sonrisa encantado— me ha hecho saber que le han sorprendido varios de vuestros manuscritos y que se marcha gratamente sorprendido del resultado de este año.

El público aplaude con regocijo y todos sonrían. Arthur me guiña un ojo y me hace un gesto que implica que quiere hablar conmigo más tarde. Yo asiento y continúo.

—Imagino que estaréis deseando saber quién se alza con la victoria...

Brett es el flamante ganador del certamen. Su historia sobre un futuro distópico en el que los humanos deben convivir con seres de gran inteligencia en un planeta que no pertenece a nuestro sistema solar, ha conquistado a todos. Él sube a recoger su premio entre los vítores y aplausos de sus compañeros, sonrojado hasta las orejas. Arthur le entrega la mención honorífica y un diploma de vencedor del año actual, así como el regalo que elegimos entre Lindsey y yo: un fin de semana para él y un acompañante a elegir entre varios destinos, todos ellos muy apetecibles.

—¡Enhorabuena, Brett! —empieza Arthur a través del micrófono, dándole tiempo al agasajado para recomponerse—. Tu relato engancha desde el principio hasta el final, su redacción es impecable y el *tempo* —Zack y yo nos buscamos con la mirada, cómplices, y sonreímos— es perfecto. Así que, si la preciosa señorita Falcon me lo permite —me señala, zalamero—, me gustaría desvelar el verdadero premio de este certamen, ese que la universidad ha mantenido en secreto hasta ahora por deferencia hacia mí.

El auditorio queda en silencio, expectante. Todos miran a Arthur con los ojos muy abiertos y a Brett creo que le va a dar un infarto ahora mismo, a juzgar por lo rápido que está respirando.

—Todo suyo, señor Kelly —concedo con una sonrisa.

—Brett, tu relato es tan bueno, que tendrás la oportunidad de escribir la historia completa para que sea publicada con la editorial *Feathers*, que es la misma que ha publicado mi última novela. Dispondrás de todo el apoyo del fabuloso equipo editor que lleva años favoreciendo la lectura en nuestro país y, además, obtendrás una promoción valorada en diez mil libras para que tu novela llegue a todos los rincones de Inglaterra.

Brett no se lo puede creer. Veo cómo boquea, intentando respirar y decir algo coherente al mismo tiempo, para acabar abrazándose a Arthur con un “¡gracias!” tan fuerte que creo que ha debido escucharse en todo el recinto. Sus compañeros aplauden, aún abrumados ante la noticia, mientras Brett vuelve a su sitio en total estado de *shock*.

—De nuevo mi más sincera enhorabuena, Brett, te lo mereces. Peeeeero, aún no han terminado

las sorpresas... —Arthur se vuelve hacia mí y me mira con una sonrisa llena de intención—. Rectora Viedman, con su permiso, me gustaría ser yo quien anunciase la buena nueva a todos los alumnos y profesores.

Miro hacia Margaret y veo cómo ella asiente con una sonrisa. Zack me mira fijamente, apretando su labio superior sobre el inferior, como si estuviese conteniendo la alegría.

¿Qué está pasando aquí?

—Gracias —continúa Arthur—. Señorita Falcon, Helena, ¿puedes acercarte al micrófono, por favor?

Entrecerrando mis ojos ante lo extraño de la situación, me acerco a Arthur, mis pasos lentos y algo dubitativos.

—¿Qué me he perdido? —comento al llegar a su lado, provocando la risa de todos.

—Señoras y señores, Helena Falcon tuvo una idea hace unos meses, idea de la que surgió este premio que acabamos de otorgar al señor Dursley, así que no dudéis en agradecersele personalmente cuando tengáis oportunidad, chicos —comenta, cambiando su tono de voz y añadiendo una nota cómica con su expresión, provocando la risa general—; pero esa idea inicial constaba de dos partes y hoy podemos anunciar que el jefe del departamento de Literatura, el señor Zackary Knightley, y la rectora de esta universidad, *lady* Margaret Viedman, le han dado forma a esa segunda parte para convertirla en un sueño, en una utopía que se ha hecho felizmente realidad.

Mi expresión es de pura expectación. No sé a qué diablos se refiere Arthur con toda esta parafernalia, pero me está poniendo de los nervios. Miro a Zack de hito en hito y descubro que, tanto él como Margaret, me observan atentamente con ilusión en sus ojos.

—Tras varias reuniones con el comité universitario y diversas conversaciones con la universidad de Cambridge, el señor Knightley ha acudido personalmente a esa ciudad esta semana para acordar los términos y volver con la confirmación por escrito de la que será, definitivamente, una de las alianzas de mayor interés y renombre del siglo veintiuno. Gracias a él y al inestimable apoyo de nuestra rectora, la universidad de Alnwick se complace hoy en presentar... la beca Viedman de Literatura.

En este instante, un hombre en el que no había reparado, que estaba sentado entre todas las personalidades que se encuentran en el escenario, se levanta y se acerca a mí a paso ligero con un precioso diploma entre sus manos.

—Ha tenido una gran idea, señorita Falcon —me dice fuera de micro, solo para que lo oiga yo.

—Gra- gracias... —atino a responder, totalmente obnubilada.

—Señoras y señores, es un honor para mí formar parte de este nuevo proyecto que se ha logrado gracias a la colaboración de ambas universidades, fundamentalmente de *lady* Viedman y el profesor Knightley por parte de Alnwick y de los señores Carlston y Barrows por parte de Cambridge. A partir del próximo año, aquellos alumnos que destaquen en sus habilidades narrativas podrán optar a esta beca conjunta para estudiar Literatura en ambos centros universitarios. Así se inicia, espero, una larga y fructuosa colaboración entre Cambridge y Alnwick con el profundo deseo de recuperar la pasión por la escritura y la lectura entre los más jóvenes.

El público aplaude con ganas ante la noticia. Arthur me mira sonriendo ampliamente y me guiña un ojo cuando poso mi mirada sobre la suya. No puedo creer lo que estoy oyendo, no soy capaz de procesar todo lo que esto implica.

—Además de la beca, la colaboración conllevará ciertas modificaciones en los departamentos de Literatura de ambas universidades, así como nuevos itinerarios y especialidades, centrándonos siempre en nuestro amor por la palabra escrita. Así que, para celebrarlo como es debido, démosle un gran aplauso a la señorita Helena Falcon, sin la que este importante acontecimiento no habría tenido lugar. —El señor que habla empieza a aplaudir sonoramente junto al micrófono y, en un abrir y cerrar de ojos, todo el público se pone en pie para unirse al aplauso—. Enhorabuena, señorita Falcon.

Gritos, más vítores y un aplauso tan caluroso que diría que parece una ovación. No dejo de mirar a todos con lágrimas en los ojos, abrumada por la emoción y por la felicidad. Pero también sintiéndome una estúpida al recordar que pensé que Zack y Margaret se habían apropiado de mi idea, que me habían dejado fuera y que estarían viéndose a mis espaldas.

Es entonces cuando comprendo por qué Zack se marchó a Cambridge, por qué no pudo acudir a las jornadas de lectura, de las que tanto habría disfrutado. Dirijo mi mirada hacia donde él se sienta para encontrarme con su sonrisa y siento el escozor de mis lágrimas preparándose para salir mientras sus palabras de anoche vuelven a mi mente:

“Todo lo que he hecho ha sido por ti, incluso marcharme a Cambridge”.

Me siento la peor persona del mundo.

Sobrepasada por la emoción, me derrumbo. Pongo mis manos sobre mis ojos para ocultar el río que baña mi rostro, para ocultar la vergüenza que siento por haber pensado así de Zack. Arthur se acerca para abrazarme y consolarme, aún sonriendo.

—Vamos, Helena, no llores. Debes sentirte muy honrada y muy feliz. ¡No todos los días se crea una beca porque se le ocurre un idea descabellada a una profesora de reciente incorporación! ¡Mucho menos, con la colaboración de Cambridge!

Aunque me muero de vergüenza, no puedo evitar sonreír temblorosamente. Empiezo a despejar mi rostro de lágrimas para poder mirar al público, que sigue aplaudiendo incesantemente, y vuelvo a mirar a Zack a los ojos intentando que, sin palabras, comprenda que ahora sé lo que ocurría, que me siendo estúpida, que lo amo demasiado.

En respuesta, Zack me guiña un ojo y me lanza un beso con sus labios.

Y mi corazón explota de pura felicidad.

Capítulo 36

La clave

Cuando acaba el evento, veo que Zack y Margaret son requeridos por el enviado de Cambridge, quien se acerca a ellos, entiendo que para ultimar detalles. Él me hace señas para decirme que nos vemos luego y yo asiento. Aún emocionada, me veo rodeada por mis alumnos, que me abrazan efusivamente y que no dejan de darme las gracias. Cuando por fin me sueltan, es Lindsey la que se acerca a felicitarme.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué calladito os lo teníais!

—Te aseguro que yo no tenía ni idea de la beca, estoy tan perpleja como tú.

—¿No te lo había dicho Zack? —inquieta extrañada.

—Ni un palabra. Imagino que quería darme una sorpresa, de ahí todo el follón que se ha organizado esta semana.

—Que por poco termina con tu ánimo, por cierto.

—Sí, pero anoche ya lo aclaramos todo —añado con una sonrisa.

—Bueno, entonces ¿ya sois pareja?

Me quedo mirándola fijamente sin saber muy bien por dónde empezar.

—Lindsey, necesito tu opinión.

—Sí, me parece genial que estéis juntos, lo que no me explico es qué vais a hacer para veros cuando te marches en verano.

—No es esa opinión la que necesito. —Lindsey frunce el ceño y me mira, expectante—. Verás, Zack... no me quiere.

—Hmmm... vaaaleee. Eeeeh... no, no entiendo —titubea.

—No me quiere porque se ha empeñado en pensar que él no... que no puede amar.

—Bueno, eso ya nos lo imaginábamos, más o menos.

—Sí, pero el problema es que está equivocado.

—¿Perdón? —La cara de Lindsey es de confusión total.

—Zack sí es capaz de amar, pero hay algo en su interior que bloquea el reconocimiento de los sentimientos.

—Helena, creo que no deberías meterte en cuestiones filosóficas y psicológicas con alguien que va a compartir tu cama durante cuánto... ¿un mes?

—¡Pues esa es la cuestión! ¡Precisamente!

—De veras que no comprendo nada —alega, totalmente trastocada.

—Necesito conseguir que Zack se dé cuenta de que no solo soy yo la que está enamorada en esta extraña relación que tenemos.

Lindsey me mira fijamente y, tras unos instantes, empieza a negar con la cabeza.

—Te advertí, te dije que Zack es demasiado complicado, que no te enamoras de él...

—También dijiste que creías que ya era tarde y estabas en lo cierto; pero eso no me sirve de nada ahora, Linds, ahora necesito una solución al otro problema.

Empezamos a caminar hacia nuestro dormitorio para evitar ser escuchadas por oídos indiscretos.

—Helena, si él te dice que no te quiere...

—No me ha dicho que no me quiere, me ha dicho que no puede amar a nadie. Me ha contado todo lo que ocurrió con Bree, que fue su pareja mientras estudiaban en Cambridge, pero ahí no radica el problema; esa ausencia de sentimientos viene de antes, de algo más hondo que yo no puedo adivinar, al menos aún; pero no tengo tiempo, Linds. Como bien has dicho, queda menos de un mes para que esto termine. Necesito decidir qué rumbo tomar para que Zack comprenda que lo que siente por mí también es amor.

—A ver si lo entiendo. Él te ha dicho que le gustas, está claro que no se está acostando con nadie más, tiene detalles bonitos contigo y acaba de crear una beca que no lleva tu nombre porque llevas muy poco tiempo aquí, que si no...

—Bueno, sí.

—¿Qué es lo que quieres de él, Helena? ¿Que te declare su amor eterno? ¿Que reconozca delante de ti que eres la mujer de su vida? ¿No está suficientemente claro que eres especial para él?

—Soy especial para él... ¡ahora!

—O sea, quieres un compromiso con él.

—Quiero una pareja, Linds. Quiero saber que él no cambiará mañana de opinión y empezará a ignorarme de nuevo, que no voy a dejar de gustarle dentro de dos meses, que no va a aburrirse de mí y a marcharse con viento fresco de buenas a primeras.

—Cariño, eso no puede prometerlo nadie, te haya dicho te quiero o no.

—¡Lo sé! ¡Pero yo necesito que...!

—Necesitas escuchárselo decir —sentencia, mirándome muy seria.

Yo abro la boca para seguir rebatiéndola, pero entonces me doy cuenta de que sí, que es eso lo que quiero. Y asiento con pesadumbre.

—Quiero estar segura de que no son alucinaciones mías.

—Los actos dicen mucho más que las palabras.

—Lo sé. Pero necesito las palabras, al menos, por una vez.

—Quizá él no esté preparado nunca para decírlas, cariño. Y entonces, ¿qué? ¿Lo dejarás escapar porque no es capaz de decir “te amo”?

—No necesito que me diga “te amo”, pero sí necesito que él reconozca que siente algo especial por mí. No puedo volver a vincularme a una persona que no me aporte la seguridad que tanto necesito. No puedo permitírmelo porque... me hundiría. Y esta vez, no sé si podría volver a

levantarme.

Acabamos de llegar a la puerta de mi dormitorio y Lindsey se detiene para mirarme a los ojos.

—Yo no conozco tanto a Zack, no sé cómo puedo ayudarte. Lo único que se me ocurre es que sigas siendo tú misma. Le gusta cómo eres. Sigue adelante y los acontecimientos irán sucediéndose.

—No tengo tiempo, Linds, lo sabes. Pensé que podría conseguir una plaza para mí en la universidad, pero he conseguido una beca de estudios para el alumnado en su lugar. Estoy muy orgullosa, por supuesto, pero eso no garantiza mi continuidad aquí. Tendré que volver a... a alguna parte dentro de un mes y, desde donde quiera que esté, no podré continuar con Zack, por mucho que quiera engañarme a mí misma y piense que las relaciones a distancia funcionan. No puedo seguir esperando a que él dé el paso, Linds, tengo que intentar provocar un avance.

—Pero escucha. Si consiguieses que él se diese cuenta de que te ama y que te dijera que siente algo especial por ti, ¡la relación continuaría siendo a distancia! Zack jamás se marchará de aquí, lo sabes tan bien como yo.

—Si sé que tengo algo por lo que luchar, intentaría por todos los medios volver aquí, trabajar en una pequeña escuela de los alrededores, ¡o no sé! Quizá me mudaría al pueblo para terminar la novela y continuar a su lado. Linds, si puedo confirmar que Zack me ama, encontraré la forma de quedarme. Pero si solo soy una distracción pasajera... no volveré a Alnwick nunca más.

Lindsey asiente, comprendiendo.

—Aunque parezca que soy la antítesis del amor romántico, te comprendo perfectamente. Solo estaba exponiendo los peores escenarios para que fueses consciente de que puede que tus deseos no se vean cumplidos. Pero si estás decidida a seguir con él, comprendo que desees que él te dé alguna garantía, por llamarlo de alguna manera.

—Quiero estar segura de que lo que veo en sus ojos es real. Quiero saber que no estoy equivocada, aunque luego siga siendo un hombre frío y poco romántico. Pero no puedo apostar a ciegas, no puedo cambiar toda mi vida para estar cerca de un hombre que no me quiere, de un hombre que quizá se olvide de mí dentro de tres meses, Linds. Ya no.

—¿Eso fue lo que ocurrió con Robert? ¿Que se olvidó de ti?

—No. Robert se parecía a Zack en muchas cosas, pero lo que quería de mí era poseerme, ahogarme y hundirme con él. Zack es justo lo opuesto. Él quiere que crezca, que consiga mis objetivos, y está claro, mucho más después de lo que ha ocurrido ahí dentro, que está dispuesto a ayudarme a conseguirlo. Arthur me dijo el otro día que haríamos un equipo fantástico juntos, pero no sabe cuánta razón tenía. Zack y yo nos compenetramos, jamás nos colgaríamos del cuello del otro para impedirle alcanzar sus metas, seríamos impulsores en lugar de lastres.

—¿Y lo amas por eso? ¿Porque podéis triunfar juntos?

La miro a los ojos y permito que todo lo que siento cuando miro a Zack me invada. Pienso en su rostro cuando mira a los demás con esa inteligencia soberbia que, a mis ojos, lo hace tan superior; pienso en lo que me hace sentir cuando lo escucho hablar, cuando veo cómo se enfurruña mientras corrige o cuando se llena de ilusión al explicar algo que le gusta. Pienso en su sonrisa, esa que estaba oculta pero que ahora aflora a sus labios cada vez más a menudo, y también recuerdo cómo se disuelve de placer cuando nos tocamos, cuando se deja ir en mi cuerpo, cuando me besa con la pasión con la que me besó anoche.

Entonces, sonrío.

—Estoy enamorada de Zack, Linds, y lo sé porque no puedo decirte una sola cosa que no me guste de él. Tiene defectos, los conozco, pero soy incapaz de enumerarlos cuando pienso en él. Puedo darte una lista de todas las cosas que me gustan, de todo lo que siento cuando estoy a su lado, pero no creo que sea necesario. Lo amo con todo mi corazón y estoy dispuesta a cualquier cosa para seguir a su lado todo el tiempo que sea posible.

—Sí, estás enamorada como una tonta. Está bien —sonríe Lindsey, convencida por fin—, te ayudaré a que ese cabezota se dé cuenta de que no puede dejarte marchar. ¿Por dónde empezamos?

Arthur se marcha. Zack, Margaret, Caroline y yo lo acompañamos al patio principal donde lo recogerá un taxi de un momento a otro. Aunque se me hace difícil despedirme, algo me dice que esta no será la última vez que nos veamos. Y que no pasará mucho tiempo hasta entonces.

—Muchas gracias a todos por la cálida acogida —dice Arthur con su sonrisa imperecedera—. Espero volver a Alnwick más pronto que tarde y me comprometo a participar activamente en la beca Viedman. Por lo pronto, tengo una serie de reuniones agendadas para después del verano y os aseguro que esta nueva colaboración será uno de los temas principales de mi aportación.

Todos le sonreímos y agradecemos la deferencia. Arthur le da dos besos a Caroline, estrecha la mano de Margaret con solemnidad y, cuando se acerca a Zack, ambos se quedan mirándose a los ojos, muy rígidos, hasta que finalmente, Zack le tiende la mano y esboza una pequeña sonrisa.

—Un placer conocerte, Arthur, aunque no hayamos podido conversar demasiado.

—Lo mismo digo, Zack.

Arthur le estrecha la mano con fuerza y se acerca a su oído. Los demás vemos que susurra algún secreto y Zack asiente, ampliando su sonrisa. Entonces se separan y Arthur viene hacia mí. Pero no me tiende la mano, me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Esta semana ha sido un auténtico éxito, sobre todo gracias a ti. Eres brillante, Helena Falcon, no permitas que nadie apague tu luz, pase lo que pase.

—Gracias, Arthur. Para mí ha sido un honor compartir estos días contigo.

—Espero que nos veamos muy pronto. ¡Ah! Y en cuanto terminéis con las correcciones —añade, mirándonos a Zack y a mí—, exijo ser el primero en leer tu novela. Estoy deseando conocer la pluma de Helena Falcon.

Zack y yo asentimos contentos. Cuando el taxi se marcha con Arthur, todos nos quedamos mirando cómo se aleja de la universidad.

—Es un gran hombre —comenta Margaret, perdida en sus pensamientos.

—Lo es —añado, aún sonriendo.

Margaret me mira, mira a Zack y sonrío.

—Caroline, necesito que repasemos algunos detalles del documento que Zack ha traído de Cambridge antes de que se me olviden ciertos puntos que me gustaría añadir.

—Si necesita que le aclare algo, rectora Viedman... —se ofrece Zack, solícito.

Margaret lo mira a los ojos y sonríe.

—Tú ya has hecho bastante, Zack. Es domingo, hace un día precioso y mañana empiezan las evaluaciones finales. Yo, en vuestro lugar, aprovecharía para visitar el pueblo, para pasear por el campo o para cualquier otro menester que implique relax y diversión.

Zack y yo nos miramos un poco ruborizados, sonreímos y asentimos. Caroline y Margaret nos devuelven la sonrisa y se giran para entrar en la universidad.

—¿Quieres ir a dar un paseo, Zack? —pregunto con una sonrisita.

—Si no hay más remedio... —responde con condescendencia.

Zack se acerca a mí y pasa su brazo por encima de mis hombros y empezamos a caminar juntos hacia el pueblo disfrutando de los rayos de sol.

—¿Qué es lo que te ha dicho Arthur al oído? —pregunto curiosa.

—Que cuide de ti —responde, bajando la cabeza un poco avergonzado.

—¡Vaya! —exclamo sorprendida—. Pues tendrás que hacerle caso, ¿no?

Zack se ruboriza y gira su cabeza para mirarme a los ojos con pudor.

—Creo que lo he hecho bastante mal hasta ahora.

—Hmmm... puede, pero lo has compensado con creces desde que has vuelto —respondo con complicidad, mirando al horizonte.

—Entonces, ¿no hay nada entre Arthur y tú? —pregunta en voz baja.

—No me puedo creer en serio que creyeras que lo había.

—Él es muy atractivo...

—Yo solo tengo ojos para un hombre ahora mismo, Zack —respondo juguetona.

—Y también os lleváis bien... —insiste, mirando hacia el suelo.

—¿Y?

—Pues, no sé... simplemente que yo no soy tan... complaciente.

Me detengo y me giro hacia él, dedicándole una mirada cariñosa a la vez que acaricio su mejilla.

—No me gustas porque seas complaciente, Zack.

—Está bien —responde con una sonrisa, tras unos segundos.

—Por cierto... creo recordar que quedó pendiente una conversación sobre qué cosas eran las que te gustaban de mí... —empiezo, reanudando el paseo.

Zack frunce el ceño y esboza una mueca de pánico.

—Eeeeh... no recuerdo...

—¡Ah, no! No te hagas el loco, sé que se te da muy bien.

—Puede que fuese cuando...

—Cuando me estabas penetrando después de haberme castigado de la forma más sexy que recuerdo, nene —suelto sensual.

Zack contiene el aliento y traga saliva, mirándome de reojo.

—Sí, algo de eso era.

—Además, me debías un regalo de cumpleaños, ¿verdad? Ese que no me pudiste dar porque estaba demasiado cansada...

—Mmmm... lo guardaba para una ocasión especial...

—Estoy segura de que no hay mejor ocasión que esta —finalizo con una media sonrisa.

Zack se acerca a mí, vuelve a pasarme el brazo sobre los hombros y me atrae hacia sí.

—Desde luego, en lo que respecta a ese tema, sí que podría ser complaciente... —susurra en mi oído, poniéndome la piel de gallina.

—Eso es precisamente en lo que estaba pensando.

Capítulo 37

Saldando deudas

Hemos pasado una tarde maravillosa paseando por los alrededores de Alnwick, casi hemos llegado a Alnmouth porque Zack quería enseñarme la playa, pero el trayecto de cinco millas nos llevaría más de hora y media a buen paso, así que decidimos dar la vuelta cuando llegamos a Hawkill con la promesa de que, antes de que termine el semestre, iremos a pasar un día a la playa, incluso aunque no haga buen tiempo.

—Me gustaría no tener que volver a la universidad esta noche. Me encantaría, al menos por una vez, pasar la noche contigo fuera del alcance de las opiniones de los demás profesores, de la rectora y los alumnos —confieso, abrazada a Zack.

—¿Ha ocurrido algo en mi ausencia? ¿Alguien te ha hecho algún comentario desagradable o fuera de lugar? —pregunta preocupado.

—Nada que no pudiera manejar. Pero imagino que serás consciente de que todos han estado murmurando sobre nosotros, algunos en voz más alta que otros.

—A mí no me han dicho nada —comenta, pensativo—; no, miento. Margaret me llamó la atención hace algunas semanas, pero nada grave. Además, la puse en su lugar.

De repente, me siento mal. Quizá he dado por sentado que no estábamos infringiendo ninguna norma cuando en realidad no era así.

—¿Corre peligro mi puesto? ¿O el tuyo? —inquiero con visible preocupación.

—No. No te preocupes. Margaret perdió mucho poder sobre mí cuando intentó besarme, así que solo tuve que recordarle que mi vida privada no tiene nada que ver con la universidad, por mucho que viva dentro de ella.

—Quizá no deberíamos haber...

—Helena, no. No hemos hecho nada malo. Somos adultos, los dos, ¿okay? Margaret no tiene derecho a inmiscuirse en mi vida, por mucho que ella piense de otra manera.

—Está bien.

Caminamos en silencio un poco más, pero mi curiosidad no tiene límites.

—¿Ella estaba... enamorada de ti?

Zack gira la cabeza y me sonrío.

—No. Ella quería follar conmigo. Pero ya sabes que yo no tenía ningún interés en follar, ni con ella ni con nadie.

—¿Y qué hiciste? ¿Cómo te deshiciste de ella?

—Verás, Helena. Por muy buen profesor que yo sea, no tengo contactos, no tengo amigos poderosos que me respalden, por lo que desde que llegué a la universidad me cuidé muy bien de

no levantar ampollas, de bailarle el agua a quienes fuese necesario sin llegar a pillarme los dedos.

—¿Flirteaste con ella para ascender? —pregunto, totalmente desconcertada.

—No, sabes que no sé fingir —responde riendo—; a lo que me refiero es a que noté que ella tenía interés en mí, así que fui agradable y solícito con respecto a mi trabajo; por eso ella siempre me escoge para representar a la universidad. Desde que llegué intenté hacerme indispensable, jugué bien mis cartas y me posicioné correctamente; pero jamás jugué a su juego, aunque ella pensó que solo era cuestión de tiempo que yo aceptara ir más allá, que dejase de “hacerme el loco”, como tu has dicho antes. Cuando llegó el momento, simplemente le dije que a mí no me interesaban las relaciones íntimas de ninguna clase.

—¿Y no amenazó con quitarte tus... privilegios?

Zack suelta una risotada por la nariz y se desvía del camino principal hacia un pequeño sendero que se abre a la izquierda y que está flanqueado por dos hileras de preciosos y frondosos árboles.

—La gente como yo siempre es blanco de amenazas, brujita. La cuestión es que he tenido mucho tiempo para practicar cómo eludirlas elegantemente y con éxito. Margaret ha dejado caer alguna que otra vez que, si no hacía lo que ella quería, podría incluso conseguir que dejase de dar clase; pero yo siempre he sabido acoplarme a sus necesidades académicas sin verme involucrado en sus... otras necesidades.

Estoy alucinada, tanto que se me olvida preguntar por qué Zack se ha desviado del camino principal.

—¡Pero eso es un abuso! ¿Por qué no la denunciaste al comité? —inquiero, indignada.

—Porque, como ya te he dicho, no tengo respaldo alguno, Helena. En un careo, sería su palabra contra la mía, la palabra de *lady* Margaret Viedman, rectora de la universidad de Alnwick e hija de *lord* Benedict Viedman, contra la de un arrogante profesor al que no se le conocen parejas y que vive bajo la protección de la universidad. Si a ella se le metiese entre ceja y ceja expulsarme, yo no tendría ninguna posibilidad; por eso he tenido que aprender a moverme en la cuerda floja sin ceder ni un ápice.

—Es que no doy crédito...

—Escúchame, brujita —me interrumpe de repente, agarrándome por los hombros para que le mire a los ojos—, dejemos de hablar de Margaret, de la universidad y de las dificultades que me han rodeado siempre y centrémonos en lo que tenemos delante. Mira hacia allí...

Zack señala más allá del final del sendero, donde una preciosa edificación estilo *cottage* victoriano se alza ante nuestros ojos. Ya no hay casi luz, pero es suficiente para que me enamore instantáneamente de ella. El techo de pizarra gris oscuro contrasta con el color arena de las paredes de piedra y el blanco de sus grandes ventanales. Es una casa un poco más grande de lo normal, como si fuese un...

—¿Eso es... un hotel? —exclamo sorprendida.

—Bueno, es un *bed and breakfast*, pero no dijiste nada sobre la categoría de la habitación en la que pasaríamos nuestra primera noche juntos fuera de Alnwick...

Me giro para mirarlo a los ojos y me encuentro una sonrisa preciosa y una mirada de ojos verdes ansiosa por saber si me gusta la sorpresa.

—¡Oh, Zack! ¿Es en serio? —Él asiente con la cabeza—. ¡Me encanta! ¡Es un sitio precioso!

—He estado desayunando aquí un par de veces, atraído por las maravillosas vistas, pero siempre me he preguntado cómo serán las habitaciones. Es un sitio precioso que tiene poca afluencia de público... perfecto para mis planes de esta noche contigo —termina, acercándose para besarme apasionadamente.

—¿Y cuáles son esos planes? —susurro entre sus labios.

—Complacer cada una de tus peticiones, empezando por las dos preguntas que me has hecho al salir de Alnwick.

Zack vuelve a besarme, dejándome sin aliento. Y no soy capaz de recordar cuáles eran esas supuestas preguntas que le he hecho antes.

—Esta noche estás al mando. Me he dado cuenta de que he sido yo quien ha impuesto sus deseos casi siempre. Así que estoy a su completa disposición, señorita Falcon.

Zack está de pie delante de la enorme y mullida cama en la que estoy tumbada en ropa interior. Él solo lleva los pantalones puestos y se acerca a mí para tenderme una de las dos copas de champán que acaba de servir en el aparador que está frente a la cama.

—¡Vaya! ¡Champán y todo! —exclamo encantada.

—He tenido que sobornar al recepcionista, no están acostumbrados a que los clientes pidan este tipo de cosas aquí —responde con una sonrisa, brindando conmigo.

—Está bien, lo primero es lo primero. Dime qué es lo que te gusta de mí —empiezo, impaciente.

Zack se sienta en una silla ultramoderna que acerca a la cama para cruzar sus larguísimas piernas sobre el colchón y mirarme de frente.

—Me gusta tu altura —responde tras dar un sorbo.

—¿Mi altura? ¡Pero si soy pequeñita!

—No eres pequeñita, tienes la altura perfecta para poder abrazarte sin que me resulte incómodo —explica, haciéndome reír.

—Creo que eso es lo más raro que me han dicho en mi vida —añado entre risas.

—No sé de qué te sorprendes, soy yo con quien estás hablando. Para halagos pintorescos, llama a “pastelito Kelly” —concluye Zack, levantando su copa a su salud.

—*Touché*. ¿Algo más que añadir?

—Me gusta cómo arrugas la nariz cuando sonríes, me gusta cómo vistes y cómo te expresas. Es muy agradable estar contigo cuando no te empeñas en... perturbarme —suelta, levantando una ceja.

—Y cuando no me empeño en ser impertinente —apunto, a lo que él asiente con una sonrisa.

—Me gustan muchas cosas pequeñas que he ido observando en ti a lo largo de estos meses, pero no voy a contártelas todas porque me llevaría toda la noche y pretendo pasar el tiempo cumpliendo otro tipo de deseos, brujita.

Zack apura su copa de un trago, salta sobre mí y me quita la mía, que está aún a medio beber, para apoyarla en la mesita de noche y besarme con una intensidad sobrecogedora.

—Pretendía... pretendía que... me contases todas esas... guarradas que has imaginado conmigo, a solas en tu habitación... —farfullo, abrumada por su lengua en mi boca.

—Ni de broma.

—Prometiste que... me las contarías...

—Prefiero hacértelas que contártelas —responde con voz entrecortada. Zack ya está lo suficientemente excitado como para olvidar las palabras y dejar que sean sus manos las que me hablen.

—Se... supone que... me vas a dejar a mí... pedir...

—Por supuesto. Solo estaba... entrando en calor...

Zack se desliza por mi cuello y ahoga una exclamación al llegar con su boca a mis pechos.

—Perdona, pero no me acostumbro. Necesito...

Zack descubre un pecho bajando la tela de mi sostén con sus dedos, deja escapar un gruñido de deseo y lo toma en su boca, succionando con avidez. Mis jadeos se esparcen rápidamente por toda la habitación y, sin darme cuenta, mis caderas se elevan hacia él.

—Por Dios... estate quieta... no puedo controlarme si haces eso...

Intento detener mis movimientos y quedarme muy quieta, pero su boca es una auténtica locura.

—Zack, por favor...

—Sí, sí, tienes razón.

Zack se desliza con rapidez para colocarse entre mis piernas, me baja las braguitas y se queda mirando mi sexo con los ojos enturbiados por la lujuria.

—No te haces una idea de cuánto me gusta mirarte desnuda, Helena. Eres un pecado delicioso, y eres toda para mí...

—Zack, quiero que...

—Sí, ahora. Pero antes déjame contarte una cosa...

Él separa mis muslos y, de rodillas sobre el colchón, aún con sus pantalones puestos, empieza a besar mi rodilla, mi muslo, subiendo poco a poco hacia la encrucijada en la que mis piernas terminan. Al llegar, pasea su lengua sobre mis zonas más delicadas para seguir besando mi otro muslo hasta llegar a la rodilla. Ver cómo cierra los ojos cuando me besa es hipnótico, pero perderme en esos dos faros verdes cuando los abre de nuevo para mirarme con todo ese deseo en el que retoza ahora mismo, es adictivo. Siento cómo me humedezco, cómo mi sexo ya palpita incluso aunque solo lo ha rozado un instante...

—Mmmme gusta tu torso, me gusta ver cómo tus músculos se mueven mientras que... ¡¡ah!!

Su lengua ha vuelto a mi entrepierna, pero, sorprendentemente, Zack ha decidido no torturarme más. Sus labios se cierran en torno a mi clítoris, totalmente expuesto para él, y empieza a succionarlo con ganas, gruñendo excitado.

—Me encanta tu sabor, nena, me vuelve loco sentir cómo tu sexo vibra para mí, cómo me da la bienvenida cuando lo... beso... así...

¡Diooooo! Su voz, dos notas más grave de lo habitual debido a la excitación, es una bomba directa a mi libido. Cuando Zack empieza a besar mi centro suavemente, deslizando sus labios

sobre él con delicadeza, creo que voy a perder el sentido por completo. Mis jadeos se intensifican, mis caderas se mueven hacia su boca, locas por acercar mi sexo aún más a sus labios, y él me complace pegándose a mí como una estrella de mar a una roca...

—Ne...ne... Di-osssss...

Es lo único que soy capaz de articular. Zack atrapa mi capullo entre sus labios, apretándolo, moviéndolo de un lado a otro, soltándolo y volviendo a apretarlo. Aficionado como es a la multitarea, empieza a simultanear los movimientos de su boca con los de sus curiosos dedos, que se mueven a placer por todas partes. Los siento en mis muslos, acariciando mi vientre, sobre mis pechos y penetrándome con firmeza, sin dejar de lamerme, de llenarse la boca con todos mis rincones más sensibles. Cada nuevo movimiento arranca un gemido de mi garganta, el orgasmo está casi a punto de romperme por completo... pero él no insiste lo suficiente, no permite que mi gozo se desborde. Sigue jugando, soltando mi botoncito y deteniendo sus manos hambrientas momentáneamente, dejándome anhelante unos instantes solo para volver a pellizcar un pezón, a acariciar mi ombligo, a atrapar mi deseo entre sus labios. Yo maúllo cuando siento su lengua de nuevo en mi sexo, acariciándolo, chupándolo suavemente, besándolo despacio...

No puedo más.

—Ne-nnnne —susurro temblorosa—, cuando tú quieras, me voy...

Zack sonríe, introduce dos dedos firmemente en mi cuerpo y agarra una última vez mi clítoris entre sus labios; gimiendo con la misma intensidad que yo misma, él empieza a masajear el punto delicioso que se encuentra bajo mi pelvis, a succionar mi pulsante gema a un ritmo que... que...

—¡Ooooh, Zzzzaack! ¡Me corro! ¡Oh, joder! ¡Joder! ¡Joder!

Las convulsiones se inician imponentes, arrasando con todo mi cuerpo. Mi sexo se deshace en su boca y solo espero que no haya nadie más pasando aquí la noche, porque soy incapaz de dejar de gritar.

—Ahora ya puedes pedir lo que quieras, brujita —lo escucho, su voz un rugido contenido.

Pero no puedo hablar. Estoy flotando en la dulce nube del post-orgasmo, imaginando lo fantástico que debe ser tener a este hombre cada noche en mi cama, dispuesto a hacer exactamente lo que yo le pida.

—Quiero que... que termines lo que te empeñaste en dejar a medias la última noche que estuvimos en mi dormitorio —atino a pronunciar.

Zack sube a mis labios, me besa con ganas y agarra uno de mis pechos.

—El aparador tiene una altura maravillosa, pero creo que la cama también. Date la vuelta, nena...

—Dame... dame dos segundos...

Zack me agarra por la cintura y me gira sobre mí misma, tira de mí hasta colocarme en el borde de la cama y me da un pequeño azote en las nalgas para que me coloque en posición.

—Que haya sido capaz de esperar no quiere decir que no esté impaciente por hundirme en tu cuerpo, ¿sabes? Solo necesitaba saber en qué postura querías que lo hiciera.

No me he dado cuenta de cuándo se ha quitado el resto de su ropa pero, en cuanto me coloco a cuatro patas, Zack se sumerge en mí, me agarra por la cintura para llegar hasta el fondo de mi

cuerpo y, una vez que me ha oído gritar, se curva sobre mí.

—Ahora, marca el *tempo* —susurra en mi oído—, dime cómo quieres que te folle, brujita...

—Yo... yo... profundo, lento, casi sin salir de... aah... de mí...

Zack obedece. Sus dedos se ocupan de acariciar mi vulva al mismo ritmo que me penetra hondo, casi sin moverse, tocando en cada vaivén justo donde lo necesito. Es maravilloso sentir cómo todo su ser me mima: sus besos en mi nuca, en mis hombros, en mi espalda; su voz grave jadeando sin medida, arrullando mis sentidos y encendiéndome al mismo tiempo; sus atareados dedos duplicando el placer que su pene se ocupa de proporcionarme sin descanso...

—Zack, eres... fant-ástico...

—Helena, no puedo más...

Aunque no creía que él estuviese tan a punto, Zack no puede evitarlo y empieza a moverse vigorosamente, a salir por completo de mi cuerpo para volver a entrar inmediatamente, a zambullirse una y otra vez dentro de mí. Sus gemidos se vuelven graznidos, escuchar cómo se derrite al tenerme es sencillamente abrumador. El fondo de mi cuerpo aplaude cada una de sus embestidas y empiezo a salirle al paso, a buscar con ahínco que llegue hasta el fondo una vez, y otra...

—Zack... dime que te vas a correr... quiero escuchar cómo... aaah... cómo lo... ¡Dios! ¡Sigue! ¡Sigue!

Al escucharme pedirle que me hable, Zack entra en barrena. Siento cómo su erección se endurece tanto que no parece real, su ritmo se vuelve errático, el mío también pero, milagrosamente, volvemos a acompasarnos justo antes de tocar el cielo...

—He...lena... ahora... ahora sí... me... corro... nena... Dios... ¡Dios!

Ambos gritamos al unísono el nombre del otro. Su calor se derrama en mi cuerpo, sus gemidos me acompañan mientras mi orgasmo explota con fuerza entre sus dedos y en el fondo de mi cuerpo. Zack fija sus grandes manos en mi cintura para no volver a perder el compás, para escoltarme en cada cresta, para dejarme totalmente satisfecha...

Y agotada.

Me derrumbo sobre la cama y él cae a mi lado, casi sin aire en sus pulmones. Su simiente se desliza entre mis muslos, recordándome lo delicioso que ha sido sentir y escuchar cómo él abandona su control cuando me tiene a su merced, cómo se olvida de mantener sus promesas cuando se desliza dentro y fuera de mi cuerpo, cómo él es tan mío cuando se abandona al placer en mi interior. Las palabras que desean salir de mi boca ahora mismo son: “Zack, te amo. Estoy enamorada de ti porque no puedo no estarlo. Quiero tener esto cada día y cada noche y quiero que sea contigo”.

Pero, en su lugar...

—Ha sido... perfecto.

Zack, respirando a grandes bocanadas para volver a recuperar el control de su cuerpo, sonrío con sus ojos cerrados.

—Eres una diosa, brujita, una diosa malvada que me ha esclavizado, que me ha atado a su cuerpo para torturarme por toda la eternidad... —él gira su cabeza, me mira a los ojos y me quedo extasiada al ver todos esos pequeños matices, destellos y brillos que le aportan esa

imponente intensidad a su mirada; y, aunque sé que no es posible, siento cómo sus ojos me declaran su amor sin decir una sola palabra, cómo recorren mi alma gritándome que no escuche su voz cuando vuelva a decirme que no es capaz de amar, que no es capaz de amarme—; y no deseo otra cosa que recibir esta tortura una... —Zack se acerca para besarme—, y otra... y otra vez, hasta que te canses.

Nos enredamos en un beso intenso, dulce, muy íntimo. Un beso que solo pueden compartir dos amantes que se tocan, que conectan, que se entregan sin reservas al otro.

Un beso de amor.

Zack se retira de mí y vuelve a hablarme silenciosamente con su mirada mientras acaricia mi mejilla, perdido en mis ojos.

—Cómo se nota que eres profesor de Literatura clásica —comento jocosamente, loca por romper este hechizo en el que todo su ser acaba de enredarme.

Zack sonríe y me besa de nuevo, incapaz de decir nada más. Pero a mi entender, está hablando tan claro como cuando se dirige a una audiencia ansiosa por escucharle. Sus brazos me envuelven, me hacen sentir segura y feliz, me hacen sentir... en casa.

Y me olvido de que existe el resto del mundo.

Capítulo 38

Correcciones

El semestre está a punto de terminar. Todos los profesores estamos inmersos en la corrección de trabajos, relatos y exámenes, aparte de las clases habituales, las cuales nos afanamos en ampliar un poco más para poder finalizar el temario, por mucho que a los alumnos no les haga ninguna gracia. Es una carrera contrarreloj, agotadora pero muy estimulante, en la que todo el personal de la universidad, incluida la señorita Hannighan, se emplea a fondo.

Lógicamente, las correcciones de mi novela se han visto forzosamente postergadas debido a la acumulación de trabajo. Zack, además de su clase de Literatura clásica de último curso, tiene cuatro clases más, una de ellas de lingüística en primero. Esa, en concreto, es la que más trabajo le da, pero es la menos satisfactoria.

—Hay muchos alumnos que empiezan Filología porque no tienen ni idea de a qué otra cosa dedicarse. Mi misión es complicarles la existencia todo lo posible, así no perderán el tiempo si no es esto lo que les gusta y cambiarán de especialidad cuando aún no es demasiado tarde — explica a todos, una de las pocas tardes que se digna a aparecer por el comedor de profesores.

Es cierto que Zack ha cambiado un poco sus costumbres desde que estamos juntos, quiero pensar que por compartir un poco más de tiempo conmigo. Aún así, no se prodiga demasiado. Él sigue prefiriendo encerrarse en su fortaleza inexpugnable, rodeado de sus libros y su soledad. Sé que soy una privilegiada por haber sido acogida en su templo a menudo, pero a veces me gustaría que fuese él quien saliese a relacionarse con los demás, en lugar de llevarme a solas a sus dominios.

A pesar del volumen de trabajo, Zack y yo siempre encontramos un ratito para vernos a última hora. No corregimos, nos limitamos a estar juntos, a disfrutarnos, bien leyendo y charlando, bien dejándonos llevar por la pasión. Este mes está siendo dulce y tórrido, aunque también sumamente agotador.

Esto es lo que hay, lo que me queda hasta finales de mayo que es cuando mi asignatura toca a su fin. Margaret ha hablado conmigo en un par de ocasiones sobre los cambios que la beca Viedman acarreará sobre la organización del departamento de Literatura, pero en ningún momento ha insinuado que yo vaya a formar parte de alguno de esos cambios. Me ha parecido demasiado pretencioso preguntarle, aunque creo que lo haré antes de marcharme. No quiero desaprovechar ninguna oportunidad de quedarme aquí junto a Zack, aunque sea para pasar otro año de incertidumbre y placer a su lado.

Quizá suene horrible, pero es a lo único que puedo aferrarme si quiero que lo nuestro vaya un poco más allá. Zack no ha hecho ningún avance notorio en cuanto a la expresión de sus sentimientos y yo no he tenido ninguna idea maravillosa ni sorprendente para conseguir hacerle ver lo evidente, aunque no he dejado de darle vueltas al asunto. No puedo pedirle más, se me

acaba el tiempo y no sé qué más puedo hacer; lo que sí tengo claro es que, si me marchó sin garantías, no volveré a Alnwick solo para intentar seguir con él. Si él no se arriesga a pedirme que me quede, me marcharé y terminaré olvidándole, aunque me cueste toda una vida.

Pero como yo no soy mujer de sentarme a esperar a que caiga el maná del cielo, sigo intentando perturbar a Zack, que además de ser mi mejor baza en esta contienda, es una tarea de lo más divertida y satisfactoria.

—No sé por qué te empeñas en basar tus historias en parejas —me dijo la otra noche mientras leíamos por separado, tirados en su sofá—. No he encontrado ni un solo relato tuyo que no hable de amor, de sexo con amor. De verdad creo que deberías tratar de sacar esa idea de tu cabeza, Helena.

Lo miré a los ojos y fruncí el ceño.

—Estoy absolutamente convencida de que el sexo dentro de la pareja es mucho más satisfactorio.

—Hmmm... ¿lo dices por experiencia? —preguntó, levantando la vista de su ordenador momentáneamente.

—Por experiencia, sí, por la mía personal, por las de otras personas con las que he tenido la oportunidad de conversar.

—Pues serán personas muy anticuadas —comentó desdeñosamente.

—No todo el mundo es tan moderno como tú —añadí burlona.

Él me miró con exasperación, como me mira siempre que intento tener la última palabra, incluso aunque no lleve razón.

—Yo no soy moderno, soy atípico; pero, como ya te he dicho, ni soy tu público objetivo, ni soy el referente que tienes que tener en consideración a la hora de escribir, Helena. Tu público demanda otras formas de amar.

—Ya, lo mismo que tú —espeté, mirándole con descaro.

—No, no es lo mismo —zanjó murmurando, volviendo a posar su mirada en el ordenador.

Media hora después, Zack se levantó del sofá de repente, fue a la cocina y sacó dos tazas inmensas de la alacena. Y aquí radica la gran diferencia con respecto a cómo se comportaba al principio: sin preguntarme, encendió el hervidor y puso el agua a calentar.

—¿Earl Grey y canela? —preguntó en voz alta.

—Sí, por favor —respondí sin levantar mi mirada, totalmente embebida en el texto.

Zack trajo ambas tazas en una bandeja, acompañadas de un par de pastas. No presté atención porque podía ver de reojo cómo el té humeaba y quería terminar el capítulo que estaba leyendo; sin embargo, él quería mi atención. De repente, sus manos aparecieron sobre mis hombros y empezaron a masajearlos con fuerza. Solté un gemido de puro deleite al sentir cómo sus dedos descontracturaban mi espalda y ronroneé a la vez que me contorsionaba para que él dirigiese el masaje allá donde más lo necesitaba. Zack estaba molesto, pero también quería terminar con la tensión que él mismo había creado.

Y eso sí que es completamente nuevo.

—Se te va a enfriar el té —susurró en mi oído cuando empecé a relajarme.

Justo después, sus labios besaban mi cuello suavemente.

—Te aseguro que el té es lo que menos me importa ahora mismo...

Obviamente, la temperatura del té descendió de manera inversamente proporcional a la de nuestros cuerpos, que se ocuparon de caldear a fondo toda la habitación.

Esa es la cuestión. Zack no puede dejar de ser tremendamente desagradable en muchas ocasiones, sobre todo en público; la diferencia estriba en que, más tarde, él procura compensar sus arranques de malhumor o sus salidas de tono con detalles íntimos y llenos de cariño, como si se diese cuenta de que, por mucho que esa sea su forma de ser, tiene que mejorar su trato conmigo. Son pequeños avances, por supuesto, avances que para mí significan un mundo; pero no es suficiente. Él seguirá sin darse cuenta de que lo que tenemos es especial y permitirá que me marche en verano para, quizá, no volver a vernos nunca más.

Y yo no quiero que eso ocurra.

Por eso no dejo de devanarme los sesos buscando un revulsivo que le haga reaccionar mientras que continuo disfrutando de su compañía, de sus enseñanzas y de ese amor que crece cada día más fuerte entre nosotros, aunque sea invisible para él.

Y así, con una de cal y otra de arena, hemos llegado al examen final de narrativa actual. Estoy muy nerviosa, mucho más que mis alumnos porque es la primera vez que voy a preparar un examen de universidad y quiero estar a la altura. Llevo tres días dándole vueltas a las preguntas para que no resulten demasiado difíciles para ellos y prácticamente no he salido de mi habitación más que para ir a clase. Zack no ha dejado de insistir en que pasase por su casa, pero sabiendo lo que ello implicaría, he preferido abstenerme hasta después del examen. Al menos hasta ahora... son las cinco de la tarde, el examen es mañana y a mí me va a estallar la cabeza.

“¿Estás muy liado? Necesito que me dé el aire”.

Zack tarda unos minutos en ver mi mensaje y, aunque odia contestar, esta vez hace un esfuerzo.

“De hecho iba a buscarte ahora. Arréglate, que vamos a ir a cenar. Nos vemos en el patio en veinte minutos”.

Sorprendida, pero encantada ante la idea, me apresuro a meterme en la ducha. Zack no me ha dicho si la cena es formal, pero imagino que no debe haber ningún gran restaurante aquí en Alnwick. Elijo una falda larga y una blusa con un poco de escote que aún no había encontrado ocasión de estrenar. Como el *look* no es muy arriesgado, maquillo mis ojos y mis labios para que resalten sobre mi pálida piel, quiero que Zack me vea bonita y *sexy*. El día no ha sido muy fresco, pero sé que las noches aún son muy frías, así que agarro mi abrigo largo de lana, que es suficientemente elegante a la par que abrigado.

Al bajar al patio, Zack me espera apoyado en un coche que no he visto antes. Me quedo embobada mirándolos a ambos, ya que si el coche es deslumbrante, Zack no tiene nada que envidiarle. Lleva un pantalón color camel y un jersey de cuello vuelto azul marino que dibuja su torso de una forma que me saca los colores en segundos. Sus rizos, aún húmedos de la ducha reciente, se alborotan con el viento que empieza a levantarse a esta hora.

La imagen es... impresionante.

—Pero... ¿adónde vas a llevarme? —pregunto boquiabierta.

Zack sonríe y mueve su cabeza en un gesto para que me suba al coche.

—Es una sorpresa, ya te dije que es lo que se me da mejor.

—No sabía que tenías coche...

Como ve que no me muevo, Zack se acerca a mí, me agarra de la cintura y me planta un beso en los labios que me deja, como siempre, sin aliento.

—Estás preciosa —susurra entre mis labios—. Te he echado de menos, brujita. Anda, sube al coche.

Atontada, me dirijo a la puerta del copiloto, admirando la belleza del Tesla eléctrico que tengo delante. Una vez dentro, me detengo en cada detalle del salpicadero y acaricio los asientos de cuero.

—¡Uy! ¡Están calentitos! —exclamo, cada vez más sorprendida.

—Sí, son calefactables —responde Zack, iniciando la marcha.

—¿Y se puede saber dónde tenías esta maravilla escondida?

—Es un coche de alquiler, Helena. Esta mañana me propuse que cenaría contigo y que no permitiría que volvieses a darme largas ni un solo día más. Sabía que estarías estresada antes del examen, así que me acerqué a Alnwick y me he traído esta maravilla. He pasado un buen rato conduciéndolo y te aseguro que la sensación es inigualable.

—Es precioso. Me encantaría tener uno igual para mí en Londres.

—¿No tienes coche allí?

—Ahora mismo, no tengo nada en ninguna parte —respondo, un poco apenada al recordar lo precario de mi situación.

—Pero, ¿tus cosas están aún en Kingsand? —pregunta con interés.

—No. Mis padres tienen un ático precioso en Hammersmith que fue mi hogar desde que empecé la universidad hasta que me fui a vivir con Robert. Al romper... bueno, después de la pelea, me llevé todas mis cosas allí, pero me quedé en casa de mis padres. No me apetecía estar sola después de lo que había pasado.

—Entonces, tus padres saben que él sigue en Kingsand a tu costa...

—Ellos creen que es él quien paga el alquiler —confieso avergonzada—; pero dejemos el tema, no tengo ganas de hablar de Robert, ni de Londres ni de mis padres. Quiero relajarme, necesito coger fuerzas para mañana.

—Perfecto. Pues vamos a relajarnos y a disfrutar de la noche.

Zack dirige el coche por la carretera principal y, al llegar a la intersección, gira hacia Alnmouth.

—¡Oh! ¿Vamos a ir a la playa? —pregunto ilusionada.

—Sé que lo ideal hubiera sido ir de día para poder dar un paseo al sol, pero el restaurante al que quiero llevarte está a orillas del mar y tiene unas vistas privilegiadas. Vamos a disfrutar de un atardecer maravilloso.

Tal y como Zack ha prometido, el restaurante tiene unas vistas idílicas. Está rodeado por unos enormes ventanales que permiten una visual impresionante de la bahía y, mientras tomamos una copa de vino, disfrutamos de la luz del atardecer, de este milagro de la naturaleza que, a medida

que se acerca el verano, ocurre cada vez más tarde.

—Voy a echar esto de menos, después de todo —dejo escapar con la mirada fija en el horizonte.

Por el rabillo del ojo veo cómo él agarra su copa de vino y se la lleva a los labios, supongo que para evitar decir algo inconveniente. Me giro entonces hacia él y le dedico una sonrisa falsa, tomo mi copa y doy un largo sorbo, tanto que la termino en un santiamén.

—Quién sabe, quizá puedas volver el próximo semestre —comenta Zack despreocupadamente.

—Estamos a finales de mayo, Zack. A estas alturas, ya debería saberlo si esa posibilidad existiera, ¿no crees?

—No estoy seguro, creo que aún es pronto para hablar. Margaret dijo que se iban a operar grandes cambios en el departamento; yo no descartaría que se ampliasen el número de plazas o que vuelva a contar contigo para el año que viene. Supongo que estará esperando a ver los resultados de los exámenes.

—Ya, por eso estoy tan nerviosa.

Ambos nos quedamos callados, pensando en lo que va a ocurrir a partir de ahora. El camarero empieza a traer los primeros platos y Zack y yo conseguimos desviar la conversación sobre temas más banales mientras cenamos. Al terminar, Zack me mira a los ojos con esa profundidad que asusta, arrancándome el aliento una vez más. Me coge la mano y sonrío.

—¿Quieres probar algún postre? —pregunta. Aunque su tono de voz implica que él no quiere hacerlo.

—No. ¡Estoy llena!

—Genial. Podemos aprovechar la poca claridad que queda para dar un paseo por la arena. ¿Te apetece?

Sonrío y asiento con ganas. Zack asiente también, paga la cuenta y, sin soltar mi mano, nos dirige hacia unas escaleras que parten desde el mismo restaurante y que terminan en la playa. Sorprendida de nuevo ante el descubrimiento, me descalzo para no quedarme clavada en la arena y me dejo llevar por la mano de Zack.

El paseo me entenece hasta lo más hondo. Zack pasa su brazo sobre mis hombros y me aprieta fuerte contra sí, mientras que me relata una versión diferente sobre el mito de la Medusa, una que no conocía y que posiciona a la malvada Gorgona como una heroína dispuesta a defender a su amado, desbancando así la imagen de monstruo malvado que impera en el imaginario colectivo. Su voz, realzada por el sonido de las olas al morir sobre la orilla, me llena de nostalgia, y siento un nudo en mi pecho que, aunque cálido, también me resulta angustiante:

El miedo a que este momento se acabe. El miedo a perder a Zack.

—Nene... —empiezo titubeante cuando él termina la fábula.

—¿No te ha gustado la historia? —pregunta con una sonrisa y deposita un beso en mi frente.

—Sí me ha gustado, me encanta oírte hablar de lo que te gusta, ya lo sabes.

—Ah, sí, lo de mi voz y eso —responde displicente.

—¡No! No es solo tu voz, es cómo transmites lo que sientes cuando algo te apasiona, es imposible no quedarse embelesada al ver cómo tus ojos cambian de matiz en su color, cómo

imprimes la importancia necesaria a los momentos cumbre del relato ayudándote de tus manos, de todo tu cuerpo... es un espectáculo, Zack, eres un comunicador nato, un hechicero de las palabras que nos deja a todos embaucados.

Zack se detiene y me mira a los ojos, no sé si le divierte escuchar mis halagos o si hay algo más allá. O quizá es que yo quiero ver donde no hay en mi afán de que esto avance de una vez por todas.

Pero entonces...

—Aún no comprendo qué es lo que viste en mí, Helena. Eres una mujer con una capacidad asombrosa, podrías estar dirigiendo una escuela, triunfando con tus novelas o haciendo cualquier otra cosa que se te metiese entre ceja y ceja; y sin embargo estás aquí, en el culo del mundo, dispuesta a complacer a un hombre frío y aburrido con tus palabras halagüeñas. Deberías aprovechar tu edad, tu posición y tus múltiples habilidades para conseguir el éxito que mereces, en lugar de desear quedarte un año más en Alnwick, donde sabes qué es exactamente lo que vas a obtener.

Sus palabras son un jarro de agua fría sobre mi espalda. Me quedo mirándolo y empiezo a sentir la ira subiendo por mi esófago, esa ira que Zack me provocaba no hace tanto y que decidí olvidar porque me dejé cegar por ese sentimiento tan bonito que ha nacido en mi interior y que me he empeñado en alimentar con ilusiones vanas y falsos espejismos.

—¿Qué es lo que piensas que voy a obtener? —inquiero con frialdad.

—Un puesto en una universidad decadente, regida por una mujer demasiado orgullosa como para reconocer que su mando no ha ayudado en nada a que eso cambie y que no está dispuesta a mover ficha para conseguirlo.

—¿Y en cuanto a ti? —pregunto desafiante.

—¿En cuanto a mí? —Zack suelta una risotada llena de amargura a través de sus fosas nasales —. Has encontrado a un hombre al que has deslumbrado con tu manera de ser y con tu forma de escribir, un hombre roto por dentro al que has conseguido sacar de su letargo solo porque te lo propusiste con un empeño desmedido, aún no llego a entender la razón; un hombre que es inmune a todos esos sentimientos que tú adoras y que clamas que existen en su corazón, pero que jamás será lo suficientemente inocente como para apreciar siquiera la remota posibilidad de reconocer esos sentimientos, mucho menos, de sentirlos. Me parece un resultado poco valioso a cambio de tanto esfuerzo por tu parte, Helena.

—Eso no es verdad —respondo airada.

—Sí lo es. Eres tú la que, una vez más, te empeñas en pensar lo contrario. Tengo treinta y siete años y sé perfectamente cómo soy. Reconozco que he cambiado mucho desde que te conocí, pero no te confundas: tú me atraes, mucho, estoy a gusto contigo, pero cuando te marches dentro de tres semanas, mi vida continuará como siempre. Volveré a mi letargo, a mis libros y a mis disecciones estilísticas.

Zack mira al suelo sabiendo que sus palabras me han hecho mucho daño. Pero lo que no sabe es que también han encendido una lucecita en mi interior, una que no estaba ahí antes y que está eclipsando a esa otra que ha estado ahí encendida desde que escuché su voz por primera vez.

—Ya lo sé, sé que eso es lo que va a ocurrir, lo he asumido hace tiempo. No creas que soy tan estúpida como para no haberme dado cuenta de que mis esfuerzos han sido en vano.

Simplemente, me estoy dejando llevar, intentando disfrutar de estos últimos días en tu compañía; aunque si te empeñas en ser un desagradable, el recuerdo que me llevaré de ti no será el que deseo. Así que, por favor, te ruego que continúes siendo el hombre que has estado siendo estas últimas semanas, aunque solo sea para terminar nuestra relación lo más civilizadamente posible.

Zack me mira con la boca abierta, tan asombrado por mi arranque como lo estoy yo misma. Se lo ha tragado todo, de principio a fin; pero lo más gracioso es que yo también. De repente, ese sentimiento de malestar que me provocaba el tener que marcharme y dejarle atrás, se ha visto sobrevenido por uno de orgullo y amor propio que no pensaba que volvería a sentir, no después de lo de Robert. Sin embargo, ahí está, cobrando fuerza con cada segundo que pasa.

—Está bien, tienes razón —murmura Zack—. Debería empezar a intentar tener más tacto cuando hablo.

—Está claro que ese es otro de tus asuntos pendientes —respondo en tono condescendiente.

—Está claro que tengo demasiados asuntos pendientes —farfulla Zack.

En silencio, volvemos sobre nuestros pasos hacia el restaurante. La noche ha caído sobre nosotros como un manto oscuro y, aparte de un par de estrellas, solo la luz del edificio que dejamos hace una hora es la que ilumina nuestro camino. Cuando hemos recorrido más o menos la mitad del mismo, Zack empieza a hablar.

—Me gustas mucho, quiero que tengas eso muy claro.

—Lo sé. Sé que he despertado en ti un deseo que no habías vivido antes, eso me lo has dejado cristalino —respondo con frialdad.

—No es solo el deseo, Helena, me has hecho sentir muy cómodo. Jamás habría pensado que podría comportarme tan abiertamente con una persona, ni en el plano sexual ni en el personal.

—Me alegro, entonces.

—Mi único remordimiento —continúa, centrado en sus pensamientos—, es que no he sido capaz de complacer tus fantasías. He sido un egoísta de libro, solo pendiente de las necesidades que has plantado en mi mente, y vas a marcharte sin que haya podido complacerte como es debido.

Así que esa es su preocupación, no lo que yo pueda sentir cuando me marche de aquí y empiece a echarlo de menos. Está claro que pensamos muy diferente. Me apresuro a sacarlo de su error.

—Bueno, eso tampoco es cierto. Estoy muy satisfecha de cómo se han desarrollado nuestras sesiones, tanto a nivel lingüístico como sexual...

—Pero no he sido capaz siquiera de contener mi ímpetu cuando me lo has pedido con claridad.

—Pero el resultado ha sido muy bueno igualmente —añado para finalizar la cuestión, no quiero hablar de esto ahora mismo; sin embargo...

—Deberíamos... deberías pedirme que hiciese algo que tú desees, algo que no te hayas atrevido a pedirme o algo que no hayas hecho nunca antes y que tengas curiosidad por hacer.

Una vez más, soy testigo de la completa inmadurez de Zack ante las situaciones que implican sentimientos. No se da cuenta de que no puede saltar de un tema a otro como si estuviese cambiando de juego de mesa al terminar una partida, o de película cuando aparecen los créditos.

Resignada, me avengo a continuar la conversación, aunque la nueva lucecita empieza a brillar con mayor intensidad, intentando llamar mi atención insistentemente.

—Tenía una curiosidad antes de venir a Alnwick, pero la satisface sin pretenderlo a mi llegada.

Zack detiene sus pasos y me mira extrañado.

—¿Algo de lo que hemos hecho despertaba tu curiosidad antes de venir?

—No. La verdad es que, por mucho que yo sea una escritora de erótica, y que tú me hayas dicho que tu imaginación sexual es un tanto extravagante, nos hemos limitado a prácticas bastante convencionales —apunto con desdén, provocando un ceño de decepción en su gesto—. No, no fue contigo, Zack.

Él me mira sorprendido y un poco molesto. Sé exactamente lo que piensa, pero no voy a sacarle de dudas hasta que él no me lo pida. En este juego soy yo la adulta, la que impone las reglas, aunque sea lo único en lo que él me permite llevar la voz cantante.

—Me dijiste que no habías tenido ninguna relación sexual después de Robert —espeta confundido.

—Tuve una experiencia que no implicaba riesgo alguno, por eso no la mencioné —respondo misteriosa.

—Creo que debería ser yo quien juzgase si fue arriesgada o no.

—Tranquilo, sé que no lo fue porque no hubo intercambio de fluidos.

Zack se queda callado unos instantes y yo reanudo la marcha, segura de que la conversación no va a terminar así.

—¿Y no vas a decirme con quién fue? —continúa impaciente, acelerando el paso para colocarse a mi lado.

—¿Es necesario?

—No soy capaz de imaginar un solo profesor de la facultad que haya despertado tus instintos y sé que no ha sido con Arthur porque... porque creo que es *gay*.

—¿Que Arthur es *gay*? ¿Qué te hace pensar eso? —inquiero divertida.

—Entonces, ¿ha sido con él? —pregunta con los ojos muy abiertos—. ¡No me lo puedo creer, Helena! ¡Es que...!

—Cuando llegó Arthur, yo estaba contigo, Zack. Jamás he sido desleal, ni contigo ni con nadie. Creía que eso te había quedado muy claro —escupo con saña.

—También creía que no me habías mentado... ¡y mira ahora!

Me quedo mirándolo a los ojos y suelto una carcajada silenciosa.

—¡Eres tan... tan...!

—Irremediablemente insoportable. Lo sé, no puedo evitarlo.

Negando con la cabeza ante lo absurdo de la situación, sonrío para mí y sigo caminando. Zack vuelve a colocarse a mi lado, mirándome expectante. Sé que le corroe la incertidumbre y eso me divierte aún más. Pero no se hace de rogar demasiado.

—¿Vas a decirme con quién fue o me vas a tener en ascuas hasta mañana? —exclama impaciente, rayando en la desesperación.

—Tuve un momento íntimo... con Lindsey.

Lo miro a los ojos y veo cómo los suyos se abren desmesuradamente, sacándome una sonrisa que me apresuro a ocultar.

—¿Con Lindsey? ¿Pero cómo...?

—No pienso darte detalles, así que no preguntes. Soy heterosexual con curiosidades, para tu información, y esa era una de ellas.

—Pero... pero...

—Solo te diré que lo que hicimos no conllevó riesgo alguno y que deberías sentirte orgulloso.

Si Zack estaba desconcertado, al escuchar mi afirmación sus ojos están a punto de salirse de sus órbitas.

—¿Orgulloso de qué? ¡Por Dios bendito, Helena! ¿Quieres hacer el favor de explicarme...?

—Porque la fuente de inspiración que nos llevó a... bueno, a dejarnos llevar, fuiste tú.

Su mandíbula, ya entreabierta, empieza a caer poco a poco. Zack no se lo puede creer y la situación es cada vez más cómica, aunque no era eso lo que pretendía cuando la provoqué.

—No... no lo comprendo...

—Digamos que no soy la única que se pone cachonda pensando en tu cuerpo, nene.

Zack cierra la boca de un golpe y ahora es él quien empieza a avanzar despacio hacia la brillante luz del restaurante. Yo me quedo un poco atrás, disfrutando enormemente del desconcierto que acabo de crear en esa cabecita loca que Zackary Nightley tiene sobre sus hombros.

Olvidándome por un momento de lo dolida que estoy.

Seguimos caminando en silencio y, cuando estamos a punto de llegar al restaurante, Zack vuelve a pasar su brazo sobre mis hombros. Pero ahora, su mirada ha cambiado.

—Entonces, ¿no hay nada que pueda hacer para sorprenderte? ¿No se te ocurre nada que pueda hacer para que te lleves un buen recuerdo de mí y para que no sea la experiencia con Lindsey la más insólita que hayas tenido durante tu estancia en Alnwick?

La lucecita sube aún más de intensidad en mi interior. Me detengo a escucharla y, de repente, comprendo por qué ha aparecido sin previo aviso: quizá se me esté brindado una posibilidad inmejorable para quitarle la venda de los ojos.

Tengo que aprovecharla.

—Hay algo que siempre me ha resultado atractivo, pero que nunca he tenido oportunidad de hacer porque es difícil de cumplir cuando hay sentimientos implicados.

Zack me mira de frente y frunce el ceño, intrigado.

—¿Y qué es?

—Deja que consulte Google.

Capítulo 39

La prueba

Con una sonrisa misteriosa, Helena me va dando indicaciones sin desvelarme el destino que ha elegido. Estoy nervioso, muy nervioso. Por mi mente empiezan a desfilar todos los órdagos que le he lanzado sobre mis supuestos gustos estrafalarios, incluso recuerdo que, en nuestro trato inicial, le dije que le otorgaba libertad total para hacer cualquier cosa, incluso le dije que no me importaría que me hiciese daño. Ahora solo espero que esa idea que tiene en mente, esa que la ha sacado de la repentina tristeza que ha aparecido en su precioso rostro al escucharme repetirle que está perdiendo el tiempo conmigo, no sea demasiado inusual.

Quizá me he pasado, quizá no tendría que haber...

—Aquí es —la escucho decir, sacándome de mis pensamientos.

Me quedo mirando el edificio. Sobre la puerta del local, un cartel fluorescente luce con el nombre de Swingers.

No hace falta ser un lince para saber adónde me ha traído.

—¿Esto es un club de... intercambio de parejas? —pregunto extrañado.

—Esta es una de mis fantasías más recurrentes a la hora de encender mi libido. Nunca he estado en un sitio de estos porque no había tenido una relación exclusivamente sexual, pero como nosotros no compartimos sentimientos, solo placer y conocimiento, creo que esta será la única ocasión en la que me atreveré a entrar en un lugar así.

—Lo nuestro no es exclusivamente sexual... —espeto, intentando dilucidar si sus palabras conllevan ironía a la vez que valoro los posibles escenarios que sucederían si entramos los dos ahí dentro, si nos mezclásemos con la gente.

Si la viese con otro hombre.

—Sí lo es, Zack. Eso es precisamente lo que es esto que tenemos.

Respiro hondo y la miro a los ojos, no sé si solo está bromeando o si va en serio. Ella sonríe con dulzura, parece que sí que desea hacer esto.

—A mí no me parecen seguros este tipo de lugares. No sabes si alguien puede hacerte daño...

—Según tengo entendido, son muy respetuosos con las parejas. No es prostitución, es solo disfrute consentido, Zack.

—Pero yo no puedo... no sería capaz de acostarme con alguien pensando que pueda tener alguna enfermedad venérea...

—Para eso están los profilácticos, nene. Pero escucha, no te preocupes. Nos vamos y montamos nuestra fiestecita privada en tu casa, como siempre. Aunque no lo creas, todavía tengo muchas perversiones en mente que hacer realidad contigo, tantas como tú, o quizá más.

La miro con el ceño fruncido. ¿Esto es un desafío o algo por el estilo? Pues no seré yo quien recule. Estoy seguro de que ella no será capaz de dejarse meter mano por otro hombre mientras me mira a los ojos; mucho menos, todo lo demás.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? —pregunto, intentando de nuevo que esta situación se termine, que sea ella quien la termine.

—Me has ofrecido la posibilidad de llevar a cabo un sueño y, ¿con quién mejor que contigo, nene?

La miro a los ojos, quiero que ella entienda que esto no está bien, que no me gusta, que no quiero que ocurra. Pero ella sigue sonriendo con una dulzura que me parte en dos.

—Está bien, como quieras. Pero que conste que yo no estoy muy convencido.

—Me ha quedado claro. Esto solo lo haces para compensar el haber sido un egoísta de libro, y cito textualmente —suelta ella.

Ahora sí que detecto la ironía en sus palabras. Esto es un reto, estoy seguro. Así que vamos a ver quién gana.

Ella me sonrío, me da la mano y entramos al extraño local. Suena una música sensual, quizá demasiado evidente, con gemidos de fondo y saxofones. Imagino que no es este el mejor local de intercambio de Inglaterra, pero la idea no es mía. Llegamos a la barra y Helena pide dos whiskys. No me apetece beber nada, pero le sonrío cuando ella me da mi copa.

La acción empieza pronto. A nuestro alrededor hay varias parejas y algunos chicos jóvenes que parece que han venido solos, probablemente con la esperanza de formar parte de alguna orgía. Todos nos miran con descaro, valorando la mercancía y, por lo que puedo apreciar, les gusta lo que ven. Apestamos a inexperiencia, imagino que eso es un plus a la hora de llamar la atención. Saben que no somos de aquí y además no puede decirse que Helena y yo no seamos atractivos, así que creo que hasta podríamos elegir.

Y digo podríamos, porque a mí no me apetece nada de lo que veo.

La pareja que tenemos a la izquierda está bastante bien, la mujer debe ser solo un poco mayor que yo, pero el chico debe rondar los veinticinco. Ambos son guapos y sexis, pero no despiertan nada en mí. Probablemente porque yo no quiero estar aquí, ni quiero que Helena esté aquí tampoco.

—¿Te gusta alguien? —pregunta ella, tras darme un suave beso en los labios.

—Sinceramente, no.

—Vamos, hombre. Por algo hay que empezar. ¿Qué tal si charlamos un poco con esa pareja que no nos quita ojo?

—Nadie nos quita ojo, Helena —respondo con tono de preocupación.

—Pues por eso. Empecemos por ahí y ya veremos qué tal.

Ni corta ni perezosa, Helena se acerca a esa pareja que tenemos a la izquierda y brinda con el chico. Yo me coloco detrás de ella, visiblemente incómodo, y esbozo una mueca que debería ser una sonrisa. El chico se llama Michael y la mujer, Rhonda. Helena empieza a hablar, es algo violento, pero rápidamente los tres se enzarzan en una conversación banal sobre los lugares de procedencia de cada uno y cosas así. Hechas las presentaciones, Rhonda y Michael entran directamente en el tema que nos atañe y nos cuentan que llevan bastante tiempo haciendo intercambio de parejas. Ellos son los que nos explican cómo va todo esto y, como Helena dijo, suena todo muy natural.

—Se trata de pasar un buen rato, no pretendemos que nadie se sienta incómodo y se

puede parar cuando se desee. Lo ideal es que haya una atracción inicial, eso facilita mucho las cosas, y os puedo asegurar que, tanto a Michael como a mí, nos resultáis ambos muy... apetecibles —explica Rhonda, sensual.

—A nosotros también nos parecéis muy sexis, Rhonda —añade Helena con una sonrisa llena de picardía—. Zack es un poco más tímido, pero es una fiera en la cama.

—No exageres, nena —atino a añadir, cada vez más preocupado.

—Nada de exageraciones, es la verdad. Además, tiene muy bien aprendido el rol de dominación. No en vano, es profesor de...

—De artes marciales —me apresuro a interrumpirla.

La miro a los ojos para llamarle la atención y ella comprende al instante.

—Pues eso —concede—. Entonces, ¿vamos a un reservado o cómo va esto?

—Bueno... —empieza Michael, levantándose de su silla y abrazando a Helena por la cintura—, podemos empezar aquí o podemos ir directamente a un reservado, como prefiráis; pero si me lo permites...

La escena que se desarrolla a continuación ante mis ojos ocurre a cámara lenta, como si no fuese real, como si le estuviese pasando a otro. Michael se lanza sobre Helena, yo contengo el aliento al ver cómo su boca se cierne sobre la de ella y me dan escalofríos. Pero no puedo dejar de mirarlos embobado y, cuando menos me lo espero, tengo una mano de Rhonda en mi culo, apretándomelo fuerte.

—Menudo culito tienes, Zack... —ronronea ella, obligándome a girarme para mirarla totalmente asombrado.

—Gr-gracias, tú también eres muy atractiva —atino a decir.

Sin embargo, mis ojos vuelven sobre la escena que se está desarrollando a mi lado. El beso ha terminado y los dedos de Helena han empezado a pasearse sobre los enormes músculos de Michael. Ella no me mira, parece que se hubiera olvidado de que estoy aquí; solo lo mira a él con esa sonrisa pícaro que me desarma y continúa paseando sus dedos sobre su cuerpo, en concreto, sobre su torso en este momento.

—¿No te apetece probarme, Zack? —dice Rhonda insinuante.

La mano que apretaba mi culo con ganas se mueve de repente. Sube a mi cintura, se pasea por mis abdominales y empieza a bajar hacia mi cinturón. Helena me mira de reojo, intentando encenderme con su mirada, pero yo estoy paralizado por el asombro. Jamás creí que ella permitiría que un tío cualquiera la tocara, jamás creí que yo permitiría que una mujer que no conozco de nada me tocara a mí. Confundido, frunzo el ceño para que ella entienda que esto no está bien, que no es lo que quiero, pero ella vuelve a girarse hacia Michael y entrelaza sus brazos detrás de su cuello, dispuesta a volver a besarle.

De nuevo las náuseas, el mismo malestar que sentí cuando la vi bailando con Arthur. Intento controlarme, pero no soy capaz de mirar a Rhonda, que ha seguido hablando y está diciendo no sé qué de meterme entre sus piernas. Estoy asintiendo como un autómatas sin tener ni idea de a qué estoy diciendo que sí, alucinado, molesto, dolido; pero cuando las manos de Michael empiezan a subir por los costados de Helena y adivino cuál es su objetivo, un resorte se despierta en mi cerebro.

—Vámonos —suelto sin pensar, deshaciéndome del apabullante abrazo de Rhonda, quien ya tenía las manos mucho más allá de donde debería tenerlas.

Helena se gira hacia mí y Michael me mira insinuante. Pero sus manos no se detienen, siguen acariciando los costados de Helena y ella no hace nada para detenerlo.

No. Eso sí que no.

—¡He dicho que nos vamos! ¡Ahora! —exclamo, perdiendo los papeles por completo.

Me abalanzo sobre ellos, agarro a Helena del codo y, sin mirar a ninguno de los otros participantes a los ojos, empiezo a caminar a grandes zancadas hacia la salida, casi arrastrándola.

—¡Disculpad! ¡Lo siento! —escucho exclamar a Helena, que me sigue a duras penas ya que no me detengo lo suficiente como para que ella sea capaz de cuadrar el paso conmigo —. Zack, por favor, ¿puedes parar? ¡Me voy a caer si sigues tirando de mí así!

—¡No! ¡No puedo! —respondo a voz en grito.

El resto de clientes nos mira, no sé si asustados o divertidos ante el ridículo espectáculo que estamos dando. Helena no dice nada más, así que continúo a buen paso hasta que siento el frío de la noche en mi rostro, loco por salir de este antro, loco por dejar de ser el blanco de todas las miradas. Pero sobre todo, loco por encararme con ella.

—¿Por qué has hecho eso? —inquiero amenazante cuando llegamos junto al coche.

—¿Qué he hecho?

—¡Besarlo! ¡Dejar que te tocase!

Helena me mira con los ojos muy abiertos, como si no entendiese nada de lo que está ocurriendo.

—Que yo sepa, Rhonda también te estaba metiendo mano a ti...

—¡Hombre! ¡No era lo mismo! Yo no he hecho nada de nada, ¡pero tú estabas disfrutando!

—¿Pero qué pensabas que iba a pasar en un club de intercambio, Zack? ¿Creías que charlaríamos toda la noche para luego irnos a jugar al parchís?

—¡No lo sé! ¡No sé lo que pensaba que ocurriría! Solo sé que no puedo entender que estuvieras dispuesta a... a...

Ella se yergue y me mira a los ojos con una intensidad inusitada.

—A qué, Zack, ¿a qué? ¡Me dijiste que querías compartir conmigo una experiencia diferente! ¡Que querías que fuese contigo y no con Lindsey con quien tuviera el recuerdo más exótico de mi estancia en Alnwick! ¡Pues es lo que he intentado! ¿Qué...?

—Dejémoslo —la corto, incapaz de dar una respuesta coherente—. Sube al coche. Volvamos a la universidad.

Helena se queda de pie donde estaba, pero yo abro el coche y subo a él. Arranco el motor y, sin mirarla, espero impacientemente a que ella tome asiento a mi lado. Segundos más tarde, ella abre la puerta del copiloto y entra en el coche también, completamente en silencio. Inicio la marcha hacia Alnwick, pero la ira sube y baja por mis venas, corroyéndome como si fuese un veneno.

—Dime la verdad, Zack. ¿Por qué te has marchado así? —pregunta en un susurro, minutos más tarde.

—Porque no me he sentido cómodo ahí dentro. No quería seguir adelante ni quería que tú lo hicieras tampoco —respondo abiertamente.

—Entonces, ¿por qué has accedido a hacer esto?

—Porque era lo que tú querías.

—Yo quiero muchas cosas.

—¡Exacto! —exclamo, fuera de mí. Sus palabras han apretado un click en mi cabeza y acabo de perder el sentido.

Giro el volante bruscamente y me lanzo a la cuneta a toda velocidad. Helena da un grito de pánico, temiendo por su vida, pero freno a tiempo y, gracias a Dios, no tropezamos con nada. La he asustado mucho, ella respira fuerte y me mira como si hubiese visto a un fantasma. Pero en cuanto se recupera, me da un empujón en el hombro.

—¿Qué haces? ¡Podrías habernos matado! ¿En qué coño estabas pensando?

—¿En qué voy a pensar? ¡En todo lo que me has obligado a hacer desde que llegaste aquí! ¡Es exactamente lo que has dicho, ahora lo veo claro! ¡Te has empeñado en obligarme a hacer cosas que no van conmigo desde que pusiste un pie en esta maldita tierra y ahora vas a hacerme ver que la culpa de lo que ha ocurrido es mía! ¡Pues no lo es! ¡Solo he intentado complacer tus deseos, pero esto se nos ha ido de las manos!

Helena, respirando a toda velocidad, me agarra de las solapas de la chaqueta para que la mire a los ojos.

—¿Qué se nos ha ido de las manos? ¿Tan importante es para ti que hayamos tenido un intento de algo más que no sea tú y yo a tu modo? ¿Con tus normas y tus límites? ¿En los sitios que tú quieras y cuando tú lo desees?

—Eso no es así...

—¡Oh! ¡Claro que es así! Esta ha sido la primera vez que has accedido a hacer algo que no hubieses orquestado en tu mente previamente. ¡Y mira cuál ha sido tu reacción! ¿Qué habría pasado si yo hubiese reaccionado así cuando me dijiste que no te atraía? ¿O cuando me pediste que no te besara?

—¡No habría pasado nada! ¿No lo ves, Helena? ¡Yo no he hecho nada que tú no quisieras! —respondo, alucinado aún de que no lo entienda.

—¡Exacto! No habría pasado nada; sin embargo, hoy sí que ha ocurrido, ¿verdad, Zack? Hoy sí que has actuado por tu cuenta. Deberías preguntarte por qué.

—No sé adónde quieres llegar.

Ella respira hondo, se quita el cinturón de seguridad y se gira hacia mí.

—Mira, esto solo ha sido la prueba definitiva de que yo tengo razón. Tú no te has marchado de ahí porque no querías seguir adelante ni que yo lo hiciese, te has marchado porque no quieres que nadie más me toque ni me bese. Solo quieres ser tú quien lo haga.

Me quedo callado, mirándola a los ojos incapaz de reaccionar. Eso es lo que ocurre, nada más, solo es un intento de que me dé cuenta de lo que yo ya sé de sobra.

—O sea, que has hecho esto para que te demuestre mis celos, ¿no es así?

—No. He hecho esto porque me apetecía hacerlo contigo. Pero el resultado es más que evidente.

Ella acerca su mano y la deposita en mi mejilla, dejando una suave caricia sobre ella, mirándome a los ojos con todos esos sentimientos que yo jamás seré capaz de sentir. Y sin una razón concreta, me doy cuenta de que esto es el final.

—No sé qué es lo que resulta tan evidente —respondo airado.

Ella traga saliva y vuelve a respirar hondo. Veo la lucha interna en su mirada y, justo cuando adivino lo que va a decir, ella...

—Zack, yo... te amo.

Cierro los ojos al escuchar sus palabras, consciente ahora por completo de lo que va a ocurrir a partir de ahora.

—Helena, no...

—Y tú también me amas a mí, de eso estoy absolutamente segura.

—Yo no te amo, Helena. Me atraes, estoy bien contigo. Nada más.

—¿Es que eso es amar, Zack! ¡Tu problema es que crees que el único amor digno de valorarse es el amor de las novelas, el amor del teatro de Shakespeare o de cualquier otra obra que hable de ese sentimiento sublime imposible de alcanzar! ¡Pero no es así! El amor es preocuparse por el otro, sentir celos cuando alguien toca lo que es solo para ti, estar a gusto junto a esa persona especial, tanto como para abrirte y contarle tus secretos. Todo eso es amor de verdad y ambos lo sentimos.

Aparto su mano de mi mejilla y ella la coloca sobre su regazo. La miro en silencio durante unos instantes, intentando encontrar las palabras adecuadas para no hacerle más daño del necesario. Pero la ira que he sentido al verla con Michael no remite y me es imposible controlarme.

—¿Eso que has descrito es amor? ¿Eso es lo que tú sientes por mí? Dime la verdad, Helena. ¿Tú crees que me amas porque estás a gusto conmigo, porque me deseas, porque me has contado cosas de tu vida y yo de la mía?

—Eso es una parte muy importante.

—¿Y qué más? ¿Eh? Porque todo eso puedes tenerlo con cualquier amiguita, a las pruebas me remito —añado hiriente, casi gritando—. Dime, ¿qué más, Helena? ¿Por qué crees que me amas?

—Te amo, sé que te amo...

—¿Dime por qué sabes que me amas! ¡Dilo! —vocifero, totalmente fuera de mis cabales.

Entonces, ella empieza a temblar, una lágrima cae por su mejilla y sus labios se separan despacio...

—Sé que te amo porque el mejor momento del día es cuando estoy junto a ti.

—Dios, Helena... —empiezo para interrumpirla.

Pero ella ya no va a detenerse.

—Te amo porque te admiro, porque me dejas boquiabierta cada vez que te escucho hablar, porque me vuelve loca tu forma de moverte. Te amo porque puedo adivinar tu talante solo con mirar el color de tus ojos, porque he ido descubriendo todas esas pequeñas particularidades que te convierten en quien eres y no hay una sola que no me parezca atractiva. Te amo porque me siento bien a tu lado, porque siento que tú también te sientes bien junto a mí. Te amo porque te deseo, porque hiervo cuando estoy entre tus brazos, porque he sentido tu calor en mi cuerpo y porque he visto lo feliz que eres cuando estás dentro de mí. Te amo porque me robaste el corazón con tu mirada, con tu voz y con tu cuerpo aquella mañana cuando entré en tu despacho, porque me quedaría horas enredada en los rizos de tu pelo solo para escucharte ronronear como lo haces cuando te abandonas a mí. Te amo porque eres tú, Zackary Knightley, y quiero estar junto a ti.

Sus palabras me arrancan la piel como si estuviese siendo azotado, cada una de ellas es como una de esas bolas metálicas con púas que se entierran en mi carne y me desgarran poco a poco. La dulzura de Helena Falcon hecha verso para mis oídos se convierte en el veneno más amargo que he tenido que tragar en toda mi vida.

Porque ahora me toca responder... y sentenciar lo nuestro a muerte.

—Yo no siento nada de eso por ti. Lo siento, Helena.

Ella me mira boquiabierta, las lágrimas empiezan a surcar su rostro incesantemente y, llena de dolor y de vergüenza, esconde su congoja entre sus manos. Su llanto arrecia y se clava en mi garganta, me dan ganas de salir del coche y gritarle a la noche que por qué

diablos me hace esto. Pero esto no se trata de mí, sino de ella; lo sabía, sabía lo que ella sentía pero no quería verlo. Preferí pensar que todo se terminaría cuando ella se marchase... aunque, en realidad, no quería que lo hiciera.

Dios, no sé lo que me pasa.

La observo mientras su cuerpo no deja de temblar angustiado y no me atrevo a abrazarla, no me atrevo a decir ni a hacer nada. Impotente ante su dolor y desconcertado aún por sus palabras, vuelvo a arrancar el motor y a poner el coche en la carretera. Durante el trayecto de vuelta, ella no deja de sollozar entre sus manos y yo me siento el ser más ruin del universo. Pero sé que he hecho lo correcto, que no puedo permitir que esto vaya más allá. Solo conseguiré volver a hacer daño a una persona que me importa, como siempre.

Es mejor así.

Cuando llegamos a la universidad, Helena sale del coche como alma que lleva el diablo y desaparece dentro del edificio principal en un santiamén. No se ha despedido de mí, pero tampoco esperaba que lo hiciera. Me quedo mirando hacia la puerta a través de la cuál ella ha desaparecido y la imagen de un verdugo con máscara se cuela en mi cabeza.

Eso es lo que soy, un cruel ejecutor impío. No merezco el amor que ella me ha declarado con tanta dulzura, con esa precisión con la que Helena Falcon se expresa. Esa precisión con la que mi brujita transmite todo lo que lleva dentro.

No, ya no es mi brujita. No volverá a serlo nunca más.

Un trueno suena a lo lejos. Miro a través del cristal de la ventana hacia el cielo y pienso en ella, en el dolor que le acabo de infligir, en lo hijo de puta que he sido. Entonces, su sonrisa preciosa aparece en mi cerebro, me inunda de alegría momentáneamente para, después de un segundo, apagarse en mi pecho con las primeras gotas que empiezan ya a caer.

Jamás podré volver a disfrutar de esa sonrisa.

Jamás.

Capítulo 40

Los finales

Me despierto aturdida, no he pegado ojo hasta el amanecer y la falta de sueño amenaza con pasarme factura a lo largo del día. Tenía que ser precisamente hoy, el día del examen final de narrativa actual, el día de mi primer examen de universidad; pero también del último.

El día después de haber perdido a Zack por culpa de mi insensatez.

No sé cómo pude llegar a pensar que sería buena idea llevarlo allí, la ira me cegaba y lo único que era capaz de ver era la necesidad de apagarla, de darle en las narices con la verdad, de hacerle sentir el pinchazo de los celos para que reaccionase de una vez por todas. Abrí las puertas de mi alma de par en par pensando que así no habría más malentendidos, ni ironías, ni puyas, iluminé la estancia llena de esquinas y recovecos donde siempre nos hemos movido para que no tuviera dónde esconderse, para que se sincerase conmigo, para que dotase de un nombre a lo que creía que se empeñaba en evitar. Y lo que obtuve a cambio fue la verdad más pura y simple: que él no me ama.

Pensé que le costaría admitirlo, que incluso podría ocurrir que lo negara todo al principio, pero que regularía después; pero no esperaba este resultado tan rotundo y aciago. He estado toda la noche llorando al darme cuenta de mi tremendo error, un error provocado solamente por mi absurda y obstinada tozudez. Debería haber dejado las cosas como estaban, haberme despedido de Zack con una noche maravillosa llena de abrazos y besos y un “hasta pronto, que te vaya bien”.

Pero ya es demasiado tarde para eso.

Mientras termino de vestirme y de ponerme una capa de maquillaje más gruesa que mi abrigo, tocan a la puerta.

—Adelante —respondo con mi mejor tono.

La puerta se abre despacio y Lindsey asoma la cabeza, mirándome con preocupación.

—¿Todo listo?

—Sí.

—¿Tienes ganas de hablar ahora?

Confundida, la miro a los ojos frunciendo el ceño.

—¿De qué? ¿De mi examen?

—De por qué has estado toda la noche llorando. Te he oído, Helena, deberías saber que las paredes aquí son de papel.

Asiento comprendiendo y bajo la cabeza.

—Zack y yo hemos roto. Ha sido culpa mía por querer forzar las cosas, así que no te molestes

en ponerlo a parir porque él no ha hecho más que ser totalmente sincero. Tenías razón, todos la teníais: si se le pregunta algo, él jamás miente.

Respiro hondo para contener el llanto, no puedo permitírmelo con todo el maquillaje que llevo, a riesgo de parecer Po, el de Kung Fú Panda. Lindsey me mira torciendo la cabeza y se acerca a mí para abrazarme. Yo me agarro a ella muy fuerte y, aunque me contengo, no puedo evitar derramar un par de lágrimas.

—Pero, ¿qué es lo que te dijo? —susurra en tono de consuelo.

—Que no me quería.

Decirlo en voz alta es aún peor que pensarlo. Incapaz de continuar sin derrumbarme, empiezo a sollozar en su hombro. Ya me da igual el maquillaje, solo me importa sacar todo el dolor de mi pecho.

—Helena, tú sabes que él te quiere...

—No... él... él dijo que estaba cómodo conmigo, pero yo... le dije todo lo que sentía y él... él... ¡ooooh! Lindsey, ¡fue horrible!

—¿Qué te dijo exactamente? —me pregunta, retirándose de su cuerpo.

—Que él no sentía por mí ninguna de las cosas que yo le había descrito que sentía por él.

Continúo llorando desconsolada y me aferro de nuevo a mi amiga, como si al hacerlo hubiese alguna posibilidad de cambiar lo ocurrido, de volver al pasado, de convertirme en el Doctor Strange.

—Helena, escúchame. Te aseguro que no pretendo hacerte ilusiones con Zack, pero sabes perfectamente que él no es capaz de reconocer que te ama. No sabemos el motivo, pero sí que sabemos que él tiene ese *handicap*, y es algo que solo él puede solucionar.

—¿Pero cómo, Linds? ¿Cómo va a querer solucionarlo si es incapaz de sentirlo?

—No lo sé, Helena. Lo que sí sé es que has hecho lo correcto. Marcharte de aquí sin haber puesto tus cartas sobre la mesa habría sido una cobardía y tú no eres una cobarde. Puede que él necesite tiempo, que necesite echarte de menos para darse cuenta de que no quiere estar sin ti. Pero eso no lo sabremos hasta que...

—Hasta que me haya marchado —completo apesadumbrada.

Lindsey asiente y me agarra por los hombros para que la mire a los ojos.

—No quiero que te marches con la puerta abierta porque no sé si tengo o no tengo razón, no sé si Zack es lo suficientemente valiente para luchar por lo que desea. Solo te pido que dejes de pensar que esto que ha ocurrido es culpa tuya, porque no lo es. Lo único de lo que eres culpable es de haber tenido las agallas de ser sincera con la persona que amas. Eso es digno de elogio, no de censura.

Sus palabras me reconfortan momentáneamente. Asiento y sonrío, incluso aunque no he dejado aún de llorar. Pero ella ha conseguido abrir una ventana en esa habitación oscura en la que me encerré anoche para sentir lástima de mí misma.

—Gracias, Linds. Necesitaba esto. La autocompasión no sirve de mucho.

—Bueno, un ratito sí, pero creo que la noche ha sido lo suficientemente larga, cariño.

—Demasiado.

—Anda, refréscale el maquillaje que te acompaña a tu clase.

Al terminar el examen, los chicos me están esperando en el pasillo para darme un abrazo, también para cotillear un poquito sobre cuándo tendrán los resultados de la prueba, pero sobre todo, para darme una gran sorpresa.

—Señorita Falcon —empieza Ashley con una sonrisa enorme en su juvenil rostro—, queríamos agradecerle lo bien que se ha portado con nosotros durante estos meses en los que ha sido nuestra profesora. Queremos que sepa que nos ha contagiado su pasión por la escritura y, por eso, le hemos traído un pequeño obsequio.

—¿Un... obsequio? ¡No hacía falta que...!

Brett se acerca a mí con un paquete muy bien envuelto, coronado con un lazo precioso, dejándome sin palabras.

—Señorita Falcon, le rogamos que acepte este regalo para que, siempre que escriba, se acuerde de sus primeros alumnos en Alnwick.

—¡Vamos! ¡Ábralo! —insiste alguno, al ver que me quedo embobada mirando el envoltorio, profundamente emocionada.

—¡Está bien, está bien!

Nerviosa, desenvuelvo el paquete con cuidado, no quiero romper el papel pero, ante la insistencia de todos, acabo rasgándolo entre risas. Dentro, encuentro un estuche aterciopelado que, al abrirlo, desvela una preciosa pluma en su interior.

—Es una estilográfica Mont Blanc, señorita —aclara uno de los chicos, orgulloso.

—¡Gracias! ¡Oh, gracias, de verdad! ¡No sé qué decir...!

—¡Diga que estamos todos aprobados con nota! —exclama otro alumno, provocando las risas de todos y una maliciosa mirada de mi parte.

—No puedo prometerlo, pero lo que sí os puedo asegurar es que llevaré esta pluma conmigo allá adónde vaya. Me habéis emocionado, chicos. Muchísimas gracias por haber sido una clase tan paciente con una profesora novata. Me voy de Alnwick con la sensación de que todos hemos aprendido mucho este semestre.

—¿Se marcha de Alnwick? —pregunta Brett, asombrado.

—Bueno, la asignatura era una prueba, así que aún no sé si se continuará impartiendo el año que viene ni si seré yo la elegida para ello.

—Yo no lo dudaría, gracias a usted se ha creado la beca Viedman, señorita Falcon —añade Ashley.

—Pase lo que pase, me marchó muy contenta de haberos dado clase. De todas formas, nos veremos por aquí los próximos días, ¡aún quedan un par de semanas para el final del curso!

Los chicos asienten y empiezan a marcharse. Después de charlar un poco con los más allegados, ellos también se despiden de mí y me dirijo al comedor de profesores, dispuesta a enfrentarme con Caroline, Ruth y compañía.

Pero es con Zack con quien me choco de bruces al girar la esquina. Y mi corazón empieza a latir como si toda la caballería de la Guardia Real saliese al ataque.

—Buenos días, Helena.

—Buenos días —respondo como puedo.

—¿Cómo... cómo ha ido el examen? —pregunta titubeando.

—Bien, muy bien. Los chicos me han regalado una estilográfica y estoy muy abrumada todavía —suelto, intentando dar una explicación plausible sobre mi respiración alterada.

—Me alegro mucho. Estoy seguro de que te recordarán siempre como una gran profesora.

La tensión se masca entre nosotros. Nos quedamos mirando a los ojos unos instantes sin saber qué más decir, ansiosos por dar una solución a esta situación, pero sin encontrar la manera.

—¿Vienes a almorzar? —pregunto para romper el hielo.

—No. Venía a buscarte, quería hablar contigo —responde Zack en voz queda.

—Tú dirás.

—Verás, he pensado que... bueno, que después de lo de anoche, no deberíamos seguir con las correcciones.

Me quedo mirándolo boquiabierto. Ni siquiera había pensado en eso, pero está claro que lo que ocurrió anoche le ha hecho menos mella que a mí.

—Pero...

—Estoy seguro de que la novela será un éxito absoluto en el momento en que termines de corregirla. Puedes buscar a cualquier corrector de estilo para que te eche una mano con lo que queda; de hecho, yo conozco a algunos que...

—No hace falta que te molestes. Seguro que me las apañaré —respondo cortante.

—Había pensado que podrías hablar con Arthur para que te ayude con la publicación —añade, mirándome a los ojos de hito en hito.

—Ya lo había pensado, gracias de nuevo. No hace falta que te preocupes más de mí.

De nuevo el silencio se establece entre nosotros. Ambos miramos al suelo y yo solo quiero marcharme lo más rápidamente posible, con tal de no tener que seguir conteniendo mis ganas de llorar y de abrazarme a él.

—Yo... lo siento, lo siento mucho, de veras —susurra cabizbajo.

—Lo sé. Te conozco y sé que lo sientes. Lo que ocurre es que eso ya no me sirve de nada, Zack.

—Ya. Claro que no.

—Si ya está todo dicho, me voy a almorzar.

—Está bien. Que tengas un buen día. Ya... ya nos veremos por aquí.

Zack empieza a andar en dirección contraria y yo me quedo mirando cómo se aleja. Siento cómo se marchan todas mis esperanzas prendidas en su atuendo, cómo se esfuman todos mis sueños a medida que él se separa de mí. De repente, Alnwick ya no me parece tan atractiva. Es como si la cálida luz que irradiaba cada rincón se hubiera desvanecido, como si todo lo que me rodea hubiese perdido su color, convirtiendo mi vida en una película de los cincuenta.

Entonces me doy cuenta de que no es necesario que me quede aquí ni un solo día más. Las notas de los exámenes se envían a través de la aplicación de la universidad y, si algún alumno

solicita una revisión, podemos hacer un *meeting online*. No tiene sentido que me quede aquí sufriendo su presencia, sintiéndome desdeñada, superflua. Haciéndome aún más daño a mí misma.

En lugar de dirigirme al comedor, vuelvo sobre mis pasos y me encamino hacia el despacho de Margaret. Con suerte, la encontraré aún allí.

Capítulo 41

Recapacitar

Después de chocarme ayer con Helena, volví a mi habitación desolado. La repentina incomodidad entre nosotros me resultó insoportable. Saber que he sido yo quien la ha instaurado, tampoco ayudó demasiado. Consternado, me preparé un baño hirviendo, uno de esos que abren todos mis poros y magullan mis sentidos y, una vez dentro, no daba crédito a mi comportamiento.

¿Cómo habíamos pasado de la apoteosis más dulce a la indiferencia más desoladora en tan solo doce horas? Indiferencia fingida, por otra parte, porque tanto ella como yo sabíamos que el otro, simplemente, intentaba evitar la situación, terminar con aquel encuentro tan violento lo antes posible. Porque no podíamos hablar de nuevo sobre el asunto. Solo saldríamos más heridos. Ambos.

Pero, ¿qué más podría haber hecho? ¿Mentirle? ¿Darle esperanzas?

Durante años, me sentí culpable por no haberle mentido a Bree, por no haberle dicho que la amaba simplemente para continuar como estábamos; pero cuando se lo confesé a Helena, ella misma me dio la razón, me dijo que no habría servido de nada mentirle, que, a la larga, la verdad habría salido a la luz y nos habría hecho aún más daño.

Fue en aquel momento cuando, por primera vez, dejé de sentirme culpable. Solo entre los brazos de Helena pude reconciliarme conmigo mismo y dejar de responsabilizarme de todo el daño que le infligí a Bree.

Y ahora le he hecho daño a ella.

Se suponía que había hecho lo correcto, pero algo dentro de mí me gritaba que me había equivocado, que fue un gran error decirle que todas aquellas maravillosas palabras que salían de su boca sin dificultad alguna, esas que no me detuve a escuchar por miedo a terminar herido, no significaban nada para mí.

Porque, en el fondo, no es así.

Durante más de una hora, me detuve a pensar en lo que sentía por Helena. Me gusta estar con ella, quizá sí sea verdad que el mejor momento del día es el ratito que estoy a su lado. No solo por el sexo, aunque ha sido el mejor que he tenido en mi vida, sino porque quería verla para que me contase cómo le había ido la clase, como hacía siempre, aunque yo no le preguntase, o simplemente para sentir que estaba sentada en el mismo sofá que yo, aunque estuviésemos haciendo cosas distintas. O para prepararle su *Earl Grey* con canela, ese té que terminaba con todas nuestras disputas como por arte de magia.

Ojalá nos hubiésemos tomado uno la otra noche.

Sentí cómo la tristeza me invadía y mis pensamientos, instintivamente, derivaron de nuevo hacia el sexo. Con Helena he descubierto que el sexo es natural y espontáneo, que el placer es mayor cuando existe compenetración, que el deseo aumenta cuando escuchas a tu

cuerpo, pero también al de la otra persona. Que aquello que muchas veces me resultaba frío y artificial, un camino que había que seguir para liberar el orgasmo que pugnaba por desfogarse, era tanto o más placentero que el propio objetivo. El éxtasis dejó de protagonizar la relación para convertirse en un regalo más, un aliciente extra al ya de por sí extremadamente satisfactorio periplo de caricias, besos y sensaciones. El sexo con ella ha sido el mejor de mi vida, sí, pero también ha sido algo más.

Y en aquel momento, sumergido en el agua hirviendo y con mi mirada fija en la pared, llegué a una conclusión, a una dolorosa certeza que me llenó de angustia:

Me voy a volver loco cuando la eche de menos y sepa que ya no está a mi alcance.

Salí de la bañera abatido y, mientras me vestía, reparé en que era la primera vez que no me había visto rodeado por mis dolorosos recuerdos mientras dejaba volar mi imaginación dentro del agua. Me senté sobre el colchón e intenté recordar cuándo fue la última vez que tomé un baño a solas, uno de esos baños en los que permito a mi castigado cerebro descansar de sus remordimientos; entonces recordé que fue el primer día que estuve dentro de su cuerpo, el día que empezó todo, y que desde entonces no había vuelto a sentir ese runrún constante martilleando en mi cabeza.

Ya no estaba. Helena se lo había llevado entre sus dedos.

Sorprendido, intenté dilucidar por qué me estaba ocurriendo aquello y caí en la cuenta de que, al haberme sincerado por completo con ella, al compartir mi carga y saber que la persona con la que lo había hecho no me veía como un monstruo, el pesar había disminuido hasta casi desaparecer. Cerré los ojos, me tumbé sobre la cama y dejé que el sueño se apoderase de mi cuerpo, incapaz de continuar adentrándome en lo que empezaba a vislumbrarse:

Que, quizá, sí que siento algo más por Helena Falcon. Aunque aún no sepa cómo nombrarlo.

Abro los ojos y miro a mi alrededor, desubicado. He pasado la noche envuelto en sueños agitados y me cuesta volver a la realidad. Miro hacia la ventana y veo luz afuera, quizá demasiada para que sean las seis de la mañana. Alarmado, recuerdo que anoche no puse el despertador, estaba demasiado desconcertado para recordarlo. Doy un salto en la cama y agarro mi móvil para consultar la hora...

¡Son más de las diez! ¡Joder!

Me levanto a toda velocidad y cojo cualquier cosa del armario, ni siquiera me entretengo en prepararme el desayuno y salgo de casa como una exhalación con una única idea en mente:

Tengo que verla, enseguida.

Entro en la universidad y me encuentro con Caroline, quien intenta explicarme no sé qué sobre una alumna que quiere que le explique no sé cuál tema y yo asiento sin parar y sin escucharla, avanzando despacio hacia las escaleras que llevan a los dormitorios de los profesores. Cuando ya he subido el primer tramo, gruño una disculpa en voz alta y Caroline me mira sorprendida, pero me deja marchar. Luego iré a buscarla para que me explique, ahora necesito llegar al dormitorio de Helena.

Una vez frente a su puerta, golpeo tres veces y espero a que ella me abra con esa sonrisa suya que ilumina mi corazón.

No se oye nada al otro lado.

Insisto de nuevo, golpeando con más fuerza esta vez; pero nada ocurre.

—Se ha marchado —escucho a mi espalda.

Me giro hacia la fuente de voz y me encuentro cara a cara con Lindsey, quien me mira con una mezcla de curiosidad y desdén difícil de igualar.

—¡Ah! ¿Sabes si está en el comedor de profesores? ¿O se ha ido a trabajar a la biblioteca?

—Se ha marchado de Alnwick, Zack. Ha vuelto a casa.

El desconcierto en el que me sumí anoche no es nada comparado al que siento ahora mismo. Me quedo mirando a Lindsey como si me hubiese hablado en otro idioma, como si estuviese bromeando o, simplemente, quisiese fastidiarme la mañana.

—No... no comprendo —atino a responder.

—Helena ha terminado su trabajo y ha vuelto a Londres, a casa de sus padres.

—Pero... pero... ¿y el claustro de profesores? ¿Y las dudas sobre el examen?

—Anoche fue a hablar con la rectora Viedman y, según me explicó, lo que queda pendiente puede hacerse a distancia. La rectora estuvo de acuerdo y Helena se ha marchado esta mañana en el autobús de las siete.

Incrédulo ante lo que estoy oyendo, empiezo a tartamudear palabras ininteligibles hasta que consigo por fin pronunciar la pregunta que muerde mi conciencia con insistencia.

—Pero, ¿por qué?

Lindsey cambia su expresión por una de absoluta repugnancia, me mira de arriba a abajo y responde:

—Tú deberías saber la respuesta mejor que nadie. Buenos días, Zack.

Ella se da la vuelta y me deja aquí, con un palmo de narices y el corazón en un puño. Y así me quedo, en la misma posición durante más de un minuto, valorando las posibilidades que tengo a la luz de las nuevas circunstancias.

Como un mazazo, la realidad me golpea en la cara. Lo he estropeado todo, me he dado cuenta demasiado tarde y la he perdido. Debe odiarme, tanto como para desaparecer antes de finalizar el semestre, tanto como para dejar la asignatura huérfana de cara a las consultas finales.

Tanto como para marcharse sin despedirse de mí.

Me siento desfallecer al recopilar los acontecimientos y, cabizbajo, arrastro mi cuerpo en dirección a mi despacho. Necesito encerrarme en un lugar seguro, en mi fortaleza inexpugnable, como ella la llama. Eso es lo que en realidad es, mi refugio contra las inclemencias del exterior, mi guarida blindada a prueba de sentimientos, el lugar donde los estímulos no me tocan y donde podré enterrarme a solas, ahora que sé que ella no volverá a cruzar su umbral.

Y cuando entro, justo al cerrar la puerta tras de mí, sé que jamás volverá a ser el lugar donde encontraré cobijo, porque ahora ella está por todas partes: en su silla frente a mí, sobre mi cuerpo en la mía, encima del escritorio y en cada uno de los libros que cogen polvo en las estanterías. Y en la ventana. Y en el pomo de la puerta.

Y en el aire.

Todo en esta habitación me recordará a ella a partir de ahora y jamás podré volver a respirar aquí sin sentirla a mi alrededor.

Hundido, me encamino de vuelta a casa y dejo que mi atribulada mente encuentre el atajo que necesito, ese que creé de niño y que utilizo a menudo para cerrar de un golpe

todas las cajitas que guardo en mi mente, esas que, aún estando solamente entreabiertas, me provocan un dolor terrible; pero ahora lo busco para olvidarme de esta desazón desconocida que carcome mis entrañas. Y cuando lo encuentro, descubro con pesar que ya no me produce consuelo alguno.

Derrotado ante la evidencia, enciendo el hervidor de agua para prepararme un té, me siento en el sofá donde tanto hemos compartido ella y yo y permito que mi raciocinio habitual se establezca de nuevo en mi cuerpo, que sea él quien se ocupe de restaurar la normalidad y me ayude a crear una nueva cajita con doble cerradura donde esconder todo esto que no sé cómo gestionar. Ante la inutilidad de mis mecanismos habituales, solo me queda el consuelo de la frialdad de mi razón. Esa nunca me falla.

Poco a poco, empiezo a calmarme. Me obligo a pensar que ha sido un arrebató, un lapsus que debo achacar a la sorpresa que me he llevado al no encontrarla donde la esperaba y que, con el tiempo, esta desazón desaparecerá. Me costará mucho, lo sé, pero terminará desapareciendo. Cierro los ojos para despedirme de ella y, cuando soy capaz de recrear su impresionante sonrisa en mi interior, yo también sonrío.

Helena...

Se acabó.

Quizá sea mejor así.

Epílogo

Han pasado dos semanas y el curso acaba de terminar. Los chicos se marchan a casa, las aulas se quedan vacías y yo vuelvo poco a poco a mi eterno letargo.

No he sabido nada más de Helena, no me he atrevido a preguntarle a nadie si saben cómo está, si ha podido deshacerse de Robert o si ha vuelto a Kingsand junto a él, a soportar su compañía porque no ha sabido dónde refugiarse de mí; o si por el contrario ha vuelto a casa con sus padres, a la vida que aborrece rodeada de esas personas que jamás valorarán su talento y dedicación. Me muero de curiosidad por saber si habrá hablado con Arthur sobre la posible publicación de su novela, o si habrá intentado contactar con un corrector de estilo con más profesionalidad que yo, alguien que sea capaz de leerla sin sentirla en su piel, sin dejarse llevar al abismo por sus palabras. En eso, yo he resultado ser un completo inepto.

Bueno, no solo en eso.

Una vez que se queda en silencio, Alnwick se convierte en mi tumba y me encierro en mi hogar. Sentado en mi sofá, devoro con avidez cualquier relato de intriga que llega a mis manos, incapaz de leer nada que me recuerde a ella. Y así pasa un día, y otro, y otro más como si fuesen horas. El verano está en pleno apogeo en el exterior, pero yo prefiero encerrarme aquí, hibernando, esperando a que llegue septiembre y que todo vuelva a empezar.

Entonces, llaman a mi puerta.

—Llevo días sin verte, pensaba que habías muerto —suelta Margaret con ironía, pasando adentro sin ser invitada.

—No, aún respiro —respondo en el mismo tono—. Verás, estaba leyendo y...

—Tranquilo, no te molestaré demasiado. Solo he venido a darte una buena noticia.

Sorprendido, asiento y señalo una de las sillas de la mesa de comedor mientras que me dirijo a la cocina para preparar un té. Ahora solo tomo *English Breakfast*, el *Earl Grey* ha sido desterrado de mi alacena.

—Tu dirás —empiezo, una vez que me siento a su lado.

—¿Recuerdas que te dije que pensaba renovar tu departamento?

Mal empezamos.

—Mmmm, sí, claro que lo recuerdo.

—Pues la remodelación acaba de comenzar.

Sin saber por qué, presiento que Margaret va a echame de aquí, que por fin va a jugar sus cartas y se va a deshacer del petulante profesor de Literatura que se negó a mantener una relación de sexo sin compromiso con ella.

Y me entra pánico.

—¿Y? —respondo, intentando disimular mi aprensión.

—El comité de la universidad ha decidido que la primera medida que tomaremos al respecto será la incorporación de la asignatura de narrativa actual al temario principal de la universidad. Seguirá siendo una optativa, pero una optativa recurrente.

Momentáneamente, mi corazón se alegra al descubrir el buen trabajo que Helena ha realizado en tan solo un semestre, la gran impresión que ha causado en todo el personal de la universidad, además de en mí mismo.

—Eso es genial, Margaret. Así podremos atraer a más alumnos y...

—Además —me interrumpe—, el señor Kelly se ha comprometido a dirigir ese área, ya que todos sabemos que a ti no te hace mucha gracia, por lo que la asignatura formará parte también de la beca Viedman, con la intervención de Cambridge de vez en cuando.

—¡Vaya! ¡Eso es... increíble! —exclamo anonadado.

—Lo es. Pero tenemos un problema.

Ella me mira a los ojos para que pregunte lo evidente, cargando el momento de suspense.

—¿Que es...?

—Que no tenemos profesor.

—Bueno, hay tiempo de sobra para encontrar uno. Solo estamos a finales de junio y...

—Eso sería una solución si el señor Kelly no hubiese impuesto como condición *sine qua non* que sea Helena Falcon quien imparta la asignatura.

Al escuchar su nombre en voz alta, todo mi interior se remueve y no puedo evitar hacer lo mismo en mi asiento.

—¿Como condición para qué?

—Para que Cambridge tome en cuenta la asignatura como parte de la beca.

—Y, ¿cuál es el problema? —pregunto con voz grave, empezando a barajar posibilidades en mi mente.

—El problema, Zack, es que Helena no quiere ni oír hablar de volver a Alnwick. He hablado con ella y ha esgrimido la absurda excusa de que tiene que terminar de corregir su novela para poder publicarla y que el próximo curso no estará disponible.

—¡Oh! —exclamo, apenado y feliz por ella a la vez.

—¿Oh? ¡Nada de “oh”! Sabes perfectamente que su rechazo se debe a tu estupidez, así que ya puedes pensar una manera de arreglar esto. Porque te advierto una cosa, Zackary Knightley: si la universidad pierde esta oportunidad porque tú no has sido capaz de mantener tus pantalones en su sitio, te aseguro que dejarás de dar clase. Aquí y en el resto del Reino Unido.

—¿Me estás amenazando? —respondo airado.

—Tómatelo como quieras.

—Pues no se me ocurre otra manera de tomármelo, Margaret. Y no sé por qué piensas que yo tengo algo que ver en su rechazo, pero te aseguro que no puedo hacer nada para convencerla de que vuelva.

—¡Oh, sí! ¡Sí que puedes! ¡Y lo harás! Prepara tu equipaje porque te vas a Londres mañana.

—¿A Londres? ¿Para qué? —inquiero totalmente descolocado.

—La universidad va a sufragar una estancia de una semana para ti en Londres para que convenzas a la señorita Falcon, no me importa cómo, de que tiene que volver a Alnwick como profesora titular para el próximo curso.

Esta mujer ha perdido la razón.

—Pero, Margaret, ¿no me escuchas? Ella no querrá verme, le hice daño y...

—¡Me importa un bledo, Zack! No quiero saber qué ocurrió entre vosotros ni tampoco

es necesario que volváis a estar juntos. Solo tienes que convencerla de que vuelva y la única manera es yendo a verla en persona. Pídele perdón, trágate tu orgullo, miente o haz lo que tengas que hacer. Pero tráela de vuelta. ¿Entendido?

Me quedo mirando al suelo sin saber cómo reaccionar. No puedo ir a buscarla a su casa, me dará con la puerta en las narices, si no algo peor. Mi decisión flaquea momentáneamente cuando imagino su preciosa sonrisa al verme, pero la debilidad se esfuma con rapidez porque sé que eso no va a pasar. No puedo ir a Londres. No puedo.

—No voy a ir —respondo tozudo.

—Irás porque yo te lo ordeno y no hay más que hablar. Te hospedarás en un hotel que queda cerca del domicilio de los Falcon, así te será más sencillo conseguir tu objetivo. Ah, y Zack... —Levanto mi mirada y la clavo en sus ojos enfadado, aunque también anonadado por el asombroso giro de los acontecimientos—: confío en ti, todos confiamos; pero si no logras solucionar esto, no te molestes en volver.

Margaret se levanta y sale apresuradamente de mi casa sin mirar atrás, dejándome boquiabierto y completamente aturdido. Una vez a solas, tras aceptar que no puedo hacer otra cosa que acatar sus órdenes, permito que la estimulante sensación de saber que voy a volver a ver a Helena mañana compita con la angustia de intentar adivinar cómo me va a recibir. Va a ser horrible, pero no puedo negar que quiero verla.

Que me muero por verla.

Me bebo el té de un sorbo, abrasándome la lengua, me levanto y me dirijo al baño para mirarme en el espejo, ese que me devuelve mi verdadera imagen, el que me muestra la cruda realidad sin ambages. Mi reflejo me observa ceñudo y mi vocecita interior empieza a gritarme de nuevo, haciéndome ver que no tengo ninguna posibilidad, que me voy a quedar sin trabajo, en la calle y sin ella.

Pero, quizá...

Una luz se ilumina en el fondo de mi corazón y me saca una sonrisa, una de esas que cambia mi expresión por completo y que se refleja en mis ojos.

«Quizá aún tengas una oportunidad, imbécil».

Me armo de valor y me dirijo al armario para buscar mi maleta y llenarla con lo poco que tengo, justo lo necesario para pasar unos días en Londres. Y mientras trazo un plan para llegar hasta su puerta sin derrumbarme de incertidumbre por el camino, una pregunta se coloca frente a mí, mirándome con un reproche:

¿Qué voy a decirle?

Continuará...

About The Author

Cris Blackpearl

Cris Blackpearl (Sevilla, 1979) debuta en el mundo de la publicación en 2021 con la intención de ahondar en las relaciones de pareja vistas desde el punto de vista femenino y de subrayar la importancia de la atracción, el juego y, sobre todo, la absoluta confianza entre los amantes para su buen funcionamiento. Sus novelas son de género romántico, pero siempre adereza la narración con una narrativa sensual que nos invita a explorar con nuestra pareja.



Books By This Author

Hecha A Mi Medida

“Lyv se va a casar.
Esto no puede estar pasando.
¿De verdad que hace 4 años que no nos vemos?
¿Qué nos pasó?
¿Seguirá siendo mi Livy?
Tengo que hacer lo que sea para impedir esa boda.”

“Por fin tengo hoy la prueba de mi vestido de novia.
Soy muy feliz.
Will se va a derretir cuando...
¡Pero qué coñ***!
¿Qué diablos hace mi cara en un póster gigante?
No puede ser... ¡Josh ha vuelto a Londres!”

Josh es su pasado imperfecto. Will, su presente continuo. Ella no puede estar hecha a medida para los dos. ¿Quién se convertirá en su futuro perfecto?

Mía

Un viaje que lo cambia todo. Un entorno incomparable. Un encuentro fortuito. Un accidente. Una casa con una historia que contar y el amor, atravesando páramos llenos de vegetación.

El destino cruzará los caminos de Mía, una mujer moderna y cosmopolita, y Cameron, un hombre poderoso con un alma atormentada, en una gran hacienda perdida en la Isla Sur de Nueva Zelanda. Un lugar mágico que encierra misterios imposibles de explicar y que forzará a Mía a elegir hacia dónde quiere dirigir su vida, tentándola con un hombre dispuesto a todo para que ella permanezca a su lado.

Para que se rinda al hechizo de Spellcastle.

Besos De Canela

Brooke ha nacido para hacer felices a los demás a través de sus atrevidas creaciones,

innovaciones que despiertan el paladar de los más exigentes. Con la idea de florecer en el delicado mundo de la repostería, abandona el seno familiar para instalarse en Londres, donde está segura que podrá conseguir sus metas.

Tyler es un ambicioso agente inmobiliario en la capital británica. Es un hombre muy ocupado con las ideas muy claras, un hombre dispuesto a triunfar en el mundo empresarial sin detenerse demasiado en sopesar las implicaciones de sus decisiones.

Cuando sus vidas se cruzan, ambos quedarán prendados inmediatamente del otro. Para Tyler, Brooke es sorpresa, dulzura, inocencia, mientras que para Brooke, Tyler es misterio, picardía, fascinación.

A medida que se vayan conociendo, se adentrarán en una vorágine sensorial plagada de sabores sorprendentes, de sensaciones dulces y picantes, pero también ácidas y amargas. Esa mezcla de estímulos se convertirá en un cóctel letal que los llevará a enfrentarse a sus propios límites para aspirar a conseguir el premio inalcanzable, la guinda del pastel, el amor en mayúsculas.

La dicha de disfrutar de los besos de canela.

Mi Café Inglés

Un cambio de aires es lo que Liz Torres necesita para olvidar su desastrosa vida amorosa, centrarse en su carrera y dar el gran salto al management internacional. La oportunidad le llega de manos de Ethan Bentley, un atractivo actor que se ha colado en el panorama británico de la noche a la mañana. Lo que no espera Liz es la reacción de Ethan cuando la vea por primera vez, ni lo que provocará en ella. Un duelo de egos que irá transformándose en una atracción prohibida a la que ninguno de los dos debe sucumbir, lo que la convertirá en una tentación irresistible.

Un Hombre A Mi Medida

Cansada de buscar a un hombre a la altura de sus expectativas, Lyv, una brillante alumna de la universidad de Bailey, decide buscar a un virgen al que educar y así satisfacer sus necesidades, tanto sexuales como intelectuales, sin involucrarse sentimentalmente. Con esta premisa en mente conocerá a Josh, a quien convertirá en el amante perfecto.

Pero ella no cuenta con que su experimento cambie totalmente su forma de concebir las relaciones, hasta el punto de que la maestra termine convirtiéndose en alumna.

Fanática

¿Qué harías si se te presentase la oportunidad de cometer una infidelidad con tu "crush" sin que nadie se enterase?

Cris jamás podría haber imaginado que ver un vídeo en Youtube podría cambiar su vida de

aquella forma, que podría enamorarse locamente de una estrella de Hollywood estando "felizmente" casada.

Pero, ¿qué hará Cris si se le presenta la oportunidad de conocerle? ¿Y si además él se muestra interesado en ella?